

AÑOS DECISIVOS

EN LA HISTORIA



Año

1325 a. C.

EL AÑO QUE MURIÓ TUTANKHAMÓN

ANA MARÍA VÁZQUEZ HOYS



ePubLibre.org

Lectulandia

Un día, quizá de primavera, del año 1325 a. C., la joven reina Ankhesenamón deposita unas flores en la tumba de su esposo recién fallecido, el joven Tutankhamón. Una muerte inesperada, o puede que no tanto, una pieza más dentro del enorme tablero de juego político y religioso en el que se ha convertido Egipto desde el reinado de Akhenatón, el faraón hereje. Una lucha despiadada en la que se entremezclan las concepciones religiosas con las ambiciones políticas y la más primaria ansia de poder.

Mañana del 4 de noviembre de 1922 en el Valle de los Reyes, Egipto. Con el hallazgo del primer escalón que conduce a la tumba de Tutankhamón por parte de Howard Cáster comienzan a salir a la luz tesoros, historias, personajes, amores, crímenes y secretos que habían permanecido ocultos durante más de tres milenios. Una historia fascinante de una época irrepetible en la que nos adentraremos de la mano de una guía experta y amena por igual.

Lectulandia

Ana María Vázquez Hoys

Año 1325 a. C.

El año que murió Tutankhamón

ePub r1.0

liete 22.09.14

Ana María Vázquez Hoys, 2013

Editor digital: liete
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

A mis Franciscos Vázquez

Prólogo



Ii-wi em hotep = «Ven en paz», «Bienvenido».

El derecho de la Arqueología a recibir un poco de consideración científica es tan grande como el de cualquier otra forma de investigación.

Howard Carter: *La tumba de Tutankhamón*
Valle de los Reyes, Egipto.

Un equipo de arqueólogos, dirigidos por el británico Howard Carter y su mecenas, Lord Carnarvon, estaba a punto de hacer un descubrimiento que deslumbraría al mundo y enriquecería el conocimiento de la historia y arqueología egipcias y sus leyendas. Hacía bastante tiempo, casi diez años, que aquellos buscadores de tumbas buscaban el sepulcro de un faraón llamado Tutankhamón, antes Tutankhatón, siguiendo los escasos indicios que el destino y la casualidad les habían proporcionado. Aunque habían descubierto la tumba deseada el día 4 de noviembre, solo veintidós días después, superados trámites burocráticos y protocolarios, se procedió a su apertura.

La alegría de todos los presentes fue inmensa cuando en aquel momento histórico se abrió por primera vez la tumba del famoso faraón-niño, dormido hacía más de 3300 años. Así lo escribió Howard Carter en su diario de excavación:

A media tarde encontramos una segunda puerta sellada a unos diez metros de la puerta exterior, casi una réplica exacta de la primera. La marca del sello era menos clara en este caso, pero todavía se podía identificar como los de Tutankhamón y la necrópolis real. [...]

Con manos temblorosas abrí una brecha minúscula en la esquina superior izquierda [del muro]. Oscuridad y vacío en todo lo que podía alcanzar una sonda demostraba que lo que había detrás estaba despejado y no lleno como el pasadizo que acabábamos de despejar. Utilizamos la prueba de la vela para asegurarnos de que no había aire viciado y luego, ensanchando un poco el agujero, coloqué la vela dentro y miré, teniendo tras de mí a Lord Carnarvon, Lady Evelyn y Callender, que aguardaban la noticia ansiosamente. Al principio no pude ver nada, ya que el aire caliente que salía de la cámara hacía titilar la llama de la vela, pero luego mis ojos se acostumbraron a la luz, los detalles del interior de la habitación emergieron lentamente de las tinieblas: animales extraños, estatuas y oro, por todas partes el brillo del oro. Por un momento, quedé aturdido por la sorpresa y cuando Lord Carnarvon, incapaz de soportar la incertidumbre por más tiempo, preguntó ansiosamente: «¿Puede ver algo?», todo lo que pude hacer fue decir: «Sí, cosas maravillosas». Luego, agrandando un poco más el agujero para que ambos pudiésemos ver, colocamos una linterna.

Era el 26 de noviembre de 1922, a media tarde. Esta escena era la continuación de

una búsqueda que había comenzado unos años antes, en 1902, cuando el arqueólogo americano Theodor Davies recibió del gobierno egipcio el permiso para comenzar unas nuevas excavaciones en el Valle de los Reyes, en árabe *Uadi Biban Al-Muluk* o *Valle de las Puertas de los Reyes*.

En un paisaje sobrecogedor por el silencio que lo envuelve, la expedición se hallaba en la gran necrópolis real del antiguo Egipto, frente a la actual ciudad de Luxor, alteración del nombre árabe *El-Qusur* («El campo»), la ciudad moderna edificada sobre las ruinas de la antigua Tebas, capital de Egipto durante varios periodos de su larga historia, situada a 664 kilómetros al sur de El Cairo.

Pasando el Nilo, en medio de la nada, en una zona desértica, árida y pedregosa, se encuentran las tumbas de la mayoría de faraones de las más importantes Dinastías del Imperio Nuevo, de la XVIII, la XIX y la XX. Y también las de algunas reinas, príncipes, grandes personajes de la corte, así como de algunos animales considerados especiales.

El entorno, dorado por la fuerte luz del sol egipcio, ofrece al espectador un bello, majestuoso, impresionante y nunca bien alabado escenario natural, que forma parte del conjunto denominado «Antigua Tebas con sus necrópolis», declarado Patrimonio de la Humanidad por la Unesco en 1979 debido a los tesoros que encierra, aunque muchas de sus tumbas hayan sido violadas desde antiguo y estén vacías. Salvo la tumba de Tutankhamón. Elegido por razones prácticas porque está cerca del Nilo, el Valle de los Reyes ofrecía un fácil acceso a las procesiones funerarias y al traslado de los restos y los enseres a las tumbas, era además muy fácil de vigilar y defender y proporcionaría a los obreros un bello material de piedra caliza fina en el que se podía excavar y decorar los pozos funerarios. El gran Valle está formado por otros dos valles más pequeños.

El más conocido es el Valle Este, oriental o Valle de los Reyes propiamente dicho, en el que se encuentran las tumbas designadas con la clave TT (*Theban Tomb* = Tumba Tebana), o bien KV (*Kings Valley* = Valle de los Reyes), de las que la primera fue la del faraón Tutmosis I (1530-1520 a. C.), construida por su gran arquitecto, Ineni. Este Valle Oriental, con la mayoría de las grandes tumbas de los faraones, es el más atractivo y visitado por los turistas.

El otro es el Valle Oeste o Valle de los Monos, con solo cuatro tumbas, designadas con la clave WV (*West Valley*), de las que solo se pueden visitar las de Amenofis III y Ay.

La suma de los dos valles ofrece un total de sesenta y dos tumbas, además de otros veinte pozos sin terminar. Solo alrededor de un tercio de ellas fueron destinadas a los faraones. El resto se utilizó para los entierros de miembros de la familia real, funcionarios de la corte, para guardar el equipo sobrante de los enterramientos e incluso para animales momificados. A cada tumba del Valle de los Reyes se le ha

asignado un número. En 1827, el egiptólogo inglés John Gardner Wilkinson numeró las tumbas del 1 al 22 en orden geográfico de norte a sur. Desde entonces, las tumbas desde la número 23 en adelante han sido numeradas por orden de su descubrimiento. La tumba KV 62, la de Tutankhamón, es la descubierta más recientemente.

A las razones prácticas de su cercanía al Nilo arriba señaladas se unieron las consideraciones religiosas, tan necesarias para las creencias funerarias egipcias. En primer lugar, la protección de la zona por la diosa Hathor, asociada a la montaña tebana y estrechamente vinculada con los faraones egipcios y las ideas del renacimiento de los difuntos tras la muerte física y su inmortalidad. En segundo lugar, la forma de la montaña que domina el valle, llamado al *Qurn* en árabe, «el cuerno», que solo en este lugar asemeja a una pirámide, una forma asociada a los cultos solares, como el de Ra, el dios del sol. Y, finalmente, la zona total de la necrópolis en sí está protegida por la diosa-cobra Meretseger, «La que ama el silencio», una antigua diosa subterránea que tenía su hogar en Occidente, el lugar donde estaba localizado en Egipto el Más Allá, la morada de los difuntos. Meretseger destruía con su veneno a cualquiera que intentase destrozarse las momias o robar las tumbas reales y velaba durante la eternidad el reposo de los cuerpos momificados de los difuntos.

Cuenta una leyenda que los fantasmas de los faraones vuelven al valle de la muerte cada noche, aunque a los ladrones de tumbas parecía no importarles mucho su presencia. Y tampoco a los componentes de la expedición de Napoleón Bonaparte. Fueron ellos quienes encontraron la tumba de Amenofis III. Poco más tarde, Giovanni Battista Belzoni (1778-1823), un joven gigante italiano que se ganaba la vida en espectáculos circenses y fue uno de los pioneros de la incipiente Egiptología, descubrió la tumba de Seti I. En los últimos años del siglo XIX (1898), tan solo un mes después de haber encontrado la tumba de Tutmosis III, Víctor Loret descubrió, mientras trabajaba para el Servicio de Antigüedades de Egipto, la tumba KV 35, un hecho excepcional y asombroso, pues en ella no solamente se encontraron los restos del faraón Amenofis II, sino también los de su hijo Webensenu, su madre Hatshepsut-Merietre y los restos de diecisiete momias más. Los restos de Amenofis II estaban dentro de su sarcófago, engalanado con flores, con una abertura en la mortaja por donde le habían sido extraídas las joyas reales. Posteriormente, Theodor Davis abrió otros sepulcros, como los de Yuya y Tuya, Tutmosis I, Hatshepsut, Tutmosis IV, Siptah, Tausert, Horemheb, etc. Una multitud de nombres extraños para unos poderosos monarcas cuya civilización y hechos asombran al mundo.

¿Sienten los visitantes respeto por esas tumbas vacías de unos personajes históricos de los que poco o nada conocen, o es solo atracción morbosa la que conduce a los sudorosos turistas a adentrarse como hormigas afanosas tras el guía por las sendas pedregosas, pozos imposibles y largas rampas, provistos de sombrillas-

paraguas, máquinas de fotografía y vídeo y una botella de agua en la mochila o bajo el brazo, por si no hay ninguna cafetería en todo el Valle de los Reyes?

Posiblemente, de todo un poco. Unos por morbo y temor supersticioso ante la muerte, y mucha curiosidad por lo que se ha oído de las bellas pinturas de las tumbas, otros porque hay que ir, porque los vecinos del quinto fueron a Egipto y no podemos ser menos que ellos. Otros, más enterados, porque lo estudiaron en clase de Historia o de Arte y aún recuerdan algo de las explicaciones de sus profesores y algo de alguno de aquellos faraones, poco o casi nada que no pasa del gran Ramsés II por alguna película o la «faraona» Hatshepsut, por lo extraño del personaje femenino en cuestión. Y poco más.

El caso es que van y entran y salen de la tumba de Tutankhamón poco a poco. Desde luego, no caben muchos a la vez. Unos suben las escaleras en silencio, meditando. Otros, excitados y parlanchines, comentan detalles, sensaciones, inquietudes, preguntas que los presurosos guías dejan sin respuesta o la indiferencia del sonriente guardia de la puerta.

Nadie queda indiferente. Y alguna vez, alguien hace también un comentario sobre la riqueza, las pinturas, el pequeño tamaño de la tumba..., lo que sea. Y el calor aprieta y ya han llamado, y hay que salir corriendo, hacia cualquier otro lado, que hay mucho que ver y hay que cumplir el plan de las visitas diarias.

Y el valle de la muerte se queda solitario y silencioso un día más hasta las próximas visitas. Y los turistas de hoy se alejan abanicándose hacia el aire acondicionado del autobús, rodeados de vendedores de recuerdos y niños curiosos, tal vez sin saber siquiera que en aquella minúscula tumba que acaban de visitar se encuentra el cadáver momificado de Tutankhamón. O al menos eso se decidió en un primer momento.

Y quienes sí lo saben, tienen, por lo que sea, los ojos llenos de lágrimas. Porque emociona pensar que él está allí. Indiferente ya al paso del tiempo, protegido eternamente por la maternal Hathor, el brillante Ra y Meretseger, la negra serpiente de las sombras.

El descubridor de la tumba real y su equipo quisieron que aquel joven faraón de menos de veinte años reposase allí eternamente, en su tumba original y no en un frío museo. Puede que se cumpla su deseo, cuando definitivamente termine el amargo peregrinar de los dañados pedazos de la momia del joven rey por laboratorios, hospitales, *scanners*, tomografías y estudios de fotografía. Así pues, los restos de Tutankhamón reposarán definitivamente en el Valle de los Reyes, no por lo que fue, sino por lo que pudo ser.

En el aire de la pequeña estancia del valle donde permanece su ataúd de oro, aún parece escucharse en las noches de luna el gemido de desesperación de su joven viuda, que, antes de abandonar la tumba, posiblemente dejó depositadas en el suelo

unas pocas flores como despedida al niño cuyo rostro no volvería a ver en esta vida.

Tutankhamón suponía el fin de una época para su esposa, su familia y Egipto entero. Una esperanza perdida para sus partidarios. Un molesto joven, bello pero tullido, para sus competidores en la lucha por el trono, al que quisieron, según todos los indicios, quitar de en medio. O tal vez no, y Tutankhamón falleció de muerte natural, debido a sus enfermedades, apreciables en la momia, algunas posiblemente hereditarias o debidas a taras genéticas, provocadas por los múltiples matrimonios consanguíneos que se producían en su extraña familia.

Para el mundo moderno, en cambio, el hallazgo de la tumba de Tutankhamón fue el comienzo de una leyenda, dorada, atractiva, sugerente y melancólica si se quiere, que se enriqueció pronto con el misterio que se contaba de la maldición del faraón contra quienes habían osado perturbar su sueño eterno.



Quién era Tutankhamón

Lo que aquí se cuenta no son hechos adornados por la fantasía del autor, sino sucesos rigurosamente históricos que a veces pueden parecerse fantásticos.

C. W. Ceram, *Dioses, tumbas y sabios*

Al comenzar a escribir sobre Tutankhamón, a mediados del pasado siglo XX, uno de los descubridores de su pequeña tumba, Howard Carter, afirmaba que este faraón era «el rey egipcio que todos conocen», debido al revuelo y expectación que causó el descubrimiento de su tumba y la admiración que produjo la salida a la luz de los innumerables tesoros que los arqueólogos acababan de descubrir y habían acompañado a este joven rey a su lugar de descanso eterno.

Debido a esta presencia mediática, podría suponerse que es fácil escribir sobre él, su entorno y su época. Pero en general, compactar, redactar y resumir las noticias históricas, dándoles la forma de lo que C. W. Ceram, en su conocido libro *Dioses, tumbas y sabios* denomina «la novela de la arqueología» es ciertamente difícil. Como dice este autor, «porque cualquier narración sobre personajes históricos es novela en cuanto narra vidas, sucesos remotísimos que no se hallan en contradicción, ni mucho menos, con la verdad».

Tal es el caso al escribir sobre Tutankhamón e intentar contar cómo era el mundo en el que vivió. La situación de los países que rodeaban Egipto, amigos y enemigos, siempre contrincantes interesados en el largo camino de las supremacías económicas y políticas que terminó destruyéndolos mutuamente, o debilitándolos para dejarlos expuestos a las apetencias de nuevos contendientes, recién llegados a la jugosa partida de intereses contrapuestos en la que se jugaban un succulento pastel.

A pesar de esta opinión de Carter, más de un siglo después de su magnífico e importante descubrimiento, este faraón, que asombró al mundo por las riquezas que rodeaban su momia, es aún casi un perfecto desconocido. Y es que aún son más los misterios y teorías que lo rodean que lo que de cierto puede decirse de él, de manera que su figura adquiere con cada nueva investigación dimensiones cada vez más espectaculares y misteriosas. Parece como si él mismo, su jugueteón espíritu adolescente, se divirtiese embarullando las pruebas y tomando el pelo a los sesudos investigadores.

Lo único cierto, si es que creemos en cierta forma de existencia eterna de los numerosos principios inmortales de cada hombre, como creían los antiguos egipcios, es que, desde su solitario reposo, los espíritus vivos del joven faraón guardan sus

misterios. La majestuosa amplitud de la desierta necrópolis hace el resto. Y todo y todos protegen su tumba y su momia, alejados ya los miles de curiosos turistas que, al bajar las pocas escaleras de entrada a la pequeña tumba, se adentran cada día en un mundo de ensueño e imaginación. Al salir de nuevo a la luz, cada uno pone en su interpretación parte de su propia personalidad, fabulando situaciones e imaginando escenas que pudieron ser hace casi tres mil años. Y temerosos los más, miran tras de sí, como si, apoyada en el último umbral de la puerta final, protegiéndose de los rayos del sol que la difuminarían en la nada si la alcanzasen, la jocosa sombra del niño-rey los despediese, burlona. Y todo queda en silencio de nuevo. Para volver a empezar una vez más, cada amanecer, animados los vivos, resucitados los espíritus de los muertos, por la magia del dios Sol.

Un chacal y nueve cautivos, estampados en la arcilla del frío sello oficial de la necrópolis, además del sello con el nombre del propio faraón, garantizaron en parte la inviolabilidad de la puerta final de la tumba de Tutankhamón, tras la salida del último de los obreros que la cerraron en la antigüedad o los policías que la sellaron tras el robo parcial que sufrió poco después. Bajando ahora los dieciséis escalones que le separaban de la historia y el misterio, Carter abrió la sagrada puerta de la tumba que también protegían conjuros rituales, dando comienzo a la leyenda del faraón de oro y su familia, que, con este gesto, entraron en la historia y en el misterio de los extraños y tempranos fallecimientos de quienes violaron los sagrados preceptos del descanso de los faraones muertos.

Ciertamente, como decía Carter en su diario de excavaciones, el joven Tutankhamón es muy conocido, aunque más por su familia que por él mismo y, sobre todo, por el descubrimiento moderno de su tumba y sus tesoros. El joven, al fin y al cabo, murió muy pronto. Y en sus escasos nueve años de reinado no hizo tantas cosas importantes como para destacar, ni por sus hazañas militares ni por sus logros políticos, teniendo en cuenta que solo tenía al morir unos diecisiete años.



El sello intacto con el nombre del faraón Tutankhamón en la puerta de su tumba.

Y a los ocho, cuando comenzó a reinar, por muy precoces que fuesen los chicos egipcios de su tiempo, es casi imposible que supiese ni conducir un carro de guerra o paseo ni manejar bien una lanza, no ya leer y escribir correctamente los jeroglíficos o recitar de memoria los textos sagrados, sin duda difíciles. Posiblemente, ni siquiera de adulto, que no lo era, debió llevar con soltura las riendas del gobierno de su país. Entre otras cosas, porque sus mayores, familia y ministros, no le dejarían opinar mucho y lo utilizaron. Así de simple.

Así pues, Tutankhamón solo es muy conocido por su tumba y por lo que esta guardaba. Eso es casi todo lo que se sabe de él: lo que se deduce de su entorno funerario. Y también que fue yerno del más extraño, comentado y posiblemente más sobreestimado de los faraones egipcios, Akhenatón, llamado injustamente «el rey hereje» por los cambios que introdujo tanto en la religión tradicional egipcia como en las representaciones artísticas y construcciones de su época, a mediados de la Dinastía XVIII, en el siglo XIV a. C. aproximadamente. Akhenatón mandó construir una nueva capital de Egipto, la «Ciudad del Horizonte de Atón», en el lugar de la actual aldea de el-Amarna, a unos 284 kilómetros al sur de El Cairo, en el Egipto Medio. Un vasto circo de colinas rocosas que solo se abren al Nilo, sobre cuyas cumbres, separadas ligeramente por un pequeño wadi seco, sale el sol cada mañana por occidente, generando la fuerza mágica que hizo soñar al faraón con la magia del renacimiento y la vida eterna en las manos del Atón, cuya figura antropomórfica extiende sus manos y la energía de sus rayos a los hombres. Unos hechos que tampoco se entienden muy bien y que han dado origen a toda clase de teorías, especulaciones y extraños intentos de explicarlos. A veces, verdaderamente curiosos, como veremos.



Howard Carter descubridor de la tumba Tutankhamón

Sin embargo, nada se sabía hasta hace poco de esta familia del joven rey, cuya tumba, la KV 62, fue descubierta por Howard Carter en el Valle de los Reyes el 4 de noviembre de 1922, constituyendo uno de los descubrimientos arqueológicos con más publicidad de la historia de la Egiptología, debido a la gran riqueza que contenía, arqueológica, sí, pero sobre todo de oro.

Se ignora aún quiénes fueron con seguridad los padres de Tutankhamón, si tuvo o no sangre real y si fue rey de Egipto por derecho de esa sangre de sus progenitores y no solo por la de su esposa, Ankhesenpaamón o Ankhesenpaatón, nacida aproximadamente en 1346 a. C. (o 1360, como veremos más adelante, dependiendo de las interpretaciones).

Ella era una joven princesa, tercera hija del faraón Akhenatón y la reina Nefertiti. Como muchos personajes de aquella época, tenía dos nombres, según pintase el dios Atón o ganase el dios Amón. Al nacer se la conoció como Ankhesenatón, cuando aún se adoraba sobre los demás al disco solar, el Atón, y todavía no era políticamente incorrecto llevar el nombre de esta divinidad, algo que cambió rápidamente cuando murió el faraón, padre de la princesa y la casaron con un muchacho al que también le cambiaron el nombre de Atón por el de Amón. Les cortarían apresuradamente a los pequeños el bucle de la infancia y, limpios ya ambos de niñez, abandonados sus respectivos juguetes, adornados con pelucas, coronas y joyas apropiadas, disfrazados de adultos, los sentaron en unos tronos reales de los que les sobraría al menos medio metro a cada uno. Ella era algo mayor y ya había estado casada con su propio padre. En realidad, era ya una vieja reina viuda de unos trece o catorce años, No obstante, se mantuvieron las formas de la herencia legal del poder: fuese él o no hijo de Amenofis IV-Akhenatón, ella sí lo era sin duda. Hasta que, con la temprana muerte del niño-rey, todo se precipitó hacia la nada.

Mientras duraron aquel matrimonio y aquel reinado, los dos jóvenes debieron pasarlo bastante bien, paseando, cazando, paseando más y amándose en las marismas y donde podían en el palacio, en los jardines de Amarna primero y Tebas después. Hasta que murió Tut.

Entonces, nueve años después de este matrimonio, la pobre viuda debía tener unos veinte años. Y posiblemente no le debió gustar demasiado lo que le pasó después, pues su tercer marido fue nada menos que su abuelo, el faraón Ay, tal vez abuelo también del fallecido Tutankhamón. Un anciano de duro y curtido rostro que nada tenía que ver en lo físico con el joven de bellos ojos y apuesta figura que acababa de morir, aunque, en la tumba del faraón-niño, Ay se hiciese representar tan alto, guapo y joven como él. Además, en las pinturas de la tumba, Ay omitió la figura de la joven viuda, que reservó para otros menesteres más agradables, al menos para él.

La pobre reina Ankhesenpaatón no cambió de apellido. Y pasó sucesivamente por la cama de tres generaciones de varones de su estirpe antes de desaparecer misteriosamente. Como ocurrió con casi toda la familia.

Así pues, el joven rey Tutankhamón, casi desconocido antes del descubrimiento fortuito de su tumba (aunque buscada durante años, eso sí, porque existían indicios fundados de ella y de que estaba en el Valle de los Reyes), se hizo con el tiempo muy popular entre los aficionados a Egipto y aun entre quienes no les importaba nada, porque lo del oro del faraón y el misterio de las momias vende mucho. Y cuando se profundizó en el estudio de su genealogía y su época, se supo que pertenecía a una familia real egipcia de la que poco o nada se conocía, sobre todo porque las llamadas «listas reales» de la Dinastía XIX se la habían saltado. Simple y llanamente.

Como si no hubiese existido ninguno de sus miembros. Por ejemplo, la primera Lista Real de Abidos, un bajorrelieve con los nombres de trono de los faraones más importantes que precedieron a Seti I, segundo faraón de la Dinastía XIX, que se encuentra en la Sala de los Antecesores del templo de Seti I en Abidos, pasa directamente de Amenofis III (nº 73: Neb-Maat-Ra, su nombre *Nesut-Bity*), a Horemheb (nº 74, Dekheser-Kheperu-Ra Setep-en-Ra).

Igual que ocurre con la Lista Real de Abidos, tampoco en la Lista de Saqqara aparecen los nombres de los faraones de la Dinastía XVIII que reinaron entre Amenofis III y Horemheb (Amenofis IV-Akhenatón, Smenkhara, Tutankhamón y Ay), pero también se omite, extrañamente, a aquellos que gobernaron desde la última época de la Dinastía VI hasta mediados de la Dinastía XI, tampoco se cita a los que reinaron entre la Dinastía XII y la XVIII, aunque no está claro si se debe a motivos religiosos o políticos, ya que durante el Segundo Periodo Intermedio gobernaron Egipto los famosos hicsos, de los que nos ocuparemos más adelante. O, simplemente, porque al artista que la escribió no le cabían en la lista todos los faraones, desconocía

el nombre de todos e hizo mal los deberes (quizá no le pagaron el salario y se vengó eliminando unos cuantos nombres. Total, ¿quién va a leer una lista en una tumba?, debió pensar el artista).

Pudo suceder cualquier cosa para explicar esta omisión, que tampoco los parientes del difunto de turno, en cuya tumba se escribían a veces listas de gobernantes, debían estar para muchas comprobaciones. O que el difunto, aún vivo, tampoco se fijó mucho en la decoración de su última morada de millones de años, nombre que recibían las tumbas en el antiguo Egipto.



Antes de entrar en el tema

Lo maravilloso de aprender algo es que nadie puede arrebátárnoslo.

B. B. King

2.1. *Magia del nombre y faraones inexistentes*

Una de las cosmogonías más importantes de Egipto era la que relacionaba al dios de Menfis, Ptah, con el momento de la creación. La labor de este extraño dios mumiforme de color azul también tenía su conexión con todo lo relacionado con el mundo de la escritura y en especial de la palabra. Se decía que Ptah había creado el mundo con el simple hecho de pronunciar el nombre sagrado de las cosas, una idea prácticamente idéntica a la acción de Yahvé en el Antiguo Testamento, que creó el mundo por medio de la palabra (Génesis 1).

Para los egipcios, uno de los elementos espirituales fundamentales de toda persona era el nombre, el *ren*, cuyo signo jeroglífico estaba compuesto por una boca y una ondulación, tal vez la representación de un sonido o una vibración.

El *ren* era el nombre que la persona recibía al nacer, aunque podría cambiarlo a medida que iba evolucionando o por determinadas circunstancias, como la moda de cambiar a los dioses Atón y Amón en la época de Amarna.

Se creía que el *ren* viviría mientras el nombre fuese pronunciado, lo que explica los grandes esfuerzos realizados para protegerlo, escribiéndolo continuamente en cualquier sitio: trozos de caliza, papiros y monumentos, o bien destruyéndolo en casos de manifiesta enemistad u odio visceral hacia la persona fallecida.

Los egipcios también tenían un nombre secreto que los enemigos no debían conocer, porque era la esencia misma de la persona, su razón de ser y existir. Si un enemigo lo conocía, podría actuar contra su poseedor negativamente, fundamentalmente de dos formas. La primera era dominándolo, de manera que el poseedor del nombre se comportaría tal como el mago o hechicero quisieran, igual que la diosa Isis hizo con el dios supremo Ra, al que obligó a revelarle su nombre secreto, con el que, en los conjuros mágicos, los hechiceros amenazaban a las entidades que deseaban dominar.

La segunda era destruyéndolo. Al borrar poco a poco o de golpe su nombre, la persona o el espíritu desaparecían. Por el contrario, repetir el nombre era, y es, en magia, hacer que algo o alguien vuelva a existir. Crear. Animar. Pero borrar el nombre era negar la existencia para toda la eternidad, mientras que el efecto mágico

de la existencia se conseguía, además de pronunciando un nombre, escribiéndolo. De ahí la creencia de que la escritura tenía (y sigue teniendo) el poder mágico de «crear» y animar aquello cuyo nombre se materializa. Se hace existir en la realidad si se la llama por su nombre. Solo hay que recordar aquella frase: ¡*No me nombres al diablo, que se aparece!* Para conservar este elemento mágico que aseguraba la existencia eterna, se daban numerosos conjuros en el libro *Que mi nombre dure íntegro*, que, según F. Lara, se utilizó en Egipto hasta época romana.

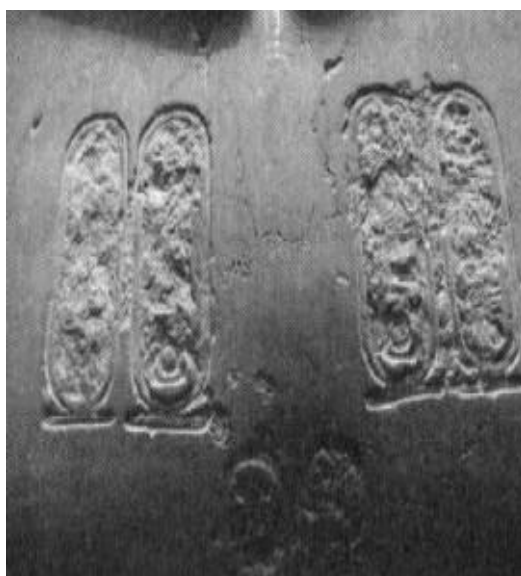
Solo teniendo en cuenta esta creencia del nombre como esencia del ser humano y la creación por la palabra de Toth, tan próxima aún a nuestra propia cultura, se explica, por ejemplo, que el nombre de Hatshepsut fuese tachado o raspado cuidadosamente en algunos lugares de su templo funerario de Deir el-Bahari. O que las tumbas de el-Amarna fuesen cuidadosamente picadas, borrando figuras, escenas y jeroglíficos de la época de Akhenatón. O que los nombres de los sucesores de Amenofis III, hasta Horemheb, no estuviesen recogidos en las listas reales oficiales de los faraones de la Dinastía XIX, tan próximos a la época de el-Amarna, a poco más de un siglo después de su muerte. ¿Por qué? ¿Qué pasó realmente a la muerte de Akhenatón?

La *damnatio memoriae* es una expresión latina que, por extensión, se ha utilizado para culturas anteriores o posteriores a la romana y significa «condena de la memoria», es decir, la supresión total del recuerdo que tiene la comunidad de una persona en concreto, un hecho que, aplicado al antiguo Egipto, se conoce para algunos momentos o personajes, como el citado caso de la reina Hatshepsut y los faraones de la época de Amarna a la que pertenece Tutankhamón.

Mediante esta sentencia, política y mágica a la vez, se eliminaban de los monumentos públicos y religiosos los nombres de aquellas personas que, por alguna razón, no eran gratas al Estado o a algunas personas poderosas. Así, se les hacía desaparecer del recuerdo público, en la creencia de que, de ese modo, también desaparecía su espíritu, al dejar de existir la vibración existencial que la había hecho existir o permanecer. Los factores mágicos que entrañaban la escritura jeroglífica y las representaciones de las imágenes desaparecerían así para siempre, por toda la eternidad. Por lo tanto, al borrar el nombre o la imagen se infligía a una persona el mayor castigo posible: el olvido eterno.

Los casos más conocidos de *damnatio memoriae* o condena oficial al olvido en el antiguo Egipto son los de la mencionada reina Hatshepsut, el del faraón hereje Amenofis IV-Akhenatón, y el de su posible hijo, el famoso Tutankhamón. Los nombres de estos reyes fueron borrados incluso de las listas reales más importantes de la época y olvidados para siempre por los propios egipcios. El otro es Smenkara. Pero este último caso es un embrollo que hay que explicar aparte, entre otras cosas, porque no se sabe si existió o no.

Solo los pocos restos hallados en la Ciudad del Horizonte de Atón, en el poblado de la actual el-Amarna, que los arqueólogos iban poco a poco desenterrando y estudiando en el Egipto Medio, mostraban a estos faraones al asombrado e interesado público moderno, intrigado por los nuevos hallazgos de casas, duchas, bañeras, adobes pintados, grandes espacios llenos de altares y una misteriosa tumba al fondo de un valle perdido entre las colinas que rodean la ciudad, en las que las dos necrópolis de sus habitantes también parecían abandonadas e inacabadas, para estupor de especialistas en historia de Egipto, que comenzaron a generar fantásticas hipótesis, cada cual más extraña que la anterior.



Muestra de *damnatio memoriae* en un torso de una estatua de Akhenatón

Y empezó así a conocerse-esbozarse-imaginarse a todas aquellas personas que allí cohabitaron, por los misterios que tanto sus nombres como sus extrañas figuras, a veces picadas para hacerlas desaparecer, suscitaban. Y, precisamente, eran más famosos por lo poco que se conocía de todos que por lo realmente cierto de su historia, a lo que se sumaba y sigue sumándose paradoja tras paradoja, como la cuestión de la existencia de Tutankhamón y la de sus deformes familiares, posibles deudos, fieles servidores, queridos amigos y famosos contemporáneos. Porque paradoja es que sean tan conocidos personajes de los que casi todo lo que se dice son suposiciones, leyendas, conjeturas, teorías... Nada en concreto parece sumarse a una escasa realidad tras muchos años de conjeturas y teorías pero, sobre todo, de mucha fantasía y de múltiples leyendas urbanas. Nada en concreto, pues. Pero bonito. Eso sí. Cuanta más fantasía y leyendas, mejor para huir del aburrimiento cotidiano. La tremenda y desconcertante paradoja de la Historia que suele inventarse, fábulas para entretener al gran público. Hablar mucho de lo que no hay ni un solo dato.

Puesto que se sabe bien poco, no pasa nada si alguien se inventa algo. Se pone delante de cualquier información el término «posiblemente» y se hace de la

imaginación una hipótesis de trabajo.

2.2. La maraña de lo poco que se sabe

Imaginación y posibilidades fantasiosas aparte, podría aducirse que algo de todo lo que se dice de Tutankhamón y su familia es cierto. Algunos de los personajes de Amarna están bastante bien definidos y estudiados. Pero también habría que recordar de inmediato que lo poco que se sabe de todo y todos está tan enmarañado que lo cierto es que no se sabe nada con absoluta seguridad.

Y volvemos a empezar. Descripción. Análisis. Personajes. Conclusiones. ¿Conclusiones? Más bien, conjeturas. Hipótesis. Teorías... Humo de nada es igual a nada. O a humo, que para el caso es lo mismo.

Porque de Tutankhamón se conocen muy bien su tumba y los objetos que en ella se encontraron, pero muy poco de las circunstancias vitales del joven en ella enterrado. Su maltrecha momia, desprovista de los vendajes que guardaban su intimidad, que no su integridad, ha sido modernamente troceada, manipulada, recompuesta, escaneada, analizada hasta la saciedad. Y algunos trozos hasta perdidos o deshechos. Un cuerpo sagrado que nadie hasta entonces había podido tocar sin permiso fue manoseado posiblemente más que el del más humilde de sus esclavos. Y todo ello para tratar de averiguar quién era el joven señor que ya nada ve, cuántos años tenía, de quién era hijo, cómo murió. Si pudiera volver a mirar a su alrededor, volvería a morirse, pero de pena por cómo le han tratado. ¡No me extraña que se diga que maldijo a sus descubridores! Otra leyenda que añade morbo a su tumba y a sus restos: la de la maldición de los faraones.

¿Pudo su momia ser rodeada a propósito de invisibles microorganismos letales para los vivos? ¿Bacterias latentes asesinas, reactivadas por la luz? ¿Espíritus maléficos dirigidos por la vibración secreta y eterna de los conjuros rituales?

¿Pudieron las maldiciones escritas en los ladrillos mágicos que acompañaban a la momia actuar y acabar con los primeros visitantes, casi tres mil años después del entierro?

Nadie lo sabe con certeza. Así pues, el misterio continuado envuelve, piadoso, el cadáver de Tutankhamón destrozado por los investigadores. Reverente. Protector. Como si los ennegrecidos restos del joven se vengasen de los irrespetuosos especialistas que los manosean, negándoles el ansiado éxito en sus pesquisas a causa de su manejo poco cuidadoso de los sagrados despojos regios.

La corta historia de este personaje, sobre todo su temprana muerte, atrae y conmueve por los escasos detalles que revelan las circunstancias de su entierro. Por eso los objetos de su tumba tienen voz. La voz callada de la historia, que se escapa a retazos de unas flores secas depositadas sobre el umbral, en el suelo, o sobre la

momia misma, sobre su blanco sudario. La narración que se oye como un susurro doliente surgiendo desde los mínimos pliegues de una blanquísima y cuidada ropa interior (sí, los calzoncillos del faraón), o se descuelga desde una pequeña silla infantil, que escuchó los primeros balbuceos del deseado bebé varón, único en un emocionado harén real, hasta entonces solo repleto de risas y llantos de niñas o hijos de concubinas, incluso de reinas «menores», pero no de la Gran Esposa Real. O la dura realidad de unos bastones de discapacitado que parecen revelar la profunda tristeza del que posiblemente fue el ansiado heredero varón de Akhenatón, el faraón del disco solar, herido o deforme por la enfermedad, tal vez producida por un maligno gen familiar, activado por la endogamia de la familia real.

Y hasta se cree escuchar, misteriosa, la leyenda de unos malos partos, generada por las pequeñas momias de fetos o neonatos deformes que acompañan al Más Allá al joven faraón difunto. Tampoco se sabe quiénes son. Tal vez sus hijas, porque ambas criaturas son niñas. Pero hay quien opina que son el resultado de dos horribles sacrificios humanos, que aún se realizaban en aquel tiempo, y que los pequeños cadáveres acompañaron al rey a su última morada, añadiendo efectividad y fuerza eternamente resentida a los mágicos *ushebtis* (figurillas mágicas que se depositaban en las tumbas) de servidores y guardianes del dorado rey-niño.

Nadie que llegue a Egipto olvida ir a verlo, a compadecerlo y admirarlo. Y visita su tumba en el Valle silencioso. Y examina minuciosamente, con curiosidad que no se molesta en disimular, los cientos de bellísimos objetos personales del joven, enterrados con él ayer, perfectamente conservados por el tiempo, ahora depositados y expuestos en el Museo de El Cairo, lejos del cadáver de su dueño, que no podrá usarlos en el Más Allá, como se suponía al ponerlos al lado de la regia momia en su repleta tumba del valle de la muerte.

Tutankhamón es, por lo tanto, un personaje histórico que, al menos para la civilización actual, marcó un antes y un después en el conocimiento del antiguo Egipto. Por eso se ha elegido su muerte como punto de referencia para investigar la época en que vivió y las circunstancias que lo rodearon, algo que se tratará de esclarecer en las páginas que siguen, como el lector verá, con mayor o menor fortuna, escarbando entre datos supuestos y múltiples teorías, si no irreales, sí cargadas de imaginación y leyendas, interpretaciones médicas, psicológicas y culturales que tal vez tengan poco de realidad. Pero esa es la humildad del re creador de la historia de la antigüedad: su desconocimiento de la mayor parte de aquello que intenta narrar. Explicar. Revivir en suma. La imaginación es a veces mayor que el dato en sí. Aunque a menudo son tantas las teorías suscitadas por esos escasos datos que todo se torna una enmarañada madeja de hilo sin fin.

La Historia Antigua, no solo la de Tutankhamón y el antiguo Egipto, sino también la de Babilonia, Hatti o Canaán, países compañeros de viaje histórico del país del

joven faraón, estimulan la fantasía de muchos autores actuales, hasta el punto de que ahondar en lo que fueron en realidad los personajes que se estudian es a veces tarea imposible, porque es difícil deslindar realidad y fantasía, cotilleos interesados, invenciones y leyendas, del puro dato científico. Pero esta obra es más que un tratado de Historia Antigua o la historia cierta de un personaje. Y no se ha eludido la imaginación. Creo sinceramente que, puesto que a menudo la realidad supera a la ficción, es muy posible que relatar la ficción que recrea la imaginación del escritor pueda a veces acercarle a la verdadera historia de sus personajes. A sus sentimientos más escondidos. En suma, a su ignorada realidad vital, que parece asomarse a los ojos de las máscaras funerarias de las momias, humedeciendo con lágrimas de agradecimiento las brillantes esferas de vidrio que recrean sus ojos, observadores vivos en la nada del Más Allá.

Para los antiguos egipcios, esos ojos representados en los sarcófagos que miran de frente al espectador actual como en su tiempo miraron serenos a la muerte que se les acercaba, estarán vivos por toda la eternidad, porque les han sido devueltos mágicamente a los difuntos en las ceremonias rituales de su entrada en la tumba, igual que se devolvió su ojo al dios Horus, el halcón. Así lo recuerda, según Lara Peinado, una de las fórmulas «para salir al día» del capítulo 64 del *Libro de los Muertos*:

«Mira: Te he sido agradable. Le ha sido devuelto el ojo al poderoso, de manera que su rostro se ilumina al romper el alba».

Tutankhatón, que cambió su nombre a Tutankhamón, fue un faraón menor. Así que debemos preguntarnos: si en la tumba de un rey tan poco importante había semejantes tesoros, ¿qué guardarían las tumbas de los grandes faraones, como Tutmosis III o Ramsés II? La imaginación llena a menudo las lagunas que la Historia deja vacías. Y de este faraón, salvo lo que desvelan los objetos que le acompañaron en su sueño eterno, se sabe poco. Y muy poco también es lo que se conoce de su familia directa. Pero los objetos que le rodeaban nos aproximarán al Egipto de su época, a la historia de su posible familia, a los hechos reales que acontecieron a su alrededor, tanto en Egipto como en los países vecinos. A las circunstancias que originaron su fugaz existencia, a su vida y su muerte, así como a saber qué pasó después de ese momento en Egipto y en el Próximo Oriente.

Eslabón de una dorada cadena de faraones importantes que llenaron Egipto de oro, influencias, intrigas y poder, Tutankhamón lo es también de una larga lista de misterios que los curiosos visitantes de los museos que guardan los restos de su época y muchos investigadores siguen deseando resolver sin conseguirlo. Los ojos de la máscara funeraria del dorado faraón se niegan a revelar los desconocidos secretos que no logran desvelar ni las excavaciones ni los modernos estudios de genética. Su

origen, su vida, y la causa de su muerte son solo algunos de ellos.

El misterio de Tutankhamón sigue sin ser desvelado completamente, lo que le hace aún más atractivo a los ojos y la imaginación de los aficionados a la Historia del Antiguo Egipto. En estas páginas veremos lo que pudo ser solo parte de la verdadera historia del rey y su época. Pero antes de meternos en harina es necesario hacer una salvedad acerca de la cronología, para que nadie se llame a engaño. Ni una sola de las fechas que se manejan es verdad. Ni mentira. Es otro lío. Ni eso de las Dinastías era cierto. Así que, brevemente, pondré al día a los lectores interesados, rogándoles, una vez más, que disculpen lo poco que se sabe de cierto en Historia Antigua y acepten con paciencia y resignación esos «posiblemente» con los que se piensa llenar este libro. Ciencia-ficción e imaginación, sumados a algún «posiblemente...», a algún «a lo mejor», sí son Historia Antigua verdadera.

2.3. La cronología de la Antigüedad: más falsa que Judas

O más liada que la sandalia de un romano, con perdón de las pobres sandalias y del propio Judas, que hay quien lo reivindica, por aquello de que fue injusto su papel de traidor, que él no se lo buscó, y que podían habérselo dado a otro.

El problema de la cronología absoluta de los hechos del mundo antiguo es que Cristo no existía para poner fecha a los acontecimientos anteriores a él, y hubo que apañárselas como se pudo. Sin embargo, tampoco la Era Cristiana proporcionó una solución unánime, porque chinos, judíos y musulmanes y muchos más van cada uno por su lado respecto a cuándo se creó el mundo y cuál es el primer día del año. Esto está muy bien en una sociedad multiétnica, porque pueden celebrarse seis y siete comienzos de año en una ciudad muy poblada, pero es un auténtico caos cuando intentamos tener fechas absolutas en las que todos estemos de acuerdo.

2.4. La fijación de la cronología absoluta en Mesopotamia

En el año 1870, Henry Creswicke Rawlinson y George Smith publicaron por primera vez lo que ellos numeraron como tablilla 63, (*Enuma Anu Enlil* Tablet 63), la «Tablilla de los movimientos del planeta Venus y sus influencias», que años después fue reconocida como una auténtica maravilla, una genial «chuleta», regalo de la casualidad, para fijar la cronología absoluta de la I Dinastía de Babilonia, cuyo sexto rey fue Hammurabi, muy conocido por la estela con su código de leyes grabado en ella y que se conserva en el Museo del Louvre.

Con ella y con esta Dinastía babilónica, la amorita, y con la ayuda de sincronismos con otros monarcas antiguos de Mesopotamia durante ese periodo, el

astrónomo alemán Franz Xaver Kugler supuso que podría establecerse la cronología absoluta de las civilizaciones antiguas con respecto a la Era Cristiana, porque dicha tablilla, conocida como *Tablilla de Venus de Ammisaduqa*, del siglo VII a. C., descubierta en la biblioteca del rey asirio Asurbanipal en Nínive (Mosul, en el Iraq actual) y conservada en el Museo Británico, es copia de un texto babilonio unos mil años más antiguo.

Hasta aquí, nada de especial. Pero sí lo fue cuando este astrónomo y otros investigadores se dieron cuenta de que la tablilla recoge observaciones astronómicas sobre el planeta Venus, realizadas durante el reinado del rey Ammisaduqa de Babilonia, cuarto sucesor de Hammurabi I (1792-1750 a. C. en cronología media).



Tablilla de Venus de Ammisaduqa, en el Museo Británico.

En 1912, Kugler consiguió identificar el «año del trono dorado» (nombre de año utilizado por los babilonios como sistema de datación) como el octavo año del reinado del ya mencionado rey Ammisaduqa. A partir de la datación hecha por los astrónomos de las observaciones astronómicas del planeta Venus descritas en la tablilla, y conociendo la duración del reinado de cada rey de dicha Dinastía gracias a las listas reales mesopotámicas que se conservan, es posible situar exactamente en el tiempo el octavo año del reinado de Ammisaduqa y, por lo tanto, al resto de reyes de la I Dinastía de Babilonia, entre ellos su abuelo Hammurabi, que se instituyó como «kilómetro cero» de toda la cronología antigua. Y los astrónomos organizaron una fiesta y bailaron y cantaron y rieron y se felicitaron. Porque la tablilla registra los momentos de la subida de Venus y su última y primera visibilidad en el horizonte antes del amanecer y el atardecer (orto helíaco de Venus), en forma de fechas lunares y durante un periodo de veintiún años.

Pero pronto, otros astrónomos con malas pulgas aguaron la fiesta afirmando que

ese fenómeno astronómico estaba mal datado respecto a la Era Cristiana. Desde entonces, los felices astrónomos y sus picajosos colegas no se han puesto de acuerdo en la datación ni en la tablilla de Ammisaduqa ni en Venus ni en nada, porque los más críticos afirman que en la tablilla y su texto hay lagunas y el texto escrito en ella es muy ambiguo. Veamos un ejemplo. La tablilla dice, entre otras cosas:

«Año 1 sale Venus baja en Shabatu 15 y después de 3 días se levanta en Shabatu 18. Año 2 por encima Venus desaparece en Arahsamnu 21 y después de 1 mes el día 25 aparece en Tebetu W 16».

El caso es que no se ponen de acuerdo. Ni en el texto ni en qué quiere decir «sube» o «baja Venus» y qué es Shabatu y otros nombres más, que parecen mal transcritos en lengua acadia-babilonia. Y así, después de tantas discusiones, en lugar de una sola fecha para Ammisaduqa, tenemos al menos cinco, que, por simplificar, reduciremos a las tres principales:

- 1702 a. C. en una cronología alta.
- 1646 a. C. en una cronología media.
- 1582 a. C. en una cronología baja.

Estas diferentes cronologías son motivo de intenso debate, ya que hay buenos argumentos que apoyan a cada una de ellas. Y aún hay, además, una cronología ultralarga y otra ultracorta para contribuir a liar más las cosas.

Dicho de otra manera: por la tablilla de Venus se conoce la posición del planeta Venus en el firmamento durante el primer año de reinado del rey Ammisaduqa de Babilonia, nieto de Hammurabi. Los astrónomos informan que Venus estuvo en esa posición en 1646 a. C. Gracias a que se conocen todos los reyes de la Dinastía de Hammurabi y el número de años que reinaron, se pueden establecer las fechas del reinado de Hammurabi a partir de la fecha de este fenómeno astrológico en época de su nieto, con lo que si el nieto, Ammisaduqa, reinó veintiún años, y teniendo en cuenta que su primer año de reinado fue el 1646 a. C., las fechas de su reinado serían 1646-1626 a. C. en la cronología media; 1702 a. C. según una cronología alta; y 1582 para una cronología baja, como se ha expuesto más arriba.

- Ammiditana, reinó 37 años, entre el 1683 y el 1647 a. C. (sumando y restando años a la fecha de su hijo dan otras tres fechas, alta y baja respectivamente).
- Abi-eshuh, reinó 28 años, entre el 1711 y el 1684 a. C.
- Samsuiluna, reinó 38 años, entre el 1749 y el 1712 a. C.
- Hammurabi, reinó 43 años, entre el 1792 y el 1750 a. C.

Al final, se decidió que fuese Hammurabi el hito o «kilómetro cero» de las cronologías de la Antigüedad. Particularmente, en mis manuales de Historia Antigua del Próximo Oriente siempre me he decantado por la cronología media, que sitúa a Hammurabi en 1792-1750 a. C. y, partiendo de esa referencia, ubica a los demás

reyes antiguos. Un poco lioso, pero nos vamos apañando, aunque siempre aparecerá alguien que propondrá emplear la cronología larga, la corta o cualquiera de las dos más extremas. Pero no acaba aquí el problema, porque en el caso de la cronología del antiguo Egipto es aún peor.

2.5. La cronología egipcia, más liada todavía

No queda más remedio que referirse a este tema, porque a menudo se presta a confusión. Y entre los aficionados, que creen que todas las noticias que les dan en Historia Antigua son tan ciertas como seguras, el lío inicial suele ser tremendo.

Para empezar, hay que decir que los antiguos egipcios no utilizaron un único sistema para fechar. Iban a su aire. Lo que les preocupaba verdaderamente era si el Nilo crecía o no, si habría cosechas o no, inundación o sequía. Fuera de Egipto, no existía nada que mereciese ser tenido en cuenta. No obstante, haciendo un gran esfuerzo, algunos sabios hicieron listas de reyes, que, como decíamos al referirnos a Akhenatón, a veces se saltaban a quien les caía mal. Es decir: ninguna lista está completa del todo y además, después de tres mil años de historia y unos dos mil más desde el comienzo de la Era Cristiana hasta el día de hoy, tampoco se aclara uno mucho. Por ejemplo, al llamado Canon o Papiro Real de Turín le faltan partes del texto, mientras que otros documentos, aunque están mejor conservados, no proporcionan una lista completa de reyes, pues suelen ignorar algún periodo corto de la historia egipcia.

Hacia el siglo III a. C., Manetón, un sacerdote egipcio, a petición del primer rey Lágida, Ptolomeo I, heredero de Alejandro Magno en Egipto, agrupó a los reyes en Dinastías o familias (por cierto, el nombre «faraón» significa «el que vive en la casa grande», *Per-aa*). La obra de Manetón nos ha llegado a través de las citas que hacen de él escritores posteriores, como Eusebio de Cesarea, Sexto Julio Africano, Flavio Josefo y Sincelo. Lamentablemente, las fechas para un mismo faraón varían, a menudo sustancialmente, dependiendo de la fuente intermedia entre Manetón y el historiador que lo cite. Para liar más la cosa, se desconoce la duración exacta de los reinados de casi todos los reyes de Egipto. En cuanto a los sincronismos astronómicos, por aquello de que a lo mejor entre la Tablilla de Ammisaduqa y algún eclipse egipcio se podía apañar algo, resulta que los egipcios se guiaban por el ciclo de Sothis (o Sotis, sin h). El orto helíaco de Sotis (o Sirio), hace referencia a la primera aparición en el horizonte de esta estrella de la constelación de Orión después de un periodo de invisibilidad. Este fenómeno coincidía cada 1460 años con el calendario civil egipcio, de manera que los egipcios podían corregir la desviación de su cronología oficial mediante la observación de este hecho, igual que en la actualidad corregimos la desviación entre año oficial y año astronómico añadiendo un

día más (año bisiesto) cada cuatro años. Gracias a este fenómeno, el egiptólogo Richard A. Parker afirmó que las fechas de la Dinastía XII se podrían fijar con precisión.

Sin embargo, investigaciones más recientes, como las de Donald Redford, han debilitado esta teoría, y cuestionan muchas de las suposiciones habituales del ciclo de Sotis. Pero Redford es uno solo, entre otros muchos egiptólogos, que ignoran el ciclo Sotiaco y prefieren basarse en sincronismos con Asiria a la hora de establecer una cronología. Y así, volvemos al principio de nuestro camino, a la tablilla de Ammisaduqa que provocaba el lío inicial en Mesopotamia. Y volvemos al problema de las cinco cronologías diferentes. Así que, para no perderme, regreso a Hammurabi y a la cronología media y vuelvo a orientarme.

2.6. El ciclo de la brillante diosa del Año Nuevo

Cuando Heródoto afirmaba que «los egipcios fueron los primeros de todos los hombres que descubrieron el año, y decían que lo hallaron a partir de los astros» (*Historias* II, 4), el historiador de Halicarnaso se refería, obviamente, a que sus astrónomos, que los había desde las primeras Dinastías, habían inventado el calendario y el año de 365 días, uno de los legados más importantes a la Humanidad de la civilización egipcia. Lo que Heródoto no dice es si él se refería al invento del calendario solar o al lunar. Porque los egipcios usaban dos calendarios. O tres, si se admite un denominado «calendario lunar antiguo». ¿Para qué iba a ser algo fácil en el país del Nilo?

El Papiro Matemático Rhind, del Segundo Periodo Intermedio, es el primer texto egipcio que menciona explícitamente el número de 365 días del año, un calendario civil sencillito, conocido desde, por lo menos mil años antes, a juzgar por los indicios que han llegado hasta nosotros.

Hasta aquí, vamos bien. Pero, en realidad, todo era un poquitín más complicado. Puesto que el año civil egipcio contaba con tres estaciones de cuatro meses de treinta días, es decir 360 días, y, por otro lado, los astrónomos habían establecido mediante las observaciones de la brillante estrella Sothis y su orto helíaco que el año duraba en realidad 365 días, se dispuso una verdadera chapuza inventando cinco días extra a los que llamaron *epagómenos* (en egipcio, *Heru-Renpet*, «los que están por encima del año», o *Mesut-Necheru*, «del nacimiento de los dioses», porque se suponía que en estos cinco días habían nacido los dioses Osiris, Horus, Seth, Isis y Neftis). Aunque aquellos pocos días no formaban un «mes» propiamente dicho, en copto sí se les dio más tarde el nombre de *Piabot Nkoyxi* («pequeño mes»), que iba del 24 al 28 de agosto. Unos días «extra» para cuadrar el año solar, que la leyenda de Heliópolis narraba en relación con su dios Atum, Ra, el Cielo, la Tierra y el Aire. Repito: una

chapucilla. Y le echaron la culpa a Atum, a Ra, a la colina primordial y a todo el que se puso por medio. Un relato sagrado que era, más o menos, como veremos a continuación.

2.7. La leyenda de Heliópolis

Cuando, en el principio del mundo, aún no existía nada, todo estaba mezclado en un caos oscuro y amorfo, sumido por un océano caótico, el Nun, donde se encontraba el potencial de vida, pero sin tener consciencia de su ser (o sea, que no sabía que estaba vivo o era un «vivo tontorrón»).

El único listo era el dios Atum, que estaba también diluido en aquel abismo y se dio cuenta de que era toda una potencia, con fuerza creadora propia. Y Atum gritó y dijo: «¡Ven a mí!». Y vino Ra, y surgió del abismo una colina primordial que estaba situada en un lugar llamado «La Tierra Alta», ubicada en el templo del Sol, en Heliópolis, cerca del actual El Cairo. En realidad, hoy en día Heliópolis es un barrio cercano de la capital, próximo al aeropuerto. Este fue el primer trozo de materia sólida, de forma piramidal (denominada *Benben*), cuyo culto tenía lugar en un misterioso lugar, al que los textos heliopolitanos denominan «Hut-Benben», (casa del *Benben*).

Atum era llamado «El que se creó a sí mismo» y «El gran Él y Ella», lo que significa que era andrógino. Y creó como pudo, autofecundándose, masturbándose o haciendo el amor con su propia sombra el pobre, que no había nadie allí con quien ligar, tan solo como Adán en el Paraíso Terrenal, pero sin un Yahvé a quien pedirle una Eva con quien pecar. Total, que valiéndose de su mano o su boca (le llegaba el falo a ella, según parece), nació el mundo a partir de su semen, su vómito o su estornudo.

La leyenda continúa afirmando que Atum se diversificó y creó luego los primeros principios, uno femenino y otro masculino, una primera pareja (símbolos de creación y generación) formada por el aire, Shu, el movimiento espontáneo; y su esposa, Tefnut, la humedad, que serían los padres de todos los dioses. Estos, a su vez, engendraron a Nut, la bóveda celeste, y a Geb, su esposo, personificación de la tierra, que la fecunda. En otras versiones del mito, estos primeros dioses emergieron del océano Nun, en lugar de ser creados sobre la colina, considerándolos protectores de su padre Atum.

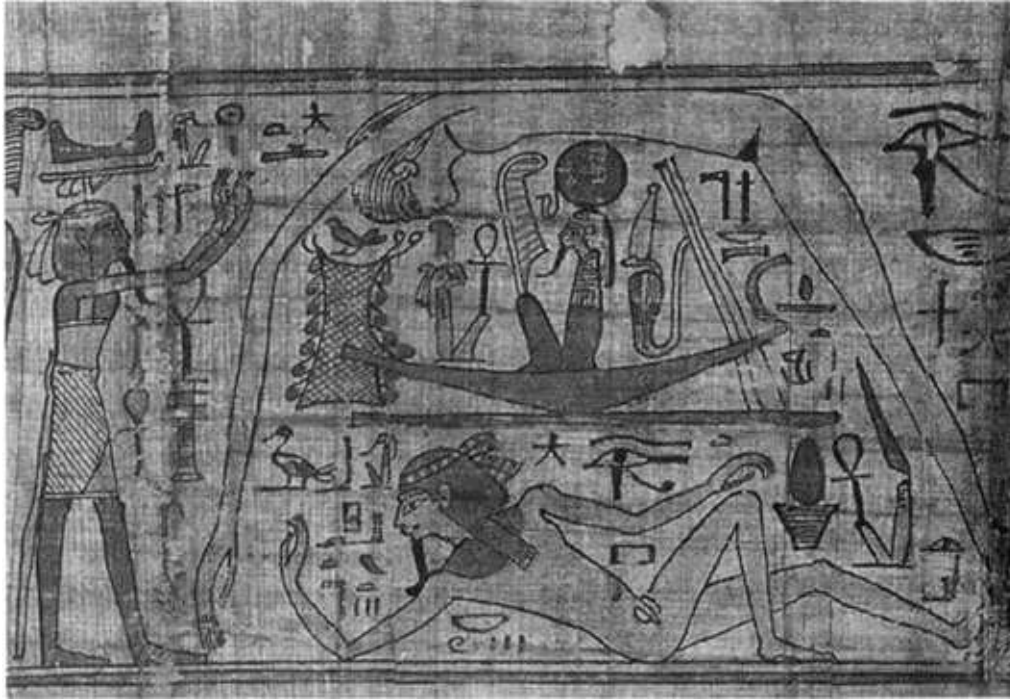
Ocurrió entonces que Ra (o Shu, según la versión), celoso, había prohibido a su hija Nut que se casara con Geb, pero ella desobedeció, quedándose embarazada. Entonces Ra prohibió a los meses del año que permitieran que Nut diese a luz y ordenó al aire, Shu, que los separara para que no pudieran estar unidos. De este modo, Geb permaneció tumbado en el suelo y Nut se arqueó sobre Geb, mientras que

Shu, situado entre ambos, conseguía el espacio necesario para la existencia de los seres vivientes y la luz. Según el relato de Plutarco en *De Iside et Osiride*, el dios Thot, intercediendo por ellos, desafió al dios lunar Khonsu a una partida de *senet*, un juego parecido al backgammon, muy popular en el Antiguo Egipto, pidiendo tiempo a cambio cada vez que le venciese. Y así, Khonsu dio tiempo y luz de luna por cada partida perdida, de manera que ese fue el origen de las fases lunares y de los días *epagómenos* «los que están por encima del año», necesarios para que no hubiese un desfase en el calendario. Aprovechando estos días extras, y sin violar la prohibición de parir durante los meses, la diosa pudo dar a luz a sus dos pares de gemelos, que nacieron «fuera del tiempo normal», mágico. Primero nació Osiris, que se casó con Isis, de cuya unión nació Horus el Joven, ascendiente directo del rey; y luego Seth, que se unió con Neftis, ambos estériles.

Pero los sacerdotes necesitaban una divinidad más unida al mito a fin de cumplir los cinco días *epagómenos*, ya que el primer día nació Osiris, el cuarto su esposa Isis, Seth el tercero y Neftis el quinto. Así pues, los sacerdotes introdujeron para el segundo día el nacimiento de Horus el Viejo, vengador de Osiris, dios supremo del Alto Egipto, completando de este modo el ciclo de cinco días. Horus era el fruto de las relaciones que habían mantenido en el seno materno el dios Osiris y la diosa Isis. Por lo tanto, al haber nacido de Nut, era a la vez hijo y nieto de esta, así como hijo y hermano de Isis y Osiris. Se obtiene así el mecanismo para incluir al dios Horus en el mito osiriaco, creando una Dinastía que conseguía justificar a ambos dioses Horus, originando un nexo de unión entre el mito cósmico y el monárquico que terminará con la divinización del rey y, en el caso concreto de Amarna, de Akhenatón y Nefertiti, partes femenina y masculina del Atón, tal como veremos más adelante.

2.8. El calendario egipcio

En el calendario civil egipcio, las semanas no eran de siete días, como las nuestras, sino de diez, por lo que cada mes de treinta días tenía tres semanas exactas y cada año treinta y seis semanas, siendo el festivo el décimo día de cada semana.



La diosa Nut se arquea mientras Geb permanece tumbado debajo de ella.

Además, dividían el año en estaciones, que correspondían a la crecida del Nilo, *Axt* (*akhet*, «inundación», finales del verano y otoño); la siembra, *prt* (*peret*, «salida» o crecimiento, invierno y principio de la primavera); y cosecha, *smw* (*shemu*, «sequía», finales de la primavera y principio de verano). En algunas épocas, los meses que comprendían cada estación se numeraban (I, II o III *akhet* por ejemplo) y los días del mes no tenían en principio ningún nombre, sino que, simplemente, se numeraban de uno a veintinueve, excepto el día 30, denominado *arq*.

A partir del Imperio Nuevo, los meses del calendario civil tuvieron nombre propio, tal como puede verse en el cuadro número 1.

Cuadro n.º 1: Los meses egipcios durante el Imperio Nuevo

Mes	Nombre egipcio, copto y griego	Fecha actual
I Akhet	Dyehuty, Thot, Thot	29 de agosto - 27 septiembre
II Akhet	Pa-en-Ipat, Paope, Paofi	28 de septiembre - 27 octubre
III Akhet	Hut-Hor, Hator, Athyr	28 de octubre - 27 noviembre
I Peret	Ta-Aabet, Tobe, Tybi	27 de diciembre - 25 enero
II Peret	A-en-Mejer, Meshir, Meshir	25 de febrero - 26 marzo
III Peret	Pa-en-Amon-Hetep, Paremhotep, Famenat	25 de febrero - 26 marzo
IV Peret	A-en-Renenutet, Parmoude, Farnuti	27 de marzo - 25 abril
I Shemu	Pa-en-Jonsu, Pashons, Pajon	26 de abril - 25 mayo
II Shemu	Pa-en-Enet, Paone, Payni	26 de mayo - 24 junio
III Shemu	Apep, Epep, Epifi	25 de junio - 24 julio
IV Shemu	Mesut-Ra, Mesore, Mesore	25 de julio - 23 agosto

2.9 Sotis-Sirio y su ciclo helíaco

Sotis o Sothis, «Brillante del año nuevo», es la estrella Sirio, muy importante para la economía egipcia, pues anunciaba la crecida del Nilo, a la que identificaban con la diosa Sopdet. Según Plutarco, Sotis era *el Alma de Isis, llamada Perro* por los griegos. La diosa Sopdet solía ser representada como una mujer, tocada con la corona blanca del Alto Egipto, una estrella, la cobra real (*uraeus*) y dos cuernos en forma de lira o dos plumas. A veces aparece también como un gran perro (símbolo de la constelación de *Canis maior*), y otras como una hembra de milano, que se elevaba en el cielo para ser fecundada sobre el falo de la momia de Osiris.

El nombre egipcio de *Sopdet* significa «(la que es) brillante», una clara alusión al brillo de Sirio, la estrella más brillante del firmamento. La primera aparición de Sirio en el cielo cada año sucedía justo antes de la crecida anual del Nilo. Tanto griegos como egipcios asociaban también la aparición de Sirio con algunas enfermedades propias de los momentos más calurosos del año.

2.10 Qué es el orto helíaco de Sotis

Como ya hemos mencionado, se conoce como orto helíaco de una estrella a su

primera aparición por el horizonte occidental después de un periodo de invisibilidad que suele durar unos seis meses. El orto helíaco se produce durante el crepúsculo matutino, unos instantes antes de que el sol aparezca en el horizonte. Una vez que sale el sol, su brillo oculta la estrella. A partir de ese momento, la estrella será visible cada día durante más tiempo, hasta que, finalmente, pueda ser contemplada en plena noche. En Egipto, el orto helíaco de Sotis-Sirio coincidía con el solsticio de verano, que tenía lugar el 21 de junio, y que también anunciaba la inundación anual del Nilo.

La coincidencia de esta aparición estelar y el comienzo de la inundación que devolvía poco a poco la humedad y, con ella, la vida a los campos de tierra seca, se interpretaba como una manifestación del poder divino. Dado el desfase entre el calendario solar y civil egipcio, el orto helíaco de Sotis tenía lugar en el mismo día en el calendario civil egipcio una vez cada 1460 años. Este periodo recibió el nombre de ciclo sótico. La diferencia entre un año estacional (año solar) y el año civil era por lo tanto de 365 días cada 1460 años, o lo que es lo mismo, un día cada cuatro años, un desfase que el actual calendario occidental soluciona con la introducción de un día extra en los años bisiestos.

2.11 ¿Cuándo reinó la Dinastía XVIII?

Evidentemente, después de todo lo expuesto hasta este momento, a nadie sorprenderá que digamos que tampoco la cronología de la Dinastía XVIII, a la que pertenece Tutankhamón, es muy segura. Los faraones de los que vamos a hablar tienen tantas fechas diferentes como libros de Egipto se han utilizado para fundamentar este trabajo, que son muchos. Por ejemplo, la cronología de la Dinastía XVIII según Vandersleyen y otros autores sería como se muestra en el cuadro número dos.

Además de estas diferentes propuestas, resulta curioso que ni las fechas ni los nombres de los faraones egipcios que forman cada Dinastía coincidan en Manetón, los monumentos egipcios o las listas reales. Además, para sumar aún más confusión, desde hace unos años, se habla ya de las Dinastías 0 y 00, anteriores a la Dinastía I. En cualquier caso, para no cambiar el número tradicional, se optó por añadir ceros antes de la Primera Dinastía, que empezaba con Narmer o Menes.

2.12 Conclusión, reflexión y consejo desinteresado

Las fechas que se utilizarán en este libro serán las de Clayton, aunque alguna vez, en el caso de la familia real de Amarna, se emplearán las de Vanderberg, porque tiene tablas que relacionan a todos los personajes y es más fácil ver cuántos años tienen

unos personajes u otros. En cualquier caso, siempre serán fechas aproximadas. Las obras están citadas en la bibliografía incluida al final del libro.

La reflexión que se puede hacer de todo lo expuesto es que es muy fácil perderse, y para reorientarse se utilizan dos métodos: o bien se acude a las largas listas de nombres y fechas de un autor y se sigue solo a este, o bien se pierde uno tranquilamente. Sin rubor ni vergüenza, puesto que ni egiptólogos ni asiriólogos se ponen de acuerdo y hay que procurar sobrevivir, que no es poco, en medio del marasmo cronológico-terminológico de la Historia Antigua del Próximo Oriente y Egipto.

Ese es el consejo desinteresado que se ofrece a quien quiera que las fechas no le confundan: anímese a perderse desde el principio, para que nadie le tome el pelo. Ríase usted primero. Y desde luego, siempre que alguien le diga que una fecha del mundo antiguo es segura, salga corriendo. Ese que habla es un aficionado que lo sabe todo o un profesional imprudente. Los profesionales, siempre que sean prudentes, harán lo que dice el historiador E. H. Carr en su magnífico libro *¿Qué es la historia?*:

«Cuando me siento tentado, como me ocurre, a veces, de envidiar la inmensa seguridad de colegas dedicados a la Historia Antigua o Medieval, me consuela la idea de que tal seguridad se debe, en gran parte, a lo mucho que ignoran de sus temas».

O bien aquella bonita respuesta que escuché de labios de un colega asiriólogo en Babilonia, hace años, cuando le pregunté quiénes eran los sumerios. «Eso es una cuestión abierta», me contestó en inglés, que en román paladino significa: «*Ni idea, Dra. Vázquez. Sencillamente, no se sabe*». Pero, entre tanto desconcierto, el Nilo sigue fluyendo.



El Próximo Oriente en el año 1325 a. C.

Nada puede descifrarse de la nada.

C. W. Ceram, *El misterio de los hititas*

3.1. La lucha por la hegemonía

En un momento crítico para el Próximo Oriente antiguo, a mediados del siglo XIV a. C., la posición del rico y misterioso país llamado Egipto, ubicado a lo largo del curso del Nilo, en el norte de África, era azarosa e incierta, debido sobre todo a las ambiciones de las grandes potencias emergentes en Anatolia, los hititas de Hatti y la actual Siria, como Mitanni, los pequeños y fluctuantes Estados de la actual costa sirio-libanesa y los grandes Imperios mesopotámicos: Asiria y Babilonia.

Todos luchaban entre sí. O aunaban sus esfuerzos para dominar las grandes zonas de cultivo y sobre todo las grandes vías de comunicación y comercio que desde hacía siglos disputaban al Egipto del Imperio Nuevo, en pugna desde hacía ya tiempo con los poderosos Estados mesopotámicos citados: Asiria al norte y Babilonia al sur, cuyas relaciones con Egipto eran así mismo fluctuantes e interesadas. Y buscaban extender su poder, riquezas y tierras hasta el Mediterráneo a costa del país de los faraones y, sobre todo, de su oro, que, como amigos y clientes, les hacían llegar los reyes de Egipto. Pagos y regalos que a todos interesaban.

Muchos contra todos y todos contra uno, luchaban en la distancia contra Egipto, sin duda el más misterioso y rico de los Estados que participaban en la gran partida de la historia de aquella extensa región en aquellos momentos. Unos países o sus gobernantes le adulaban y le traicionaban a la vez. Otros le envidiaban y conspiraban para terminar con su predominio político y económico. Algunos más le admiraban sinceramente y procuraban mantenerse en su área de influencia, pensando que las migajas que caían de su bien provista mesa les saciarían, cubriendo todas sus necesidades, que en el fondo no eran ni muchas ni muy grandes.

3.2. Jugando al despiste

Pero otros pueblos querían hacer suyo todo el banquete del que disfrutaba el país del Nilo y no repartirlo con nadie. Ni grande ni pequeño. Tal parecía ser el caso de los hititas de Hatti, el poderoso Estado del centro de Asia Menor-Anatolia, que buscaba extenderse hacia el sur, hacia Canaán. Sin embargo, los hititas empezaron yendo al sureste, hacia Babilonia, la rica ciudad-estado mesopotámica que dominaba la mitad

sur del actual Iraq, situada en origen a orillas del caudaloso río Éufrates, y que los antepasados de aquellos hititas ya habían devastado hacía algunas generaciones. Aunque en aquella primera ocasión robaron y destrozaron a su antojo, no se quedaron sin embargo a dominar el territorio, como tampoco lo habían hecho en Babilonia y su región.

Pero ahora, los avispados hititas anatolios, tal vez más listos sus reyes que los del pasado, o más necesitados de riquezas, tan abundantes tanto en Babilonia como las que llegaban continuamente a su importante puerto fluvial, lo habían pensado mejor. Y decidieron repetir la aventura de la invasión, dejando su alta meseta de Asia Menor-Anatolia, y aventurándose de nuevo hacia el sur de Mesopotamia, aunque en esta ocasión su intención no era únicamente robar y destrozarse.

Porque esta vez querían convertir la gran potencia fluvial en reserva económica de Hatti, hacer de ella un Estado vasallo, similar a los muchos que componían su gran Imperio anatólico, extendido a Siria-Canaán y, si era posible, al sur de Mesopotamia sur. Como quien dice, pretendían montarse una gran finca para pasar los fines de semana, a orillas del soleado Golfo Pérsico, una región muy importante, sobre todo porque era la llave que abría la puerta al comercio del lejano Oriente y sus exóticas y carísimas mercancías: marfiles, oro, piedras preciosas, esclavos, metales «normales» o «no preciosos» como el estaño o el hierro que se estaba poniendo de moda... casi nada.

Los hititas intentaron que sus también poderosos vecinos mitannios y asirios de Mesopotamia norte no les disputasen la apetecible finquita del sur de Mesopotamia que buscaban dominar con disimulo, porque, en realidad, era un magnífico almacén de posibilidades económicas, al que se acercaban, silbando, con las manos en los bolsillos, como quien no quiere la cosa y música de *Bailando bajo la lluvia*.

3.3. *Mándame una novia guapa*

Solo había algunos problemillas que solventar antes de quedarse con toda la finca a orillas del Tigris y el Éufrates. Uno de ellos era que los reyes babilonios no se dejaban dominar así como así, sobre todo porque eran miembros de la III Dinastía, los montañeses casitas, que no tenían mucha cultura antigua, pero luchaban que daba gusto y no se dejaban engañar fácilmente. Y tenían muy mal genio, todo hay que decirlo.

Además, los babilonios tenían un potente as escondido en la manga. Sus reyes eran amiguetes de juerga, y familiares, de los faraones egipcios. Y se intercambiaban princesas, aunque siempre con una salvedad: eran las hermosas babilonias de ojos lánguidos, criadas con mimo al lado del Éufrates, bajo las palmeras, las enviadas a cambio de oro y ayuda política a la corte del faraón, como esposas secundarias, en

cuanto tenían edad de contraer matrimonio, a veces no más de diez u once años. Luego se las perdía de vista y, o bien morían de parto, o bien de aburrimiento o de enfermedad. O de todo un poco. Y desaparecían.

Pero los faraones, más listos tal vez que los reyes babilonios (o que a las egipcias no se las convencía tan fácilmente como a las lánguidas niñas babilonias, tal vez educadas para ser cambiadas por oro desde la niñez), no enviaban a sus princesas a la corte babilonia. Oro sí. Y embajadores y excusas las que fuesen. Pero las princesas reales egipcias, decía el faraón Amenofis a su amigo el rey babilonio, «solo se casan con su padre o sus hermanos». Pero el rey babilonio no era ni lo uno ni lo otro, así que tenía que conformarse con alguna guapa chica egipcia que no fuese de sangre real. De este modo, el monarca babilonio quedaba bien ante sus súbditos y nadie se enteraba de que no era una verdadera hija del faraón. Como veremos más adelante, este intercambio de chicas guapas no es un invento. De hecho, en una carta hallada en Egipto se puede leer una conversación en términos parecidos a estos. El caso es que babilonios y egipcios estaban unidos. No se dejaron engañar por las mañas hititas e hicieron frente común.

3.4. La excusa del fin de semana

Pero tampoco los reyes de Mitanni y Asiria en el norte de Mesopotamia eran tontos, y no se dejaron convencer fácilmente cuando los norteños hititas, peligrosos guerreros indoeuropeos, armados hasta las pestañas, trataron de hacerles creer que iban al sur de Mesopotamia, Éufrates abajo, pasando por Mitanni-Asiria, como quien va a pasar un fin de semana a tomar las aguas al Golfo Pérsico y bañarse en la playa. Eso sí: llevaban consigo un poderosísimo ejército, por si los bandidos los asaltaban por el camino o había que protegerse de los nómadas del desierto, pero ellos no eran peligrosos en absoluto... Tomarían las aguas, se bañarían en el golfo Pérsico, buscarían conchitas a la orilla del mar y comerían pescadito frito y gambas. Y luego, relajados y contentos, con menos reuma, se volverían a casa, a Asia Menor o Anatolia, la actual Turquía.

Pero no convencieron a nadie. Entre otras cosas, porque los mesopotámicos del norte y del sur, aunque aún no tenían Google Maps ni Internet, sí tenían unos cucos espías muy viajados, algunos de los cuales habían ido, precisamente, a tomar las aguas a balnearios como Pamukkale, que allí el agua está calentita y qué buenísimos son en Turquía los balnearios para el reuma. Así pues, la excusa del reuma hitita y las aguas del mar surbabilonio no coló. Los mesopotámicos se olieron la jugada: los hititas vienen a por la pasta gansa, que para un fin de semana y el reuma no necesitan tanto ejército.

Situados en Mesopotamia norte, al norte (uno al este y otro al oeste) de Babilonia

(Mesopotamia sur), mitannios y asirios tenían también importantísimos puertos fluviales. A ambos países llegaban, remontando los dos grandes ríos de Mesopotamia, el Éufrates al oeste y el Tigris al este, respectivamente, los numerosos barcos procedentes del estrecho de Omán, la India y el sur de Persia, cargados de exóticos productos más valiosos que el oro por su rareza. También eran punto de llegada de las «interesantes» y largas caravanas de asnos, mulas, puede que tal vez ya camellos y también de esclavos a pie, procedentes del sur y los Zagros, Elam, Persia, India y Afganistán y donde se acaba el mapa, vía terrestre, que complementaban el comercio fluvial. Los hititas querían dominar estas rutas, obviamente. Y las conocían muy bien desde hacía siglos, cuando los propios asirios habían comerciado con sus antecesores pre-hititas en el centro de su país, Capadocia, en el Karum de Kanish, embajada comercial, muelle y mercado, avanzadilla de los asirios en Anatolia.

Lo que querían los hititas era dejar de comprar a los intermediarios babilonios, asirios y mitannios e ir directamente a las fuentes de la riqueza sin pagar aranceles y los costes multiplicados hasta el infinito. O bien que les llegasen a ellos directamente las grandes caravanas procedentes de países exóticos, evitando que en cada estación intermedia los precios se multiplicasen por mil, igual que ocurre hoy en día. Total, que los hititas querían quedarse con toda Mesopotamia, la del sur (Babilonia) y, de paso, la del norte (Mitanni y Asiria). Y también con Siria-Canaán, despojando a Egipto y a sus aliados y parientes de todas sus posesiones sirio-cananeas, porque, además de con princesas babilonias, los faraones se casaban con bellas princesas mitannias. Una de ellas pudo ser la bella Nefertiti, de la que se decía que «vino de lejos». Quizá era de Mitanni, como veremos más adelante.

3.5. Matar o morir

La razón principal de las disputas entre los diversos Estados eran, por lo tanto, antagonismos políticos, tierras en litigio y el control de las imprescindibles y lucrativas materias primas, que iban y venían por las «autopistas» del desierto en las cargadas caravanas de burros: los apetecidos bellos esclavos y esclavas de cualquier procedencia, sobre todo esclavos de guerra o robados por los piratas en cualquier puerto del Mediterráneo, el Mar Rojo o el Golfo Árabe. Y también las especias, resinas aromáticas y perfumes, telas, tintes, vidrios, miel y, desde luego, la inapreciable sal, el oro blanco, sin la cual animales y hombres no pueden vivir. Pero sobre todo, eran muy apetecidas, y objeto de negocios fraudulentos, contrabando, traiciones, robos y asesinatos, igual que ahora, las drogas, como el opio. Y no hay que olvidar los valiosos metales preciosos, plata, estaño, hierro y el oro, para los egipcios la carne de los dioses. Un oro abundante en Egipto, que rodeaba de esplendorosa belleza y brillo sin igual la momia del joven faraón Tutankhamón, iluminada por la

luz de las antorchas después de tres mil años. Rodeado de una multitud de objetos preciosos y delicados, que hacen aún asombrarse y maravillarse a las sucesivas generaciones de visitantes que los contemplan, expuestos, los pocos que se conservan, en los grandes museos del mundo.

Por lo tanto, la lucha por la hegemonía entre Hatti y Egipto estaba servida. Y a punto de comenzar una partida de póquer, de billar o del antiguo juego egipcio llamado *senet* si se quiere, un peligroso juego de influencias y contrapartidas, terminadas en cruentas batallas, que dirimiría quién sería el que se quedase con todo aquel inmenso mercado, repleto de riquezas materiales, envueltas en paños bordados de oro, que escondían la ponzoña de la envidia y la rapiña, furiosas cobras cargadas del veneno de la muerte. Todos los grupos políticos, familiares y económicos estaban enfrentados por aquel cúmulo de riquezas que llenaban los corazones de odio y maldad.

Y en medio de aquel juego de pasiones, apareció en escena, como por arte de magia, una curiosa familia real egipcia que, al menos en el caso del extraño faraón Akhenatón, no parecía interesarse mucho por la guerra, ni en mantener alejados de sus aliados y tierras conquistadas a los hititas, los ambiciosos vecinos del norte que comenzaban ya la partida final.

Estos, aprovechándose de un periodo de aparente pasividad o distracción por parte de Egipto, avanzaron hacia el Este, haciendo una carambola que los distrajese. Pero, disimuladamente, iban hacia el Sur. Y no había que ser muy inteligente para darse cuenta de la jugada de billar: «Golpeo la bola, tiro hacia Mitanni, empujo a Asiria, cede Babilonia y de rebote me quedo con ellos y, además, con Siria y Canaán», cuyos príncipes, gobernantes de pequeños pero ricos Estados, situados en medio de las grandes vías de la región por las que pasaban todos los que no viajaban por los grandes ríos, no estaban dispuestos a perder ni su independencia ni los beneficios económicos de los impuestos, tasas, alcabalas y portazgos que pagaban mercaderes, comerciantes, vendedores y traficantes. Y tampoco se iban a resignar a convertirse en meras comparsas en medio de una grandísima y opulenta mesa de juego en la que se acumulaban las riquezas más variadas, pues, si las conseguían ellos, les servirían para costearse sus propios y raros caprichos o para pagar a sus ejércitos mercenarios y, sobre todo, para llenar sus propias arcas y echar una canita al aire de vez en cuando.

El caso es que, mientras estaban en la taberna sirio-cananea-mesopotámica jugando esta interesante partida, los hititas, confiados en su inmenso poder bélico, dejaron la puerta trasera de su casa abierta a otros molestos vecinos: los «gasgas». Aprovechando la oportunidad, los gasgas irrumpieron en la partida de billar sirio-cananea y se quedaron con la partida, la mesa, las bolas y casi, casi, con toda la taberna, que se repartieron con otros emigrantes que acudieron a la pelea suscitada

cuando todo se enmarañó. Entre ellos los curiosos y mal conocidos *apiru*, en quienes muchos investigadores quieren ver a los hebreos clásicos. Luego aparecieron también en escena los filisteos, de los que tampoco se sabe gran cosa. Todos estos grupos vivían sobre todo del pillaje y el robo, así que resulta difícil distinguir sus restos y establecer identidades claras e inequívocas.

Entre todos, hititas, asirios, mitannios, egipcios, gasgas, casitas, *apiru* y filisteos, terminaron con el juego ordenado de influencias y contrainfluencias que les había permitido sobrevivir juntos durante el segundo milenio a. C. Un juego que ofrecía únicamente un equilibrio inestable, bien es verdad, pero equilibrio y supervivencia al fin y al cabo. Iluminados por una tenue luz de fuentes históricas, aquí y allá, que permite a los arqueólogos e historiadores seguir sus pasos en una incertidumbre sosegada, podemos saber, al menos, algo de lo que ocurrió.

3.6. Los Pueblos (fantasmas) del Mar

Lamentablemente, los continuos y prolongados enfrentamientos acabaron con los escribas y con todos los que sabían leer y escribir. De los que sobrevivieron, muchos emigraron, igual que muchos analfabetos. Y entre todos, al salir, apagaron la luz de las antorchas que los iluminaban y permitían a los historiadores estudiarlos. Y sin esa tenue luz de sus fuentes históricas, que no se hallan por ninguna parte (cuatro tumbas mal contadas y sarcófagos de barro rarísimos y cerámicas con patos que miran hacia atrás), llegó a su fin el segundo milenio a. C. y, con él, la Edad del Bronce.

Solo se conserva lo poco y mal, e inventado, que nos han dejado los artistas egipcios, sobre todo los relieves y textos explicativos del templo de Medinet Habu, con batallas navales, guerreros con la cabeza adornada con extraños tocados, cuerpos revueltos y mezclados de hombres de diversa procedencia, a juzgar por sus diferentes atuendos, adornos y armas:

«Vinieron unos pueblos: pelesets, lukkas y los shardana entre ellos...».

Y después, la ausencia de información, durante una larga temporada, unos quinientos años de nada, a pesar de las esperanzadoras palabras escritas en los muros de aquel templo en tiempos de Ramsés III, faraón de la Dinastía XIX, algunos siglos después de la época en que vivió Tutankhamón:

«Los países extranjeros conspiraron en sus islas, y todos los pueblos fueron removidos y dispersos en la refriega. Ningún país podía sostenerse frente a sus armas: Hatti, Qode, Carchemish, Arzawa y Alashiya, todos fueron destruidos al mismo tiempo. Un campamento fue levantado en Amurru. Asolaron a su pueblo, y su país llegó a ser como si nunca hubiese existido. Se acercaban a Egipto, mientras la llama era preparada delante de ellos. Su confederación era la de los Peleset, Tjeker, Shekelesh, Denyen y Weshesh, países unidos. Pusieron sus manos sobre los países hasta el círculo de la tierra, con los corazones llenos de

confianza y seguridad: ¡Nuestros propósitos triunfarán!».

Y dieron lugar a otra leyenda: la de los Pueblos del Mar. Aunque, como veremos más adelante, tal vez no existieron, o bien fueron solo del Delta del Nilo.

3.7. Todos perdieron la partida

El caso es que, a pesar de las sucesivas y posteriores partidas de billar político y económico que se jugaron aproximadamente entre el 1200 y el 750 a. C., y que, en realidad, a día de hoy siguen teniendo lugar en esa región, y a pesar de que los contendientes han cambiado hace siglos y ha aparecido el petróleo, el «oro negro» como apetecida nueva «bola» sobre el gastado tapete de Siria-Canaán-Mesopotamia-Anatolia-Egipto, la época que transcurrió entre los años 1350-1300 a. C. inmediatamente anterior y posterior a la fecha en que murió Tutankhamón, puede considerarse, sin duda, la de los años dorados del Próximo Oriente, una época que poco a poco se encaminó hacia el brusco final o el duradero colapso de todo y todos, caracterizado por la falta de información, por el «misterio» más absoluto que define tanto a esta época como al faraón Tutankhamón.

Casi sin noticias. Sin datos. Sin fuentes históricas durante unos 500 años a los que antaño se denominaba, con mayor o menor duración, «Época oscura», y ahora se ha dado en denominar «submicénica», «protogeométrica» y «geométrica» por los estilos de la cerámica griega, complicando aún más las cosas al ponerlas en relación con los vecinos griegos, de los que también se ignora casi todo a comienzos de este segundo milenio anterior a la era cristiana.

Aquella frase de «Si no hay noticias, son buenas noticias» no cuadra mucho aquí, porque en esta época y en casi toda esta zona no las hay, ni buenas ni malas. Nada. Una sombra de oscuridad informativa cubre estos siglos finales del segundo milenio y principios del primero a. C., como un oscuro y tupido telón que, al final de una obra de teatro, oculta el escenario, en el que se encuentra todo el Mediterráneo oriental, el norte de África y el Próximo Oriente asiático.

No se sabe nada. No se ve nada. Solo se escucha cómo los protagonistas abandonan el escenario. Imperios gloriosos que asombran a los arqueólogos por la grandiosidad de sus realizaciones y llenan de admiración a quienes modernamente se acercan a las ruinas recién descubiertas, se esfumaron en la nada. Sus antiguas ciudades y casas están desiertas. Cubiertas de abrojos, cuesta imaginar que las construyeron poderosos hombres y bellas mujeres, que habitaron en florecientes palacios, poblaron grandes fortalezas llenas de siervos, esclavos, cuidados ganados, amplios almacenes repletos de costosas mercancías y riquezas sin cuento.

Los habitantes de los extensos yacimientos no están, no ya vivos, lógicamente,

sino tampoco muertos. Casi no hay tumbas. Al menos no se conservan muchas para justificar estos brillantes panoramas de miles de guerreros poderosos y sus familias que describen los investigadores del mundo antiguo y narran las posteriores epopeyas griegas.

Los cientos de personas que se refugiaron tras los altos muros, ahora rescatados del olvido, o los que generaron aquellas inscripciones que ahora se leen, vasijas llenas de tesoros y punzantes armas, refulgentes joyas alguna vez lucidas con orgullo por bellas mujeres o poderosos reyes, cuyos difíciles nombres recuerdan sellos e inscripciones en piedra y arcilla, desaparecieron entonces sin dejar rastro, sin que se sepan las causas seguras, que permanecen en el más absoluto secreto, prestándose a todo tipo de conjeturas. Muros caídos. Ciudades vacías. Campos yermos. Yacimientos cubiertos de hierba que mordisquean ahora las cabras. Unas cuantas tumbas no justifican aquellas extensas ruinas vacías. ¿Dónde están los cadáveres de quienes las habitaron?

Los actores de aquel drama se han esfumado. O están tan lejos que no se encuentran sus tumbas. O los buitres y carroñeros terrestres se comieron los cadáveres, y los huesos humanos se deshicieron y son parte del polvo sutil que ahora nos rodea.

Quizá el polvo volvió al polvo y aquellos cuerpos humanos nunca desearon sepulturas excavadas. Por eso no se los conoce. O, tal vez, todo fue humo e imaginación, y en aquellos grandes imperios y aquellos grandes yacimientos hubo muchas menos personas de las que a menudo se supone. Aunque de Tutankhamón, al menos, se sabe que sí existió, porque los siglos y el olvido nos han devuelto su tumba. Tal vez para que viviese en muerte, inmortal e imaginado, todo lo que no pudo vivir en vida y los dioses habían decretado para él, como parte de su destino terrenal. Aunque su espíritu resentido espere vengarse aún de quienes violaron su tumba, impidiéndole el eterno descanso, un descanso que el pobre muchacho tiene bien merecido, después de tanto ajeteo con sus maltratados restos.

3.8. Y desaparecieron sin dejar rastro

Aunque suele echarse la culpa de la desaparición de las civilizaciones antiguas a invasiones de poderosos pueblos, imaginando y hasta describiéndose tumultuosas hordas de feroces guerreros que provocaban sangrientas matanzas, pasando a cuchillo a pacíficas e indefensas poblaciones, algunas de estas ignoradas causas del fin de la denominada Edad del Bronce pudieron bien ser fenómenos meteorológicos. Sequías, hambrunas, terremotos o erupciones volcánicas provocaron quizá el abandono de asentamientos previamente destruidos y la búsqueda por parte de las pequeñas poblaciones diezmadas de nuevos horizontes, huyendo de un entorno desolador en el

que los ríos habían cambiado su curso o se habían secado, quedando yermos los antes feraces terrenos de huertas y frutales o secos los antaño verdes pastos que habían alimentado durante incontables generaciones a grandes rebaños de caballos, asnos, vacas, ovejas, cabras y cerdos.

Al parecer, pocos habitantes debieron huir y además, debían estar muy sanos, porque no se murieron por el camino hacia no se sabe dónde, ya que tampoco quedan grandes necrópolis intermedias entre los antiguos y los menguados nuevos yacimientos pequeñitos, como de juguete, al lado de los extensos restos de los antiguos abandonados. Y unas cuantas tumbas vacías. Expoliadas, eso sí.

Los calcinados restos de los espesos bosques de antaño no ofrecían ya los largos postes de madera para las construcciones, ni había rectos mástiles para los veloces navíos. Aún así, se supone que los supervivientes, escasos, huyeron. Viajaron. Navegaron. Pasaron ríos y surcaron mares con métodos y medios de navegación que desconocemos. Navegaron y buscaron otras tierras. Otros horizontes. Otros cielos. Y comenzaron en esas otras tierras lejanas la construcción de sus casas, entre cuyas sólidas paredes, mezclado su barro con las lágrimas de dolor y rabia de los pocos y nuevos supervivientes, colocaron los cacharros de cerámica que habían salvado en su huida. Su decoración los delató a los ojos de los modernos arqueólogos, que buscaban su rastro por los países ribereños del Mediterráneo.

Parece cierto que a fines del segundo milenio a. C., algunos siglos después de la muerte de Tutankhamón, unos pocos grupos de población habían sobrevivido a un fenómeno generalizado de turbulencias políticas, enfrentamientos violentos, destrucciones y abandono de asentamientos, que hizo desaparecer a casi todos los grandes imperios de ese segundo milenio y empujó a los escasos supervivientes de aquella época de apogeo a la pobreza, el hambre y el abandono y la huida de los grandes centros de población.

3.9. *Se apagó la luz*

Se cerró así la etapa que los arqueólogos conocen con el nombre de Bronce Final. Con un episodio y unos protagonistas a los que a veces se llama «Pueblos del Mar», una oleada violenta de muerte y destrucción que acabó con los imperios del segundo milenio a. C. Al parecer, un grupo de esos supervivientes está representado en los relieves del templo egipcio de Medinet Abu, cerca de Tebas.

No se sabe con seguridad quiénes eran esos «Pueblos del Mar». Según A. Nibbi, los egipcios no conocían la palabra «mar», y propone que se trataría, más bien, de pueblos del Delta, no del mar. Y que salieron en la «foto» del templo y los relieves de Medinet Abu porque en el Delta del Nilo se estaba librando una guerra generalizada, y al artista real se le ocurrió que sería bonito representar allí, frente a Tebas, una

batalla con los variados habitantes de la zona del Delta, que llevaban vestidos y armamento muy raro y podía resultar exótico. Y al faraón, continúa suponiendo Nibbi, le gustó la idea, porque así parecería más valiente y sería una buena propaganda por si alguien quería invadir Egipto de verdad. Algo así como «No me ataques que ya he vencido a tu primo». Y a lo mejor funcionaba.

Fuesen «Pueblos del Mar», del Delta del Nilo, centroeuropeos, dorios, jonios, troyanos, micénicos, gasga o *apiru*, el lío, si lo hubo, de la época, debió ser fenomenal. Y al final no quedó ni títere con cabeza.

Se apagó la luz. Y con la luz apagada (es decir, sin saber lo que pasó), el caso es que poderosas civilizaciones se colapsaron y desaparecieron casi sin dejar rastro. Así sucedió con la de los pacíficos minoicos de la isla de Creta, que nunca habían necesitado murallas, rodeados como estaban del violento mar Mediterráneo, color de vino, que les servía de vía de comunicación y comercio, además de hacer de barrera defensiva disuasoria, hasta que los micénicos la franquearon y los invadieron. Y tal vez fueron ellos, poderosos guerreros micénicos del norte, (¿serían ellos los dorios?), feroces soldados armados hasta los dientes con corazas de placas de bronce y altos cascos de colmillos de jabalí, orlados de flamantes cimera, los que expulsaron a los minoicos de su montañosa isla.

3.10. Mesopotamia a por uvas

Mientras tanto, sin preocuparse por nada de lo que ocurría en el Mediterráneo oriental, en aquella Babilonia donde se hablaban cien lenguas, lo que dio lugar a la leyenda de la Torre de Babel, el poderoso y elevado templo de siete plantas, la zigurat de su dios Marduk, los tranquilos campesinos mesopotámicos se afanaban en recoger sus cosechas en sus fértiles campos, adornados y protegidos por las ramas de las altas y verdes palmeras, todo ello regado por el abundante agua, bien canalizada y aprovechada al máximo, de los grandes ríos Éufrates y Tigris.

Y también estaban a por uvas en las ciudades de Asiria, al norte de Mesopotamia y Babilonia, Nínive y Assur entre ellas, cuando los guerreros hititas de Anatolia, cuyo centro estaba en la amurallada Hattusas, en el centro de la actual Turquía, destruyeron Babilonia, la arrasaron tras robarla y volvieron cargados de riquezas a su país, mientras que la otrora poderosa ciudad-estado se vio invadida por pueblos vecinos que se instalaron en las ruinas aún humeantes durante las dos Dinastías siguientes. Y si afirmamos que tampoco hay grandes necrópolis de este periodo, no es una repetición reiterativa, sino una realidad. Seguimos sin datos. Y sin tumbas. Sin ajuares. Sin textos. Solo con los muros casi inexistentes de las populosas ciudades despobladas ahora, pobladas antes por millones de seres, y también escasos y derruidos montones de adobes machacados. Y mucha imaginación, que no es poco en

este caso. Porque el paisaje que queda, aquellas ruinas, es poco más que una desierta playa vacía. Tal fue la maldición de los dioses contra el orgullo de los humanos en Mesopotamia que quizá contribuyó también a su total desaparición.

3.11. Nace la leyenda

Con aquellos grandes imperios extinguidos desaparecieron también sus formas de escritura y, lógicamente, su historia se perdió casi por completo, aunque esos mismos dioses, piadosos con los arrogantes humanos que ellos habían creado y que ahora estaban derrotados y humillados, conservaron algunos de sus restos, lo que ha permitido que los historiadores modernos hayamos podido identificarlos. Parte de su recuerdo se conservó también por medio de leyendas y mitos, muchos de los cuales se conservaron dentro del Antiguo Testamento hebreo. Pero se destruyeron tal vez esos interesantes textos bilingües minoico-micénicos que hoy permitirían a los estudiosos entender las antiguas inscripciones minoicas redactadas en Lineal A, una forma de escritura y una lengua aún indescifradas. Todos aquellos imperios de la actual Grecia, Anatolia, Egipto, Mesopotamia y Siria-Canaán fueron barridos como hojas secas, empujadas por el poderoso huracán generado por enemigos desconocidos. Ese fue el final del segundo milenio a. C. y sus protagonistas: la oscuridad.

Las piquetas de los arqueólogos descubrieron sus restos más de dos mil años después. Restos de edificios, por supuesto, unas pocas tumbas vacías, escasos ajuares. Casi nada. Y algunas de sus escrituras, afortunadamente, se descifraron hace relativamente poco tiempo. Los asiriólogos desentrañaron y leyeron los antiguos documentos mesopotámicos, hititas, micénicos y egipcios, escritos en barro, en pequeñas tablillas de arcilla, troceadas, sus ínfimos fragmentos dispersos por el fuego que los coció, conservándolos casi milagrosamente, cuya reconstrucción, interpretación y lectura llenan las incansables horas de los investigadores, que desafían las lagunas existentes en textos imposibles, a veces chamuscados y casi ilegibles.

Gracias a su paciente mano y labor, hombres, mujeres, instituciones, dioses, leyendas y sueños volvieron a cobrar vida en palacios, tumbas y casas, vueltas a levantar miles de años después. Al fin habían vuelto al escenario vacío los personajes dibujados en los frescos, cobraban vida los hombres y mujeres citados en las tablillas. Hablaban alto y claro los reyes a sus soldados antes de la batalla. Gemían los heridos. Lloraban las viudas y los niños deportados. Se mesaban los cabellos las plañideras, camino de las tumbas, ahora vacías, en cuyas paredes se conservan a veces escritas y dibujadas las biografías de los personajes, cuyas momias las ocuparon antaño. Tal vez un poco maquillados por la imaginación de los historiadores, pero personajes

antiguos al fin y al cabo. Y así, han llegado hasta hoy sus historias.

Y aunque a veces sea cierto y asumido que se trata de un pasado plagado de leyendas que han acunado los sueños de muchas generaciones modernas, la realidad de los humildes adobes destruidos, la pureza de las líneas de escritura garabateadas a toda prisa sobre una tablilla de arcilla de contabilidad por un escriba cansado, hacen al erudito soñar con la mano que los trazó. Y un escalofrío de emoción recorre el cuerpo del investigador cuando, al volver del revés la pequeña tablilla cuyo anverso está estudiando, pone sus propios dedos sobre la huella de los dedos que el antiguo escriba dejó marcados en el barro fresco, un hombre cuyos huesos forman parte ahora del polvo vivo de los siglos que rodea las antiguas ruinas donde se encontró la tablilla.

Sin duda, debemos aplaudir a los actores y a quienes han conseguido reescribir las obras de arte que nos permiten captar tanta belleza recobrada. Renacida. Revivida. Que nos permiten sentir cómo sintieron aquellos hombres y mujeres que gimen bajo las murallas destruidas, las reinas que lloran, abrazando a sus hijos camino del incierto exilio. O la música de los arpistas ciegos que amenizaban alegres fiestas en bellos palacios, lotos meciéndose en el Nilo azul, plácidos atardeceres de caza en las doradas marismas del río.

3.12. El renacer del primer milenio

Ya en el primer milenio a. C., tras varios centenares de años sin información sobre aquel mundo, tanto tiempo mudo, callado, inexistente, oscuro (de hecho, los historiadores denominan a este periodo de unos cuatrocientos o quinientos años la «Época oscura»), se hizo la luz. Repentinamente. Porque se volvió a escribir, o, dicho de otra manera, nos ha llegado algo de lo que escribieron los personajes «desaparecidos» y sus escribas oficiales, ahora redactado en una forma de escritura y una lengua, conocidas y nunca perdidas hasta la actualidad: el griego.

Y renacieron así los relatos de antiguos personajes, tal vez fabulados, tal vez inexistentes en realidad. Imaginados. Mucho más modestos de lo que el vate imaginó, convirtiendo a feas campesinas en rubias princesas de cuento o a rudos bandidos asesinos en apuestos príncipes guerreros de buena estampa y gallarda valentía que salvaban a las damas de dragones y ladrones y luego vivían felices y comían perdices.

Efectivamente. Allí y entonces empezaron también los cuentos de hadas y los relatos de ladrones buenos y los destructores aguerridos y valientes y los guapos príncipes que salvan a la chica y la engañan y la abandonan embarazada, tras matar al monstruo, y su padre la echa de casa, pero la salva un dios que se casa con ella y adopta a su hijo, tema generalmente recurrente de muchos de los cuentos infantiles posteriores. O leyendas míticas, con permiso de Teseo, Ariadna, Sargón I, Moisés, o

los futuros Rómulo y Remo, por poner algún que otro ejemplo muy conocido, que no se sabe cuál fue el primero, y si fue primero el mito, con base verdadera o todo es inventado y fue pasando de unos a otros mantenido por la ociosa imaginación.

Pero, más allá de todo un misterioso mundo mesopotámico, cananeo, anatolio o egipcio, los griegos salvaron del olvido aquellos recuerdos antiguos, adaptando muchos a su propia génesis legendaria. Y el antiguo Egipto se quedó solo, aislado, incomprendido y abandonado, con sus grandes restos sepultados por la arena del desierto. Mientras, los mundos mesopotámico y anatolio, desconocidos aún para el hombre moderno hasta hace muy poco tiempo, fueron solo citados someramente, y de pasada, en algunos pasajes del Antiguo Testamento judío (por ejemplo, la Torre de Babel, el Diluvio Universal o el Paraíso Terrenal).

La luz, pues, vino de lo que hoy es la Grecia continental y sus miles de islas. Allí, en el siglo VIII a. C., en algún lugar, una colección de relatos atribuidos a Homero, un poeta ciego que algunos historiadores modernos dicen que no existió, sino que fue inventado, cantó en una epopeya la *Ilíada*, el asedio de la altiva ciudad de Troya, rica en oro, situada en la costa occidental de Turquía, frente a Grecia. Y en otra epopeya, la *Odisea*, narró las andanzas de un despistado viajero llamado Ulises que tardó no sé cuánto tiempo en volver a su casa de Ítaca después de que los griegos hubieran conquistado finalmente Troya.

La *Ilíada* y la *Odisea* fueron aquellos primeros documentos salvadores de tanta oscuridad. Y aunque narraron los hechos más bien un poco inventados, que no todo, tienen el mérito que haber conservado «algo» del mundo que desapareció unos pocos siglos después de morir Tutankhamón.

3.13. La excusa de la rubia Helena, la de Troya

Troya era una ciudad de costa egea, en la actual Turquía, guardiana de las puertas de los Dardanelos, el estrecho que conecta el mar Egeo con el mar de Mármara y el Bósforo para llegar al mar Negro y sus riberas, ricas sobre todo en oro y cereales. La destrucción de Troya, cantada en los relatos homéricos es, para algunos investigadores, el reflejo de aquellos antiguos enfrentamientos en el Próximo Oriente y el Mediterráneo oriental por el dominio de las rutas comerciales y el poder político. Y también el canto de cisne de las potentes civilizaciones desaparecidas al final de la Edad del Bronce, es decir, el acto final de la obra de teatro de la que hablábamos antes, justo antes de que se bajase el telón del final del segundo milenio a. C. El caso es que los griegos se enfadaron porque les habían robado a una rubia que estaba harta de su rudo esposo. Ella era tan divina que había nacido de un huevo que puso Semele, su madre, después de yacer con Zeus en forma de ánade-cisne-pato.

De aquella unión divina a la que siguió otra con su santo y mortal esposo, la bella

Semele puso dos huevos y nacieron dos parejas de gemelos, lo que para una sola noche no está nada mal. Los hijos divinos se llamaron Helena y Pólux, mientras que los humanos, también varón y hembra, fueron Clitemnestra y Cástor. La verdad es que los mitos cuentan a veces unas cosas muy raras.

Total, que tal vez pelín casquivana, una de las hijas de aquella unión, la rubia Helena, se fue de casa con un guapo y potente visitante, hijo del rey de Troya, el príncipe Paris. La hermana gemela de Helena, Clitemnestra, también era la monda. Cuando su marido Agamenón, rey de Micenas, volvió de Troya con una esclava, y a pesar de que ella ya tenía un amante, Egisto, mató al marido y dio con ello origen a más leyendas que su hermana: el ciclo completo de la Orestíada. Así, Helena de Troya y Clitemnestra de Micenas fueron las responsables de una buena parte de los relatos de la mitología griega, y es que las venganzas de esta familia dieron para mucho.

Clitemnestra había estado casada en primer lugar con Tántalo, rey de Micenas al que asesinó Agamenón. Los Dióscuros, nombre con el que se designa a Cástor y Pólux, obligaron a su hermana Clitemnestra a desposarse con Agamenón. De aquella unión nacieron cuatro hijos: Electra, Ifigenia, Orestes y Crisótemis. Como hemos dicho, tiempo después Clitemnestra mató a Agamenón con ayuda de su amante Egisto. La verdad es que motivos no le sobran: además de ser el asesino de su primer esposo, Agamenón había sacrificado a su hija Ifigenia a la diosa Ártemis para que esta concediese a la flota griega un viento favorable que le permitiera partir hacia Troya. Pese a estos más que razonables motivos, Orestes vengó la muerte de su padre. Total, un culebrón digno de la mejor programación de sobremesa.

Sin embargo, muchos investigadores nunca han creído que absolutamente todo fuese pura invención. Y hubo uno, Schliemann, que hasta encontró la ciudad de Troya. Cogió la *Ilíada*, se chupó el dedo, lo puso al viento, dijo: «Hacia allá» y allá que se fue. Y excavó y excavó, y no encontró una Troya, sino once al menos. Una encima de otra, y un follón considerable de estratos, muros y construcciones. Y se emocionó tanto que se pasó y encontró un tesoro de collares y vasos y monedas de oro del bueno, que le puso a su señora como modelo y ella las lució tan contenta en fotos de la época. Pero no nos engañemos. Ninguna de estas Troyas es la Troya homérica, aunque digan que, como mucho, la 7 A es la que podría corresponder a la época de finales de la Edad del Bronce.

El mito de la guerra de Troya es solo un reflejo muy posterior de un episodio de la lucha entre hititas y los aqueosmicénicos por el dominio de los estrechos de los Dardanelos y del Bósforo. Además, parece que la colina de Hisarlick, donde Schliemann creyó encontrar Troya, era, más bien, la ciudad hitita de Wilusas, como se deduce de un sello con caracteres hititas que Blegen encontró durante las excavaciones.

La verdad es que los aqueos no fueron a por la rubia, sino a por el oro. Pero para no reconocer que eran unos piratas de tomo y lomo se inventaron lo de la rubia y el robo, que no se escapó con el guapo príncipe de Troya, sino que él la secuestró. Como se ve, el caso era no contar la verdad y no reconocer que iban a por oro y a por chicas troyanas, igual que, en otro mito, un toro de Creta había robado a la princesa Europa. Y es que parece que todos se robaban las chicas y el oro en cuanto podían.

Solo los babilonios y los egipcios eran un poco más educados y se las pedían unos a otros. Los demás, simplemente, robaban, aunque siempre con una buena excusa inventada. Y además de las chicas, los niños y niñas, se llevaban también el oro, la sal, la obsidiana, el estaño, el ganado, etc.

En fin. Por inventar, los griegos se inventaron incluso a su poeta Homero, cuya obra, analizada por grandes eruditos, ha resultado ser la suma de relatos de estilos totalmente distintos, procedentes de diferentes épocas y lugares. ¡Cómo para fiarse de los relatos antiguos!

3.14. La leyenda de los Pueblos del Mar en Egipto

Los egipcios eran diferentes y, en lugar de escribir una epopeya e inventarse relatos de secuestros de rubias guapetonas, dejaron el recuerdo de estas expediciones, luchas y migraciones masivas de pueblos desarraigados y piratas mediterráneos que atacaban sus costas y el Delta, y con los que tal vez se enfrentaron, en las escenas de batallas terrestres y marítimas representadas en los citados relieves del templo del faraón Ramsés III en Medinet Habu. Unos sucesos que, como hemos dicho, los estudiosos denominan «batalla contra los Pueblos del Mar», aunque ciertos investigadores consideran estos hechos tan irreales como la existencia misma de Helena y de la ciudad de Troya, por mucho que Schliemann se empeñase en situar la ciudad cantada por Homero en la colina de Hisarlik, donde, por tradición, se la sitúa aún. Milagros de conciliar literatura e historia con la arqueología.

Al contemplar los relieves de Medinet Habu, ¿estamos ante mitos para explicar realidades o ante relieves que inventan batallas inexistentes para glorificar a un menguado y débil faraón de un Egipto decadente? ¿Todo son mitos y más mitos por todos lados o hubo algo de realidad en toda esta información dispersa que forma una madeja de un hilo sin fin, que va y viene por artículos, libros y películas, enmarañándose cada vez más? ¡Vaya usted a saber!

3.15. El faraón deforme

Pero el caso es que mucho de este curioso panorama de grandes y poderosas

ciudades ricas en oro asaltadas, imperios desaparecidos y egipcios decadentes incluidos, salió a la luz en las primeras décadas del pasado siglo XX con el descubrimiento de la tumba de Tutankhamón y el hallazgo y lectura de parte de los archivos reales de la ciudad de el-Amarna, (la antigua Ciudad del Horizonte de Atón) donde había vivido desde niño y, tal vez, había nacido. Acompañado todo lo anterior por pinturas, grabados, bajorrelieves, estelas, trozos de cerámica, escenas oficiales y privadas en tumbas, palacios, viviendas, talleres y almacenes de parte de la Dinastía XVIII, una estirpe de faraones desconocida.

Vieron la luz nuevamente decenas de personajes deformes. Irreales. Retorcidos. Alargados. ¿Un Picasso en el Egipto del siglo XIV a. C., cabría preguntarse. ¿O acabamos de descubrir una ciudad de enfermos contrahechos?, afirmaban algunos investigadores, observando las figuras de los relieves y las pinturas, con rostros huesudos, alargados, labios abultados, brazos y piernas esqueléticos y cráneos deformados hasta lo inverosímil.

Desconocidos faraones, excluidos de las listas oficiales egipcias, aparecían ahora en escenas familiares, sentidos himnos a la naturaleza, estelas conmemorativas, cartas personales, escarabeos que hacían las veces de tarjetas de boda, relieves coloreados, pinturas idealizadas o naturalistas, escenas irreales en paisajes de marismas, lotos, jardines frondosos repletos de aves exóticas. Bellas princesas bien formadas. Y también princesas deformes. Hermosos príncipes de ojos negros soñadores. Y también débiles príncipes contrahechos apoyados en bastones. Fetos momificados, con tremendas malformaciones en sus pequeños cuerpos, cabeza y extremidades. Y, sobre todo, un extraño faraón, una vez de cabeza redonda, otras de cráneo alargado, irreal. Varón a veces, otras de curvas extrañamente femeninas.

¿Qué significaba todo aquello en un país de representaciones humanas inmutables, serenas, jóvenes y bellas, felices sin duda, repetidas hasta la saciedad durante siglos en los relieves y pinturas de las cámaras funerarias y los grandes relieves templarios, en esculturas y papiros?

Las informaciones parecían contradictorias, como las opiniones de los que admiraban las figuras descubiertas en la ciudad en la que vivía este faraón y su familia, que pronto trascendieron al gran público. Los personajes descubiertos eran a veces bellos, otras extrañamente alargados. Irreales. Deformes en suma.

¿Eran verdaderas aquellas imágenes, como podía serlo la de cualquier egipcio de su tiempo, o bien aquellos extraños personajes estaban tocados por la mano de una despiadada divinidad, que los eligió especialmente por su deformidad, producida por un gen familiar que afectaba a toda la estirpe, bien al nacer, bien al llegar a la edad adulta, a la que muchos incluso no llegaron?

3.16. El cotilleo de la correspondencia de Amarna

Gracias a la correspondencia descubierta en el archivo real de la ahora ciudad fantasma del faraón Akhenatón en El-Amarna, se conocieron también las relaciones políticas de los egipcios de entonces con sus países vecinos. Tuvimos noticia de los matrimonios de faraones y princesas mitannias y babilonias, de los harenes egipcios poblados por numerosos séquitos extranjeros, de dioses extraños adorados por mini-cortes de princesas exóticas, cuya belleza se extinguió lastimosamente desaprovechada a orillas del Nilo, débiles víctimas sacrificadas en brazos de obscenos faraones a las ambiciones políticas y económicas de sus padres y hermanos, que soñaban con apenas nubiles princesas egipcias que nunca recibieron a cambio de las suyas.

Mitanni, el poderoso imperio de Siria y la alta Mesopotamia que desapareció hacia 1300 a. C. por disensiones internas entre diversas ramas de la familia real reinante, tenía voz propia en las tablillas de Amarna. Mientras, en el continente europeo, en el Peloponeso (Grecia), la dorada Micenas y la rica cultura indoeuropea que representa, desaparecían, barridas posiblemente por las invasiones dorias, como antes los micénicos habían terminado con la cultura cretense del Minoico Reciente (1450-1150 a. C.). Sus artistas y artesanos emigraron de un país devastado en el que era imposible encontrar compradores para sus realizaciones culturales, ofreciendo sin duda su arte a los ricos faraones del Nilo. Estos artistas fueron tal vez los culpables de la libertad de formas del conocido arte amarniense. De sus paisajes, frescos, joyas, conducciones de agua, bañeras, duchas, sanitarios y las extravagantes y libres deformaciones físicas en las representaciones de la familia real y el pueblo. Suyos debían ser el acusado naturalismo y el realismo de formas, colores y expresiones, totalmente innovadoras en un país con un arte anclado en el arcaico hieratismo de las formas y las representaciones ideales de paisajes, personas y animales. Un panorama cultural añejo y repetitivo favorecido por los sacerdotes de los antiguos cultos. Pero el cambio de Amarna, libre, desenfadado, luminoso, feliz y próximo se ha presentado en ciertas ocasiones como una herejía, algo impensable en un sistema religioso que carecía de dogma unitario y oficial, como veremos más adelante.

3.17. Luz en la oscuridad

Puede que todo este confuso panorama de relatos, mitos y realidades importe poco a los curiosos turistas que se asoman actualmente al borde del sarcófago para ver la cara, ennegrecida por el tiempo y los aceites que debían conservarla, del joven faraón Tutankhamón, que murió aproximadamente en el año 1325 a. C.

Él y un antepasado tienen el honor de ser los únicos monarcas egipcios de la

Dinastía XVIII cuyas momias reposan para siempre en el Valle de los Reyes, porque, como una muestra de respeto para con el joven rey, Carter y sus compañeros de expedición decidieron que la momia descuartizada de Tutankhamón continuase descansando en su tumba, una consideración inicial con el rey-niño que, sin embargo, no tuvieron más adelante con sus restos mortales, destrozados para conseguir los tesoros que guardaba entre las vendas que los envolvían. Al otro faraón, cuya tumba ya estaba saqueada y vacía de riquezas, lo dejaron donde estaba dentro de su sarcófago, quizá por pura comodidad.

Si este encomiable gesto con Tutankhamón hubiese sido relegado, no obstante, en pro de las antiguas creencias funerarias de conservar el cuerpo y mantenerlo así *ad eternum*, llevándolo inviolado al Museo de El Cairo con las demás momias reales, donde hubiese tenido un buen mantenimiento (bueno, por entonces, al menos algo mejor que en su tumba), quizá el *ka* del rey lo hubiera agradecido más y no hubiera asesinado a sus descubridores, como asegura la leyenda de la maldición que los mató al poco tiempo. Partridge, uno de los estudiosos de la momia de Tutankhamón, ya decía en los primeros momentos del examen de la misma que «es irónico que la causa de este deterioro pueda haber sido la decisión de dejar el cuerpo en la tumba en condiciones lejos de ser las ideales». El caso es que los numerosos traslados tampoco ayudaron, de manera que, en la actualidad, la momia está casi destrozada, hecha pedazos. ¡Una pena!

Lamentablemente, como ocurre con innumerables periodos pasados y presentes, nunca se sabrá toda la verdad de esta época que hoy se pretende reconstruir en estas páginas. Con la humildad de quien sabe que nada sabe, la historia de Tutankhamón y su época bien puede empezar como todos los antiguos cuentos de hadas:

«Érase una vez un joven faraón de Egipto cuya tumba en el Valle de los Reyes fue descubierta casi intacta...».

A partir de aquí, comienza la leyenda.

Habían pasado más de tres mil años desde que las flores de una guirnalda cayeron en el umbral de la tumba del joven faraón, regadas por última vez por el llanto de un grupo de mujeres que sostenía, para evitar que cayese al suelo, a una joven viuda, que gemía, triste y desconsolada, aterrorizada por el incierto futuro que se abría ante ella, más negro que la sombra de la muerte que se había llevado a su joven marido.

El mismo aire reseco. El mismo sol, impasible, alumbraba hoy las doradas arenas que antaño rodeaban la tumba. A su alrededor, las antiguas huellas de pies humanos y animales se confunden con las pisadas de los turistas modernos y las de los chacales del desierto, que aún guardan sus ruinas bajo la cumbre piramidal de la diosa-cobra, que recobra, poco a poco, al atardecer, el silencio que ama.

2

El origen de la Dinastía XVIII egipcia: los hicsos y la «reconquista» tebana

El buen dios del que uno se enorgullece, el Soberano del cual uno se vanagloria, el real ka de Harakhtes, Osiris, el Señor de las Dos Tierras, Nebkbeperura.

Inscripción en la tumba de Tutankhamón

4.1. ¿Quiénes son esos forasteros?

Egipto es un conocido país del norte de África que se extiende geográficamente a las orillas del río Nilo y está rodeado por desiertos. Tal vez por ello, presumía de un secular aislamiento, idea que desde hace años se está comprobando es completamente falsa. Ya desde la Prehistoria son evidentes las pruebas de que en el país del Nilo hubo un continuo trasiego de poblaciones foráneas. Los recién llegados se mezclaron con los autóctonos y dejaron sus restos materiales en él, evidenciando con ellos su estancia, arraigo y permanencia en estas tierras. La visita fue a veces tan prolongada que convirtió a los recién llegados en habitantes permanentes de pleno derecho del país, se mezclaron con los aborígenes y se adaptaron rápidamente a las condiciones y modos de vida de los naturales del rico Egipto, cuya feraz tierra negra alimentaba sobradamente en épocas de abundancia y buenas crecidas del río a propios y extraños con varias cosechas al año.

En épocas de sequía y escasez todos se apretaban el cinturón. Pero, en general, no les iba muy mal. Al menos los relieves de mastabas y escenas pintadas en las tumbas los muestran felices y contentos. Aunque se supone que, a veces, esa felicidad representada era solo una forma de vivir en la eternidad lo que no se había tenido en vida. La realidad debía ser bastante más dura, pero se llevaba bastante bien, sobre todo y como siempre, en el caso de los ricos, los únicos personajes de los que se conocen las tumbas, cuyas paredes están decoradas con biografías escritas y escenificadas, himnos y loores al difunto y conjuros para sortear los peligros del Más Allá. Aunque puede que estas escenas felices tengan truco. Los difuntos se llevaban a la otra vida lo que deseaban, que no tenía por qué ser de verdad: rebaños, ricas cosechas, idílicas escenas de caza, cientos de servidores, etc., son cosas que se desean cuando no se tienen. Pero representados en la tumba y con unos cuantos conjuros se hacían realidad y los egipcios eran, para toda la eternidad, más ricos que Alí Babá, sin los cuarenta ladrones. Y guapos guapísimos, aunque en vida hubiesen sido más feos que el monstruo de Frankenstein. No te van a pintar feo en tu tumba,

obviamente. Así pues, muchos nobles se quitaban michelines, arrugas, vientres obesos y papadas. Si pudieses evitarlo, ¿te dejarías pintar para la eternidad gorda, vieja, miope, sin dientes, calva? Evidentemente, no. Ni tampoco pobre de solemnidad. Te harías pintar delgadita, joven, mona, estilazo total, breve talle, alta y delgada, ojos grandes y no cegatos. Por eso, todas las egipcias y egipcios antiguos son guapísimos en las tumbas, los papiros funerarios y los sarcófagos. El *Photoshop* lo inventaron los pintores y escultores egipcios para contentar a sus exigentes y presumidos clientes, que eran los que pagaban la decoración de las tumbas cuando aún estaban vivos.

De los pobres de solemnidad se sabe muy poco. Como mucho, conocemos por las pinturas y los relieves de las tumbas a los pobres músicos ciegos que tocaban el arpa en los opulentos banquetes, una forma de dar trabajo a los innumerables afectados por el tracoma, una enfermedad ocular frecuente en las regiones secas y calurosas del Mediterráneo. O a las jóvenes esclavitas que, desnudas o con un exiguo cinturón, servían diligentes el vino en los banquetes. De sus cadáveres nada se sabe. De lo que pasaba con los pobres al morir se sabe poco o nada, porque debían dejarlos sin embalsamar. Enterrados en la arena, que los reseca si los chacales y los leones y las hienas no se los merendaban. También en esta cultura faltan muertos «normales», los cientos de pobres que servían al único rico o rica cuya tumba se conserva y en la que están representados. Y cuando aparece alguno, como el rubio cadáver momificado conservado en el Museo Británico de la época de Nagada, o los que se guardan en el Museo de Turín, entre otros, están conservados únicamente por el calor y la sequedad del desierto, reseca, sin embalsamar ni envolver en vendas. Si los hubiesen tratado de momificar para conservarlos no hubiesen llegado a hoy día tan completos como han llegado.

Es la paradoja de la momificación, que a menudo, con tanto unguento caro, resinas y bálsamos, destruye más que conserva los cuerpos muertos, como sucedió con la momia de Tutankhamón.

4.2. Matrimonios mixtos

Como ya hemos dicho, está plenamente demostrado que no toda la población del antiguo Egipto era completamente autóctona. Los restos arqueológicos específicos de cada grupo conservan el recuerdo de migraciones procedentes de todos los puntos de la geografía del Próximo Oriente asiático, tanto de países mediterráneos del este y el oeste como del este de Egipto, la actual Libia, o de la vecina zona geográfica ribereña del Mediterráneo oriental llamada antiguamente Siria-Canaán, ahora dividida políticamente en diferentes países, como Siria, Líbano, Israel y Jordania.

Es de suponer que los recién llegados se iban integrando paulatinamente por

medio de matrimonios mixtos con sus acogedores huéspedes, compartiendo costumbres, creencias, medios de vida y subsistencia y, sobre todo, sueños de permanencia en aquella bella tierra que pronto fue su hogar, adornado con objetos heredados de los abuelitos emigrantes, que los cónyuges egipcios de ambos sexos añadieron a los propios ajuares domésticos. Y entre todos constituyeron una floreciente sociedad mixta, que convivió pacíficamente durante siglos, en la parte norte de Egipto con los emigrantes mediterráneos, minoicos, sardos, libios, nómadas sureños, comerciantes y marineros de todos los puertos, costumbres, comidas, lenguas y creencias, lo que los hizo particularmente ricos y admirados. Así lo evidencian los cacharritos que rompieron y tiraron a los basureros.

Tal parece ser el caso de los denominados «hicsos», de los que las últimas investigaciones han demostrado que no eran tan extranjeros en Egipto como se creyó siempre y que, como ocurre con otros muchos temas, estaban mal estudiados y se creyó lo que los escritores antiguos afirmaban y, sobre todo, lo que los enemigos de los hicsos quisieron hacer creer. Porque parece ser que los gobernantes hicsos del norte estaban incluso emparentados con los gobernantes del sur de Egipto, que, sin embargo, proclamaron a los cuatro vientos que los hicsos eran malos y que por eso los habían expulsado. La principal acusación fue la de que eran impíos, de manera que disfrazaron el conflicto como si fuese una guerra de religión.

Pero, por mucho que les pesase a los del sur de Egipto, eran «primos lejanos» de los del norte. Los reyes y príncipes norteños y sureños tenían en común los mismos antepasados, y lo que se disputaban en peligrosas batallas era la jugosa «herencia de la abuela» y los grandes negocios y fortunas que generaban el Delta y sus zonas de influencia (vías de comunicación, puertos, multinacionales, templos y también bancos).

¡Vaya usted a saber lo que puede dar de sí una guerra familiar por una jugosa herencia y lo que se puede escribir para justificarla ante la historia!

Porque el caso es que la presencia en el norte de Egipto de las poblaciones denominadas hicsas, o «pueblos pastores» de Siria-Canaán, se fue haciendo patente en todo el Delta oriental del Nilo desde el Imperio Medio (hacia 2040-1782 a. C. según la cronología de Clayton), ganando terreno desde Avaris y Menfis en el norte hacia el sur, hasta que, bajo un rey de la Dinastía XIII, sus gobernantes controlaron la mayor parte del doble país.

Estos hicsos, denominación que les dio el sacerdote egipcio Manetón cuando se inventó las Dinastías para que Ptolomeo I entendiese un poco la historia del nuevo país que iba a gobernar, eran poblaciones que anteriormente los egipcios habían denominado «asiáticas». Su origen era, con la seguridad que se puede tener en cualquier cuestión relativa al mundo antiguo, cananeo.

A pesar de la imagen negativa que las fuentes egipcias posteriores, de origen

tebano (es decir, del sur) proyectaron sobre las Dinastías hicsas XV y XVI de Avaris (1663-1555 a. C.), contemporánea de la Dinastía XIV egipcia-guay (1765-1674 a. C. según Clayton), que gobernaba en Xoïs, también en el Delta del Nilo, hoy sabemos que en el plano político, económico, religioso y cultural, los hicsos sentaron, desde su capital en el Delta oriental del Nilo, la ciudad llamada Avaris, la actual Tell ed-Daba, los cimientos de lo que más tarde serían las grandes realizaciones de la nueva Dinastía de sus primos y adversarios de Tebas, la XVIII (1570-1293 a. C. según Clayton) con la que, según Manetón, comenzó el Reino Nuevo (1570-1070 a. C.). Así que los hicsos fueron bastante beneficiosos, positivos e innovadores para Egipto, y lo que pasó es que los primos sureños tenían envidia cochina de que fuesen tan listos y tan ricos.

4.3. La apertura egipcia al mundo

Mucho tiempo antes de los hicsos, durante la Dinastía VIII (2173-2160 a. C.) empezó la apertura de Egipto al mundo exterior, aunque las noticias de su duración son muy confusas. Para los modernos investigadores, la Dinastía VIII contó con seis gobernantes de Menfis que solo gobernaron, en conjunto, alrededor de trece años, aunque según Manetón fueron «27 reyes de Menfis, que reinaron 146 años», y para Eusebio de Cesárea consistió en «cinco reyes de Menfis que reinaron 100 años».

Durase lo que durase, en esta temprana época, Egipto se abrió hacia corrientes culturales externas que, con seguridad, trajeron consigo a los secularmente odiados hicsos, tan positivos para su nuevo país. Los hicsos aportaron a su nueva patria una suma heterogénea de ideologías, opiniones e ideas artísticas, políticas y religiosas que hacía tiempo circulaban por todo el Próximo Oriente. Además, con ellos se extendió por Egipto el uso del bronce y transmitieron al ejército egipcio el empleo de nuevas técnicas de combate, del carro ligero de guerra, de la armadura de escamas, del arco compuesto, el hacha de tubo para enmangarla, los cascos de cuero y los alfanjes. En esta época, aproximadamente durante el reinado del príncipe tebano de la Dinastía XVII Kamose, también se atestigua por primera vez la utilización de los arreos para los caballos, aunque estos animales ya eran conocidos y criados desde hacía mucho tiempo en el Valle del Nilo.

Para los investigadores actuales, los hicsos y sus realizaciones son una extensión geográfica de la cultura cananeo-fenicia de la época del Bronce Medio II, unos colectivos que emigraron a Egipto movidos posiblemente por razones económicas, buscando un mejor modo de vida, como cualquier emigrante que se precie de cualquier época histórica.

4.4. ¡Que vienen los hicsos!

Así pues, mientras los egipcios, curiosos, salían de turismo, vacaciones y negocios fuera de su país, los fatigados emigrantes nómadas luchaban por obtener un sitio mejor donde asentarse, edificar su casa estable y plantar su huerto. Y como quien no quiere la cosa, llegaron a Egipto con la tienda y la familia a cuestas y el ganado detrás. Y en el Delta del Nilo, donde ya no había desierto y disponían de agua para la casa y la familia, el huerto y el ganado, se establecieron aquellos emigrantes, hartos de poner y quitar los palos de la tienda de piel de cabra y de que por el camino se les rompiesen los pucheros y las mujeres se quejasen de tanto enrollar y desenrollar la alfombra para sentarse y levantarse, que aquello no había quien lo aguantase. Y tenían agujetas de tanto andar desierto arriba, desierto abajo, tapadas hasta los ojos para evitar la arena, sin agua para bañarse y oliendo a cabra y yogurt, mientras sus avispados varones, que salían los fines de semana con la excusa de ir a la compra a la costa cananea o a Egipto a por trigo, regresaban a las negras tiendas, llenas de pulgas, con los ojos haciéndoles chiribitas por el recuerdo de las hermosas jóvenes egipcias semidesnudas y olorosas que habían visto, o por las sugerentes cananeas oliendo a cedro que habían conocido tomándose unas cervecitas en las cantinas de Biblos después de la compra.

¡Y ellas con la cabra y la oveja, que no hay derecho, caramba!, debían pensar las nómadas, cabreadas por la desleal competencia de tanta chica guapa y lavada. Es posible que cuando las mujeres nómadas dijeron a sus chicos que ellas los acompañaban a la compra, a ellos se les acabó la excusa. E invadieron, porque la presión social de las mujeres nómadas oliendo a cabra, con sus niños colgados de las faldas y detrás las cabras, las ovejas y, todo hay que decirlo, la suegra con el rollo de las empanadillas en ristre, fue mayor que el temor a las lanzas de los egipcios. Y supongo que, al grito de «¡qué viene mi suegra detrás!», invadieron el Delta del Nilo unas orondas señoras a las que, tal como iban vestidas de negro y tatuadas de rojo, achuchando a sus renuentes varones, los egipcios confundirían con una panda de demonios capitaneados por el dios Seth, el «Rojo», el temible enemigo del desierto.

Lo demás es puro mito y la capacidad imaginativa de Manetón para convencer, contentar e informar como pudo a base de batallitas a su nuevo rey macedonio, heredero de Alejandro Magno y fundador de la estirpe y Dinastía de los Ptolomeos, que no entendía nada sobre Egipto, salvo que había pasta gansa y chicas guapas, de manera que el avispadito sacerdote pudo inventarse todo cuanto quiso. Y así nos va, que no hay quien concilie las Dinastías de Manetón con la realidad que nos muestra la Arqueología.

El caso es que los nómadas recién llegados a finales del Reino Antiguo se reasentaron en el Delta del Nilo, con sus marismas, charcos, patos y algo de buena tierra con mosquitos y garzas y caza y pesca y buenos lugares entre los cañaverales

para esconderse de los piratas y los recaudadores de impuestos. Y trabajaron y prosperaron. Y, además de casas de adobe y juncos, que a las señoras de las cabras no les gustaban mucho tantas marismas, pero menos es nada de agua, se montaron una preciosa capital, remozando una antigualla ya existente, construyendo grandes y ricas mansiones y bellos palacios (para los jefes, como siempre, que los pobres se hacinaron y metieron cabras y gallinas en el cuarto de baño, que hay agua), adornados con modernas pinturas minoicas con toros y marismas y agua por todas partes en las paredes y los baños alicatados y bañeras tipo minoico, en las que las hicsas-pastoras que quisieron por fin podrían bañarse. Y sus hijos y nietos, relativamente limpios, ya sin el olor a desierto y a cabra, estudiaron la lengua egipcia y los jeroglíficos, porque poco después de hacer la carrera de escribas, algunos hicsos alcanzaron puestos elevados en la administración del nuevo país y, como tontos no eran, se hicieron con el poder en el norte de Egipto, en un momento de confusión, en una época de descomposición política y lío total de los reyes de las Dinastías egipcias autóctonas de Tebas, a finales del Reino Medio, momento en el que, según el Papiro Real de Turín, durante sesenta y cinco años gobernaron, nada más y nada menos, que setenta y cinco faraones. O sea, un follón de mil demonios, a menos de un rey por año, lo que confirmaba, tal como señalaban los primos hicsos, la mala calidad y la desorganización de los dirigentes tebanos.

Mientras tanto, estos pueblos pastores del Delta, que sí estaban organizados, prosperaron y copiaron a los refinados y desorganizados egipcios costumbres caseras, formas de cultivar y llevar los regadíos, e incluso aprendieron a leer sus jeroglíficos y sus jefes hasta se atrevieron a formar unas nuevas Dinastías egipcias, cuyas guapas princesas se casaban con reyes del sur, aunque a los demás egipcios retrógrados del sur, que no tenían derecho a princesas hicsas, esto siempre les sentó bastante mal. Y al cabo de algunas generaciones, muchos de los del norte ni siquiera sabían ya que eran extranjeros, porque llevaban tantos años viviendo en Egipto que se les había olvidado su pasado. Y sus chicas, lavadas y planchadas, ya sin la arena del desierto pegada al pelo, y oliendo a cedro y sándalo de importación en vez de a requesón, eran guapísimas y esbeltas. Y, además, las había rubias y pelirrojas, algo bastante exótico en un país de bellas mujeres morenas y guapos chicos, también en su mayoría morenos.

4.5. Seth, el dios malo de los malos

Aquellos emigrantes se mezclaron con los autóctonos. Hubo matrimonios mixtos durante generaciones y nietos que seguían las leyes de Mendel de la herencia sin saberlo, y vivieron unidos, cambiando ojos azules y cabellos rubios con morenos de piel, ojos y cabellos y pelirrojos de ojos verdes y piel pecosa, pero, en el fondo,

seguían separados y presumían de ser diferentes en muchas cosas (más avanzados y modernos) de sus vecinos del sur, y prosperaban felices y contentos, que más de cien años en aquellos momentos en que la vida era corta y empezaba pronto la madurez, daban por lo menos para tres o cuatro generaciones. Eso sí, hubo intercambios de dioses que podríamos considerar «menores», aunque las principales divinidades del norte siguieron en su sitio, sobre todo el dios principal: Seth el Rojo de los hicsos o los hicsos de Seth el Rojo. A veces representaban a Seth como un hipopótamo, algo muy, pero que muy curioso, porque no se sabe cómo un pueblo del desierto, donde solo suele haber unos cuantos oasis y muy pocos ríos (o ninguno), tuvo como una de las variadas formas de representar a su dios un animal fluvial, algo así como si los beduinos adorasen a un dios en forma de pingüino, en un momento en el que aún no existía Internet.

Seth era un dios ctónico, es decir, del subsuelo, y representaba la fuerza bruta, lo tumultuoso, lo incontenible. En la mitología egipcia, el pobre Seth era el señor del mal y las tinieblas, dios de la sequía y del desierto: un dios de pueblos nómadas, frente a los agricultores egipcios, con Min, su dios de la lechugas, y Amón, el dios carnero de Tebas.

Seth también era la divinidad patrona de las tormentas, la guerra y la violencia y, dado que la Dinastía XIX egipcia también fue con bastante seguridad medio hicsa, fue patrón de la producción de los oasis con estos faraones, los Ramsés y Setis entre ellos. Es decir, pasó de malo a bueno al ser considerado oficialmente protector de los nuevos reyes, aunque se le representaba como un ser muy extraño, un ser humano medio animal o un animal sethiano mezcla de galgo y bicho raro, inclasificable desde un punto de vista meramente zoológico, un ser con hocico curvo, orejas cuadradas, cola horquillada y cuerpo de perro, aunque otras veces aparecía como un hombre con cabeza del raro e inclasificable animal sethiano.

Seth no tiene ninguna semejanza completa con ninguna criatura conocida, aunque podría ser considerado, tal vez, como una mezcla de oso hormiguero, burro y chacal, y otras veces se supuso que era una representación estilizada de una jirafa, aunque los propios egipcios distinguían entre la jirafa y el animal de Seth. Cuando se cansaron de representar cosas raras, le pusieron cabeza de asno o le representaron como un asno completo. Y para distraerse, además, le figuraron como cerdo, lebre, órice (algo así como un ciervo disfrazado de caballo con cuernos o como si un caballo se hubiese ligado a una cierva y le hubiesen salido cuernos al hijo de la descocada en lugar de al marido ciervo burlado), cocodrilo, hipopótamo, serpiente y pez, sus animales sagrados. También aparece en ocasiones como una serpiente con cabeza de asno.

El caso es que Seth era original de la sureña ciudad de Ombos, llamada ahora Kom Ombo, un lugar situado a 165 kilómetros al sur de Luxor. En su origen, la ciudad fue un asentamiento llamado Nubt, del término egipcio *nbt*, que significa

«Ciudad de Oro», un lugar importantísimo por su situación, desde la que podía controlar las rutas comerciales que se dirigían desde Nubia hacia el norte, Nilo abajo (es decir, hacia el sur en nuestros mapas). En la mitología egipcia, Seth era el hermano malo de Osiris, el bueno de la película, algo así como el mito bíblico de Caín y Abel pero en egipcio. Seth era malo, como Caín, y protestaba porque su papá le había dejado la herencia en la tierra regada a su hermano gemelo Abel, y a él le había tocado el desierto. ¡Pobrecillo! (En realidad era un jeta, pues lo que le dejó su padre fue el negocio del comercio y el dominio de todas las rutas del desierto, pero, si no se quejaba, se habría notado que estaba genial, aunque no se puede negar que no tenía mucha agua, ni huertos, ni chicas limpias en cuartos de baño de lujo).

Pero, mira por donde, a los hicsos-pastores, que venían del desierto como él, les encantó este dios y lo adoptaron, asimilándolo a su Baal cananeo. Y aunque solo fuese por llevar la contraria a los pijos egipcios-agricultores que se lavaban más que ellos, incluso aceptaron su forma de perro-raro-chacal, hipopótamo y serpiente o lo que fuese. Además, puesto que Seth era malo-malo, si lo ponían frente a las tropas egipcias asustaría a aquellos enemigos debilitados por tanto lavarse.

Y terminaron haciendo de Seth su dios supremo, una divinidad buena (para Egipto), protector de las armas (de Egipto), la guerra (de Egipto) y la producción de los oasis (a los que por llevar repuestos de lo destrozado por la guerra llegaban las caravanas cargadas de riquezas que estaban bajo la protección de Seth). La unión de la guerra y el comercio siempre ha sido un buen negocio. Y como dios del desierto, Seth protegía esta tierra hostil de las tormentas de arena que él mismo provocaba. Además, era rico, porque velaba por los ricos comerciantes cuyas caravanas protegía y ellos le pagaban buenos impuestos por su protección, que el nombre de su Ciudad de Oro no le venía de casualidad.

Siguiendo con el mito, el «raro» Seth asesinó a Osiris, lo partió a trocitos y desperdigó los pedazos de su cadáver a lo largo del Nilo, de manera que hizo rico a Osiris (bueno, a sus sacerdotes), porque, en lugar de un único santuario de Osiris en Abidos, pudieron fundar cientos de santuarios osiriacos a lo largo del Nilo desde época faraónica hasta el tiempo del Imperio Romano. Y así, Osiris acabó ganando la partida a su hermano Seth, el feo y el malo de la historia.

El feo, malhumorado y envidioso Seth no pudo evitar que su sobrino Horus (hijo de Isis y Osiris) le exiliase al desierto, para vengar el asesinato de su padre. Y además, se le acusó de robar el Sol y traer la noche y la oscuridad, pese a que, al mismo tiempo, Seth era considerado el encargado de proteger la barca solar de Ra (el dios egipcio que simbolizaba al Sol) y desde su proa combatía diariamente a la temible serpiente Apofis. En fin, que Seth fue un dios multiusos. Y sus adoradores, tan contentos, porque al final se quedaron en Egipto.

4.6. Amón, el dios bueno de los buenos

Este lío de dioses debió ser en principio un problema de riquezas y rebaños. «Si yo escribo la historia, mi dios es el bueno, y el tuyo es el malo», debieron decir los egipcios del sur (los cronistas eran del sur; los del norte aún no escribían oficialmente y sus crónicas no se conservaron, así que solo queda la propaganda contraria a ellos).

Los del sur adoraban al dios-carnero de Tebas, que durante el Impero Antiguo había sido un dios menor del nomo IV del Alto Egipto, pero que paulatinamente había empezado a cobrar importancia. Durante la Dinastía XII ya era considerado un importante dios dinástico, al que se asimilaban además los principales y antiguos dioses del panteón egipcio: Horus, el dios halcón; Ra, el dios Sol; e incluso el popular Osiris, el dios de los muertos (¡Ay, ay qué lío!, porque Osiris era el dios al que había matado Seth); y Montu, un dios guerrero tebano.

A partir de entonces, todos ellos se consideraron manifestaciones de Amón.

Amón debía hacer muchos milagros para tener tantos defensores y fieles. Y evidentemente, estos seguidores del dios carnero dejaban cuantiosas limosnas en sus santuarios, unos donativos que sus sacerdotes se encargaron de invertir adecuadamente, volviéndose inmensamente ricos y poderosos. Tan poderoso era que, como veremos más adelante, tras abolirse la reforma religiosa de Akhenatón, el dios Amón, que recibía muchísimos nombres, como «El oculto», «Padre de todos los vientos», «Alma del viento», «Dios único que se convierte en millones», «Aquel que habita en todas las cosas», «Amón-Ra, señor de los tronos de las Dos Tierras», «El toro de su madre», «El eterno», etc., fue asimilado también a Ra, el dios Sol, y añadió a su nombre el de Ra, convirtiéndose en el dios de todo Egipto como Amón-Ra, Amón-Ra-Atum, Amón-Min-Kamutef, o Amón-Ra-Soter «Amón-Ra, rey de los dioses».

Amón, al que se adoraba también en una tríada junto a su esposa, la diosa Mut, y a su hijo Khonsu, era un dios reservado, invisible para sus fieles, separado del pueblo por innumerables pasadizos sombríos y capillas oscuras, en las que se celaba al público de fieles la estatua del dios, una estatua que, incluso cuando salía en procesión, durante la Gran Fiesta Opet, o la Fiesta del Valle, estaba oculto tras cortinas. Era un tipo de culto y de templos totalmente opuestos en su concepción y desarrollo a los espacios culturales abiertos al aire libre en los que se desarrollaban los cultos solares de Ra o de Atum. Cuando la estatua del dios salía del templo dentro de la barca procesional, su imagen no era nunca exhibida a los profanos, sino que se encontraba oculta por cortinajes que nunca se descorrían. Una imagen guardada en el *Sancta Sanctorum* del interior de los templos, solo accesible a los iniciados con una escala de sacerdotes con distintos grados y en una jerarquía claramente identificada en atributos, vestiduras y obligaciones rituales. ¿A quién se va pareciendo ese «Oculto»? El que no se ve, el que está encerrado en el templo..., es curioso, porque

se parece al Yahvé de los judíos (ese dios sin nombre, «Yo soy el que soy»). Sí, Amón se parece a Yahvé. Ambos son «ocultos», misteriosos, velados al gran público. Los fieles no pueden entrar en el *Sancta Sanctorum* de ninguno de los dos. ¿Por qué Sigmund Freud, el padre del psicoanálisis, se fijaría en Atón, brillante y visible, para compararlo y asimilarlo con Yahvé? Esta es una de esas cosas que no se entienden, pero que para todo el mundo son totalmente lógicas. Yahvé el oculto, el dios de las batallas, el destructor, no puede de ninguna manera equipararse con un dios Sol de luz y benefactor. Es más bien, una especie de hermano gemelo de la unión de Amón y Seth. A ver si nos vamos enterando.

4.7. Comienzan los conflictos

Total, que, como era de esperar, y como sucede hasta en las mejores familias, tras años y siglos de pacífica convivencia, surgieron en el «Egipto separado» (tú del norte, yo del sur) los conflictos entre vecinos y primos lejanos. Y por un «quítame allá esos hipopótamos» de nada, se tiraron los trastos el sur contra el norte y el norte contra el sur y todos lucharon contra todos, dentro y fuera de las fronteras egipcias, como aún viene sucediendo, lamentablemente, en el Próximo Oriente, Anatolia y Mesopotamia incluidas. Había demasiados intereses políticos (como ahora), demasiadas riquezas (como ahora), demasiado comercio (como ahora), demasiados intermediarios (como ahora), demasiadas materias primas en la zona (como ahora).

Unos querían lo que tenían los otros: tú tienes tierras fértiles, yo las quiero. No te las doy. Te las quito. No me dejas. Te ataco. Me defiendes. Porque yo también quiero tus tierras. Y yo tus rutas de comercio. Y nos peleamos. Nos hemos peleado. Nos pelearemos siempre. Por la tierra fértil al lado de los ríos. Por los caminos que unen valles y pasan montañas y suben puertos y llegan a ríos y orillas de mares. Unos querían dejar el desierto y la tierra yerma y poder comer... Y, como no tenían tierras para plantar lechugas, los nómadas querían arrebatarlas a sus vecinos, más ricos y con más medios. Y así, el nómada pobre buscó tierras para asentarse, igual hace tres mil quinientos años que ahora, pues no hay más que repasar los periódicos, las noticias de Internet o el telediario de cualquier cadena, nacional o extranjera de nuestros días, para ver que nada ha cambiado en casi cualquier región del mundo. Igual que en tiempos de Tutankhamón, se sigue luchando por la tierra. Por la religión. Por la familia. Entre primos hermanos. Por motivos que a nosotros, occidentales urbanizados estresados y motorizados nos parecen raros, pero que, en muchos lugares de la Tierra, todavía son fundamentales: religión, familia, libertad, comida. Vida natural. ¿Los ha olvidado Occidente? Así nos va.

Pero, además de todo esto, parece que había otra poderosa razón, según dicen los expertos en magia antigua: la eterna maldición de los faraones, que sigue haciendo de

las suyas en aquellos lares, para fastidiar a los que ya no creen en ellos. La maldición que castiga a los que molestan y roban. Y como se verá abajo, esta maldición no es en absoluto una broma.

4.8. Las autopistas de la Antigüedad

Además de todo lo expuesto, en ese grandioso y amplio Próximo Oriente que comprende desde la península de Anatolia (hoy Turquía), Siria, Jordania, Líbano, Israel, Egipto, Iraq y Arabia Saudí, Armenia e Irán, existía, y existe, un factor geográfico y estratégico determinante. Allí se cruzan todos los caminos de paso, idas y venidas de norte a sur y de oriente a occidente, además de existir varios estrechos y zonas estratégicas de la mayor importancia, como Suez, Dardanelos, Bósforo, el golfo de Aqaba o el Golfo Pérsico.

Muchos caminos-vías-autopistas y numerosas riquezas recorren este inmenso territorio, parte del cual se llamó Creciente Fértil, desde que hacia el 15 000 a. C. más o menos, sus inquietos habitantes empezaron a navegar por el Mediterráneo buscando la obsidiana de la isla de Melos y el camino de las turquesas y el lapislázuli, o el opio que venía de Afganistán, China y el Extremo Oriente. Desde entonces, solo han cambiado el firme de las carreteras (en algunas) y el sistema de transportes (en algunas también). Solo hay que volver a Aqaba después de muchos años, sentarse a la orilla del mar Rojo y ver que donde ayer se veían largas caravanas de oscilantes y malolientes camellos rumbo al norte, ahora hay largas y malolientes filas de ruidosos camiones yendo hacia el mismo lugar. O bien sentarse a orillas del mar de Mármara, en Estambul, y observar la larga fila de petroleros perfectamente alineados que guardan su turno para entrar o salir de la Propóntide por el estrecho del Bósforo o los Dardanelos. O bien recordar la riqueza de la misma Petra, la ciudad rosa del desierto, reina del comercio antiguo en manos nabateas, hoy en Jordania, y otras ciudades caravaneras de los alrededores, como Aleppo, Palmira o Damasco, oasis maravillosos, parada y fonda de las autopistas del desierto, con las antiguas Mari, en el Éufrates y Ebla, 40 kilómetros al sur de Aleppo, en Siria, mirando casi, casi, al casi cercano mar Mediterráneo.

La multitud de riquezas que contribuye a la prosperidad de esta zona, donde una vez estuvo el Paraíso Terrenal bíblico, materias primas y mercancías preciosas que se mueven por las importantes vías naturales de comunicación que la atraviesan y circundan, pasos naturales entre el exótico Oriente y el civilizado y rico Occidente, hacen de estos lugares, en cuyo centro-suroccidental u oriental según se mire, bien puede situarse Egipto, un continuado campo de batalla, en el que confluían y confluyen riquezas sin cuento, antiguas culturas y arraigadas, belicosas y pendencieras religiones, panorama al que se ha unido, como moderno factor

enormemente desestabilizador, el llamado «oro negro», el petróleo que caracteriza nuestra civilización actual y cuya negra maldición amenaza con destruir y hacer desaparecer la vida en la superficie que lo cobija. Esta sí es la maldición: la de la riqueza que a todos apetece, que se une a la de los faraones. Una riqueza maldita que, curiosamente, destruye a quien la posee. Y lo mismo que primero lo engrandece, luego lo destruye. Porque los demás, pobres y envidiosos, lo atacan para quitársela. Y al final todos pierden con tanta guerra.

La hegemonía de unos y otros en el país del Nilo y sus multinacionales, la rama familiar del norte y los primos del sur, fue tal vez la tonta excusa para una larga y encarnizada lucha, en la que posiblemente, como en toda lucha civil y familiar, no debió haber ni vencedores ni vencidos. Simplemente se hizo una limpia. Porque se sabe que todos siguieron casándose entre ellos, el sabio pueblo y sus gobernantes, hicsos y no hicsos: los primos del sur con las guapas primas del norte. Y viceversa. Y, además, con primas de fuera de Egipto, porque llegó un momento en que las jóvenes extranjeras se pusieron de moda en los harenes de los faraones. Y es de suponer que pasó lo mismo en las casas particulares, tabernas, burdeles y mercados de esclavos.

Así que, al final, se repartieron el pastel entre todos: ricos y pobres, nobles y plebeyos, autóctonos hijos de hicsos o hicsas y viceversa. Porque el postre era succulento, agradable y enorme, y daba para todos, al menos para los que sobrevivieron a las tontas luchas fraticidas. Una riqueza inmensa que, a partir de entonces, se evidencia en los riquísimos tesoros descubiertos en las tumbas de sus reyes y reinas y en las magníficas construcciones que realizaron para ellos mismos y sus dioses.

Por eso, después de estas luchas y su final en Egipto, Manetón comenzó la Dinastía XVIII, para dar a entender que algo había cambiado en el país del Nilo: Egipto se abrió sin pudor a las antaño odiadas influencias extranjeras, cuyas realizaciones artísticas pasaron a embellecerlo aún más si cabe. Y a mejorar su estilo de vida, sus realizaciones arquitectónicas y decorativas y hasta su religión, que admitió nuevos dioses que pasaron a formar parte del panteón nacional, por ejemplo, la diosa cananea de la fertilidad, Astarté.

El joven Tutankhamón perteneció a esta nueva época, moderna, cosmopolita y sofisticada que denominamos Imperio Nuevo, y a la Dinastía que lo inaugura, la XVIII, que duró unos 277 años. Pero aquellos enfrentamientos y luchas de la época de los hicsos fueron curiosos. Y, dado que hay información literaria sobre ellos, nos detendremos a relatarlos por dos razones principales. En primer lugar, por la excepcionalidad de los documentos, que en otros momentos de la larga historia egipcia son casi inexistentes. Y en segundo lugar, porque evidencian la idiosincrasia de los personajes que participaron en las batallas, el realismo con que se describe la crueldad de los pasajes relatados, la valentía, real o imaginada de los personajes que

en ellos intervienen o los medios de defensa y ataque a unas ciudades existentes en una época que, de no saberse que son tan antiguas como del primer tercio del segundo milenio a. C., podríamos pensar que estamos relatando episodios de la Edad Media europea, protagonizados por valientes caballeros lanceros, valerosos soldados de infantería, arriesgados marinos y ciudades y castillos amurallados.

Además, en estos relatos aparecen rubias heroínas de leyenda, a las que a veces uno se imagina cubiertas con velos casi transparentes, con puntiagudos cucuruchos en la cabeza y viviendo su amargo cautiverio en solitarias, altas y cerradas torres, enmarcadas por verdes paisajes tamizados por la niebla, hasta que uno cae en la cuenta de que estas mujeres egipcias a las que se refieren los textos son auténticas y valerosas reinas guerreras, que vivieron en Egipto hace más de tres mil años. Unas bellas mujeres en una tierra hermosa y misteriosa, desconocida en muchos aspectos, en la que, a juzgar por los escasos documentos conocidos, la asombrosa realidad de su historia supera en muchos momentos a la más increíble ficción.

Y lo más curioso de todo: parece que los relatos literarios, a veces amañados, inventados, deformados por la propaganda política, pudieron hasta ser verdad. Porque hay pruebas arqueológicas que los confirman, como veremos a continuación.

4.9. Primeras escaramuzas: sur contra norte y los príncipes Antef de Tebas

Al tiempo que las poblaciones nómadas cananeas de los denominados «hicsos» afianzaban su dominio a orillas del Mediterráneo, en el norte de Egipto, en el sur del país del Nilo, en Tebas, una nueva Dinastía de reyes egipcios, la XVII, iniciaba los intentos para conseguir controlar todo Egipto, comenzando por su propia región sureña, donde sus príncipes parecen haber gobernado desde la isla de Elefantina y la primera catarata del Nilo (en realidad una acumulación de rocas que parecen hipopótamos en el agua), al sur del país (Alto Egipto), hasta Abidos, nombre griego de la capital del nomo VIII del Alto Egipto.

Allí, en Tebas, una serie de reyes llamados Antef, que gobernaban la región y pretendían controlar todo el país, unirlo y gobernarlo ellos solos, provocaron los primeros conflictos y escaramuzas con los molestos vecinos del norte, a los que consideraban invasores de Egipto, algo que interesaba a su propaganda política de dominio y expansión y para justificar tanto la guerra como el dinero que costaba a sus propios súbditos, a los que azuzaban contra los «invasores» de Egipto.

En este asunto contaron con la complicidad de los sacerdotes del dios Amón, que querían ampliar su negocio al Delta del Nilo y luego, ya puestos, al noreste, a Canaán. Y, si la ocasión era propicia, más allá, hasta Babilonia y Asiria, y hasta Irán y la India, hasta el origen de la seda, las joyas y el lapislázuli; y hasta Hatti, a por su sal, y hasta Centroeuropa, cuna del ámbar. El caso era llegar a las cabezas de los

mercados y no pagar intermediarios, un comercio controlado entonces en su última estación egipcia por los hicsos desde el norte. Por eso, los comerciantes y señores del sur se veían obligados a pagar una millonada por sus caprichos en joyas, perfumes, adornos varios, drogas, sedas, alfombras persas, bordados sirios, dagas, puñales, taraceas de Damasco, vidrios cananeos, sal centroeuropea, ámbar del Báltico y otras chuches que las mujeres del Delta tenían a mejor precio. Había que bajar los precios como fuese. Pero cualquiera se metía con los hicsos, que tenían muy buen armamento y carros de guerra, mientras que los del sur no tenían un ejército con el que poder hacerles frente.

Al final, todo fue al revés, porque la primera provocación vino de norte a sur. Porque los del norte también tenían la presión social de sus chicas: que si «fíjate cómo ha subido el oro» y que si «ya no me quieres como antes» y que si «fíjate qué joyas tiene mi prima del sur y dice mi madre que...». Y al ver llegar a un ejército de mujeres y niños pidiendo pan y lechugas, capitaneados por la suegra, gritando cual posesa (es decir, Seth encarnado), pidiendo la cabeza de los afeminados varones que no salían a luchar para que ellas tuviesen cuarto de baño estable, los hicsos supieron que no había nada que hacer: la presión social pudo más que las relaciones pacíficas con los primos del Alto Egipto. Y se buscaron una excusa (absolutamente surrealista, como veremos) para liarla y derrotar a los del sur, que no tenían carros ligeros, ni buenos caballos, ni buenas ciudades amuralladas.

4.10. Tao II y Ahhotep, la reina del dios luna de la Dinastía XVII del sur

Según Manetón, la Dinastía XVII era de Tebas, y gobernó en aquella ciudad sucediendo a la Dinastía XIII (las Dinastías XIV, XV y XVI, estas dos últimas hicsas, reinaron en el Delta), y parece que sus monarcas eran una rama menor de aquella. Estos gobernantes, el primero de los cuales pudo ser un tal Intef V, al que sucedió su hijo Rahotep y luego otros más, tenían que pagar tributo a los reyes hicsos y tolerar sus guarniciones militares, situadas en lugares estratégicos para controlar el país y, sobre todo, las ricas caravanas. Hasta que estos tebanos se pusieron a la cabeza de la lucha contra los soberanos extranjeros, se enfrentaron a los hicsos y consiguieron una nueva reunificación del país.

Al morir el príncipe Senakhtenra Tao I, asumió el trono tebano su hijo, el príncipe Seqenenra Tao II, casado con la reina Ahhotep I (cuyo nombre significa *El dios de la luna está satisfecho*), su hermana menor, siguiendo las ancestrales costumbres familiares egipcias. La nueva pareja real, asesorada siempre por su madre, la reina Tetisheri, decidió en secreto comenzar a plantar cara a los hicsos y a sus aliados. Obviamente, además de por Tetisheri, los jóvenes también estaban asesorados y apoyados por un consejo, formado por militares, nobles, escribas y sacerdotes que

buscaban ampliar sus negocios en el norte, ya que la franja del sur del Nilo y los desiertos se les habían quedado pequeños y estaban hartos de pagar el sobreprecio de las mercancías que les vendían desde el norte. Por lo tanto, decidieron que intentarían eliminar a los intermediarios.

Con la llegada al poder de Seqenenra Tao II, conocido luego como «el Bravo», tuvieron lugar los primeros choques militares contra aquellos a los que los príncipes tebanos consideraban interesadamente, repito, unos invasores de Egipto: los primos del norte. Pero antes de ocuparnos de cómo empezó esta guerra, echaremos un vistazo a la capital del sur, Tebas.

4.11. Tebas, la de las cien puertas

Tebas es el nombre griego de la ciudad del dios Amón, el carnero, una metrópoli populosa que había sido la capital del Imperio Medio y lo sería durante el siguiente Imperio Nuevo de Egipto. Estaba situada en el Egipto Medio (es decir, el curso medio del río, ni cerca del nacimiento ni de la desembocadura), en la actual población de Luxor. Su nombre antiguo era *Uaset* «La ciudad del cetro *uas*», y muchos siglos después el ciego Homero la cantó como «*la ciudad de las cien puertas*», debido a las innumerables puertas abiertas en sus extensas murallas. Posteriormente, los árabes la llamaron *Al-Uqsur*, «Los palacios», por los restos de los monumentales edificios religiosos de época faraónica que en ella se conservaban y conservan, que, desconocidos para los nuevos habitantes, fueron considerados antiguos palacios por su evidente grandiosidad.

En tiempos de la Dinastía XI, la opulenta Tebas sucedió a la antigua capital, la bonita Menfis, situada más al norte, justo antes del comienzo del Delta del Nilo, que hacia el año 2050 a. C. ya era un gran centro religioso y político. Y Tebas comenzó a crecer y crecer cual clara de huevo batida con azúcar, y se hizo grande y magnífica y lo siguió siendo, cada vez más, durante más de mil años. En Tebas vivieron los faraones y casi 650 000 personas en los momentos de mayor esplendor. Y las ruinas de los más grandiosos templos egipcios, los de Karnak y Luxor, son impresionantes y casi inabarcables, en una ciudad en la que, en la actualidad, pocas son las viviendas que no están hechas con adobe puro de barro y paja.

Templos grandiosos para un dios misterioso, El Oculto, cuya estatua estaba guardada en un oscuro y sagrado santuario al que no entraban más que cuatro privilegiados. Un dios que hablaba a los fieles y pronunciaba oráculos. Que hablaba y se movía, como una marioneta, manejada por sus avispados sacerdotes, para bendecir a sus fieles.

En la orilla opuesta del Nilo, frente a la ciudad y sus grandes y brillantes templos llenos de riquezas (más o menos como cualquier banco de la actualidad, que no se

ven pero se sabe que están ahí), se encontraba una serie de edificios grandiosos, como el palacio de Malkata, «Lugar donde se recogen cosas» en árabe, cuyo nombre egipcio era Per-Hay, «Casa del regocijo», aunque en su origen fue llamado «Palacio del deslumbrante Atón». El palacio de Malkata fue erigido por Amenofis III, posible abuelo de Tutankhamón, que lo utilizó como residencia regia durante la última época de su reinado, a partir del año vigésimo noveno de su subida al trono. Estaba construido con adobes, es decir, barro y paja secados al sol, con las paredes y los suelos totalmente cubiertos de pinturas al fresco, dibujos, azulejos y diseños al más puro estilo minoico-mediterráneo. Una vez terminado, este palacio fue la residencia real más grande de Egipto, cuya decoración, que se ha conservado y han sacado a la luz los arqueólogos, sorprende aún por su colorido y riqueza, no solo temática, sino también en numerosas aplicaciones de oro formando complicados diseños que presuponen lo que luego habrá en Amarna, la Ciudad del Sol.

Junto al grande y elegante edificio real había un gran lago ceremonial, excavado al este del palacio, y comunicado con el Nilo a través de un sistema de numerosos canales, bordeados de palmeras, que terminaban en un gran muelle, llamado actualmente *Birket Habu*. Como espacio sobraba y riqueza y obreros para trabajar también, en época de Amenofis III se edificaron además un templo dedicado a la reina Tiyi y otro al dios cocodrilo Sobek, varios palacios para reina y princesas y príncipe heredero y concubinas, además de un templo dedicado a Amón, para no tener que pasar el Nilo, que era una pesadez. Se construyeron también mansiones para familia real, ministros, funcionarios, sirvientes, mayordomos, lavanderías, caballerizas, casas de la élite, viviendas para los asistentes, jardineros y cocineros. Y también un altar llamado *Kom al-Samak*, que debió servir para ceremonias de culto al rey o relacionadas con su persona, según los arqueólogos de la Universidad de Waseda que lo han excavado y estudiado, sorprendentes espectadores de un edificio singular cuyos restos, destrozados en miles de pequeños fragmentos, reconstruyen en paredes de adobe enlucidas decoradas con escenas de la vida silvestre egipcia (flores, cañas, papiros y los animales que pueblan las marismas del Nilo), así como diseños geométricos decorativos, con rosetas, adornados con columnas de madera pintada, con capiteles liriformes que sujetan los techos y figuras de la Gran Esposa Real, la reina Tiyi, y raras pinturas murales aún visibles *in situ* en un gran complejo palacial que no tendría nada que envidiar a los grandes palacios minoicos si se hubiese construido de piedra. Pero, a pesar de las ruinas y del mal estado de las paredes de adobe, los maltrechos restos indican que ya hacía tiempo que los ricos egipcios habían contratado a los artistas de moda en el Mediterráneo: los artesanos minoicos, muchos de los cuales habían emigrado de Creta después de que esta isla fuese invadida por los rudos micénicos indoeuropeos.

Cerca del palacio de Malkata se alzaría años más tarde el Ramesseum, el templo

funerario ordenado construir por Ramsés II, ya en la Dinastía XIX, situado en la ribera occidental del Nilo, junto al Valle de los Reyes, la necrópolis real más grandiosa que se conoce en el antiguo Egipto, con las tumbas de los más famosos faraones del Imperio Nuevo. Allí está todavía Tutankhamón en su tumba. Vigilante. Atento. Amenazadores sus principios vitales atormentados por su temprana muerte.

Así pues, Tebas fue una ciudad de vida cerca de la ciudad de la muerte, una ciudad que aún hoy no deja a nadie indiferente por la grandiosidad de sus ruinas. Que sobrecoge y llena de admiración. Sobre todo al pensar que cuando los hombres vivían y morían entre adobes, más o menos adecentados, según la clase social de sus propietarios, las moradas de los dioses eran palacios de piedras y oro. Grandes corredores desiertos en los templos, llenos de temor de dios, eso sí, con las estancias sacerdotales repletas de piadosos y ricos sacerdotes, bien alimentados y cuidados por legiones de sumisos servidores y esclavos, mientras que en las adyacentes callejuelas se apiñaban abigarradas multitudes de mendigos, peregrinos, malhechores, tullidos, pedigüeños, policías, comerciantes, hasta llegar a los grandes templos, donde una multitud de dioses, impasibles ante el sufrimiento humano, guardaban en su mano el destino cruel de sus fieles. Sobre todo Amón el Oculto, el señor-carnero de Tebas, dios dinástico que aumentaba constantemente el poder y la riqueza de sus sacerdotes y santuarios.

4.12. Vamos por partes, que nos liamos

Muchos años antes de que naciese Tutankhamón, hacia 2160-2000 a. C., durante el Primer Periodo Intermedio, gobernó en Egipto la Dinastía XI, cuyos reyes, nacidos en esta Tebas de la que acabamos de hablar, mantuvieron constantes disputas contra los gobernantes de los nomos (provincias) vecinos, primero para extenderse y obtener zonas de influencia próximas y luego para controlar todo el territorio egipcio. Hasta que lo consiguieron. Y cuando todo Egipto estuvo unido, continuaron extendiéndose hasta el norte del actual Líbano y la mitad del curso del río Orontes y hasta el Éufrates. Y es muy curioso llegar a un lugar cerca de la actual Beirut, la capital libanesa, llamado Nahr el Kalb (en árabe, «Río del perro»), y encontrarse con unas estelas grabadas en la roca, como hoy en día hacen los turistas maleducados que escriben en las paredes, pero «a lo oficial». Por este río del perro pasaron egipcios, asirios, babilonios, griegos y romanos y los combatientes de la II Guerra Mundial, y todos ellos dejaron allí su huella, sobre todo el faraón egipcio Ramsés II, cuyas estelas emociona encontrar tan lejos de lo que se supone normalmente que era su tierra, cuando no se sabe que hasta aquí llegase Egipto durante el Imperio Nuevo.

Todo había empezado hacia el año 2025 a. C., varios siglos antes de Ramsés II, cuando un gran guerrero de la Dinastía XII, Mentuhotep II, tras conquistar

Heracleópolis Magna, principal ciudad del XX nomo del Alto Egipto, en la región de El Fayum, situada hacia el sur del delta del Nilo, unificó todo Egipto bajo su mando. El sacerdote Manetón inició con Mentuhotep el denominado Reino o Imperio Medio.

Los faraones del Imperio Medio, como buenos tebanos amantes de su tierra, instalaron en Tebas la capital de su reino unificado, que no les duró mucho por culpa de aquellos «invasores extranjeros» que constituyeron unas artificiosas Dinastías contemporáneas a las tebanas. No se sabe muy bien cómo ni por qué, Manetón agrupó las Dinastías del norte numerándolas de la XIII a la XVI (XII-XIV, 1785-1550 a. C.; XV-XVI, hicsos, 1730-1580 a. C.).

Así pues, Egipto no estaba unificado, para qué nos vamos a engañar. Aproximadamente en 1580 a. C., Tebas era solo la ciudad más importante del Alto Egipto, porque había una doble administración y dos reinos. Pero Manetón se inventó las Dinastías para que los Lágidas o Ptolomeos, venidos de la norteña Macedonia a este antiguo país que se asomaba al Mediterráneo a través de la nueva ciudad de Alejandría que hablaba griego y egipcio y koiné, el argot de los marineros y comerciantes, entendiesen algo de aquellos líos de reyes, primos, venganzas e invasiones de pastores cananeos, mezclados todos con inmigrantes y marinos mediterráneos y ricos comerciantes de los desiertos próximos, en pugna eterna con los egipcios sureños autóctonos y retrógrados donde los hubiese, más paletos que los avanzados y viajados vecinos del norte.

Para ese año de 1580 a. C. más o menos, mientras en el norte, en el Bajo Egipto, es decir, la desembocadura del Nilo, gobernaba Apofis I, un faraón de origen hicsos de la Dinastía XVI, en Tebas, es decir, al sur, gobernaba Seqenenra Tao II, hijo de un gobernador o príncipe descendiente de Antef V, llamado Tao I y de su esposa, la reina Tetisheru.

Al parecer, este faraón Seqenenra Tao II, tebanos de pro donde los hubiese, y por ello adorador del dios-carnero Amón, recibió una osada provocación del faraón del norte, Apofis I, que residía en Avaris. Para Seqenenra Tao II, el rey Apofis I era un ser abyecto, *que había tomado como dios a Seth como señor, y no servía a ningún otro dios que hubiera en el país*. En otras palabras: el dios de los tebanos, Amón, estaba harto de que los del norte no dejaran parte del pastel a sus dirigentes políticos ni a sus templos y sacerdotes.

Sin embargo, fue el monarca del norte quien provocó al tranquilo príncipe de Tebas, en el sur, de una forma muy curiosa.

4.13. Me molestan los hipopótamos del sur

Disponemos de un relato novelado acerca del asombroso *casus belli* que provocó la guerra entre los egipcios fetén tebanos y los presuntos invasores hicsos. Esta

narración, realmente curiosa y divertida, nos es conocida por una única fuente, *La Disputa de Seqenenra y Apofis*, que ha llegado a nuestros días a través de una sola copia de época del rey Merneptah, cuarto faraón de la Dinastía XIX, en el Papiro Sallier I (P. BM 9999), el papiro más largo de los conocidos encontrados en Egipto, con 1500 líneas de texto, aunque está incompleto y nos deja el cotilleo a medias.

La narración comienza diciendo que la tierra de Egipto estaba en dura aflicción, y que Seqenenra era gobernante de Tebas, la ciudad del sur, mientras en el norte, en Avaris, estaba el príncipe Apofis, que había tomado a Seth como único señor y no servía a ningún otro dios que hubiera en todo el país.

En el relato, escrito más de dos siglos después de los hechos que relata, Apofis, en su afán de provocar al rey del sur, inventó una excusa rarísima: que existía un estanque de hipopótamos en Tebas que, aunque se encontraba a considerable distancia al sur de Avaris, (desde la actual capital, El Cairo, hasta Luxor y Tebas, hay más de mil kilómetros; desde Avaris, más al norte de El Cairo, aún más), el ruido de estos animales impedía dormir a los lejanos habitantes del norte.

Es el rey Apofis el que me envía ante tu presencia para decirte: que se retire a los hipopótamos del estanque que está a oriente de la ciudad, porque impiden que puedan dormir de día y de noche. El ruido que hacen abruma los oídos de la gente de la ciudad.

Debió decir, muy serio, aunque conteniendo la risa, el mensajero hicso al tranquilo príncipe tebano. Sorprendido ante protesta tan insólita, Seqenenra contestó lo que supongo que contestaría cualquier señor actual, al que, por tener la tele muy alta, le llega una reclamación de un señor que vive a mil kilómetros de su casa:

¡Pues sí que tiene el oído fino el señor Apofis! ¡Déjate de chorradas, que no tengo ganas de discutir!

Frase esta última exactamente igual hoy que ayer, y que más o menos significa: «sois unos pesados y estoy de vosotros hasta el gorro. A ver si os vais de Egipto de una vez, que es mío», que en el egipcio cortesano debió sonar algo así como:

¿De verdad tu amo ha oído hablar en ese país lejano del estanque que está situado a oriente de la ciudad del sur? No voy a discutir con tu amo.

Pero el mensajero del norte contestó, de forma diplomática, eso sí, algo que hizo mosquearse al príncipe del sur:

Reflexiona sobre la razón por la que me envían.

Cuando el príncipe tebano del sur, llamado luego «El Bravo», consiguió salir de su asombro, al darse cuenta de que le estaban retando, se enfadó por la bravuconada y convocó a su consejo de notables. Y aquí, lamentablemente, el escriba del Papiro

Sallier I, llamado Pentaur, dejó incompleto su ejercicio de redacción y a futuras generaciones sin la información de cómo acabó aquel divertido y extraño episodio. Pero, aunque no sabemos cómo termina el relato, sí conocemos el desenlace auténtico de aquel enfrentamiento. Hacia 1570 a. C., Seqenenra Tao II defendió su riuo, sus hipopótamos y su estanque y emprendió la lucha contra los hicsos de fino oído del lejano norte.

Y Seqenenra Tao II perdió, y murió valientemente en el campo de batalla. Porque, a lo mejor, no tenía tan buen oído como su rival del norte. Nunca se ha sabido si los del norte volvieron a quejarse, pero, por el momento, ganaban 1-0.

4.14. Seqenenra, ¿defensor o cazador de hipopótamos?

Total, que el pobre rey del sur salió bastante mal parado. La momia de Seqenenra el Bravo, conservada en el Museo de El Cairo, muestra múltiples heridas y mutilaciones causadas, según todos los investigadores, por el tipo de hacha de guerra usada por los hicsos, muy diferentes de las que usaban los soldados del sur. Y el pobre príncipe defensor de los hipopótamos tiene el cráneo partido, hundidos la nariz y el pómulo derecho, además de la mandíbula inferior rota, la lengua partida y signos de que murió tras una larga agonía, posiblemente abandonado en el campo de batalla, hasta que su cadáver pudo ser recuperado por los suyos. Y se supone también, a juzgar por el estado de la momia, que fue embalsamado bastante tiempo después de morir, lo que parece indicar que el cadáver no fue rescatado inmediatamente, tras una derrota del ejército del sur en la que, entre otros muchos combatientes, murió su bravo monarca. Y los suyos tuvieron que rehacerse antes de volver al campo de batalla y buscar su cadáver, para que no les colgasen de la alta muralla de Tebas por abandonar a su rey.



Cabeza de la momia del faraón Seqenenra Tao II en la que se pueden apreciar las heridas que le provocaron la muerte.

Este curioso relato se interpreta de varias formas, porque los investigadores no se ponen de acuerdo. Algunos lo consideran un típico relato oriental, totalmente falso, imaginado, irreal, en el que dos inteligentes gobernantes compiten entre sí en ingenio y plantean situaciones absurdas que cada uno resuelve de una manera. Para otros, el inicio del cuento parece indicar la ruptura histórica y religiosa que los hicsos debieron suponer para los egipcios del Segundo Periodo Intermedio.

El texto insiste en la impiedad de este pueblo invasor y extraño en sus costumbres y creencias, ajeno a Egipto y sus tradiciones, que solo reconocía como dios a Seth, un dios del desierto, las tormentas, la oscuridad y el caos, mientras Seqenenra no se confiaba a ningún otro dios excepto a Amón-Ra, el dios supremo de Tebas. El dios carnero, el Oculito.

Muchos investigadores creen que hay que entender la cuestión de los hipopótamos y la ofensa desde este punto de vista religioso, pues los tebanos practicaban la caza ritual de hipopótamos, y así lo representaron en sus tumbas desde el Reino Antiguo. Este poderoso animal, acuático y terrestre a la vez, era identificado, entre otros muchos y raros, con el dios Seth, al que ellos adoraban. La queja del rey Apofis y su exigencia de que se cesase esta práctica de cazarlo, probablemente tuviese más que ver con la ofensa que los reyes tebanos infligían continuamente al dios que los hicsos veneraban en la persona de sus animales preferidos que con que estuviesen haciendo ruido en un estanque. Además, era frecuente que los tebanos pintasen imágenes del dios Horus cazando hipopótamos en las marismas, una imagen claramente ofensiva para la sensibilidad de los del norte.

Lo demás parece un despropósito, sin explicación posible ni razonable. Pero a veces la realidad supera a la ficción. Aunque esta vez se nos escapa qué quería

verdaderamente Apofis, si la guerra con el sur solamente o unir Egipto bajo su mando, aprovechando ya de paso el lío que sabía que se iba a montar. A pesar de la muerte de El Bravo, parece que a Apofis se le escapó la ocasión de humillar a sus valientes primos tebanos, que le plantaron cara y al final, sin Bravo y todo, le vencieron.

Y tal vez, como se dice al estudiar la explosión del volcán de la isla de Thera (Santorini, en Grecia), fue con la ayuda y por culpa de un simple fenómeno natural, como los tebanos se hicieron finalmente con la victoria, bien porque fuesen más descreídos que los hicsos o porque fueron precisamente ellos los que lanzaron el interesado bulo, que nunca se sabe lo que uno puede conseguir con un simple rumor y un buen milagro o superstición apropiada. Que para el caso son lo mismo.

Los hechos históricos conocidos (es decir, «supuestos hechos históricos») y el desenlace fueron, más o menos, como sigue.

4.15. La revancha del sur y las moscas de oro

El último faraón de la Dinastía XVII fue el rey Ahmose o Amosis (1570 a. C. aproximadamente), sucesor de Kamose, quizá ambos hijos de Seqenenra Tao II y la reina Ahhotep I. En el año undécimo de su reinado, siguiendo los pasos de sus antecesores, Ahmose lanzó nuevos ataques contra los hicsos. Conquistó primero Menfis y después Avaris, y persiguió a los hicsos hasta la ciudad palestina de Sharuhen, ya en el año decimosexto de su reinado, es decir, al menos unos cinco años después, una época que se conoce bien por los relatos conservados en las tumbas, como la de otro Ahmose, un importante marino hijo de un tal Baba y de una mujer llamada Abana, en cuya tumba ha quedado escrito tal vez el testimonio más completo sobre el final de las guerras contra los hicsos, en una narración que mandó hacer y escribir en la tumba del abuelito su nieto Paheri, que era escriba de Amón. Ya cuando visitó la tumba del almirante Ahmose en 1829, Champollion se dio cuenta de su importancia, entre otras cosas porque documenta el empleo de carros de guerra en Egipto, innovación que generalmente se atribuye a los hicsos. La descripción del ataque a Avaris dirigido por el rey Ahmose comienza así:

Acompañé al soberano a pie cuando él marchaba sobre su carro y estaba atacando la ciudad de Avaris. Fui valiente a pie en presencia de Su Majestad.

La valentía de Ahmose en esta acción a pie junto al carro real le valió una promoción como capitán de un barco llamado *El que brilla en Menfis*. Después del primer ataque, la lucha se desarrolló en el río:

Se procedió a luchar en el agua en el canal de Avaris. Entonces hice una captura y traje una mano, lo que

fue anunciado al Heraldo Real y se me dio el Oro del Valor.

Los oficiales fueron recompensados por su valor en el campo de batalla con el Oro del Valor, igual que el collar con moscas de oro del tesoro de la reina Ahhotep. Puede considerarse esta una condecoración militar y por ello, suele decirse que es extraño que aparezca en el ajuar de una reina, por muy claro que esté lo que significa: que la reina fue a la guerra y luchó valientemente. Y la condecoraron. Varias veces, con varias moscas de oro. Si Ahmose las recibió en siete ocasiones, en el caso de la reina fueron cinco.

¿Por qué, si aparecen en la tumba de un hombre, son muestras de valor y heroicidad, y en la tumba de una mujer no?

Pues cinco moscas de oro son muy importantes. Cinco condecoraciones, que no son una ni dos. Cinco. Sin comentarios. Porque significa que, o bien le tocaron en una tómbola, o bien fue la jefa suprema de los ejércitos egipcios en más de una ocasión. Y es magnífico imaginársela como una buena general, dirigiendo a sus tropas a la batalla contra los hicsos. Además, puede que la reina recibiese más condecoraciones, porque también podían tener forma de brazaletes, y en su tumba había bastantes brazaletes y collares.

Todas estas moscas seguidas, fruto de diferentes campañas militares, indican que la lucha fue larga, hasta que el nuevo faraón empujó a los hicsos hasta Palestina y aseguró allí las fronteras de Egipto frente a una nueva tentativa de invasión, fronteras que otros faraones de la Dinastía XVIII ampliarían, hasta enfrentarse en Kadesh con los hititas, que habían iniciado el mismo camino, pero en sentido inverso, hacia el sur, cuando se dieron cuenta de que la estratagema de tomar las aguas en el Golfo Pérsico no les había servido para nada.

El punto medio entre ambos países, Hatti y Egipto, era Kadesh, la fortaleza siria protegida por el río Orontes, un lugar recurrente, bien protegido, en el que Egipto y Hatti se reunían para pegarse de vez en cuando. Con victorias de ambos, por supuesto. Al menos eso dicen las fuentes históricas, que afirman que siempre ganaban los dos contendientes. En las fuentes hititas, los hititas; en las egipcias, el faraón, como Dios manda, no vamos a reconocer que nos han zumbado los enemigos. Antes la muerte. Así pues, conocemos la propaganda de ambos lados, y por eso sabemos que no se movieron las fronteras. La verdad es que, a pesar de la propaganda egipcia, grandilocuente, los hititas les zumbaron y bien varias veces. Pero eso sería bastante después de la muerte de Tutankhamón.

4.16. Presagios y milagros. El verso del Papiro Rhind

La biografía de Ahmose, hijo de la señora Abana, solo confirma que «se saqueó

Avaris», sin relatar cómo fue la conquista de la ciudad, que al parecer no se produjo, tal vez por un fenómeno geológico que tuvo lugar muy lejos de allí, en pleno mar Mediterráneo, al norte de la isla de Creta, en la isla de Thera, hoy Santorini, en Grecia.

El historiador Manetón, al narrar el fin de las guerras egipcias entre el sur y el norte y el fin del Segundo Periodo Intermedio, afirma que, tras sitiar el rey Ahmose la ciudad de Avaris con 480 000 hombres y no lograr tomarla, se firmó entre hicsos y tebanos un tratado por el que los primeros debían abandonar Egipto. De ello se deduce que Avaris se rindió, tal vez por un hecho inexplicable que se relata en unas anotaciones del recto del Papiro Matemático Rhind que dicen así:

Día del nacimiento de Isis: el cielo se precipita.

Un hecho que tuvo lugar en el cuarto día epagómeno, hacia mediados de junio, porque cada año se celebraban esos días en todo Egipto antes de empezar el año nuevo el 21 de junio. Los epagómenos eran considerados aciagos por todos los dioses excepto por Isis y, a veces, por Horus el Viejo; a estos hijos de Nut se les llama «Hijos del Desorden», debido a las perturbaciones que, con sus disputas, introducen en la creación. Los cinco días epagómenos (o «extras») estaban marcados como:

Día 1: nacimiento de Osiris (día desafortunado)

Día 2: nacimiento de Horus (día afortunado o desafortunado)

Día 3: nacimiento de Seth (día desafortunado)

Día 4: nacimiento de Isis (día afortunado)

Día 5: nacimiento de Neftis (día desafortunado)

El contenido del Papiro Rhind se fecha entre el año 2000 y el 1800 a. C. y, dado que se escribió en Avaris y que el primer mes de Akhet (Dyehuty, del 29 de agosto al 27 de septiembre) es una época muy improbable para una tormenta en el Delta del Nilo, se deduce que el fenómeno que relata el papiro debió ser un eclipse de sol completo, lo que tal vez haría afirmar a quienes lo veían que «el cielo se precipita», o tal vez fue una nube provocada por un fenómeno, relacionado con la destrucción de la isla de Thera por una fortísima erupción volcánica, hecho que convulsionó todo el Mediterráneo oriental en algún momento entre 1564 y 1516 a. C., de acuerdo con los estudios de Carbono 14 aplicados a restos calcinados y que coinciden con los años entre los cuales posiblemente se abandonó Avaris, entre 1549 y 1545 a. C.

Con lo cual no se entiende nada, porque el 2000-1800 a. C. es anterior a las fechas de 1564-1516 a. C. de la destrucción de Thera. Así, el abandono de Avaris coincide con la explosión del volcán de Thera, pero no con la fecha del Papiro Rhind. Aunque, como ya comenté al escribir sobre la cronología, Ammisaduqa y el ciclo sótico, hace tiempo que no discuto por las cinco cronologías del Mundo Antiguo y me limito a repetir lo que dicen los especialistas: que «doctores tiene la Iglesia».

Según algunos de estos doctores, la «voz de Seth» a la que se alude en el Papiro Rhind pudo ser la explosión del volcán, que pudo oírse (¡esta vez sí!) desde el Delta del Nilo y la consiguiente lluvia de cenizas que provocó, que pudo llegar a Egipto y parecen probar los hallazgos de piedra pómez y ceniza en las excavaciones de los años 90 en Tell ed-Daba (Avaris), que han dado con un estrato de principios de la Dinastía XVIII, en el que había estos elementos, lo que puede confirmar la hipótesis de Goedicke acerca de que los hicsos tal vez identificaron estos fenómenos desconocidos con una siniestra señal de disgusto del dios Seth, que hacía oscurecerse el cielo y llover cenizas y piedras y que había abandonado a sus adoradores, que perdieron la esperanza y abandonaron la lucha, aunque no se puede descartar que los interesados adivinos y espías pagados por los tebanos ayudasen a esta interpretación que hizo que los hicsos se rindiesen al rey del sur.

Y como las teorías generadas por las evidencias arqueológicas, que datan la «erupción» alrededor de 1500 a. C., según Warren y otros autores, están en conflicto con las fechas del Radiocarbono que dan 1645-1600 a. C. según Manning Stuart y otros especialistas al estudiar la cronología de la Edad del Bronce Final en el Egeo, y a esto debemos añadir que no se sabe en qué fecha de las cinco cronologías deberíamos situar a Hammurabi para entenderlo todo, llegamos a la conclusión de que pasó «algo raro» que asustó a los hicsos, pero que ni tuvo que ser un eclipse ni una explosión volcánica. Pudo ser, sencillamente, una tormenta de verano, un tsunami o un terremoto chiquitín, pero, en cualquier caso, a los tebanos les vino de perlas. Y los hicsos se rindieron. Y ya está. No hay que darle más vueltas al asunto.

4.17. El cotilleo del ajuar de la reina Ahhotep

Desde este momento, ya sin contendientes visibles en casa, la Dinastía de Tebas inició un proceso que le llevaría al dominio total de las Dos Tierras y a la expansión fuera de Egipto, algo a lo que los del sur no estaban acostumbrados, porque nunca habían salido de casa, ya que la puerta de Egipto estaba más bien en el norte, porque en el sur había poca cosa... salvo oro, especias, incienso, mirra, camellos, esclavos, más oro, sedas, marfil, pieles exóticas... Pero querían más.

El ajuar de la tumba de la reina Ahhotep, la de las cinco moscas de oro, madre de Kamose y Ahmose, es una demostración de la nueva y magnífica situación económica del reino tebano, apreciable en el empleo de oro y materiales preciosos muy costosos en el diseño y fabricación de las joyas de la reina. De ahí se deduce que en este tiempo existía un buen comercio y los faraones del Egipto doble o unido eran ahora los dueños, principales explotadores y los mayores accionistas, por así decirlo, de todas las multinacionales, con permiso de los sacerdotes-banqueros del dios Amón.



Fresco de estilo y temática minoica hallado en Tell ed-Ada (Avaris), la capital de los hicsos en Egipto.

Además, las influencias asiáticas y mediterráneas en la realización y decoración de algunas de las joyas de la reina indican que Tebas ya había salido de su aislamiento y el oro de Nubia, al sur, debía empezar a llegar de nuevo a la ciudad, tras las campañas llevadas a cabo previamente por el inquieto Ahmose, que necesitaba fondos para proseguir las guerras paternas. Los materiales utilizados, además del oro, para fabricar las costosas joyas de la reina (cornalina, lapislázuli, turquesa) indican también el contacto de los tebanos con los centros comerciales de Siria-Palestina y la cultura creto-micénica, de donde procedían también las figuras de los frescos pintados que se encuentran en el reconstruido palacio de Avaris, lo que ha dado lugar a que se considere que la misma reina Ahhotep era de origen mediterráneo, siria o cretense.

La señora tenía buen gusto y dinerito para pagarlo, así que se rodeó de artesanos y artistas de estos países con los que renovó la recién conquistada ciudad y su nuevo palacio, y se gastó lo que su esposo había conseguido reunir, es decir, lo que haría cualquier esposa nueva rica de un nuevo jefe de gobierno que se cambiase de casa y entrase en el palacio de los vencidos: lo pintaría y decoraría de nuevo con lo más caro y novedoso que encontrase, que ya estaba harta de guerras y privaciones. Además, se construiría también un palacio nuevo, o más de uno, porque tenía presupuesto para ello, que para eso hemos vencido y somos ricos, muy ricos. Y joyas, las más caras y las mejores, que soy la mujer del jefe. Aunque no hay que olvidar a los dioses y sus sacerdotes, por si acaso, así que les construiremos templos para que reciban buenas

limosnas.

El caso es que los últimos cinco años de reinado de Ahmose estuvieron dedicados a un ambicioso programa constructivo, tanto en los grandes santuarios de Karnak, Menfis, Heliópolis y Abidos como en las fronteras del reino: Buhen al sur y la propia Avaris en el norte. En esta última, el más antiguo estrato arqueológico registrado de la Dinastía XVIII en Tell ed-Daba ha aportado valiosos descubrimientos para entender el posible papel de esta reina. Mientras su esposo estuviese tal vez más ocupado en reorganizar el ejército, la reina debió asumir la reconstrucción de la ciudad. Parece que se demolieron las fortificaciones y el palacio del último rey hicsu, y fueron sustituidos por fortificaciones parecidas (entonces, ¿para qué demolió las antiguas? ¡Qué poco práctico!) y nuevos palacios que, lamentablemente, duraron poco, aunque se han recuperado fragmentos de muros, hallados en vertederos formados por los escombros de los edificios al nivelar el solar que ocupaban. Así salieron a la luz los frescos de estilo, técnica y motivos minoicos acerca de los cuales se discute si fueron pintados por artistas de la isla de Creta o son imitaciones de estos hechas por egipcios. La presencia de estas pinturas murales al fresco en contextos más de cien años anteriores a las primeras representaciones de cretenses (*keftiú*) en tumbas tebanas, y anteriores también a los frescos hallados en Knossos, con temas similares y comunes, ha revolucionado y renovado las ideas que se tenían sobre las relaciones entre Egipto y la isla de Creta.

4.18. Yo también quiero un palacio nuevo

Está claro que «la presión política» de las señoras del harén del faraón del sur debió ser fuerte. Y, tras días de lloros y gritos y lágrimas e hipos y pucheritos y no quiero ligar y llamo a mi mamá por pato-teléfono mensajero, ellas, como siempre, ganaron al esforzado guerrero que ya estaba hartito, hartito, de la paz. «Para esto tanto luchar, que si lo sé no vengo».

Porque uno de los edificios de donde proceden los restos hallados fue un palacio real, y el único edificio comparable de su tiempo es el Palacio del Norte, en Deir el-Ballas, en la orilla este del Nilo, aproximadamente a veinte kilómetros al sur de Dendera, en el Egipto Medio. Quizá al pasar por allí, en su travesía desde Tebas hasta Avaris, vieron el palacio y la reina dijo «quiero uno como este», o a lo mejor es posterior y los de Deir el-Ballas copiaron el buen gusto de la moderna reina Ahhotep. No obstante, los pocos murales que allí han sobrevivido son totalmente diferentes y están pintados en un estilo sencillo, similar al de las pinturas de las tumbas contemporáneas de aquella época.

Parece que los frescos de Tell ed-Daba deben poco a la tradición de decoración mural egipcia, que se remonta a los comienzos del Imperio Antiguo. Al igual que los

frescos de Knossos con los mismos temas, se cree que fueron ejecutados con un propósito ritual, (¿Para quién? ¿Se adoraba al toro como en Creta en el Egipto faraónico? ¿O eran cultos para personas minoicas que vivían allí en el Delta?). El caso es que los frescos están repletos de referencias simbólicas al culto del gobernante cretense, además de que en varios edificios del yacimiento aparecen acróbatas saltando sobre el toro, asociados con motivos relacionados con la cabeza del toro y representaciones laberínticas propias del mundo egeo, con las mismas escalas variables de los frescos, temática y similar color de fondo que los cretenses, lo que indica la existencia de un complejo sistema decorativo común. O que quienes los pintaban habían ido a la misma escuela.

En Tell Kabri, Palestina, se han encontrado otros frescos, menos complejos que los de Tell ed-Daba, imitaciones asimismo del arte minoico. Una de las más asombrosas características de Tell ed-Daba es que aparecen en un vacío de ítems minoicos, sin acompañamiento de cerámica, ya que, aunque existe un pequeño volumen de cerámica de estilo Camares minoica, esta solo se encuentra en un estrato muy anterior, de principios de la Dinastía XIII. Además, no se aprecia continuidad entre edificios y artefactos de ambos estratos. Es decir, que los artistas minoicos, o bien no usaban cerámica de su pueblo, o eran egipcios que se la habían traído a trabajar. O que, como puede suceder, aún no se ha encontrado el basurero adonde tiraron los cascotes.

El descubrimiento de los frescos minoicos en el Delta de Egipto ha hecho revivir las viejas ideas, descartadas hacía mucho tiempo, de que Ahmose fuese un aliado de los soberanos cretenses y que tomó por esposa a una princesa de Creta. Como prueba de esta teoría se cita un grifo de estilo minoico, representado en un hacha ceremonial hallada entre los tesoros de la reina Ahhotep, la madre del faraón. Y también el hecho de que el título de «*Señora de Hau-nebut*», que llevaba Ahhotep se refería a un lugar identificado con alguna isla griega. Sin embargo, últimamente se duda también de esta hipótesis, así que seguimos con la duda del por qué de tanta influencia cretense, aunque la cosa puede ser tan sencilla como que había problemas políticos y económicos en Creta y los artistas emigraron adonde hubiese alguien que les contratase por hacer sus pinturas.

4.19. El viento del Mediterráneo

Pero un hecho es innegable: los frescos egipcios son la evidencia material de que, o bien los minoicos estuvieron en Tell ed-Daba, como meros artistas o maestros de los egipcios, o bien que a los egipcios les encantaba el arte minoico y fueron artistas egipcios los que se formaron con pintores minoicos en su isla, porque, obviamente, los artistas egipcios también viajaban y la belleza, frescura y libertad de expresión

que se respiraba en la gran isla mediterránea debía ser para ellos un verdadero chorro de aire fresco, material y sobre todo, espiritual. Ya veremos cómo esta influencia minoica no desapareció de Egipto, y traspasó el área del Delta, pasando a desarrollarse en el sur, en el palacio de Malkata, con Amenofis III, y fue responsable del estilo amarniense. Petrie ya dijo en su día que el estilo de Amarna se debía en gran parte a la influencia mediterránea, a su estilo libre y naturalista, lejos del anquilosamiento del estilo tradicional egipcio que pesaba como una temible losa sobre la inmutable iconografía de su país y la mano de sus hábiles artistas y artesanos. Creta debió ser para Egipto lo que París para los artistas modernos: la libertad. La imaginación. La creación. El arte sin trabas ni patrones preconcebidos ni fijados. ¡La imaginación al poder!

Y se soltaron el pelo de esa imaginación con el nuevo faraón Akhenatón, liberal, soñador e instruido, jugando con volúmenes y fantasías al estilo Picasso, que ponía los ojos dónde y como quería, en rostros deformados por expresiones y muecas imposibles. Ese fue el llamado «estilo de Amarna», que duró poco, un soplo de aire fresco en el caluroso Egipto, pronto reprimido por el sofocante calor de las antiguas tradiciones que amaban el oscuro dios Amón y sus sacerdotes, a los que el sol de Amarna producía quemaduras y resquemores, además de vaciar de oro sus otrora bien provistas arcas.

La verdad es que al comienzo de la Dinastía XVIII soplaban para Egipto vientos nuevos, con aquello de que somos ricos y hemos unificado y conocemos a gentes de todo el Mediterráneo. Y es evidente que con el rey Ahmose y la victoria tebana en las guerras contra los hicsos comenzó no solo el Reino Nuevo. Tras estas guerras, nació un nuevo Egipto y la imagen de un nuevo tipo de faraón, pues los sucesores de Ahmose adoptarán en sus reinados y su forma de ser representados en las fotos oficiales de la prensa (es decir, los relieves oficiales de los templos, que eran como los periódicos de entonces para su pueblo y los embajadores extranjeros que visitaban la corte egipcia), la actitud agresiva propia de una guerra: el faraón, en carro, venciendo a multitud de enemigos. La política del reino unificado del Nilo se orientaría durante generaciones a la expansión hacia el este, hacia Canaán, ya conocida por los egipcios que habían viajado y salido y comerciado con los cananeos y estaban hartos de intermediarios. Cuando los egipcios llegaron hasta allí persiguiendo a los hicsos, se dieron de bruces con el mercado de origen de las ricas mercancías con las cuales se forraban los intermediarios extranjeros a costa de los egipcios. Llegar a Canaán significaba para el país del Nilo un ahorro considerable y una nueva fuente de riqueza.

Así pues, muchos egipcios salieron de casa en busca de mercados, relaciones, ideas y sueños de gloria y, de paso, también chicas guapas para los harenes, que tenían dinerito para acceder al mercado de esclavas de Siria y Canaán, donde los

piratas mediterráneos vendían todo lo que se movía y viajaba en barco.

Serían estos faraones los predecesores del protagonista de esta historia, que murió demasiado joven como para mandar sobre muchos ejércitos o disfrutar del harén que heredó con el reino y los palacios, aunque se dice que, con él, Egipto se cerró de nuevo sobre sí mismo. Lo que, a la postre, acabó perjudicando al país, porque el fresco aire que siguió a la apertura y cuajó en la corta época de la Amarna de Amenofis IV-Akhenatón fue sustituido por el *khamshim*, el ardiente viento del desierto, que pronto cubrió de roja arena y pesado olvido el paisaje que la tímida libertad había hecho florecer efímeramente.

4.20. El faraón también se moderniza

La política expansiva y agresiva hacia el exterior de los faraones del Imperio Nuevo favoreció un cambio en el simbolismo de la iconografía faraónica. Así, la imagen tradicional del rey, en situación de sujetar por el cabello y matar al enemigo vencido, que se empleaba desde el Periodo Predinástico, como es el caso de la Paleta de Narmer, cambió, quizá por la moda nueva de esta época o por influencias externas o porque ya estaba harto el pobre rey de turno de que siempre lo representasen igual en las fotos con la excusa de la magia de sujetar al enemigo para toda la eternidad, sin cambiar de postura, que iba a tener agujetas eternas. Y a partir de entonces, además de sujetarlos, el faraón los mata, todo más real, aunque de una forma amanerada y repetitiva.

Para algunos autores mal pensados, esta falsificación-imaginación significa que también era posible hacerlo con las escenas de batallas. Era posible inventarse las propias batallas, de manera que las reproducidas en los grandes relieves serían únicamente propaganda, nada más que una invención. Y es que había que imaginarse y difundir y proyectar a los posibles enemigos futuros que podían venir a incordiar, y oponer la imagen de un faraón valiente, cruel cual asirio, arrojado, temerario, batallador como el Bravo que murió a manos de los hicsos, pero sin que estos faraones modernos se arriesgasen en verdaderos combates. «A ver si cuela, se creen que soy muy valiente y nadie me invade».

Y se gestó así, a lo tonto, una nueva simbología que se inventaba batallas, en cuyas imágenes lo que más importaba era representar con el mayor realismo y perfección una acción guerrera concreta llevada a cabo por el monarca valiente, enardecido, gallardo, guapo mozo aunque fuese gordo y bajito, mostrando con fanfarronería su fuerza y exaltando su valor y decisión frente a sus posibles enemigos, que, visto lo visto, no osarían enfrentarse a él. Y se ahorran incluso las luchas, con lo que invirtiendo en propaganda, evitaban gastar en soldados e intendencia, una técnica disuasoria que los asirios practicaron magníficamente bien,

aunque con una crueldad y un sadismo mucho mayor que los moderados egipcios.

Así, este periodo conocerá las escenas de Seti I, representadas en el muro exterior norte de la Gran Sala Hipóstila del templo de Amón en Karnak. Este faraón de la Dinastía XIX se hizo representar con todo lujo de detalles étnicos y geográficos en sus victoriosas campañas en África y Asia, no solo ya en la actitud tradicional de sujetar o matar a uno o varios enemigos por los cabellos, escena que para ese momento se había abandonado casi por completo, sino mediante la plasmación material de unas acciones individualizadas llevadas a cabo por el monarca, magnífico en su carro de guerra, llevado por empenachados corceles, escenas representadas hasta en los más mínimos detalles, reales o, como algunos autores suponen (siempre hay opiniones para todos los gustos), solo un acto de magia.

Y el faraón vence «mágicamente» y sujeta durante toda la eternidad a unos enemigos a los que ni siquiera se enfrentó. Unas escenas precursoras de cualquier campaña propagandística actual, imágenes que firmaría sin rubor cualquier experto moderno en estrategia y logística electoral de políticos avezados, por aquello de «más vale prevenir que curar». Y «si sujeto a los enemigos mágicamente, ya nunca se levantarán contra mí». O bien «los atemorizo y no me atacan». Y me ahorro el viaje. Y si hay que ir, se va. Pero ir para nada...

Y mientras se supone que tenían lugar estos hechos bélicos, representados hasta la saciedad por expertos artistas, el faraón, tranquilo y relajado, reposaba feliz en su magnífico palacio egipcio, rodeado de las bellas concubinas de su harén. Y los embajadores extranjeros repetían a sus extasiados compatriotas que quisieran oírles las grandes victorias del rey de Egipto, unas campañas que habían visto representadas a gran tamaño en los muros de los templos.

Solo muchos siglos después, algunos arqueólogos se dieron cuenta de que en aquellos niveles de las fortalezas asediadas, atacadas y destruidas por los faraones, no había murallas en el momento del pretendido asedio y destrucción por los egipcios.

Y pillaron con las manos en la masa a los que representaron la trampa de la propaganda oficial.

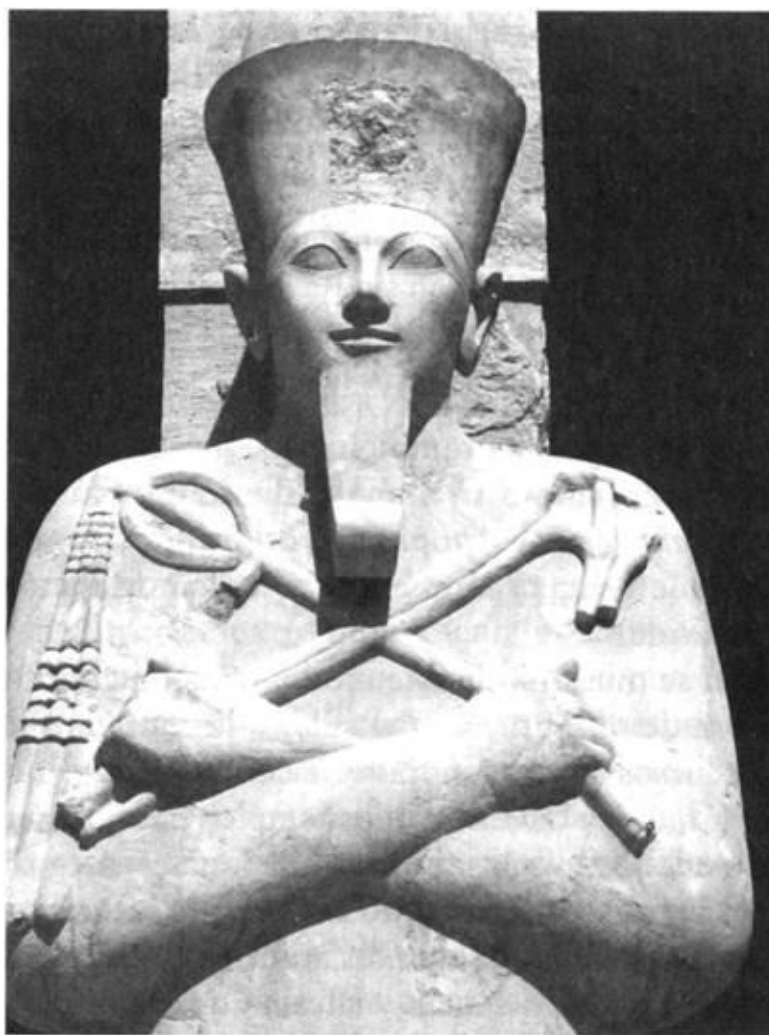
Porque faraones guerreros, lo que se dice muy guerreros, debió haber pocos. Pero también se sabe que, cuando de verdad lucharon, como Ramsés II, «amañaron» la propaganda.

Y aunque la lucha había acabado en tablas y las fronteras en Siria no se movieron, Ramsés II ganó «oficialmente» a los hititas en Kadesh, ayudado por el dios Amón, que para entonces se había repuesto ya de los disgustos que a su culto, sacerdotes y fieles, les habían dado unas generaciones antes los faraones de el-Amarna, predecesores del joven y rico Tutankhamón.

4.21. Las reinas son guerreras

El rey Ahmose no estuvo solo en esta situación de profundo cambio de su país. Las mujeres de la familia real tebana desempeñaron un papel político fundamental durante todo el proceso, como antes lo había representado al lado de Antef VII la reina Sobekemsak, que fue enterrada en Edfú, pues la tradición la considera antepasada de la Dinastía XVIII. Estas mujeres fueron Tetisheri, esposa de Tao II, venerada tras su muerte como abuela del libertador Ahmosis; su hija Ahhotep (la de las cinco moscas), madre de Kamose y Ahmose; y la esposa del rey Ahmose, llamada Ahmose Nefertari.

La famosa y futura reina-faraón Hatshepsut de la Dinastía XVIII será nieta de esta Ahmose Nefertari, biznieta de Ahhotep I, la reina-guerrera, y tataranieta de Tetisheri, siempre por línea femenina. Ella se consideró a sí misma digna sucesora de estas tres grandes mujeres, que contribuyeron decisivamente a la construcción del nuevo Egipto unificado, renacido de la división tras siglos de dominación extranjera. Pero, mientras todas ellas fueron solo compañeras de sus esposos faraones, Hatshepsut fue reina por sí misma.



Estatua de la reina Hatshepsut en su templo funerario en Deir el-Bahari.

Hatshepsut mandó construir el Speos Artemidos, situado en el Egipto Medio, muy cerca de la necrópolis de Beni Hassan, en la orilla oriental del Nilo. Los griegos le dieron el nombre con el que hoy se la conoce, que significa «Gruta de Artemisa». Se trata de un santuario excavado en la roca, dedicado a la diosa Pahet, la de la cabeza de leona. Una chica guerrera y valerosa, como la reina. En este lugar ubicó Hatshepsut la llamada «Gran Inscripción», en la que hace una referencia explícita a los hicsos, una época nefasta que arruinó el país y que, gracias a ella, sin el menor rubor por la mentirijilla, y a su positiva actuación política (que no hay por qué dudar que hizo cosas buenas), se declaraba totalmente cerrada y superada:

Yo he restaurado lo que estaba en ruinas y he erigido lo que estaba destruido, por primera vez desde que los asiáticos estaban en Avaris. Y los bárbaros estaban entre ellos, destruyendo lo que se había hecho. Gobernaban sin Ra y no actuaban de acuerdo con el mandato divino. Yo he desterrado la abominación de los dioses y la tierra ha borrado sus huellas.

Hatshepsut reprocha también a los hicsos su barbarie e impiedad, como hará a su manera el anónimo autor de *La disputa de Sekenenre y Apopi* unos doscientos años después del inicio de la lucha, y también el sacerdote Manetón, doce siglos más tarde.

La reina se muestra, de este modo, como la continuadora de una obra de restauración del culto a los antiguos dioses a los que los hicsos habían ignorado. Y continúa ampliamente la tradición faraónica de renovar los templos para proseguir las ceremonias del culto a los dioses tradicionales, asegurándose con ello la protección divina de Amón y sus sacerdotes, para afirmar su poder político sobre los ministros y cortesanos, que podían dudar de la eficiencia y eficacia del gobierno de una mujer, dado que, si aún ahora, a estas alturas de la historia, aún proliferan los machistas por doquier, en la época de esta reina debían ser normales y obvias sus opiniones contrarias a su gobierno en solitario, sin la sólida presencia a su lado de un sesudo varón que templase su femenina y débil mano en el gobierno, o aliviase sus incontenibles ardores femeninos, sin un harén masculino, simétrico y similar al que los faraones utilizaban para mostrar su vigor sexual, necesario para cumplir los ritos en los que se requería su total y «extendida» potencia varonil.

¿Qué haría Egipto, se preguntarían todos los cortesanos, se supone, sin una potencia fálica faraónica que exhibir en las ceremonias públicas de fertilidad y renovación de la vida? Parece que Hatshepsut no se arredró. Y sin falo (al menos visible que se sepa, pero sí con barba ritual postiza), aunque sin tomar el nombre de «Toro poderoso» (que sería pasarse tres pueblos), llevó a cabo hazañas que no le hicieron temblar ni avergonzarse de su «débil» condición femenina. E incluso la última frase de la inscripción del Speos Artemidos: «Yo he desterrado la abominación de los dioses», ha sido interpretada por ciertos autores como que la propia Hatshepsut se atribuye osadamente la expulsión de los hicsos, aunque parece, más bien, que, al mandar restaurar los edificios religiosos destruidos antaño, afirma

que había lavado las ofensas de los invasores a las antiguas divinidades de Egipto. ¡El caso era hacerse la importante! ¡Y lo fue!

En conclusión, los textos sobre la expulsión de los hicsos son, en su mayoría, textos monumentales destinados a perpetuar en los templos la memoria de un hecho que debía servir de ejemplo a generaciones futuras. Porque el responsable final había sido Ahmose, hermano de Kamose (posiblemente), el nuevo rey del Alto y Bajo Egipto, unificando las Dos Tierras. Con él comenzó uno de los periodos más brillantes de la historia de Egipto: el Reino o Imperio Nuevo, durante el cual reinó brevemente el joven Tutankhamón. Pero no acaba aquí la cosa. Porque esta época da mucho de sí en Egipto en teorías, misterios, mentiras y propaganda interesada e inventada.

4.22. ¿Una disputa de familia?

Sin embargo, para algunos estudiosos modernos las familias reales de Avaris y Tebas que se disputaban el poder estaban emparentadas, ya que en la tumba del primer faraón de la Dinastía XVIII (del sur) se encontró un vaso con el nombre de la princesa Herit I, hija del rey hicsa Apofis I, (del norte), el del fino oído que se había quejado del ruido que hacían los hipopótamos en el sur.

La guerra pudo ser, por tanto, una simple disputa de familia. Y, en realidad, aunque suene políticamente incorrecto y se haya querido ocultar oficialmente, egipcios y cananeos estuvieron siempre mezclados, tanto los pueblos como las familias reales y sus dioses. Que sus sacerdotes lo admitiesen, ya es otra cosa. O sus políticos. Pero el amor es el amor y a lo mejor los primos se conocieron en algún momentillo de asueto entre asalto de fortaleza y asalto de fortaleza o vaya usted a saber cómo se las apañaron para ligar. El caso es que se juntaron, congeniaron, se casaron y tuvieron hijos: los famosos faraones de la Dinastía XVIII del Imperio Nuevo. Pero el conflicto religioso entre los dioses y sus sacerdotes siguió existiendo, y Seth y Amón no se mezclaron. Y vino a añadirse después otro dios a la discordia, aunque únicamente se evidenciaría unas generaciones después del inicio de este Reino Nuevo. La excusa fue el dios Atón, el disco solar, que empezó a ponerse de moda en esta época, después de siglos de abandono latente desde la V Dinastía y sus templos solares.

El dios Amón, el Oculto, fue su más poderoso adversario. Pero no se puede olvidar al tercero en discordia, el misterioso dios Seth, al que habían adorado los hicsos, del que recomenzó la moda y el auge con la Dinastía XIX. Un dios extraño al panteón egipcio. Un dios cananeo. El dios rojo del desierto que ya había sido un dios dinástico en la tierra del Nilo. Y volvería al ataque, y sería el protector de esta Dinastía XIX, que comenzó de una forma extraña, tras una XVIII más extraña aún,

aunque finalmente fue el dios Amón el que ganó la partida, ese juego de la muerte con el que aún se distraen en la eternidad algunas interesantes personalidades de esta época en la soledad de su morada de Millones de Años mientras sus fantasmas asustan a los niños y causan la muerte de algunos de los que molestan. Quizá la maldición de los faraones no sea únicamente un cuento de niños.



La unificación de Egipto tras los hicsos. Los faraones de la Dinastía XVIII hasta Akhenatón

¡Oh tú que vienes para atrapar, no te dejaré que atrapes a nadie!

¡Oh tú, que vienes para capturar, no te dejaré que captures a nadie!

Yo te atraparé, yo te capturaré. Soy la protección de Osiris.

Libro de los Muertos, fórmula 137

5.1. Reorganización

Tras la reconquista y la expulsión de la zona del Delta de las últimas poblaciones y tropas hicsas, Ahmose siguió con la reorganización del país, un tanto desorganizado después de tanta guerra. Sin embargo, muchos hicsos, ya emparentados con los «nativos» egipcios, se quedaron, tal vez convirtiéndose al culto de Amón, disimulando su amor a Seth y prometiendo restaurarle y compensarle el disgusto de su abandono fingido.

También se mantuvieron las estructuras políticas y administrativas que existían en Egipto desde el Reino Medio, por aquello de que no se puede desorganizar un país y luego organizado todo a partir de la nada. Ahmose inició una política de acercamiento a las familias de los principales gobernadores provinciales para ganarse su obediencia. Pero, sobre todo, y como es lógico, en la nueva reorganización, Ahmose confió los cargos importantes a dignatarios que habían apoyado con fidelidad su causa, la tebana, por si acaso, que no era tan tonto como para dejar a partidarios del rey hicsos en puestos de responsabilidad. Y tanto Tebas como el-Kab (al sur de Tebas) fueron los verdaderos enclaves centrales en estos inicios del Reino Nuevo.

La nueva administración tebana reinició el control de la irrigación de los campos y los cultivos, algo necesario no solo para que el pueblo comiese, sino también para que le sobrase algo para pagar los impuestos y que estos llegasen al faraón, que necesitaba reponer su economía y llenar sus arcas, vacías tras la guerra, y las de la administración central, y las de sus ávidos funcionarios, fieles a los reyes tebanos, en aquellos lugares que habían estado bajo control hicsos.

Desde el punto de vista económico, la apertura hacia el Próximo Oriente, Canaán

y Siria que Egipto vivirá a inicios de este Reino Nuevo hizo que numerosas materias primas de las que carece el País del Nilo llegasen hasta allí. Como consecuencia de toda esta riqueza, se desarrolló una abundante producción artística que se refleja, por ejemplo, en el mobiliario funerario y la joyería, sobre todo, de la reina Ahhotep, o en las estelas reales de Ahmose en Abidos y Karnak.

No se ha encontrado la tumba del faraón Ahmose en Dra Abu el-Naga, pero, al igual que las de sus descendientes, su momia fue reubicada en el escondrijo DB 320 D de Deir el-Bahari. De su reinado destaca, además, la presencia al lado del rey de su esposa, la reina Ahmose-Nefertari, que fue, junto con la reina Ahhotep, su madre, una de las mujeres más interesantes y conocidas de los inicios del Reino Nuevo. Tras Ahmose reinó su hijo, llamado Amenhotep o Amenofis I, sepultado en la tumba KV 39 del Valle de los Reyes.

5.2. Los reyes de la Dinastía XVIII hasta Hatshepsut

Tutmosis I (1530-1520 a. C.), sucesor de Amenofis I (se ignora el parentesco que había entre ambos), fue el primer gran conquistador de los faraones egipcios, llegando hasta el río Éufrates. Él dejó fijada la larga y pomposa titulación completa de los faraones en un decreto que emitió nada más subir al trono. A partir de aquel momento, todos los reyes de Egipto llevaron cinco nombres:

1. El Nombre de Horus fue el símbolo más antiguo utilizado para representar el título de faraón: se trataba de un halcón (el dios Horus) sobre un *serekh* (la fachada estilizada de un palacio) en el que aparecía el nombre del rey en caracteres jeroglíficos.
2. El Nombre de Nebty o «Las dos Damas», que aludía al hecho de que el faraón era rey del Alto y del Bajo Egipto, simbolizados respectivamente por la diosa buitre Nekhbet y la diosa cobra Wadjet.
3. El Nombre de Horus de Oro, que se representaba por medio del halcón de Horus posado sobre el sol. Era, quizá, una demostración del poder superior de Horus sobre los demás dioses, en especial Seth.
4. El Nombre de Nesut-Bity o Nombre de Trono, significa literalmente *El del Junco y la Abeja* y se suele traducir como *Señor de las Dos Tierras*, representadas por la abeja (Bajo Egipto) y el junco (Alto Egipto).
5. El Nombre Sa-Ra «Hijo de Ra» o Nombre de Nacimiento, que se incluía dentro de un cartucho, protegiéndolo mágicamente, precedido por la oca y el Sol.

Tutmosis I inició también varias campañas en Nubia que supusieron la ruina del reino de Kerma. Una vez pacificada Nubia, inició su avance hasta Palestina y el río Éufrates. Y para que no hubiese dudas sobre su nombre, envió al gobernador de los países del sur un decreto en el que fijaba con exactitud cómo había que nombrarle: *Todopoderoso. Amado de Maat. Favorito de las Dos Diosas. El que brilla en la diadema, serpiente grande en fuerza, Horus de Oro, feliz en años, que hace vivir los corazones, rey del Alto y Bajo Egipto. Akheprkara, hijo de Ra (Tutmés), que vive para siempre jamás*, aunque su nombre de nacimiento era más sencillito: «Nacido del dios Toth».

Una innovación curiosa de este faraón fue que abandonó la idea de enterrarse en pirámides e inició la costumbre de utilizar los hipogeos excavados en laderas (el Valle de los Reyes, frente a Tebas), enterramientos que se mantendrían durante todo el Reino Nuevo. Además, continuó la labor reorganizadora de sus antecesores, haciendo resaltar el papel de la antigua ciudad de Menfis, cerca de la actual capital egipcia, El Cairo. Le sucedió Tutmosis II (1528-1484 a. C.), cuya sucesión fue muy complicada, por culpa de la citada Hatshepsut, que no se resignó al papel pasivo que Egipto reservaba a las mujeres y acabó convirtiéndose en reina-rey de pleno derecho.

5.3. La sucesión de Tutmosis II. La reina Hatshepsut

Los hechos conocidos, y brevemente explicados de su nacimiento y toma del poder fueron, más o menos, como sigue:

Tutmosis II tuvo un hijo, Tutmosis III, al que nombró su sucesor. Tutmosis II llevaba el nombre de su padre, Tutmosis I, pero no era hijo de la esposa principal de este, Ahmes o Ahmosis, madre de Hatshepsut, sino de Mutnefert, una esposa de segundo rango. La única hija legítima del gran conquistador Tutmosis I y la reina Ahmes era una joven princesa, Hatshepsut, que, por lo tanto, tenía más derechos a la sucesión que el príncipe, varón, claro, de manera que pronto hubo lío, porque su padre la nombró heredera, pero una conjura del palacio encabezada por el visir o *Taty* y arquitecto real, Ineni, consiguió sentar en el trono al príncipe Tutmosis II. Este se casó con Hatshepsut, su hermana por parte de padre, para legitimar su corona.

La princesa se tragó su rabia y orgullo por el momento, porque ella era la verdadera heredera de su padre y de las grandes reinas que habían luchado contra los hicsos. Así, Hatshepsut fue rodeándose de partidarios, disimulando su odio y frustración ante su esposo y rival. Por suerte o desgracia, su esposo Tutmosis II duró apenas dos o tres años en el trono (no es seguro. Hay diversas opiniones por culpa de un periodo heliaco de Sotis-Sirio, y otros investigadores dicen que reinó doce o trece años). Es posible que, algún día, se descubra que su esposa Hatshepsut contribuyó a su muerte. Ella o sus partidarios. Aunque no hay ni un solo dato, que tontos no eran, obviamente.

Probablemente, cuando murió su esposo y hermano, Tutmosis II, Hatshepsut se casó también con el joven Tutmosis III, hijo de su esposo el II y de la reina Isis (aunque no es seguro) apoyado por Ineni, y reinaron juntos sobrino e hijastro y tía y madrastra. Hatshepsut se resignó por el momento a su papel de tía, madrastra, reina como antes y esposa, hasta que se hartó del joven. Ineni y sus partidarios habían conseguido la fuerza suficiente para cargarse al poderoso visir Hapuseneb, fiel partidario de la reina y, junto a Senenmut, su principal apoyo.

Hapuseneb es un personaje curioso que merece que nos detengamos brevemente

en él, porque diseñó y organizó numerosas edificaciones y monumentos para cinco faraones de la Dinastía XVIII: Amenofis I, Tutmosis I, II y III, y Amenofis II. También ostentó el cargo de Administrador de los Graneros de Amón durante los cuatro primeros reinados. Procedía de una familia aristocrática, y comenzó sus trabajos como arquitecto en época de Amenofis I, que le eligió para ampliar el templo del dios Amón en Karnak. Después trabajó para Tutmosis I, pero, como en aquel momento se opuso a Hatshepsut, esta le sustituyó por Senenmut, aunque continuó trabajando para ella y fue su asesor en otras obras.

La joven era una hija de rey de armas tomar. Y no dudó en vestirse de hombre para reinar como faraón masculino. Desafiando todas las costumbres anteriores, no se dejó relegar a la sombría soledad del harén real, y fue uno de los mejores faraones de Egipto. Representada con barba y todo, como se dijo arriba, un atributo masculino que no restó belleza al agraciado rostro de la reina-rey, que no «faraona», ya que el título en femenino para la gobernante no existe en Egipto.

Fue Horus femenino, *Useretkau* (Rey del Alto y Bajo Egipto), *Maatkara* (Verdad es el alma de Ra) y *Khenemetamon Hatshepsut* (la que abrazó a Amón, la principal entre las mujeres nobles).

Después de dos años de corregencia o regencia del joven Tutmosis III, Hatshepsut, pues, fue faraón con toda la ley. Y toda la barba. No solo regente, como su antepasada Ahhotep. Y volvió a las tradiciones de otras reinas-faraón anteriores a ella, apoyándose para ello en un conjunto de funcionarios fieles, como el Intendente de Amón Senenmut y su Visir y Gran Sacerdote de Amón Hapuseneb. La reina se vistió como un hombre y suprimió en su indumentaria real y títulos las desinencias femeninas, adoptando el protocolo real completo, excepto el tradicional epíteto de «Toro poderoso», que lleva por ejemplo Tutmosis III en lugar del Horus en su primer nombre.

El joven Tutmosis III, sobrino e hijastro del faraón femenino, por muy toro potente que quisiera ser o denominarse, era solo un novillo novel, que tuvo que esperar muchos años antes de gobernar en solitario, sin su tía y madrastra y no se sabe si también esposa amantísima y quizá suegra, si es que ella no se lo llevó al huerto y lo intentó más bien con su hija.

5.4. Heredera de la anciana reina calva

Hatshepsut era la valiente y fuerte heredera de los atributos y virtudes de las reinas Ahhotep y Ahmose-Nefertari, hija esta última de Seqenenra Tao II y la reina Ahhotep, hermana y Gran Esposa Real de Ahmose I, el rey que expulsó definitivamente a los hicsos.

Ahmose-Nefertari era parte de la tercera generación de reinas excepcionales de la

Dinastía XVIII comenzada por su abuela, la reina Tetisheri. Al igual que esta última y que su madre Ahhotep, Ahmose-Nefertari recibió culto en Tebas hasta la época de Herihor, a finales del II milenio a. C. Y, de la misma manera que Ahhotep participó en la reconstrucción que siguió a la reconquista del país, su descendiente desempeñó un extraordinario papel, quedando estrechamente ligada a grandes acontecimientos, muchos de los cuales debieron ser inspirados y propiciados por ella misma, como la apertura de nuevas minas, la construcción de un cenotafio para la reina Tetisheri y de numerosos monumentos al sur de la segunda catarata. Además enriqueció también numerosos templos y reorganizó la necrópolis de Tebas.

Una marca distintiva de esta reina es que se la representa en los relieves a la misma escala que el rey y los dioses, algo muy poco usual. Ella fue la primera Gran Esposa Real investida con el título y función de «Esposa del dios», un título que oficializaba una práctica, ya existente desde el Reino Antiguo, por la que la reina acompañaba al rey y participaba con él en las ceremonias oficiales de culto que, a partir de la Dinastía XVIII, establecía la participación activa del monarca en el culto de Amón e identificaba a la reina con la encarnación humana de la diosa Mut, esposa celeste de Amon, y, por tanto, contrapartida femenina del Creador. Asimismo, le permitía oficiar como sacerdotisa, lo que se aprecia en una escena del templo de Karnak que representa a Ahmose-Nefertari desempeñando estas funciones. Su importancia política, complemento de la religiosa y ritual citada, queda también patente en el hecho de que, a la muerte del rey Ahmose, ella asumió la regencia del país durante la minoría de edad de su hijo, el joven faraón Amenofis I.

A su muerte, tras una vida muy longeva, la reina Ahmose-Nefertari fue objeto de un culto muy popular, a veces asociado a su hijo Amenofis I, y recibió especialmente culto en Deir el-Medina, donde fue venerada como diosa, «Señora del Cielo» y «Dama del oeste». Su enorme sarcófago, que todavía albergaba su momia, fue hallado en el escondrijo real de Deir el-Bahari en 1881. Su cuerpo, que correspondía a una enjuta mujer de edad avanzada, probablemente en torno a los setenta años, muestra las mismas características dentales y una marcada similitud esquelética con su abuela Tetisheri. En el momento de su fallecimiento, la reina había perdido gran parte de su pelo natural, por lo que se adornó coquetamente la momia con numerosas trenzas falsas de cabello humano.

5.5. El mercadillo de la reina gorda

De la política exterior e interior llevadas a cabo por Hatshepsut se ha escrito mucho, y aún hoy ciertos aspectos de su reinado siguen siendo motivo de debate entre los egiptólogos.

La reina prosiguió las campañas contra Nubia, en torno a la tercera catarata,

alcanzando el control de los territorios entre la quinta y la sexta cataratas. Durante su reinado hubo un total de seis campañas militares. De todos modos, la expedición egipcia más célebre organizada bajo el reinado de Hatshepsut fue la que condujo a los barcos egipcios hasta el país del Punt, en el sur de la actual Somalia, país de la mirra y el incienso, una expedición de carácter comercial que quedaría inmortalizada en el templo funerario de Hatshepsut en Deir el-Bahari. En cuanto al otro foco imperialista de Egipto, Asia, el reinado de Hatshepsut coincidió con la hegemonía de Mitanni liderada por su rey Saustatar, que aprovechó el momento de crisis interna de Egipto para extender su control hasta parte de Siria-Palestina.

Hatshepsut hizo construir su tumba en el Valle de los Reyes (KV20), igual que hicieron sus predecesores Tutmosis I y II y otros faraones posteriores. En las representaciones del interior de su tumba, como hizo a lo largo de su reinado, la reina se hizo representar como varón, con todos los atributos de los faraones. Hatshepsut llevó a cabo multitud de construcciones por todo Egipto. Pero fue especialmente en la capital, en Tebas, a ambos lados del Nilo, donde realizó sus construcciones más ambiciosas, dedicadas sobre todo al dios Amón, debido a la ayuda que el dios le había prestado, por medio de un oráculo, para tomar el poder, y en Deir el-Bahari, un lugar que se encontraba al otro lado del río, casi enfrente de Karnak.

En este lugar, que parece haber estado asociado de forma muy estrecha al culto de la diosa Hathor desde muy antiguo, fue donde la reina realizó su construcción más ambiciosa, tal como indica su nombre, «El sagrado de los sagrados». En aquel lugar existía un templo construido por Mentuhotep II quinientos años antes, y allí quedaron ligados dos personajes de leyenda, la reina y Senetmut, del que los cotilleos hacen su amante. Un hombre sabio y singular que fue enterrado frente al templo funerario que construyó para su reina y amada. De lo demás poco se sabe, salvo que fue el preceptor de la princesa Neferura, única hija de la reina. Senemut está representado en un lugar poco visible del templo de Deir el Bahari, y su segunda tumba se extiende en gran parte bajo la de la reina, como si fuese un perro fiel que la guarda por toda la eternidad. Aunque es imposible probar sus románticas relaciones íntimas, que todos deseamos suponer para felicidad de ambos amantes, existe un grafito en las paredes del templo en el que se muestra a la reina y Senenmut en una escena sexual. Algunos investigadores cuestionan la autenticidad del grafito, que consideran falso, pero otros, como Cristina Desroches-Noblecourt, lo consideran obra de los obreros que construyeron el templo, una muestra de buen humor que indicaría que, ya en vida de Hatshepsut y Senenmut, se cotilleaba sobre esa posible relación.

5.6. Las «otras» reinas-faraón ninguneadas

Hatshepsut no fue ni la primera ni la última mujer que ocupó sola el trono real

egipcio. Hubo al menos cinco reinas-faraón en el Egipto clásico, y otras más en la Dinastía Ptolemaica, cuya última reina, Cleopatra VII, aparece con cuerpo de hombre en una estela del Museo del Louvre, aunque sin barba, como sí hizo Hatshepsut. Las otras cuatro reinas-faraón «clásicas» fueron las siguientes, por orden de antigüedad:

La primera reina-faraón egipcia conocida fue Meritneit, pues reinó durante la Dinastía I, en torno al año 3000 a. C. Flinders Petrie creyó que era un faraón masculino llamado Merneit, pero la ausencia del nombre de Horus, propio de los monarcas varones, así como nuevos hallazgos con el nombre en femenino, demostraron que era una mujer y que fue enterrada con honores reales hasta entonces insólitos. Al parecer, Meritneit fue regente de su hijo, el Horus Den, durante su minoría de edad y él agradeció su ayuda con una magnífica tumba, construida en la necrópolis de Abydos. La incógnita es si esta reina regente llegó a llevar los títulos propios de un faraón masculino o se limitó a gobernar en nombre de su hijo.

Curiosamente, esta reina, como otras reinas-consorte del Periodo Tinita, desde Narmer, tiene un nombre teóforo, formado con el de la diosa Neit de Sais (en el Bajo Egipto). Así, conocemos a Neithotep (esposa de Narmer), Herneit (esposa secundaria de Hor-Dyer) y Merytneit (esposa principal de Hor-Dyer). Durante los años en que aún se consideraba histórica la «Unificación de las Dos Tierras», se opinó que este hecho se debía a que las princesas del «Reino del Delta» (Bajo Egipto), se veían forzadas a casarse con los representantes del «Reino del Valle» (Alto Egipto), como garantes de un compromiso político-diplomático que consolidaba la unión de ambas zonas del país. Un hecho que posiblemente se repitió cuando algunas princesas hicsas contrajeron matrimonio con los faraones de la Dinastía XVIII tebana. Tal vez la historia se repitió. O bien es solo una curiosa coincidencia que no tiene por ahora más explicación que las relaciones diplomáticas o buscar la unión del país, casando a primos y primas, como ha venido haciéndose a lo largo de la historia en multitud de países. También en esto los egipcios fueron los precursores.

La segunda reina fue Nitocris, que reinó durante la Dinastía VI. Cronológicamente, ella pudo ser la primera reina-faraón de todo Egipto. Aparece en alguna lista real como tal y también la mencionan Manetón y los escritores griegos y romanos. Lo único que impide incluirla con seguridad en esta lista de mujeres-faraón es que no existen evidencias históricas de su reinado, que se supone duraría unos dos años, entre 2183 y 2181 a. C., y que con ella acaba la Dinastía VI. Su historia ha quedado muy alterada por la leyenda, que la convirtió en una heroína que se vengó de la muerte de su marido, Merenra II, dando muerte a sus asesinos y suicidándose ella a continuación. Otra variante de la leyenda asegura que mandó construir la tercera pirámide de Guiza, atribuida a Micerino. Aunque es notorio que esta noticia no es cierta, sí es muy probable para muchos investigadores que Nitocris fuese un personaje histórico, una reina-faraón con todo su poder, barba incluida, con la que

acabó el Imperio Antiguo, antes del incierto y poco conocido Primer Periodo Intermedio.

La siguiente de la lista es Neferusobek. Esta reina-faraón reinó, según todos los indicios, durante unos cuatro años (quizá algunos más), entre 1777 y 1773 a. C. aproximadamente. Ella fue con seguridad, el último gobernante de la Dinastía XII, y, salvo su nombre de coronación, Sobekkara-Neferusobek, se sabe muy poco de ella. Neferusobek era hija de Amenemhat III, el último gran rey de su Dinastía, y hermana de Amenemhat IV, a cuya muerte ascendió al trono tomando nombres masculinos y gobernando hasta su muerte, con la que terminó el Imperio Medio. La sucesión de Neferusobek fue pacífica, tal vez debido a su propio buen gobierno, y se supone que los primeros faraones de la Dinastía XIII eran descendientes de su difunto hermano, Amenemhat IV y no herederos de la propia reina.

La cuarta y última reina-faraón, si no se tienen en cuenta a las reinas de Amarna y a otra que fue, posiblemente, hija de Horemheb y de la que hablaremos más adelante, sería la reina Tausret, cuyo gobierno en solitario cerró la Dinastía XIX. De ella sabemos que, aunque era miembro de la extensa familia real ramésida, descendiente de uno de los múltiples hijos de Ramsés II, no era hija de reyes, y que fue la Gran Esposa Real de Seti II. De él se supone que tuvo un solo hijo, el príncipe Seti-Merenptah, que debió morir al poco de nacer. Tras Tausret todo terminó. Nada en la calma dorada del atardecer de sus últimos días hacía presagiar el incierto futuro que se acercaba, el gran cambio que significaría el reinado de su hijo: nada menos que el final del poder de los faraones en el reino de Egipto. Pero antes hay que volver a Tebas y recordar los directos antecesores de Tutakhamón, Amenofis III y Akhenatón.

A estas reinas habría que añadir la citada Cleopatra VII y algunas otras de su Dinastía ptolemaica, y también, como veremos más adelante, a alguna mujer cercana a Tutankhamón.

5.7. ¿Qué tendría Tiye de especial para casarse con el faraón?

El faraón Amenofis III, hijo de Tutmosis IV (que solo reinó unos 8 ó 9 años), gobernó aproximadamente entre 1390/1 y 1353/2 a. C., en total unos 38 años. Parece que accedió al trono muy jovencito, entre los seis y los doce años, por lo que hasta su mayoría de edad gobernó su madre, la reina Mutemuja, y un consejo de regencia. Como en la mayoría de los casos de reinas y princesas egipcias, el origen de la reina Mutemuja es desconocido, aunque se sabe que no era princesa real, ya que no lleva el título de *Hija del Rey*.

Según algunas opiniones, Mutemuja era hija del rey Artatama I de Mitanni, por lo que sería una de las primeras princesas de este país en llegar a la corte de los faraones como prueba de alianza entre su país y Egipto. Otra teoría supone que fue hija de Yei,

un comandante de carros de origen sirio, y hermana de Yuya, un hombre de gran importancia durante el reinado de Amenofis III, como padre de la reina Tiyi. En todo caso, la filiación de la joven que se casó con Amenofis III ya no es tan desconocida, pues podía ser también ella una princesa de origen sirio, cuyos padres formarían parte de un grupo de sirio-hititas-mitannios llegados a Egipto en el gran séquito de alguna de estas princesas extranjeras que se casaron con los faraones. Mitannias, o hititas. O de esa zona. Una teoría que a mí me encanta, porque supongo que serían rubios, e indoeuropeos. Al menos, por ahí van ahora los tiros de los genes de Tutankhamón. Con lo que los misterios siguen y las nuevas teorías también. Y al final veremos cómo con todas las teorías que existen y surgen continuamente, el misterio sigue y cada uno piensa algo nuevo. Lo malo es que hay que demostrarlo. Y eso ya es harina de otro costal.



La reina Tiyi, esposa de Amenofis III.

El caso es que la reina Mutemuja, fuese de donde fuese, mitannia o hitita-siria, era esposa del príncipe Tutmosis y madre de Amenofis, su hijo varón. Antes de que su marido llegase al trono, es posible que ni siquiera pensase en esa posibilidad, pues ocupaba el quinto o sexto lugar en la línea sucesoria. Pero el caso es que llegó, y cuando Tutmosis IV comenzó a reinar, Mutemuja fue desplazada en el protocolo real por dos de las hermanas del faraón, que sí eran de sangre real. Y las princesas Nefertari e Iaret llevaron el dichoso título importante, y tal vez fueron, de hecho, compañeras de cama, como Grandes Esposas Reales, de su hermano, para rabia y pataleo de Mutemuja, que solo pudo obtener el famoso e importante título oficial de Gran Esposa Real cuando ya había muerto su marido. ¡A buenas horas, mangas verdes! La verdad es que a estos egipcios no hay quien los entienda. Ahora era viuda y Gran Esposa. Más vale tarde que nunca, debió pensar la reina, pero, repito, tampoco

se entiende mucho este ritual.

Cuando Amenofis III fue coronado faraón, tras el breve reinado de Tutmosis IV, Mutemuja asumió, tal vez encantada, satisfechísima y regocijada, la regencia del país, mientras crecía su hijo, de apenas doce años, y concertó con su posible hermano Yuya el matrimonio del chico con su sobrina Tiyi, con lo que se saltaba de un golpe las candidaturas de las hijas nacidas del difunto Tutmosis IV con sus dos Grandes Esposas Reales (es probable que Mutemuja tuviese un poquillo de manía a sus cuñadísimas por haberla desplazado durante el reinado de su esposo).

Finalmente, rodeada de todo tipo de lujos y habiendo logrado su sueño de tener el título importantísimo y haber dejado burladas a sus cuñadas, la reina madre murió a una avanzada edad, a finales del reinado de su hijo. Y le dejó el regalito de una sobrina de armas tomar. Más o menos como ella, que ya es decir. Porque Mutemuja había ejercido un gran poder sobre su hijo, sobre todo en los primeros años de su reinado. Y él, para ensalzarla más aún de lo del título oficial y demás prebendas, declaró, y así lo hizo representar en el bello templo de Luxor, que era hijo de la unión sexual entre Mutemuja y del propio dios Amón-Ra, algo a lo que los egipcios iban acostumbrándose poco a poco desde el reinado de Hatshepshut, que había hecho representar de tal guisa a su mamá con Amón. Y luego no había sido muy frecuente. Hasta ese momento. Así que mamá puso cuernos a papá y el chico resultó deificado, a lo que a las reinas de la antigüedad se fueron acostumbrando, porque más de mil años después, la madre de Alejandro Magno, Olimpia, dejó también en entredicho a su marido y dijo que el príncipe era hijo de Zeus-Amón. O sea, que el famoso dios egipcio ya hacía la competencia a Zeus desde mucho antes de que los griegos se lo inventasen. De esta forma, los sacerdotes de Amón manejaban a su antojo a los príncipes por aquello de que «hay que obedecer a papá, nene», especialmente si papá es un dios, y mientras tanto manejaban el cotarro económico de Egipto, metiéndose de lleno en las multinacionales del comercio del Golfo Pérsico.

Por tanto, además de grandes inversores en acciones de Amón, que invertía a su vez en el extranjero, los reyes eran dioses, aunque con cuerno (desde entonces, curiosamente, atributo de la divinidad, tal vez para disimular). La reina había conquistado hasta al mismísimo dios Amón, y no se sabe si él o quién sería el padre de los otros hijos de la reina, aunque parece que Tutmosis IV se adjudicó junto con el dios (o lo adoptó) al joven Amenemhat. ¡Menos es nada! Y la reina Mutemuja fue enterrada en la necrópolis tebana con todos los honores de haber sido amante de Amón, no sin antes haber casado al divino infante Amenofis III con una original novia: Tiyi, hija de un poderoso funcionario de origen real mitannio y su prima, sobrina de la misma Mutemuja. Con ocasión de su boda se emitieron grandes escarabeos conmemorativos con los que generalmente se informaba al pueblo de sucesos importantes. Y dicho matrimonio lo era. La joven Tiyi se encargó de ello,

desde luego.

La reina Tiyi nació probablemente en Akhmin (la Panópolis de los griegos), en el Egipto Medio, ciudad de origen de su familia que se hallaba bajo la protección del dios Min, garante en Egipto de la fecundidad y de la regeneración perpetua de la naturaleza.

5.8. El misterio de la familia de Tiyi

Su padre, el rubio (posiblemente) Yuya, era un hombre alto y fuerte, según su momia, admirablemente conservada aún. Yuya era sacerdote de Min, estaba al mando de los carros de guerra del faraón y era intendente de las caballerizas reales. Se ocupaba con esmero del cuidado y el entrenamiento de los caballos, reservados al cuerpo de élite del ejército egipcio. Tal vez fue Yuya quien enseñó al regio matrimonio a montar a caballo. Y lo del posiblemente rubio se dice porque hay quien supone que no era rubio aunque su momia tiene el cabello amarillo, color que se debe al proceso de momificación. En fin, que a lo mejor era rubio y a lo mejor no. Pero tiene pinta de rubio y la momia es rubia.

Por si era poco el lío de la concepción divina de Amenofis III, no lo hay menos con la familia de la reina Tiyi. Porque no era normal que un faraón se casase con una plebeya, tal como se la ha identificado. Hay quien sostiene que se trató del desquite de la reina Mutemuja contra las princesas egipcias que la habían hecho de menos. Y por eso casó a su hija con su sobrina, que tampoco era «Hija de Rey». Pero era lista y la habían educado como sacerdotisa del dios de la lechuga, en mi opinión, adiestrador de jovencitas en el plano sexual para mantener «animado» al faraón.

Pero algo importante debía ser, o saber, la chica, cuando en los escarabeos conmemorativos de tales nupcias se hace hincapié en que era «hija de Yuya y Tuya», que debían ser harto conocidos, nobles e importantes como para que eso importase, cuando, en realidad, los padres de las reinas egipcias eran, por lo general, desconocidos o bien eran reyes aliados. O el rey y la reina eran hermanos, y entonces estaba bien claro quiénes eran los padres de la esposa.

5.9. ¿Y si Yuya fue el José bíblico?

Algunos investigadores han sugerido que se podría identificar al noble Yuya con el antiguo patriarca hebreo José, que fue a Egipto con su familia en una época de hambre y sus hermanos lo vendieron y llegó a la corte del faraón y se dedicó a adivinar para él (Génesis, capítulos 37 al 50). Esta teoría se basa, entre otras cosas, en la anómala situación de las manos de su momia, que están colocadas alrededor de su

cuello, como se acostumbra en las momias conocidas de los semitas. Pero otros investigadores llaman la atención en el hecho de que los mitannios debían ser indoeuropeos, no semitas. Y Yuya, dicen, era mitannio, como se deduce de su relación con los caballos. En el mundo antiguo, los mitannios eran famosos jinetes y adiestradores de caballos, como aquel Kikkuli, que escribió el tratado de hilología, una minúscula tablilla escrita en cuneiforme que hoy se conserva en el Museo Arqueológico de Estambul.



Momia de Yuya, padre de la reina Tiye. ¿El José de la Biblia?

Su esposa, Tiye, era la superiora del harén de Amon; dirigía, por tanto, una institución que era al mismo tiempo religiosa, «sexual» y económica. Y por aquello de que Amon era el dios de la fertilidad, los mal pensados suponemos que en aquel convento no enseñaban a rezar precisamente, sino a mantener erguido el falo del faraón, garante de la existencia de Egipto, mediante técnicas sexuales sofisticadas. Y que el muy antiguo título de «Adorno real» significaba que tenía acceso a la corte (o que había pertenecido al harén real).

¿Cómo se casó Amenofis III con la joven Tiyi? Lo ignoramos, pero lo que sí parece claro es que su matrimonio con una mujer que no era princesa real no supuso ningún problema. Al contrario, parece indicar la gran influencia que tenía la familia de la chica, posiblemente emparentada por parte de su padre con las reinas mitannias del harén real. Quizá fuese además príncipe de Mitanni y Fenicia, como a veces se ha escrito. Si así fuera, la teoría del origen plebeyo de Tiyi quedaría en nada.

Con motivo de la boda de Amenofis III y Tiyi se fabricaron y distribuyeron escarabeos de cerámica, de unos diez centímetros de largo, en los que se grabó el siguiente texto:

¡Faraón y la gran esposa real Tiyi, larga sea su vida! Su padre se llama Yuya y su madre Tuya.

Una gran campaña publicitaria, sin duda. Y así, Tiyi se convirtió en la influyente esposa de un poderoso soberano de un reino cuya frontera sur llegaba a Karoy (en Sudán) y la frontera norte hasta Naharina o Mitanni, en Mesopotamia norte.

Se enviaron estos escarabeos conmemorativos a todas las provincias de Egipto, e incluso al extranjero, anunciando el reinado de la nueva pareja real. Gracias al buen funcionamiento del correo egipcio, la noticia no tardó en difundirse por todos los Estados vecinos. Como hemos visto, en ellos se mencionaba a los padres de Tiyi, cuya influencia en la corte la había elevado a su alto puesto. Ellos pasaron el resto de sus días junto a la reina, que no olvidó tampoco a su hermano Anén, que llegó a desempeñar altos cargos en el clero de Amón y de Ra-Atum, y se convirtió en uno de los más próximos allegados y consejeros de su cuñado, el faraón, con lo que todo quedaba en casa. Y cabe también preguntarse si esta familia no estaría emparentada o descendía de aquellos «abuelos» hicsos.

5.10 Los cambios del abuelito presagian Amarna

En el orden ideológico-religioso, en esta época destaca la importancia que va adquiriendo el dios Atón, hasta ahora poco conocido fuera de los antiguos templos del Delta y la Dinastía V. En realidad, se trataba de una asimilación de Amón a otros dioses cuya forma visible era el disco solar de Atón (Iten), algo que sería un precedente claro de las ideas de Akhenatón.

Amenofis III realizó espléndidas construcciones, como su templo funerario, del que solo quedan los ahora denominados «Colosos de Memnón». También mandó construir el templo de Luxor, como harén meridional de Amón, así como otro santuario para Amón, enfrente de Luxor, una barca para Amón hecha de cedro del Líbano y otro templo más dedicado a Amón que unos investigadores ubican en Karnak, mientras que otros identifican con el templo de Soleb.

5.11 La familia y la herencia de Amenofis III. La Gran Esposa Real

De la infinidad de mujeres que tuvo el faraón Amenofis III, solo tres ascendieron al rango de Gran Esposa Real (en antiguo egipcio: *ta hemet nesu*), el título principal de algunas de las esposas de los faraones. Lo utilizó por primera vez, durante el Segundo Periodo Intermedio, la reina Nubemhet, esposa de Sobekemsaf I, pero fue Meretseger, la esposa de Sesostris III, la primera reina consorte que escribió el título (*wrt*) junto a su nombre en un cartucho. El cargo sufrió diversas modificaciones y, con el tiempo, fue adaptándose a las diversas circunstancias del devenir social, religioso y político de la realeza egipcia.

5.12. El gobierno de Tiye. La Casa de la Reina

En la morada para la eternidad del administrador de la casa de Tiye, un individuo llamado Kheruef (TT núm. 192), cuyos relieves se incluyen entre las obras maestras del arte egipcio, la reina a la que servía desempeña el papel de «diosa de oro», Hathor, y participa en la regeneración ritual del rey, ofreciéndole su mágica protección y asegurándole millones de años de reinado, mientras unas sacerdotisas danzan y cantan, celebrando los festejos. Asimismo, se la representa acompañada por su hijo Amenofis IV, que aún no había cambiado su nombre por el de Akhenatón, realizando ofrendas a diferentes divinidades, especialmente a Atum, el creador. El futuro faraón venera, además, a Ra, el dios de Heliópolis, y a sus propios padres, Amenofis III y Tiye, como pareja divina.

Durante el ritual de regeneración del faraón, Tiye actuaba como iniciada en los misterios de Isis y Gran Sacerdotisa, y se la representaba luciendo el mágico collar de la resurrección y la corona de cobras (*uraei*) rematada por dos plumas y un disco solar, presidiendo la erección del pilar *djed*, símbolo de la resurrección de Osiris. También estaba asociada a su esposo en todos los acontecimientos importantes de su reinado, encarnando a la diosa Maat, la justicia en la tierra, por lo que era, al mismo tiempo, la armonía indestructible del cosmos y el fundamento divino de la sociedad egipcia.

Tiye tenía en Tebas su propio palacio, la «Casa de la Reina», parte de la «Casa del faraón», uno de cuyos administradores fue Kheruef, uno de los hombres de confianza de Amenofis III, al que el faraón encargó construir un gran lago en honor de Tiye en Yaruja, al norte de la ciudad de Akhmin, lugar de origen de la reina y su familia, tal vez para mejorar los cultivos y para pasear en la gran barca real, llamada «El Atón resplandece», un nombre divino que reaparecerá en el nombre de su hijo, el faraón Amenofis IV, que cambió el suyo original por el de Akhenatón. En honor de Atón, el joven erigiría una nueva capital, a la que llamaría «El Horizonte de Atón».

5.13 La Reina viuda negra

Al morir Amenofis III, su esposa, que para algunos estudiosos era negra, por una cabecita que la representa con gran fidelidad y que se conserva en Berlín, hizo grabar en un escarabeo conmemorativo una tierna frase de despedida: «*La Gran Esposa Real, Tiyi, ha redactado este documento, que es suyo, para su hermano bienamado, el faraón*». Había un solo hijo para sucederle y reinar, el citado Amenofis. Y una princesa, Sitamón, la «Hija de Amón». Acostumbrada como estaba Tiyi a las responsabilidades del gobierno, tuvo en el joven Amenofis IV y en su esposa, Nefertiti, tal vez sobrina de la propia Tiyi, a sus más aventajados discípulos, junto con los demás príncipes y princesas que llenaban el harén real. Pero los vientos de cambio en Egipto habían sido muy fuertes en los últimos tiempos, y se tornaron en un poderoso huracán que lo barrió todo durante la siguiente generación.

5.14 El reto de las misteriosas tumbas KV 35 y KV 55

Si los misterios de los que hasta ahora se ha hablado no son suficientes para hacer de la época de Akhenatón una de las más interesantes del Antiguo Egipto, hay aún algunos más que también llenan páginas y páginas de libros e Internet. Me refiero a las tumbas KV 35 y KV 55 y su contenido.

En estas dos tumbas se encuentran abundantes datos para intentar desentrañar los misterios de la desaparición de los personajes de la familia real de Akhenatón anteriores a Tutankhamón. Pero también para crear más líos aún, porque el problema común a casi todas las tumbas reales egipcias es que, al haber sido saqueadas y las momias de sus ocupantes desenvueltas, sacadas de sus sarcófagos, destrozadas y revueltas unas con otras, son solo enormes contenedores de datos sueltos casi destrozados. Momias sin nombre, objetos con nombres de personajes que no están en esta tumba, ataúdes sin momias ni nombres y otros que sí tienen nombres, momias sin ataúd ni nombre ni adornos, brazos rotos momificados, polvo sin cuento y, por todos lados, el horrible rictus de la muerte o la extraña serenidad de unas caras apergaminadas que a veces esbozan una enigmática sonrisa ante unos espectadores, investigadores y sabios estudiosos que manosean obscenamente y sin pudor, aunque con respeto, eso sí, unos pobres restos humanos reseco y marchitos, otrora sagrados e intocables, como correspondía a los reyes de Egipto y sus familias.

5.15. La extraña KV 35

La tumba KV 35 es una preciosa y complicada construcción funeraria

perteneciente en principio al faraón Amenofis II. En la segunda cámara o cripta de la KV 35 se encontró toda una colección de momias reales reunidas y escondidas allí para preservarlas de los ladrones que ya habían despojado sus tumbas de sus tesoros y habían despreciado, tal vez, los restos reales que menos les atraían, pensando que no llevarían joyas, quedándose los ladrones con los tesoros que les rodeaban, que debían ser tan espectaculares que lo que hubiese dentro de la momia no valía la pena. Y la verdad es que, comparando lo que podía haber con lo hallado en la tumba de Tutankhamón, no es de extrañar.

El caso es que robar tumbas reales era una costumbre muy lucrativa para las innumerables familias de ladrones de tumbas que vivían en los alrededores y vivían de lo que encontraban en ellas durante generaciones, pasándose de padres a hijos el negocio de robar al faraón difunto como el que pasa una cuenta bancaria en Suiza, hasta que la policía, alertada por alguna pieza excepcional que aparecía de improviso en el mercado de antigüedades y, tras seguir la pista a los que la habían vendido, pescaba a los vendedores y, tirando del hilo, pescaba también a los ladrones, y entonces ellos confesaban el hallazgo del tesoro, el robo de la tumba del faraón y hasta que habían matado a Kennedy.

Así, generación tras generación, era mayor el número de ladrones que se escapaba tras el destrozo y vivía del oro de los reyes muertos, destrozados y esquilados, que los que la policía conseguía detener, que ya habían arrestado a muchos tíos y primos de la tribu y habían espabilado un montón. Tan común era el robo de tumbas que ya los antiguos gobernantes reunían las momias de sus antepasados y las escondían en una tumba comunitaria, mejor defendible que muchas particulares aisladas, asegurando a los difuntos que, por lo menos, sus principios vitales sobrevivirían al seguir existiendo las momias. Finalmente, serían eternos, aunque pobres.

Tal fue el caso de la citada KV 35, una preciosa tumba de doble cámara de pilares profusamente decorada, la primera cámara con el techo de color azul oscuro, tachonado de estrellas, perteneciente a Amenhotep o Amenofis II, que Víctor Loret, alumno de Masperó, descubrió en 1898. Durante el Tercer Periodo Intermedio, la tumba sirvió de escondrijo para las momias de, al menos, nueve faraones masculinos, entre ellos algunos Ramsés, Amenofis y Tutmosis, así como de varias mujeres, entre ellas posiblemente la reina-faraón Tausert, todos más o menos bien identificados por sus nombres escritos en las envolturas de sus momias.

Allí estaban el sarcófago y la momia de Amenofis II, además de su ajuar funerario, por lo que, junto al joven Tutankhamón, son los dos únicos faraones que han sido hallados dentro de su sarcófago y en su propia tumba. Y allí se los ha dejado ambos, descansando para la eternidad.

5.16 Tiye, la Anciana Señora, el príncipe Tutmosis ¿y Nefertiti?

Se sabe con seguridad que la momia de una mujer mayor (conocida como *Eider Lady*, «Anciana Señora») hallada en esta revuelta tumba es la de la reina Tiyi. Según los análisis realizados a sus restos, la mujer podía tener unos 50 años al morir, una larga melena rojiza y el brazo izquierdo doblado, como si sostuviera un cetro, aunque también se la identificó con la madre de Amenofis II, la reina Meritre-Hatshepsut. La identificación final con Tiyi se ha hecho porque su cabello coincide con el de un mechón de pelo hallado en un sarcófago en la tumba de Tutankhamón. Al fin y al cabo, como veremos, parece que era la abuela del chico.

Tiyi era la reina de cabello pelirrojo que tapaba con una alta tiara y que heredó la reina Nefertiti, su sobrina y nuera. Así se aprecia perfectamente en el famoso busto de la reina Nefertiti al que le falta un ojo y que se conserva en Berlín.

5.17 La Joven Dama y sus orejas

La egiptóloga británica Joann Fletcher ha identificado la momia número 61072 de la KV 35 de una mujer joven (bautizada como *Young Lady*, la «Joven Dama») con la reina Nefertiti. Y se supone que el príncipe adolescente era, o bien el príncipe Websenu, hijo de Amenofis II, o bien el príncipe Tutmosis, el hijo mayor de Amenofis III y Tiyi. Además, en esa tumba había otra momia femenina, dos esqueletos y un brazo momificado.

Curiosamente, algunos elementos, como una gran estatua funeraria en actitud de marcha, recuerdan los objetos descubiertos en la tumba de Tutankhamón. De ahí a identificar los tres cuerpos momificados con parte de la familia real de Amarna solo hubo un paso. Una de ellas con la misma Nefertiti, sobre todo por su largo cuello y los dos agujeros de sus orejas, algo que únicamente llevaban las reinas y princesas de la familia real de la época de Amarna. Porque la momia tiene la oreja izquierda doblemente perforada. ¿Llevaba Nefertiti pendientes?

Uno de los argumentos presentados por la Dra. Fletcher se basaba en la doble perforación que la momia 61072 presenta en el lóbulo de su oreja, la izquierda, al menos, porque la derecha está partida, lo que, según Fletcher, la identifica como Nefertiti. Según ella, si nos fijamos en la familia de Nefertiti, la momia de Tuya, la madre de la reina Tiyi, es, hasta donde se sabe, el primer ejemplo conocido de momia con doble perforación lobular. A veces no se aprecia bien esta doble perforación bastante extraña que ya se practicaba desde los primeros años del reinado de su nieto Akhenatón en algunas esculturas femeninas. No la encontramos en las imágenes de la reina Nefertiti, a excepción quizá del busto Berlín 21220, pero sí en el caso de una de sus hijas, tal vez Meritatón (Cairo JE 44869). ¿Será Nefertiti esta momia de la mujer joven (entre 18 y 25 años) de la KV 35? Sí como afirma Zawi Hawass, la Joven

Dama es Kiya, ¿cómo queda entonces su teoría de que la madre de Tutankhamón no es Kiya, sino la princesa Sitamón, hermana de Akhenatón y, por lo tanto, tía también de Tutankhamón?



Momia de la joven Dama. ¿Será Kiya o Nefertiti?

Como se ve, el lío desentrañado con el ADN puede complicarse aún más con la cuestión añadida de las dobles perforaciones en el lóbulo de la oreja de una mujer real de Amarna, sobre la que, tal vez algún día, se pongan de acuerdo los especialistas.

5.18. ¿Es ella Nefertiti?

Las tres momias de la KV35 han dado mucho que hablar porque estaban desenvueltas, desvendadas, algo así como medicamentos sacados de la caja y sin prospecto. Y se les puso tres nombres lógicos en función de su aspecto físico y la edad que se les suponía: la Anciana Señora, la pelirroja, la Joven Dama, con los agujeros en la oreja, y el chico joven.

Pero la egiptóloga británica Joann Fletcher (Barnsley, Yorkshire, 1966) ha ido más lejos. Según ella, la chica joven es la reina Nefertiti, una teoría que en 2003 levantó una gran polémica e hizo que incluso se le negase el permiso para trabajar en Egipto por el enfado de Zahi Hawass.

Para él, como ya se dijo arriba, la *Young Lady* no era Nefertiti, sino Kiya, otra esposa de Akhenatón que, para algunos investigadores, sería la madre biológica de Tutankhamón, mientras que para otros se trata de una momia masculina. Así estaban las cosas hasta que en febrero de 2010 se realizaron las pruebas de ADN y dejaron claro que se trataba de una mujer, y que era, además, la madre de Tutankhamón, hija de Amenofis III y Tiye, y hermana y esposa de Akhenatón. Su nombre, sin embargo,

sigue siendo desconocido, ya que se duda entre las princesas Nebetiah o Beketatón.

Si alguna vez se encuentran sus momias, habrá, sin duda, que buscarles y mirarles las orejas, a ver si de una vez se aclara con ello el enigma de la tumba KV 35.



Akhenatón, el extraño Faraón

Pueda respirar el aire que sale de tu boca.

Pueda contemplar tu belleza cada día, que es mi oración.

Pueda oír tu dulce voz en el viento del norte.

Pueda mi cuerpo crecer lleno de vida por tu amor.

Inscripción en el sarcófago de Akhenatón

6.1. ¿Faraón y Drag queen?

El término «reinona» o *Drag queen* se refiere a un hombre que se viste y actúa exageradamente como una mujer, de forma provocativa para dar un efecto más cómico, dramático o satírico. Se trata de una forma de transformismo con fines primordialmente teatrales o de entretenimiento en espectáculos públicos. ¿Y qué mayor espectáculo público pudo ser en el antiguo Egipto que un cartel publicitario con la figura del faraón Akhenatón-mujer, un hombre con caderas y pechos femeninos, sin sexo?

¿Era aquel ser, divino para sus súbditos, un personaje excéntrico, un soñador, un hombre cruel, malvado, pederasta, obseso sexual o romántico, *hippie* o el más normal del mundo? Es posible que el pueblo egipcio no tuviese una opinión muy clara sobre este asunto.

Después de muchos años de imaginar bellas escenas de amor a la luz de la luna entre la bella Nefertiti y Akhenatón-Amenofis IV, extrañamente representado a veces como hombre y a veces como mujer, normal o deforme y atormentado por visiones y sueños divinos, los descubrimientos de las estatuas del faraón mujer o de la existencia de una esposa secundaria, aunque muy importante de Akhenatón, llamada Kiya, echaron un jarro de agua fría sobre las imaginaciones y bellas ilusiones de los aficionados al Antiguo Egipto y la aureola místicoromántica con que se había rodeado la corte de Akhenatón. El ídolo soñador y *hippie* se rompió, como el tiempo fragmentó los adobes de la Ciudad del Sol. Y sus trozos dispersos recuerdan ahora tristes historias de luchas familiares por el poder, llantos de niñas casadas con su padre en la más tierna infancia y, sobre todo, el dolor de una familia real por las extrañas muertes de parto de sus miembros femeninos, al menos una, si no fueron tres las fallecidas en estas dolorosas circunstancias. Otras mujeres reales de la época se esfumaron en la nada del olvido. O vivieron con nombres masculinos, como veremos, por lo que el misterio o misterios continuados de esta extraña época se multiplican,

con el problema añadido del travestismo onomástico y físico de reyes y reinas.

Akhenatón, es evidente, fue representado con cuerpo de reinona, como una extraña mujer. Y ataviado de reinona se fue a la eternidad, porque el sarcófago sin rostro descubierto en la KV 55, que dicen que fue suyo, lleva peluca de señora.

Buscada o no tal continuación «tipo señora» del viaje vital en el mundo de los muertos, muchos atribuyen a este faraón el «invento» del monoteísmo, aunque esté rodeado de las figuras de numerosos dioses, porque parece ser que, anclados a piñón fijo los egiptólogos aficionados en que este faraón era monoteísta, ya no se sabe ni contar. ¿O es que la palabra «monoteísmo» ya no significa «un dios», por aquello del cambio semántico moderno? En las escenas de Amarna se ven claramente varios dioses.

El Atón o Disco (1) + Akhenatón (1) + Nefertiti (1) + Wadjet, la cobra (1) + Nekhebet, el buitre (1) + trepicientas mil imágenes de dioses más que coexisten en época de Amarna = 5 + trepicientos mil no es igual a uno, sino a numerosos dioses en Egipto, es decir, politeísmo, como siempre.

Esta cuestión del pretendido monoteísmo empieza a ser preocupante, pero está claro que muchos dioses no es un monoteísmo. Ni siquiera henoteísmo (adorar a un dios sobre muchos), porque, curiosamente, el Atón era uno y trino + más la pareja real, en la que tanto Akhenatón como Nefertiti eran dioses.

Total, un lío que multiplican quienes, no sé por qué extraña razón, se empeñan en seguir propalando que Akhenatón es Moisés. Otros aseguran que no murió en Egipto, sino que emigró a Israel, previo paso por el Sinaí y el milagro de las aguas del mar Rojo y el maná, o que Akhenatón se casó con Tutankhamón, que era mujer, o incluso que Akhenatón cambió de género y reinó como mujer. Total, puestos a imaginar, solo falta decir que se vino a las fallas de Valencia o que está enterrado en el sur de Francia, como María Magdalena.

6.2. *Influencia babilonia en Amarna*

El faraón-travesti rodeó su nueva ciudad de Akhetatón con lo que se denomina «Estelas de Frontera», esculpidas entre el quinto y el octavo año de su reinado.

¿Qué pretendía Akhenatón con estas estelas? Quizá, rodear la ciudad en un cartucho o círculo mágico, suponen algunos investigadores, como la elipse que rodea el nombre del faraón, que guarda y protege mágicamente su esencia, es decir, su nombre, origen y esencia del ser real que lo porta. Por eso, se utilizó también el cartucho para rodear el nombre del Atón. Porque dicho límite mágico no solo rodea, sino que también preserva, delimita, y, desde un punto de vista mágico, hace inexpugnable a lo encerrado en él. Eterno. Esas estelas de Amarna delimitan con un cerco mágico «la ciudad vibrante y viva» que creó el faraón con su magia real, el

poder de su voz, derivado del poder divino del que él mismo emana. Y para preservar las estelas y con ellas la ciudad, eternamente, Akhenatón dejó grabadas en ellas sus propias palabras. Eternas. Inmutables. Energía divina pura. Al descifrarse la escritura egipcia y leerse los textos, la voz que las lee repite las palabras del faraón, activando así una energía sagrada que la vuelve a hacer existir a través de una máquina del tiempo.

¡La ciudad mágica del Sol volvía a la existencia por la magia de la palabra de Akhenatón escrita en las estelas que la rodean! Porque la palabra mágica es palabra de poder. Y el mundo existió cuando Dios lo nombró, bien fuese Yahvé o Toth. Se activó la «energía» existencial. El *Big Bang* divino. La gran pila. El modelo científico que trata de explicar el origen del Universo y su desarrollo posterior a partir de una singularidad espacio-temporal ya lo habían inventado los antiguos, solo que el nombre era diferente: «El dios habló», se dice. Y surgió todo lo creado. En Egipto y en Israel.

Técnicamente, el *Big Bang* moderno se basa en una colección de soluciones de las ecuaciones de la relatividad general, llamadas «Métrica de Friedmann-Lemaître-Robertson-Walker». El término *Big Bang* se utiliza tanto para referirse específicamente al momento en el que se inició la expansión observable del Universo (cuantificada en la ley de Hubble), como en un sentido más general para referirse al paradigma cosmológico que explica el origen y la evolución del mismo. Una explicación demasiado complicada que la simplicidad egipcia y hebrea solucionó con solo una palabra mágica y una prolongada acción que Yahvé completó en seis días.

6.3. Las fronteras mágicas y las estelas kudurru

Las primeras estelas de frontera fueron descubiertas por el jesuita Claude Sicard en el yacimiento de el-Amarna en 1714, tras diversos trabajos llevados a cabo por arqueólogos más o menos aficionados. Las quince estelas que quedan *in situ* se identifican mediante una letra del alfabeto, un sistema de ordenación inventado por el egiptólogo Flinders Petrie, quien, de este modo, las hizo «existir».

De ellas, tres, las estelas A, B y F, se encuentran en la orilla occidental del Nilo, mientras en el lado oriental se encuentran las otras doce, llamadas sucesivamente J, K, L, M, N, P, Q, R, S, U, V y X. El grupo K, L, X fue erigido en el año quinto de reinado, y las restantes (A, B, F en el oeste, y J, M, N, P, Q, R, S, U y V en el este) son del año sexto.

En los textos escritos en estas estelas se explica por qué la ciudad fue construida en honor de Atón, y se describe el diseño inicial previsto de la ciudad y sus medidas. Algunas de las escenas grabadas en ellas representan a Akhenatón y su familia adorando a Atón. Lamentablemente, muchas de estas estelas de roca tallada que

marcaron los límites exactos de la ciudad de Akhetatón (Horizonte de Atón) se encuentran ahora en un lamentable estado de destrucción y abandono, debido a causas naturales, como la erosión o el débil tipo de roca en que se tallaron. Por eso, su grado de conservación es diferente. Así, mientras la Estela P fue volada en 1906, la Estela A está todavía bien conservada y su acceso es fácil para los arqueólogos y los turistas que quieran llegar hasta ella.

Las estelas X, M, K, en los límites norte y sur de las colinas de la ciudad, en la orilla este del río, están muy dañadas. La fecha que figura al principio de los textos es difícil de leer, quizá el año 6 del reinado de Akhenatón, y las tres tienen la misma inscripción, con la dedicación de la ciudad al Atón. De las otras once estelas, la mejor preservada es la Estela S, y todas llevan la misma inscripción, comenzando con el año 6 del faraón, lo que proporciona una demarcación muy exacta de los límites de la ciudad, que se extendía por el oeste hasta los campos que debían ser la fuente principal de alimentos para la ciudad.

La inscripción repetida especifica que el rey nunca volvería a pasar los límites o fronteras de la ciudad mágica, lo que algunos investigadores interpretaron como una especie de juramento de que Akhenatón nunca saldría de su nueva ciudad. Pero el caso es que Akhenatón continuó viajando por el país, y por eso se supone, más bien, que era la palabra mágica del faraón la que mantenía dicha «permanencia eterna real», aunque Akhenatón no estuviese en la ciudad físicamente.

Sin embargo, la energía prometida en aquellas estelas debió acabarse pronto, porque en el año 8 del reinado de Akhenatón se añadió una nueva inscripción, renovando la dedicación inicial de la ciudad por el rey al sol-rey. Por si acaso se había pasado el efecto mágico de la primera, había que «recargar las pilas». La fecha de la fundación de la ciudad mágica marcaría la vida y la muerte de sus habitantes. Encerrada y protegida dentro de los límites mágicos, la ciudad era también un templo de vida y muerte, matriz primordial y tumba sagrada fijada para toda la eternidad, cuyos límites mágicos el faraón y su familia se comprometían a no traspasar.

Al estudiar estas estelas de frontera de Akhetatón, no podemos evitar establecer cierto paralelismo con unos monumentos similares que existían en Mesopotamia: las estelas *kudurru* (en acadio «límite»), unas piedras que se erigían para constatar la donación de terrenos en beneficio de una comunidad o un personaje importante. Las estelas *kudurru* babilónicas eran varias cosas a la vez. En primer lugar, eran mojones oficiales de piedra que delimitaban las propiedades concedidas por el rey de Babilonia a diversos personajes de su país, por diversas circunstancias. A veces, en la piedra se representaban las figuras de ambos, rey y beneficiario. En segundo lugar, eran documentos jurídicos, ya que llevaban incisos los documentos de donación y los nombres y cargos de los magistrados y el rey, los propietarios, sus cargos, etc., mientras que el documento oficial en otro material, tablilla de barro posiblemente, se

guardaba en el archivo correspondiente. Asimismo, eran documentos religiosos y mágicos, protegidos por los dioses que figuran grabados en ellos, pues contenían las palabras de las fórmulas religiosas y las maldiciones contra quienes osasen violar las fronteras que delimitaban.

Akhenatón conocía perfectamente las estelas *kudurru*, y las adaptó al estilo egipcio, a lo grande. Y se hizo representar en sus estelas *kudurru* de Amarna, pero vestido de mujer o acompañado de las mujeres de su familia que complementaban su divinidad, encerrado en una mágica frontera, protegido por su disco solar, el joven faraón andrógino con Nefertiti complemento al lado, muestra una vez más de la influencia extranjera de su culto preferido: el de la diosa sol de Arinna y los sacerdotes vestidos de mujer de los ritos frigios a Cibeles, la diosa siria. Así, estas enormes estelas *kudurru* o mojones mágicos delimitarían la ciudad de sus sueños, consagrando para la eternidad, jurídicamente, la dedicación escrita en ella al disco solar, dueño y señor de la nueva tierra concedida por el faraón que todos activarían eternamente con su sagrada presencia, que nada ni nadie debía borrar ni dañar.

Pero hay más. Porque también su culto al sol pudo ser extranjero en Egipto. Si no babilonio, al menos sirio o hitita. Y su caracterización femenina podría ser propia del sacerdote castrado de la Gran Madre Cibeles, llamada Kubaba en Anatolia. Imposible saber todo lo que Akhenatón y su familia aprendieron en sus viajes por Siria, con sus parientes de Anatolia, los hititas y los babilonios de Mesopotamia, o en la inmensidad del harén del faraón egipcio, poblado por cientos de mujeres hititas, sirias, mitannias, babilonias, con sus dioses, sus costumbres, sus servidores, hechiceros, parientes, cocineros, palafreneros, conocidos, embajadores y sacerdotes, magos y brujas incluidos.

6.4. La ciudad del Horizonte de Atón

Para su dios, Atón, Amenofis IV creó la ciudad llamada Akhetatón, «El Horizonte de Atón», en la actual el-Amarna, en el Egipto Medio. La corte y la administración central se trasladaron allí, y la antigua capital, Tebas, y su dios, quedaron relegados a un segundo plano, tanto económico como político y religioso.

La Ciudad del Horizonte de Atón estaba dividida fundamentalmente en seis sectores básicos, comunicados entre sí por una gran Vía Procesional o Camino Real, de 42 metros de ancho. La ciudad, que en realidad era una unión de sectores separados entre sí, estaba formada por los siguientes barrios:

Ciudad norte. Era la residencia de la familia real y sus allegados. Allí se encontraba el Palacio Norte, vivienda particular de Nefertiti en algún momento y, además, los puertos comerciales, aduanas y almacenes de la ciudad.

Ciudad central. Aquí se encontraba el complejo administrativo, diplomático y religioso de la nueva capital, donde se realizaban todas las funciones de gobierno, administración y culto. Sus edificios principales eran el Gran Templo de Atón y el Palacio Real oficial, flanqueado por los barrios norte y sur, donde vivía el resto de la población de Akhetatón.

Sector Sur. Allí se encontraban los bellos templos llamados «Maru», entre ellos uno, cuyo nombre completo era *Pa Maru en pa atón* o «El palacio mirador de Atón», cuya función parece ser servir como lugar de descanso y también de recogimiento religioso. En uno de estos palacios vivía la esposa secundaria llamada Kiya.

Necrópolis. Existieron dos lugares para el eterno descanso de los nobles: las Necrópolis Norte y Sur. Entre ellas, la tumba real, a la que se llegaba a través de un *wadi* (río estacional) orientado hacia oriente (al contrario que en el resto de Egipto, que se enterraba a sus muertos hacia occidente, el lugar por donde desaparece el sol diariamente, la mansión de los muertos).

Poblado de los trabajadores. Igual que en Deir el-Medina, la ciudad de los obreros de la necrópolis de Tebas, también en Amarna había una serie de casas en las que vivían los trabajadores de las necrópolis.

El Rey anunciaba en los textos escritos en la ciudad que excavaría allí tumbas para la familia real, aunque en realidad solo fue una, y también para el toro sagrado de Heliópolis, con lo que vinculaba su nueva capital con la ciudad del sol del norte de Egipto. Asimismo, habría también sepulcros para los sacerdotes de Atón.

La construcción de una nueva ciudad no era algo impensable en Egipto, pero sí algo extraordinario en aquellos tiempos que no iban muy bien ni política ni económicamente. Tampoco era extraño cambiar de capital, lo que se hizo varias veces durante la larga historia egipcia, pero nunca antes o, al menos, desde hacía muchísimos siglos, se había construido una ciudad desde cero. Más tarde, Ramsés II construiría Pi-Ramsés en el Delta oriental, pero ahora era un gasto que Egipto apenas se podía permitir, porque, aunque el oro aún fluía abundantemente a las arcas de los faraones, ya desde los últimos años de Amenofis III Egipto no estaba en su mejor momento, debido a la política de «regalos» que llevó a cabo para mantener las alianzas asiáticas («mándame chicas guapas para mi harén», decía en alguna carta suya que se ha conservado, y devolvía el favor con oro), y debido también a las ricas ofrendas que había realizado al templo de Karnak para tener tranquilos y ricos a los sacerdotes de Amón.

A pesar de los gastos de su papá, Amenofis IV se empeñó y, como era el jefe, comenzó a construir su nueva capital, y se llevó hasta allí a los trabajadores de Tebas, dejando la ciudad sin obreros, para fastidio de los sacerdotes de Amón, que perdieron mano de obra barata y los impuestos que de ellos y el comercio recibían, además del chollo de las comisiones y las limosnas al santuario de los innumerables fieles del

dios, que ahora seguían la nueva moda y también habían cambiado de dios y de ciudad.

En el año octavo de Akhenatón se paralizaron definitivamente las obras tebanas por falta de mano de obra, ya que este había trasladado casi todos los obreros de Tebas a Akhetatón para acabarla cuanto antes. La velocidad de la construcción afectó a la calidad de los edificios, ya que apenas se usó la piedra, ni siquiera para los templos. En su lugar, se usaron ladrillos sobre los que se hacían los grabados coloristas (estos ladrillos, de unos 60 × 60 cm se denominan *talatats*) que embellecerían la ciudad. A juzgar por los restos encontrados, Akhetatón debió ser magnífica, hermosa, radiante a los rayos de su dios sol, convirtiendo un desierto en vergel, regado por las aguas de canales y estanques, y unas amplias avenidas, diseñadas ortogonalmente (como siglos después en Grecia), que darían esplendor a la nueva y efímera capital egipcia.

6.5. *El dios uno y trino*

El título completo del dios de Akhenatón era «*El Ra Horus que se regocija en el horizonte, en su Nombre de Luz que se manifiesta en el Disco (o Atón)*», título que aparece en muchas de las estelas que delimitan la nueva capital del rey Akhenatón, llamada Akhetatón, la moderna el-Amarna, abreviada en Amarna para simplificar.

Atón, en egipcio *jtn*, era originalmente en la antigua mitología egipcia, el disco solar, y un aspecto visible de Ra, y solía ser representado como un disco del que salían rayos terminados en manos. El título abreviado de la divinidad sería *Ra-Horus-Aten* o solo *Aten* en numerosos textos, con lo que parecería que se trataba de un solo dios, en lugar de tres. De ahí el famoso e inventado monoteísmo que Freud se sacó de la manga para justificar el posible origen del monoteísmo hebraico. Sin embargo, cuando un egipcio se refería a Atón, entendía que era uno (Atón) y trino (Ra-Horus-Atón), algo que los cristianos entendemos perfectamente por la Santísima Trinidad: un solo Dios verdadero, pero tres personas: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Así, Atón-3 dioses, para entendernos, era la síntesis de dioses antiguos, vistos de una forma «moderna».

Una de las características de dos de estos dioses, Ra y Horus, consistía en que eran parte de un «todo», aunque el dios resultante de esa suma también era considerado como poseedor simultáneamente de características masculinas y femeninas, ya que toda creación emanaba del «dios-suma» y era creado por él. Además, era un dios «faraón», porque su nombre se escribía dentro de un cartucho, solo utilizado para el supremo jefe político de Egipto, rompiendo también una tradición antigua de tener a los dioses por un lado y a los faraones por otro. El Atón aparece ya en los Textos de las Pirámides, y también en el Papiro de Sinuhé, donde el

faraón difunto es descrito al renacer como un dios en el cielo, unido al Disco solar, saliendo su cuerpo divino de su Creador.

En resumen: un dios que es faraón y un faraón que es el dios Sol, de donde se deducía que lo mismo daba adorar a uno u otro. «Adora al Sol, que soy yo, y conmigo renaces y, puesto que soy hombre y mujer a la vez, mi esposa es una diosa-Sol». Así pues, Akhenatón y su reina Nefertiti eran ambas manifestaciones del dios Sol, tanto en forma masculina como femenina. Curiosamente, entre los hititas, el Sol es señora: la diosa Sol de Arinna. ¿Casualidad, o es que, quizá, había hititas-indoeuropeos en Egipto desde la época de los hicsos y resulta que los sirios y sus cultos solares influyeron sobre los egipcios?

Desde un punto de vista político, intuimos que, al sumar todas estas características de los dioses Horus, Ra, etc., el faraón estaría probablemente metiendo en un mismo cesto un contrapeso al poder de los que daban culto a Amón. ¿Se trató de una centralización en el faraón y su esposa, de los poderes políticos y divinos para oponerse al creciente poder de los sacerdotes de Amón, que querían mandar más que el propio faraón?

Ra-Horus, llamado más corrientemente *Ra-Harakhtes* («*Ra, que es Horus de los dos horizontes*»), es una síntesis de otros dos dioses, que se atestiguan desde muy temprano en las creencias egipcias. Este Horus, dios halcón solar, fue identificado con Ra, el Sol, y su viaje diario desde el horizonte oriental al occidental. En Egipto lo tienen facilísimo para orientar una ciudad de este a oeste: solo hay que ver que el Nilo va hacia un lado y que el sol lo cruza todos los días. Si se mira hacia ese lado norte que va el río, el sol pasa por encima de él. El lado de la vida queda a la derecha (este), y el de la muerte a la izquierda (oeste).

En realidad, Ra-Harakhtes fue más un título o manifestación que un dios compuesto. Lo que se pretendía era vincular Harakhtes a Ra, como un aspecto de Horus al amanecer. Se ha sugerido que Ra-Harakhtes se refiere simplemente al recorrido del sol, de horizonte a horizonte, como Ra, o que es un aspecto del dios Ra como símbolo de esperanza y renacimiento. Esto fue alentado probablemente porque Ra y Horus estaban vinculados al sol y al faraón. Durante la época de Amarna, esta síntesis fue considerada una invisible fuente de energía, de la que el disco solar, el Atón, fue la manifestación visible como un dios-suma de Ra-Horus-Atón. Sin embargo, el verdadero cambio consistió en el abandono de algunos dioses, especialmente de Amón.

Como recuerda M. Lichtheim, el sincretismo se aprecia perfectamente en el *Gran Himno al Atón*, donde Ra-Harakhtes, Shu y Atón se mezclan en el dios de Akhenatón. El origen de este dios combinado Ra-Harakhtes como aspecto visible del dios Atum-Ra.

Generalmente, se atribuye esta revolución cultural y religiosa únicamente a

Akhenatón, pero parece que él no hizo más que seguir una tendencia surgida durante el reinado de su padre Amenofis III, uno de cuyos epítetos era «Radiación de Atón» y que ya había propiciado dicho culto. El egiptólogo Nicolás Grimal defiende la existencia más que evidente de una «solarización» de los principales dioses ya bajo este rey y que el culto exclusivo al disco solar en época de su hijo sería únicamente una evolución lógica del proceso iniciado desde varios reinados antes por los faraones de la Dinastía XVIII.

El Atón era, como divinidad, totalmente diferente y opuesto a Amón. Sus santuarios eran abiertos, no oscuros como los del dios carnero de Tebas, cuyo epíteto más famoso es «El Oculito». Así pues, se enfrentaban dos teologías o concepciones totalmente opuestas: luz solar en templos abiertos (Atón), frente a oscuridad en templos cerrados (Amón).

En el culto a Atón, el faraón no solo era su Sumo Sacerdote, sino también su profeta y el que hablaba con él, además de un dios, emanación del Atón (igual que lo era la reina Nefertiti, forma femenina de Atón. Ya se ha dicho arriba que el dios era andrógino, o sea, hombre-mujer), por lo que es evidente que no se puede hablar de monoteísmo o culto a un solo dios, puesto que, además de la trinidad citada, con Akhenatón harían cuatro dioses y con Nefertiti cinco. Durante el periodo de Amarna se respetaron casi todos los cultos a los innumerables dioses egipcios, como Maat, la justicia; Wadjet, la diosa cobra protectora de los faraones y garante de su poder; y Nekhbet, la diosa buitres de su corona real, compañera de la cobra, aunque se persiguió a algunas divinidades típicamente egipcias, como Hapy, el dios Nilo, y al mismo Osiris, a los que, sin embargo, el pueblo llano siguió adorando con fervor, esperando tal vez, sabio y viejo, a que las nuevas y extrañas modas pasasen, y las locuras y veleidades del joven gobernante desapareciesen pronto, barridas por el viento del desierto, para volver a disfrutar con ponderación, calma y mesura, del tradicional orden cósmico que los antiguos dioses garantizaban a sus fieles desde hacía muchísimas generaciones. Todo protegido por el viejo dios Aker. O Ruty, los dos leones. Otros dos dioses más en Akhetatón para evidenciar que Akhenatón no fue monoteísta.

6.6. El himno al Atón y el Aker o Ruty

Sustos y modas aparte, el mejor documento que se conserva de esta época es el *Himno al Atón*, grabado sobre las paredes de algunas tumbas de el-Amarna. Borrados los faraones de este tiempo de las listas reales, la huella de la época de Amarna se conservará durante toda la época Ramésida (Dinastía XIX) y en cierto modo la religión egipcia posterior fue influida por este culto, que acercó a los dioses y a los hombres, aunque sin llegar al pretendido monoteísmo del Atón que, como ya hemos

dicho, fue una invención de Sigmund Freud en su intento por hallar un origen lógico al monoteísmo judío.

Los primeros intentos de Akhenatón de rendir culto a Atón tuvieron lugar en Tebas, el antiguo centro del culto de Amón. Luego fundó para su dios la citada ciudad-templo de Akhetatón, «Horizonte de Atón», algo considerado por muchos como un acto muy valiente, aunque seguro que su mamá y sus consejeros estaban detrás de la decisión y algo ganaban, porque debían tener negocios en Siria y Hatti. Así, con la arrogancia y la ilusión de la juventud, Akhenatón puso en evidencia a los problemáticos sacerdotes de Amón, que se opusieron a los planes del rey porque fastidiaban su boyante economía. El momento se narra tal vez en uno de los textos escritos en una de las estelas fronterizas de la nueva ciudad:

Fue algo peor que lo que habían oído cualquiera de los reyes que hubieron asumido alguna vez la blanca corona [del Alto Egipto].

Este «algo» no se especifica, pero se puede suponer que, tal vez, temiendo por su propia vida y la de su familia ante la amenaza de los sicarios de Amón, o quizá porque buscaba un territorio donde no se hubiese adorado hasta entonces a ningún dios, Akhenatón se dirigió hacia el norte. Y eligió un lugar semicircular, protegido por una cadena de montañas al oeste, dividida en dos partes por un valle. Por entre ellas, el sol salía y sale cada día. Dos cumbres en forma de león cerrando el semicírculo por el norte y por el sur le señalaron el lugar y vio tal vez en su imaginación (dice en una de las estelas de demarcación que lo soñó), la figura de Aker o Ruty.

Esta antigua divinidad llamada Aker, dios del horizonte en la mitología egipcia, era representada como una franja de tierra bajo la que sale un disco solar entre dos cumbres sostenidas por los lomos de dos leones contrapuestos, que a veces son sustituidos por una franja de tierra con cabeza humana y brazos en los extremos. Durante el Imperio Nuevo, Aker fue el guardián de las dos puertas de la Duat, la oriental y la occidental, de ahí la imagen de los dos leones contrapuestos que simbolizan la entrada y salida del Más Allá, del pasado y el futuro. Es el dios que abre las puertas entre la tierra y la Duat, para que pase la barca solar de Ra. Aker abriría también las puertas para que entrase el faraón en la Duat, tal como se narra en el llamado *Libro de Aker*. En cuanto a sus epítetos, se le denominó el «Guardián de los secretos que están en la Duat», como responsable de su custodia. Además, Aker era a menudo llamado Ruty, el término egipcio que significaba «dos leones». Entre ellos aparecería a menudo el jeroglífico para el horizonte, que era la línea bajo la que el disco solar salía entre dos montañas. Los leones fueron representados a veces como leopardos, con puntos, lo que ha llevado a algunos investigadores a pensar en alguna especie extinta de león. Puesto que el horizonte era donde la noche se convertía en

día, Aker fue usado para guardar la entrada y la salida al mundo terrenal, abriendo las puertas para que el sol pasase a través de ellas durante la noche. Como protector, se decía que el difunto tenía que solicitar a Aker que le abriese el Más Allá. Pese a ser uno de los dioses principales de la más antigua religión egipcia, Aker no tenía ningún templo, aunque fue conectado con los conceptos más primitivos de las antiguas energías de la tierra. Su imagen se usó a menudo como amuleto y suele aparecer en los denominados «marfiles mágicos» del Imperio Medio. Era también considerado guardián de los niños y de la familia, y se creía que protegía también contra las picaduras o mordeduras de algunos animales venenosos.

Ruty era denominado «El del león y la leona»; doble león divino adorado en Leontópolis. Asimilado a Shu y Tefnut en el mito heliopolitano, su cometido era el de vigilar las ofrendas de los muertos. Ruty es una personificación del lugar de donde surgió el sol; su imagen sustituye a veces a la del horizonte y su nombre sirvió también como epíteto de Atum como padre de Shu y Tefnut. Era también el guardián del santuario de la corona real que se colocaba al difunto para que pudiera circular por los caminos del cielo. Su morada era el signo de Leo. Se representaba a Ruty como un busto doble de león, o como dos felinos adosados. En los *Textos de las Pirámides* aparece estrechamente unido a Aker, guardián de la puerta del Mundo Inferior.

Así pues, la nueva ciudad era, según su ubicación, un lugar mágico, protegido por estelas o mojones mágicos (similares a las estelas *kudurru* de los casitas), por donde se entraba y salía al mundo de los muertos. No era solo el capricho de un faraón, sino el resumen vivo de toda una cosmovisión, una teología solar que, partiendo de los antiguos cultos de Heliópolis, trascendió tiempo y espacio y renació tras siglos de oscuridad por el deseo del nuevo faraón, que posiblemente se formó en su más tierna infancia entre los sacerdotes del sol en el Delta. Debemos recordar además a su familia mitannia y siria, y sus herederos y herederas de las reinas hiscasas y los hititas mercenarios que vivían en la corte del faraón y las princesas del harén real y sus numerosos séquitos y sus dioses-sol femeninos, como la diosa Sol de Arinna adorada en Hatti, en Anatolia. Su padre Amenofis III había sido adepto a esta religión. Coronado siendo todavía un niño, probablemente a una edad entre los seis y los doce años, Amenofis IV-Akhenatón fue educado y dirigido en su infancia por su madre, la reina mitannia Mutemuja, posiblemente hija del rey Artatama I y una de las primeras princesas de Mitanni enviadas a la corte egipcia como muestras de la alianza entre ambos Estados amigos. Mutemuja estaría ayudada por sus propios partidarios y amigos, cuidando del joven faraón y del gobierno del país por medio de un consejo de regencia.

En resumen, no todo era tan lineal ni tan autóctono e inmutable en las tierras del Nilo como se suponía hasta hace pocos años. Las numerosas influencias foráneas

rondaban y modificaban el país desde hacía siglos, y en él dejaron su huella los artistas minoicos que necesitaban trabajar y exponer sus ideas, y los arquitectos diseñaron los cambios y modernizaron las viejas construcciones, y los albañiles y fontaneros hicieron baños y duchas y cañerías para llevar a las nuevas mansiones de los ricos egipcios, embajadores, comerciantes y militares de los ejércitos del faraón, las comodidades que ya conocían por sus viajes a Canaán o Creta.

La nueva moda mediterránea estaba servida. Y la riqueza para comprarla, arrebatada a los sacerdotes de Amón, también. Solo faltaba algún joven decidido, soñador, emprendedor y resuelto que se atreviese. Y ese fue Amenofis, el cuarto de este nombre, al que secundaron y ayudaron las mujeres de su familia, tanto su madre como sus hermanas y, sobre todo, su esposa principal, que fue parte del plan preconcebido y soñado por el joven rey, sus consejeros, sacerdotes, administradores, familiares y artistas.

Lógicamente, los sacerdotes, comerciantes y funcionarios enriquecidos por el culto al dios Amón y ahora desposeídos de todos sus privilegios, rumiaban, en la sombra, su venganza.

6.7. El cambio de capital no era algo nuevo en Egipto

En la larga historia de Egipto, Amenofis IV no fue el primero que abandonó la antigua capital y se buscó una nueva. Había sucedido al menos una vez antes, con Amenemhat I, el fundador de la Dinastía XII, unos seiscientos años antes de la época de Amarna. Amenemhat había sido el visir del último faraón de la Dinastía XI, Mentuhotep IV, y sus ejércitos emprendieron campañas en el sur, hasta la segunda catarata del Nilo, y en el Cercano Oriente. En su época también se restablecieron las relaciones diplomáticas con Biblos y los gobernantes del área del mar Egeo. Preocupado y deseando apartarse de los elementos hostiles al poder que acababa de obtener, decidió establecer una nueva capital en Itjtauy, en el oasis del Fayum, cerca de la ciudad de Menfis. Aquella aventura duró poco, pero fue un periodo muy significativo de la historia de Egipto. Amenemhat fue asesinado, momento que se relata en el conocido *Papiro de Sinuhé*, que no tiene nada que ver con la novela homónima de Mika Waltari. Curiosamente, este faraón fue el que tomó como dios dinástico al oscuro Amón el Oscuro. Fue, además, uno de los primeros faraones que formó su nombre de Hijo de Ra con el nombre de este dios: «Amón es el Primero», Amenemhat.

Por su parte, Akhenatón, al dejar Tebas en manos de los poderosos sacerdotes de Amón, pretendía posiblemente, quitarse de en medio a su principal oposición de una forma similar a lo que hizo Amnemhat I, buscando como él un lugar nuevo en el cual sentirse libre para celebrar los cultos y ceremonias en honor del Atón. Cualquier

muestra de oposición a los cambios que el faraón quería imponer sería, según sus deseos, acallada por las oportunidades económicas y políticas que la construcción de la nueva ciudad para su dios brindaba a su pueblo, que, distraído y animado por el nuevo lugar y su acondicionamiento, siguió entusiasmado al faraón que le garantizaba tierras de labor, casas y trabajo abundante.

Akhetatón, el «Horizonte de Atón», la nueva ciudad de Akhenatón, se fundó en un lugar del Egipto Medio que no había sido previamente dedicado a ninguna divinidad: el actual emplazamiento de el-Amarna. La única particularidad era que, en sí misma, aquella tierra inhóspita era la figura del dios que abría las puertas de la Duat. El lugar mágico por excelencia que aún nadie había descubierto y que el propio Atón le había revelado al faraón en una visión.

Abandonada poco después de la muerte de Akhenatón y nunca ocupada de nuevo, hoy en día son numerosos los vestigios de aquella ciudad que se están recuperando entre los adobes de sus casas y sus templos en ruinas. Las tumbas de los más próximos servidores del faraón, vacías, exquisitamente decoradas pero con sus imágenes muy dañadas. Y también la tumba real. Y alrededor de todo el conjunto, la serie de grandes estelas que establecían los límites mágicos de la ciudad.

6.8. La tumba a pilas

Según el egiptólogo Nicholas Reeves, el plano del emplazamiento de la tumba real en relación a la ciudad reproduce, a gran escala, el plano de la principal estructura religiosa de el-Amarna, el Gran Templo de Atón, lo que evidencia que la ciudad en sí, sus edificios religiosos y la misma tumba fueron concebidos y diseñados como uno de los mayores centros religiosos y mágicos de Egipto: un gran templo solar. Y, como todos los templos, también este tenía su propio foco central de energía: la tumba real, situada al este de los acantilados, entre los cuales el Atón renacía cada mañana, como si lo hiciese entre las cumbres de la figura de Aker o Ruty de la que hemos hablado más arriba. Desde la tumba real de Amarna, la energía irradiaba hacia los templos y las estelas de la ciudad. La ciudad era un gran templo que vibraba con la energía del sol, que se elevaba sobre las colinas orientales, iluminaba la tumba real y la activaba. El Atón era, y es, una gran pila energética, fuente de vida y calor, recargada diariamente por el sol naciente, mantenida durante todo el día en marcha por el sol viajero entre los dos horizontes y continuada por el sol del Más Allá, que volvía a renacer cada día siguiente, cargando de nuevo de energía cósmica las pilas vitales del Universo y del templo que era Amarna. Una preciosa teoría de inmortalidad que estuvo en funcionamiento poco más que el faraón, unos dieciocho años.

Así pues, en la nueva teología amarniense, la tumba real no solo era el sepulcro

del propio Akhenatón, Nefertiti y su familia, el lugar de su renacimiento, producido por Atón, cotidiano y eterno a la vez, como sol inmutable. Provocaba también la resurrección de su padre, Amenofis III y la de todos los faraones de Egipto hasta él, uniendo así el pasado, el presente y el futuro, seres divinos y eternos todos y fusionados hasta el fin de los tiempos con el sol.

6.9. Significado (posible) del culto al Atón

Por lo tanto, el culto al Atón no solo era un culto dinástico, sino también el culto a toda la monarquía egipcia y al reino mismo. La religión de Akhenatón fue un culto a los antepasados reales y al rey Akhenatón y Nefertiti divinizados. Punto final a la codicia de los sacerdotes de Amón, por la reafirmación del poder real, manejado por el dios carnero y sus sacerdotes de forma creciente desde la época en que Hatshepsut, un siglo antes, les debió el trono e hizo de su padre físico, el faraón Tutmosis I, un real cornudo contento y de su madre, la reina Ahmose, una feliz casquivana, que la concibió en los brazos del dios Amón en carne mortal y no dudó en unirse ella misma al dios, como proclamaba en su regio nombre: Hatshepsut Khenemetamón, es decir, *La primera de las nobles damas, unida a Amón*.

El caso es que, en algún momento entre el año octavo y el duodécimo de reinado de Akhenatón, las cosas se complicaron. Hubo revueltas populares, tal vez por la prohibición de los cultos a algunas divinidades muy populares, y el rey desencadenó una persecución cruel y vengativa contra Amón y su consorte, la diosa Mut. Tal vez se dieron órdenes tajantes de eliminar las imágenes y los nombres de dichos dioses en todo el país, lo que constituyó una provocación para los ambiciosos sacerdotes de Amón, porque los templos de los dioses proscritos fueron abandonados, causando un grave perjuicio económico a parte de los departamentos de la administración real, a los sacerdotes y otros funcionarios de los templos, agentes y funcionarios del faraón y, al tiempo, recaudadores de impuestos e incluso a los oficiales del ejército, que ya no medraban en las guerras. Mientras, el miedo se extendió entre las clases más humildes y se eliminaron de los monumentos públicos los jeroglíficos con los nombres de divinidades cuya vista ofendía al Atón, restringiéndose el uso y la venta de pequeños objetos personales, como los amuletos con las figuras de las divinidades más populares.

Según Aldred, el cultivo y explotación de las tierras de los templos de otras divinidades fueron otorgadas a los diversos santuarios de Atón que se edificaron a lo largo de todo Egipto, como Karnak, el Gempaaton, el Rud-menu y el Teni-menu en Tebas; en Heliópolis, Menfis, Asiut, varios en Nubia y hasta en Siria, unas rentas que eran administradas por los altos funcionarios del rey, que las empleaban, más que directamente para el culto a Atón, sobre todo para financiar la construcción de

Akhetatón y para uso y disfrute del rey y su corte.

Pero las noticias sobre la ciudad del sol y sus habitantes cesan bruscamente en el año 17 del reinado de Akhenatón.

¿Qué pasó entonces? ¿Abandonaron la ciudad los nobles y plebeyos? Las escasas tumbas de los dos conjuntos funerarios de los nobles están vacías. ¿Dónde están sus momias? ¿Dónde están las tumbas de los obreros que murieron en las obras, las de los enfermos, los comerciantes y sus familias, los soldados, los marineros o los artistas extranjeros y egipcios? ¿Dónde están las tumbas de sus mujeres e hijos, de las bellas damas de la corte de Amarna? Porque en las necrópolis de Amarna todas las tumbas están vacías... ¿Qué sucedió en Amarna para que al faraón se lo llamase posteriormente *pa-kheru-en-Akhetatón*, que podría traducirse como «el derribado Akhenatón»? ¿Derribado por quién?

¿Caído en desgracia? ¿Contrario a la Maat, la justicia tradicional?

6.10. La incógnita de la tumba real

La aureola ideal que hasta hace algunos años rodeaba a la figura del extraño faraón de Amarna y su familia ha ido esfumándose poco a poco por la aparición de opiniones contrarias a Akhenatón y su actuación, no solo religiosa sino también política y familiar, unas opiniones peyorativas derivadas del examen desapasionado de la escasa y fraccionada documentación existente sobre aquella época.

Así, se hizo evidente que Akhenatón era polígamo a tope y, además, estaba casado (¡horror!) con sus jovencísimas hijas, una de las cuales (o tal vez más de una) murió de parto de su hermano-hijo, unos hechos que no están inventados por nadie ni son hipótesis de trabajo, sino que están claramente representados en las escenas esculpidas en las paredes de la tumba real de Akhetatón.

En la tercera y última cámara de la tumba real (gamma) fue enterrada Maketatón, la segunda hija, fallecida a los doce años, y en la escena de la pared se aprecia una estatua de dicha princesa, fallecida, de pie bajo un dosel o pabellón decorado con hojas. Frente a ella están las otras princesas, el rey, la reina y diversos asistentes y cortesanos. El diseño de este pabellón está asociado con el parto, y por ello se ha sugerido que Maketatón podría haber muerto al dar a luz al niño, representado en brazos de la nodriza. Esta y otras escenas de la tumba transmiten sobre todo una profunda y fuerte emoción, única en el arte egipcio. Su interpretación es difícil, porque no se sabe si es una sola princesa muerta la representada en la tumba real, si son varias las que han fallecido de parto, posiblemente hasta tres, o también, como proponen algunos estudiosos, que una de las jóvenes fallecidas representadas podría ser una reina de nombre desconocido.

Según Geoffrey Martin, «El contexto sugiere que Akhenatón fue el padre en cada

caso de los bebés nacidos, probablemente cada vez más desesperado por tener un heredero varón. El retrato del rey (supuestamente divino) y la reina Nefertiti, mostrando en público su dolor y angustia, es bastante singular. La presencia de cortesanos como el visir sugiere que debían ser testigos del nacimiento y estaban reunidos para celebrarlo, pero los acontecimientos tomaron un giro diferente y participan, sin poder evitarlo, del “duelo real”».

Todos dan culto al Atón en un templo y se aprecia que el sol se pone por el oeste. Debajo de ellos hay cortesanos. En la pared frente a la entrada, a la izquierda de la puerta que da acceso a la cámara, junto con nueve registros que muestran a soldados y carros, hay una rareza artística para este tiempo, y es que algunas de las cabezas de los caballos se representan frontalmente. Al otro lado de la puerta de entrada a la siguiente cámara hubo originalmente siete registros que representaban soldados, algunos de ellos extranjeros, elevando sus manos en alabanza al Atón, como en un intento de expresar que el culto a este dios solar era universal, no solamente egipcio. Y en la esquina se ve una vez más al rey, la reina y las princesas adorando al Atón en un templo, aunque esta vez el sol se eleva sobre el horizonte oriental. Fuera del templo se ven diversos personajes y carros, mientras las aves y otros animales se regocijan con los rayos del sol en el extremo izquierdo de la pared, más allá del templo, lo que hace suponer que estas escenas son una representación del Himno a Atón, el único texto religioso conservado de esta época, redactado por el mismo faraón, que comienza así:

Radiante te elevas en el horizonte, oh Atón. Creador de la vida. Cuando te alzas sobre el horizonte oriental llenas la tierra de tu belleza, pues eres hermoso, grande, brillante y elevado sobre la tierra... y aunque estés en la cara de los hombres, tu esencia permanece oculta...

Efectivamente, un dios evidente y visible pero, al final, desconocido. Un perfecto misterio: uno y tres. Un lío incomprensible que los cristianos repetirán en la Trinidad y salvarán con la fe. No hay que entender, sino creer.

El evidente y visible Atón es un Oculito. Como Amón. Y así debía pensarlo el pueblo egipcio, que iba a lo suyo y seguía adorando a Osiris, una divinidad que ofrecía la inmortalidad y era un sufridor, como el pueblo, que moría y resucitaba y resultaba un dios muy humano, muy cercano, al que todos entendían.

El muerto al hoyo y el vivo al Atón, que era el dios del rey. Sin embargo, quien solucionaba los problemas era el simpático Bes, el dios enano patizambo que protegía a las parturientas y a los bebés. Por eso, en la tumba real de Amarna, un anillo de oro lleva una doble imagen de Bes. Demasiadas mujeres reales habían muerto ya de parto en esta y otras generaciones. Y para las pocas que quedaban vivas y su descendencia se necesitaba la mágica protección del horrendo y deforme dios, que espantaba a los demonios de las fiebres puerperales y neonatales que los dioses tradicionales azuzaban contra la familia del faraón maldito.

En la pared a la derecha de la entrada a la tumba real, dos escenas muestran el duelo del rey y la reina en lo que se pensó inicialmente que era por una princesa muerta, que yace en un féretro en la parte inferior izquierda. Aunque no se conserva el nombre de la difunta, la mayoría de los investigadores supone que era también Maketatón, por similitud con la escena en la última cámara (gamma) en la que se la nombra. En el registro superior, el rey y la reina lloran por su hija muerta y, detrás de ellos, asistentes angustiados se unen al dolor de los apenados padres. En los brazos de una nodriza hay un bebé, que parece ser hijo de la princesa, por la presencia de un porta-abanicos, lo que sugiere que el niño era de la familia real. Con el rey y la reina hay muchos funcionarios de alto rango, incluyendo el visir, al que se reconoce por sus vestiduras. El registro más bajo es casi un duplicado del registro superior. Geoffrey Martin ha sugerido que no había realmente ninguna buena razón para esta duplicidad, por lo que se trata de otra princesa muerta, diferente de Maketatón.

Por lo tanto, en la tumba real, los reyes lloran, no por una, sino por tres jóvenes princesas diferentes muertas de parto, en los que nacieron unos bebés cuyo nombre se ignora. Uno de ellos, al menos, se supone que pudo ser el joven Tutankhamón. De los otros dos, nada se sabe.

6.11. Un dos tres, me lo cuente otra vez

La suposición de que las tres cámaras representan el duelo por Maketatón se debe a las escenas similares en las cámaras alfa y gamma, pero recientemente ha sido cuestionada. Y para rizar más el rizo, se supone que el cuerpo representado en el registro superior de las paredes de la cámara alfa puede ser otra mujer real, tal vez incluso Kiya, esposa del rey y óptima candidata a ser considerada madre de Tutankhamón, entre otras cosas porque es la única que se conoce para tal menester, ya que las demás damas de Amarna parecen seguir estando vivas al menos durante algún tiempo, pero Kiya desapareció muy pronto.

Aunque también se piensa que la joven muerta podría ser otra hija de Akhenatón. Pero la razón de que Kiya sea la ganadora en las apuestas en esta discusión es que, considerando algunos detalles de la escena, como el porta-abanicos, se supone que el niño pudo haber sido un heredero al trono. Como ya hemos dicho, un excelente investigador del tema de Amarna como Geoffrey Martin ha señalado que el registro inferior tal vez representa a otra hija de Akhenatón, y no Maketatón, porque parece que el rey «amó», por decir algo, además de a sus esposas, a casi todas sus hijas, a sus hermanas y hasta a su madre, todo en su afán por concebir un ansiado heredero varón. Si al final lo tuvo, que lo debió tener, no se conoce ningún sitio donde esté escrito. Con lo que seguimos con otro de los misterios de Amarna. Y ya van no sé cuántos.

Muchos objetos procedentes de esta tumba real se pueden encontrar actualmente en diversos museos del mundo. Probablemente, los objetos más importantes son los fragmentos de dos sarcófagos de granito y sus tapas, pertenecientes a Akhenatón (restaurado y en el Museo de Antigüedades de Egipto) y Meketatón, la segunda hija; los fragmentos de urna canopo de alabastro de Akhenatón (restaurada, en el Museo de Antigüedades de Egipto), y más de doscientos *ushebti* pertenecientes a Akhenatón, conservados en el mismo museo.

A pesar de la evidencia de objetos procedentes del entierro de Akhenatón en esta tumba, el recinto fue profanado y expoliado tan a fondo que se desconoce el destino del cuerpo del rey. Hubo informes iniciales de los fragmentos del cuerpo que se encontraron modernamente en la tumba, pero ahora son imposibles de verificar. Sin embargo, debe tenerse en cuenta una interesante faceta final de esta tumba. La mayoría del equipo hallado es de un estilo completamente tradicional, incluyendo un vaso canopo, unos artículos bastante incompatibles con lo que se sabe acerca de la adoración al Atón y, curiosamente, hay muchas similitudes entre el ajuar funerario de esta tumba y el hallado en la de Tutankhamón.

6.12. ¿Enfermo mental o el Picasso egipcio?

Lo que sí parece evidente es que las imágenes que se conservan del singular faraón Akhenatón han dado pie a estas y otras muchas y diversas interpretaciones, porque cada investigador tiene una diferente. Mucho se ha dicho y escrito sobre el peculiar rostro y cuerpo, no solo de él, sino de todos los miembros de la familia real de Amarna. Desde que podrían sufrir de un tumor suprarrenal, la enfermedad de Wilson, infección de equistosomiasis, el Síndrome de Marfan o hermafroditismo, aunque para mí todo el cambio estético de esta época no fue más que una moda. Un intento de renovar el arte egipcio, de buscar la libertad de expresión. El arte de un Picasso antiguo (egipcio o no, pues no lo sabemos) que puso los ojos de las personas que pintaba dónde y cómo quiso, igual que el pintor malagueño. A su aire: alargó cuerpos, apepinó cabezas, inventó vientres, brazos, manos, como quiso, o quisieron, que tampoco sabemos si fue un solo artista o muchos diferentes los responsables de esta estética imposible y original.

El problema es que no nos ha llegado la voz de los artistas de Amarna y los protagonistas de la época y se desconoce por qué hacían las cosas como las hacían. Y uno puede imaginarse lo que se quiera, pero nunca se sabrá la verdad si no se llega a conocer por qué lo hicieron, pero con sus propias palabras. No con la desbocada imaginación de cualquiera. Amarna sigue siendo una película de cine mudo. Lamentablemente, falta la banda sonora original.

6.13. *La Muy Amada, Ta-Shepset*

El personaje llamado Kiya, de la que se conocen imágenes y es citada en diversas inscripciones, parece ser una mujer, una reina, esposa de Akhenatón, que adoraba al Atón en su templo del Maru-Atón, en Akhetatón.

El palacio Maru-Atón estaba situado al sur de Amarna. En el año 1907 se encontraron los restos procedentes de dicho palacio y posteriormente, en el año 1921, Leonard Woolley excavó la zona y exploró el emplazamiento de un complejo ubicado en el sector sur de Akhetatón, entre las aldeas de el-Hawata y el-Amariya. Woolley descubrió unos restos esparcidos que identificó como las ruinas de un «templo maru» u «observatorio», donde la familia real podía recibir los efectos benefactores de los rayos del sol. Dicho complejo tenía jardines, paseos y lagos artificiales. Aunque no se sabe con seguridad el propósito final de este templo, parece ser que se construyó con fines culturales. Actualmente no queda absolutamente nada, excepto lo hallado por Woolley.

Constituido por dos grandes patios amurallados, en el interior de Maru-Atón se podían ver las distintas dependencias que lo formaban: el estanque, el lago, los depósitos, jardines, etc. Se ha pensado que era una finca de recreo en la que vivía la reina Kiya. Posteriormente, tras su muerte o repudio, y cuando Meritaton, hija mayor de Akhenatón, fue nombrada reina, ella heredó el palacio. Cuando comenzaron a excavar la zona, los arqueólogos se quedaron en un primer momento bastante extrañados, porque encontraron un nombre femenino borrado y reescrito. Supusieron que era el nombre de Nefertiti, que había sido eliminado y sobre el que se había escrito el de su hija mayor, pero nuevas y más precisas investigaciones demostraron que el nombre borrado era el de Kiya. Una manía amarniense para fastidiar a los investigadores futuros. Está claro. Porque nadie se explica por qué se hizo. Ni para qué.

Este gran espacio templario y de placer estaba solo a unos tres kilómetros al sur del núcleo central de Amarna, a la altura de la actual aldea de el-Hawata. A partir de aquella zona existía otro gran espacio urbano sin construir que alcanzaba hasta las estelas fronterizas de la zona sur y que, seguramente, se había reservado para otros edificios que se suponía serían necesarios en el futuro. Entre estos edificios aislados destaca el llamado «Maru-Atón». Estructurado en dos grandes patios, protegidos por grandes muros, contenía unos estanques que, a juzgar por su escasa profundidad, tenían posiblemente una finalidad ritual o para contener plantas exóticas o peces de colores y lotos. A su alrededor había otros pabellones y un grupo de santuarios, en medio de unos hermosos jardines; dentro de los santuarios se alzaba un grupo de mesas de ofrendas situadas, a su vez, en una isla artificial, rodeada por un foso poco profundo. La parte más distintiva, de haber sobrevivido, estaba en la esquina noreste de la caja más grande. Una isla artificial enorme rodeada por una zanja, apoyó una

plataforma de piedra. Detrás de ella, y ocupando la esquina de la construcción, había una pérgola de columnas que daban sombra a una serie de estanques en forma de T, adornados con escenas de la naturaleza. Lamentablemente, este interesante enclave fue destruido por completo en la década de 1960-70, cuando se llevó a cabo un programa de irrigación en los lugares cercanos, al norte y este de el-Hawata.



Akhenatón y Nefertiti, con sus hijas en brazos, y recibiendo la bendición del Atón.

6.14. *Kiya la maldita o la maldita Kiya*

También se borró el nombre de Kiya en otros lugares. Y no se conoce mucho más de esta esposa secundaria de Akhenatón, salvo la colección de hermosos vasos canopos de alabastro, encontrados en la KV55, cuyas tapas conservan las que se supone son las mejores imágenes de esta esposa del faraón, a la que Akhenatón llamaba en ocasiones «la bien amada».

También se sabe que la figura de Kiya y su recuerdo fueron perseguidos y sus imágenes e inscripciones se encuentran borradas e incluso mutiladas (con los ojos destrozados). Además, por encima de estas se ven figuras y textos con los nombres de la hija mayor de Akhenatón, Meritatón, y de su tercera hija, Ankhesenpaatón, mujer de Tutankhamón. Está claro que algo no debió ir bien en la vida de Kiya. Y desde luego, parece que alguien muy poderoso no le tenía mucho afecto. Que su enemigo fuese mujer u hombre, no se sabe, pero está claro que le hicieron perrerías, primero a ella en vida, y luego a sus imágenes. Pronto se repartieron su herencia otras mujeres

de la familia, tal como indican las pocas pruebas que se conservan de su memoria.

6.15. Procedencia de Kiya y Nefertiti

Las figuras de Kiya y Nefertiti se entremezclan en los documentos de la época de Amarna y, en ambos casos, ignoramos su origen. Las teorías que se manejan son variadas. Se supone que una de ellas pudo haber sido la princesa mitannia Taduhepa, llegada a la corte egipcia a fines del reinado de Amenofis III o principios del reinado de Akhenatón para estrechar aún más la alianza entre ambos países. Pero la princesa desapareció pronto de la escena pública y, como era costumbre, debió cambiar su nombre original por uno egipcio. Por eso, sus huellas se pierden nada más llegar al harén real. El nombre egipcio de Nefertiti, *nfr.u itn, nfrt.y.ty*, se traduce como «Bondad de Atón, la bella ha llegado», y se relaciona con el mito de la diosa lejana Tefnut, que retorna después de haberse marchado, bastante enfadada, por cierto. Aunque nada se sabe sobre su significado y por qué llevaba este nombre la esposa principal de Akhenatón.

6.16 Vuelve la que se fue

Pero a Tefnut se le pasó el enfado y volvió con su padre. Un relato egipcio cuenta que, en los tiempos primigenios, Tefnut se enfadó con su padre, el dios Ra. La hija del sol, rabiosa, abandonó Egipto y se retiró al sur, a Nubia superior, viviendo allí como un gato montés. Pero su padre la echaba de menos, y encargó al dios Thot que trajese a casa a Tefnut desde su lejana morada en el sur, calmándola con su habilidad, ya que la diosa tenía poder sobre la vida y la muerte y podía incluso matarlo a él en su forma de leona salvaje. Thot consiguió dominarla y Tefnut volvió a la casa paterna domada y en forma de una bella gatita mimosa y dócil.

El nombre de Nefertiti significa «la bella ha llegado», y se refiere a esa diosa leona Tefnut, «Señora de la llama», diosa de la humedad que representa al rocío que vivifica y los procesos corporales que producen humedad. Es decir: una divinidad más que añadir al «monoteísta» culto al Atón. Y ya llevamos no sé cuantos, con lo que de un solo dios, nada de nada. Incluso el nombre de la reina es recuerdo de una poderosa diosa a la que ni el radiante Atón se oponía, sino que la mandaba traer a su presencia en su forma de Ra.

6.17 Las princesas mitannias en Egipto

También se ha propuesto que cualquiera de las dos reinas de Akhenatón, Kiya y sobre todo Nefertiti, podría haber sido hija de Ay, hermano de la reina madre Tiyi, que llevaba el título de «Padre del dios», un extraño apelativo que antes había llevado Yuya, padre de la reina Tiyi, y que, tal vez, significaba «suegro del faraón». Pero tampoco se puede descartar que una de ellas fuese la princesa Taduhepa, lo que se supuso de la joven Nefertiti, aunque la aparición de Kiya desvió esta hipótesis y actualmente se suele pensar más en Nefertiti como hija de Ay que en la posibilidad de que fuese una princesa mitannia «bella que vino de lejos», convertida en esposa del rey con un nombre cariñoso egipcio que aludía a la poderosa diosa Tefnut, la forma femenina de su esposo en su forma de Shu.

Pero el caso es el de siempre en esta historia: ni un solo dato corrobora tales teorías, y las figuras de Nefertiti, Giluhepa, Kiya y Taduhepa se siguen confundiendo, intercambiando y mezclando en la imaginación de sesudos egiptólogos y eruditos aficionados, sin que haya forma humana de saber quiénes fueron estas mujeres, de dónde eran o cuándo nacieron o murieron. Ni siquiera sabemos si sus muertes fueron naturales, las mataron, murieron de enfermedades o de accidente y dónde están sus momias. Algo que sucede a menudo no solo con estas mujeres principales, sino con los cientos de esposas secundarias y concubinas que llenaban el harén real de los faraones egipcios en todas las épocas. En la correspondencia diplomática de Amarna se lee que al faraón se le pregunta «por sus esposas e hijos», lo que evidencia sin ninguna duda la existencia de otras consortes, además de la Gran Esposa Real y la de numerosas concubinas, entre ellas princesas procedentes de Mitanni y Babilonia que, a la muerte de un faraón, pasarían al harén del sucesor, como fue el caso del harén de Amenofis III, que pasó a su hijo. Otro tanto ocurrió con las mujeres egipcias de la corte, como Ipy, «Ornamento Real», de la cual solo se conoce su nombre. No hay que olvidar que la madre de la reina Tiyi, Tuya, había sido «Ornamento Real», un título de dudosas atribuciones (esposa «menor» y temporal del faraón, luego casada con cualquier noble, tras ejercer el faraón el inicial «derecho de pernada». ¡Un honor para cualquier mujer!), así como «Cantora del templo de Amón».

¿Dónde estaba en época de Akhenatón la princesa Giluhepa, hija del rey Shuttarna II de Mitanni y hermana de Tushratta, una bella joven que llegó a Egipto acompañada de 317 sirvientas; o Nebet-Nuhe, Tia-Ha y Taduhepa, esta última hija de Tushratta de Mitanni, todas esposas secundarias de Amenofis III, entre otras muchas esposas que se sabe tenía dicho faraón?

Tushratta envió algunas cartas a Amenofis III quejándose de que no sabía nada de su hermana Giluhepa, y, cosa curiosa, también pedía una estatua suya de oro puro como pago de su «venta». Así pues, el envío de mujeres era una transacción comercial, y el faraón, como cualquier moroso de nuestros días, se hacía el remolón para no pagar.

Las condiciones de vida de las esposas reales (no se sabe nada de sus acompañantes, servidoras, lavanderas, planchadoras, peluqueras, cocineras mitannias, etc.) en los harenes reales egipcios no debía ser nada mala, sino todo lo contrario, ya que no tenían que trabajar mucho, tenían el sustento y el techo asegurados y debían dedicarse únicamente a cotilleos, intrigas y entretenimientos varios, como bailar, tocar instrumentos y acicalarse diariamente en las largas y tediosas jornadas de aburrimiento, por si el faraón las llamaba a su lecho.

Aunque no se descarta la posibilidad de que Giluhepa muriese al poco tiempo de llegar a Egipto, por alguna enfermedad o por alguna intriga palaciega, también es posible que tomase un nombre egipcio, perdiéndose para siempre su recuerdo en la historia, ya que no se la vuelve a nombrar al menos por su nombre mitannio. Y, por supuesto, de su momia, ni rastro. Algunos investigadores consideran que el primogénito de Amenofis III, el príncipe Tutmosis (que debía haber reinado con el nombre de Tutmosis V), era hijo del faraón y la princesa mitannia, porque nunca aparece como hijo de la reina Tiye y su nombre (Tutmosis) nunca lo llevaban los hijos nacidos de una Gran Esposa Real. El caso es que este joven llegó a la adolescencia, pero murió por enfermedad o asesinato y no llegó a reinar. Algunos estudiosos piensan que es el muchacho cuya momia acompaña a las de las dos señoras que se encontraron en la tumba KV 55.

En cuanto a la reina Giluhepa, es posible que muriese en Egipto antes de la llegada al harén real de su sobrina, la princesa Taduhepa. No existe ninguna mención posterior a ella y con casi total seguridad murió en su país de adopción, sin volver a su Mitanni natal ni tener noticias, más que tal vez solo por citas o notas, directas o indirectas, de los embajadores de su país en la corte del faraón, su celoso esposo, comprador y carcelero.

¿Dónde estarán las momias de todas estas mujeres reales? ¿Y las de todos sus servidores? Otro misterio que añadir a los ya citados hasta este momento.

6.18. *Haciendo mutis por el foro*

La pista de Nefertiti y Kiya se pierde también tras el año 14 de reinado de Akhenatón. Y a partir de esta fecha, en apenas tres años, la numerosa familia real egipcia quedó reducida a tan solo tres personas: Akhenatón, su nueva y joven esposa, la tercera de sus hijas, Ankhesenpaatón, que fue su Gran Esposa Real y luego de Tutankhamón, el tercero de la cuenta. Y si sumamos a Ay, sucesor de Tutankhamón, cuatro. Y, tal vez, a Mutnodjemet, reina, hija de Ay. Todos los demás fueron desapareciendo sin un motivo aparente. Pero de todos los personajes que interpretaron su papel en el drama de Amarna, el que más interés despertó siempre fue Nefertiti. ¿Murió la reina en el año 14 del gobierno de su esposo, dejando a un

Akhenatón desolado, que ya no volvió a ser el mismo? ¿O acaso se descubrió una conspiración de la Gran Esposa Real, cuyas creencias comenzaban a diferenciarse de las de su marido y fue «eliminada»? Esta hipótesis cobró fuerza en su momento, al descubrirse que la primogénita de Akhenatón, Meritatón, se convirtió en Gran Esposa Real y suplantó, en todas las inscripciones, a la anterior reina, su madre.

Se supone que Nefertiti se habría divorciado ya entonces del rey, o habría sido recluida en el Palacio Norte de la ciudad, donde acabaría sus días de alguna enfermedad, olvidada de todos y por todos. Hoy en día, aunque el asunto sigue siendo espinoso (quizá el más complicado de todos los que rodean la confusa y enigmática época del faraón Akhenatón), hay una corriente de opinión que supone que Nefertiti no cayó en desgracia, sino todo lo contrario: fue ascendida al rango de corregente de su marido y tomó el nombre de Smenkhará. Debido a esto, Meritatón se convirtió en la Gran Esposa Real de su mamá (es raro, sí, pero con los líos que hemos contado hasta este momento, ya nada extraña demasiado). Y desde luego, el resultado es una madeja de acontecimientos y opiniones entremezcladas que, debido a la aparición y desaparición de diversos personajes, cada vez está más liada. Y las preguntas se acumulan, lamentablemente, sin que haya ninguna respuesta coherente, sensata o al menos que se pueda considerar cierta. Porque no hay datos. Solo especulaciones, casi siempre sin ningún fundamento real o verdadero en que apoyarse. Es hablar por hablar. Opinar por opinar. El caso es no callarse, y, puesto que hemos llegado hasta aquí, opinemos.

6.19. ¿Por qué Kiya no fue Gran Esposa Real?

Que Kiya hubiese sido Gran Esposa de Akhenatón es algo que tal vez hubiera sido lógico, en una época en la que los términos «lógico» e «ilógico» se confunden fácilmente.

Si Nefertiti se convirtió en corregente de su esposo, ¿por qué no «ascendieron» a Kiya al cargo vacante de Gran Esposa Real? ¿Por qué sus nombres fueron borrados en el Mar Atón? ¿Por qué se tachó su figura, y se cegaron mágicamente sus ojos, dejándolos sin luz? ¿Por qué cayó esta bella joven en desgracia? ¿Por qué desapareció, como si se la hubiese tragado la tierra? ¿Pudo haber sido víctima de un complot de Nefertiti, celosa del amable papel de Kiya al lado del faraón y las preferencias de este por ella? ¿Fue Nefertiti una reina-faraón? Volveremos más tarde a esta y otras preguntas, e intentaremos contestarlas, cuando la época de Amarna esté a punto de finalizar.

El caso es que ambas, Nefertiti y la favorita Kiya, desaparecieron casi a la vez. Y sigue siendo un misterio dónde se pensaba enterrar a Kiya cuando muriese. Y también es un misterio dónde están la tumba y la momia de Nefertiti.

Así pues, la favorita desapareció de la historia sin dejar rastro, tan súbitamente como apareció. Si murió antes que Akhenatón, quizá su cuerpo reposó durante algún tiempo en la tumba real de Akhetatón, junto a los cuerpos de Maketatón y de la reina madre Tiyi, y más tarde fue trasladado a Tebas con sus convecinos de tumba reales, puestos todos a salvo de los saqueadores y los enemigos de Akhenatón por el joven Tutankhamón, en una tumba en el Valle de los Reyes, la KV 55, una de las tumbas más misteriosas del Valle de los Reyes. Sin olvidar la KV 35, de la que ya hemos hablado, con sus tres momias reales desenvueltas y sin nombre.

6.20. *Las respuestas científicas*

Lo poco seguro que se puede saber de estos personajes tan enigmáticos solo podrá averiguarse con el estudio y comparación del ADN de las momias reales de Amarna conocidas. De la única de la que no se duda acerca de su identidad es de la de Tutankhamón.

Respecto a este rey y sus restos, una serie de investigaciones recientes, realizadas por unos científicos y egiptólogos egipcios, ha arrojado tal vez nueva luz sobre la misteriosa reina Kiya. En 2009, un examen mediante diagnóstico por imágenes reveló que una momia encontrada en la tumba KV 35, conocida como la «Joven Dama», tenía, para muchos investigadores, un increíble parecido físico con la momia de Tutankhamón, por lo que se supuso que podían ser parientes. Y se pusieron manos a la obra a tratar de averiguar si era, en realidad, la madre del rey niño. En septiembre de 2010, la revista *National Geographic* dio a conocer los resultados de una investigación llevada a cabo por un equipo interdisciplinario dirigido por Zahi Hawass, el más reputado egiptólogo conocido de la actualidad. En ella se había comprobado que, mediante exámenes de ADN, las momias de la KV 55 eran, efectivamente, la abuela y la madre de Tutankhamón. El siguiente paso es que, si se acepta que Kiya fue la madre de este faraón, debemos concluir que la momia conocida como la «Joven Dama» es Kiya.

El problema es que, obviamente, no todo el mundo está de acuerdo con dicha identificación. Es decir, se acepta que la «Joven Dama» es la madre de Tutankhamón, pero que la «Joven Dama» sea Kiya, pues a lo mejor no. Aunque los vasos canopos y el ataúd de Kiya fueron descubiertos en la KV 55, casi todas las imágenes de los monumentos que la representaron fueron usurpadas por las hijas de Akhenatón, por lo que es casi seguro que cayó en desgracia algún tiempo después del año 11 de dicho rey.

Aquellos que dudan que esta momia sea la favorita Kiya y que, por tanto, Kiya fuese la madre de Tutankhamón, han propuesto identidades alternativas para la «Joven Dama». O bien era la princesa Beketatón, sexta hija de Amenofis III y Tiyi, o

bien la princesa Nebetah, hermana de la anterior y algo mayor que ella. O bien ambas princesas, Beketatón y Nebetah, eran solo una.

El título que llevaba Beketatón era el de «*hija del rey de su cuerpo*». Es probable que esta princesa muriese joven, ya que no se la menciona en los registros históricos después de la muerte de la reina Tiyi. Algunos estudiosos han supuesto que Nebetah, la hija menor de Amenofis III, era la misma que Beketatón. Sin embargo, no hay prueba alguna que demuestre que son la misma persona.

Puede ser también que Beketatón fuese hija de Akhenatón y Kiya, la niña que se representa en algún relieve junto a Kiya, cuyo nombre termina en *-atón*, pero del que desconocemos el nombre completo. Después de la muerte de Kiya, sus representaciones fueron retalladas para representar a Meritatón y Ankhesenpaatón, con sus hijas Meritatón Tasherit y Ankhesenpaatón Tasherit, aunque estas dos niñas podrían ser ficticias y haber sido inventadas para llenar el lugar de los hijos de Kiya en estas representaciones. Más incógnitas acerca de los personajes femeninos de Amarna.

Esta teoría se basa en parte en el hecho de que Beketatón nunca fue llamada «hermana de rey» en las escenas de Amarna, sino solamente «hija de rey», y nunca aparece al lado de las hijas de Nefertiti, lo que, para algunos investigadores, parece indicar que puede ser hija de Akhenatón con otra mujer, quizá Kiya, pero, en ningún caso Nefertiti.

Tras la muerte de su madre, Beketatón pudo haber sido criada por su abuela Tiyi. Una expedición de vino menciona una cosecha fechada como Año 1 de Beketatón, por lo que se ha propuesto que, al ser su hija, Beketatón heredó las fincas que tenía Kiya a la muerte de esta.

6.21. La mamá de Tutankhamón: la Joven Dama de la KV 35

Según Joan Fletcher (que dice haber identificado la momia de Nefertiti), la peluca de estilo nubio encontrada cerca de la momia de la «Joven Dama», un tipo de tocado que siempre se asoció con las representaciones de Kiya, puede avalar la identificación de las dos esposas de Akhenatón.

Los resultados de las pruebas de ADN, publicados en febrero de 2010, han demostrado de manera concluyente que la «Joven Dama» era la madre de Tutankhamón y, por extensión, la posible esposa de Akhenatón, que era además su hermana. Así que todo queda en familia. Porque todos los protagonistas de esta liada historia eran hijos de Amenofis III y Tiyi. Aunque ni Kiya ni Nefertiti recibieron jamás el tratamiento de «hija de rey».

Por tanto, entre las hermanas de Akhenatón candidatas a ser madres de Tutankhamón, solo nos quedan Nebetah, «Señora del Palacio», la hermana más joven

de Akhenatón, o bien la princesa Beketatón, la joven hija de Amenofis III, que no se sabe si se casó con su padre, por lo que Tutankhamón podía ser hermano y sobrino de Akhenatón, en lugar de solo su hijo, o bien ser su hijo y sobrino si lo tuvo con su hermana. ¡Cualquiera sabe!

En cualquier caso, ambas mujeres, Nebetah y Beketatón, son las candidatas conocidas más probables para dar nombre a la momia de la «Joven Dama». Por muchas especulaciones que se hagan, el misterio sigue y se esperan nuevos resultados de ADN en un futuro que puedan desvelar el misterio. Aunque hay un ligero problema, por lo que no se esperan muchas conclusiones positivas, y es que no hay más momias identificadas de la época de Amarna, con seguridad, que la de Akhenatón. Por lo tanto, tendría que aparecer una nueva tumba inviolada y una momia de la familia identificada para que se le pudiera hacer un análisis de ADN y comparar los resultados con los de la momia de Tutankhamón. Esa es la esperanza que anima a los actuales egiptólogos. Por eso, cada vez que aparece un nuevo testimonio, sienten que se les para la respiración y la boca se les seca de ansiedad, preguntándose, mientras miran los nuevos restos que acaban de asomar a la luz del sol bajo sus pies, si se tratará de la tumba de Nefertiti, o si se encontrará por fin la momia, perfectamente identificada, de la bella reina de Egipto.

Por el momento, el final de la historia de la reina Nefertiti y sus hijas, o de las concubinas de Akhenatón sigue siendo un misterio. Entre los recientes descubrimientos en la necrópolis real del Valle de los Reyes, una nueva tumba, bautizada como KV 63, y que alberga varias momias que podrían pertenecer al periodo de Amarna, podría aportar la solución a este oscuro enigma histórico que se resiste a ser desentrañado.

6.22. *El bebé real sin nombre*

Otro de los misterios sin resolver de la familia de Akhenatón se debe al despiste de un egiptólogo. Lamentablemente, Bouriant, que investigó la tumba real de Amarna, no tomó nota de los jeroglíficos de algunas de las escenas que reprodujo y que, con el tiempo, se perdieron irremisiblemente. Los que sí anotó son claros: una de las princesas fallecidas representada en las escenas de duelo de la tumba era la princesa Maketatón, la segunda de las hijas de Nefertiti y Akhenatón, casada con su padre. Lo demás es un lío de imágenes sin texto que las explique o aclare, como si se tratase de una película de cine mudo.

La opinión generalizada es que la segunda escena de la tumba real no representa la muerte de Kiya, sino que es una mera repetición de la muerte de la princesa Maketatón representada en el registro superior. Poco se puede decir acerca de la criatura amamantada por la nodriza, ya que su nombre (que sí constaba en la escena)

ha desaparecido, y o bien podría ser hijo o hija de una de las hijas menores de Nefertiti, la propia Maketatón (y que esta hubiese muerto de parto), o bien podría ser otra hija de Kiya y Akhenatón, una posibilidad de la cual no hay un solo dato seguro que la corrobore. No obstante, si así fuera, quizá se llamaría Kiya ta-sherit o «Kiya la menor».

Posiblemente, Maketatón no fue la madre de Tutankhamón, pero si de algo no hay duda es de que Akhenatón sí fue su padre (al menos así se piensa últimamente, a ver cuánto tiempo dura esta opinión...) y el de la criatura representada en la tumba real. Hay quien opina que, si hubiese habido un hijo varón del faraón, este se hubiese sentido muy orgulloso de ese heredero y hubiese ordenado representar al bebé a menudo, bien junto al faraón, o bien formando parte de su familia. O tal vez el bebé no vivió mucho tiempo, y por eso ni se le representó ni le dio tiempo a su padre a tener esperanza de que algún día fuese su heredero. O se le quiso proteger del mal de ojo. ¿Por qué no?

Y si Kiya fue la madre de Tutankhamón, y ella fue una de las hermanas de Akhenatón, ¿por qué no se representó más al niño, heredero del faraón, si es que vivió? ¿Quizá porque no fue hijo de la Gran Esposa Real?

6.23. ¿Tut, hijo de quién?

Para algunos estudiosos, esto muestra evidencia de que el bebé representado en la parte superior de la cámara A o alfa (no se sabe si es niño o niña), es hijo de la difunta Maketatón, posiblemente muerta a consecuencia del parto o posteriores complicaciones, y el padre no podría ser otro que el mismo Akhenatón, padre y abuelo a la vez del bebé real. Según Dodson: «... los signos del texto que acompañan al bebé de la escena de la muerte de Maketatón se han interpretado como el final de un nombre masculino». Si era un niño, sería el primer hijo varón de Akhenatón, fruto de la relación con una de sus hijas. Si aceptásemos la hipótesis de que era hijo de Nefertiti, entonces esta habría tenido, por lo menos, un hijo varón. ¿Sería Tutankhamón el bebé representado?

En realidad, no se sabe quién es la princesa representada en la escena de la cámara gamma, tan solo que es una princesa cuyo su nombre termina con la «t» propia de muchos nombres femeninos, como es el caso de *MakeT-Atón* y *MeriT-Atón*. Ahora bien, si sabemos que: 1) la muerte de Maketatón es la representada en la cámara Alfa, y 2) Meritatón reina junto a Smenkhara a la muerte de Akhenatón, la conclusión obvia es que ha de tratarse de Maketatón.

Pero también es posible que la niña no fuese tan joven como se supone. O tal vez sí. Y hay quienes dicen que la misma Nefertiti tuvo su primera hija sobre los doce años (raro, raro, porque Nefertiti era cinco años mayor que su esposo, quien, por lo

tanto, tendría siete añitos, pelín precoz el muchacho para empezar a concebir bebés...).

El cuerpo de una niña tan joven no estaba preparado para tal eventualidad y murió de parto. O de sobreparto y con ella el bebé. No se sabe tampoco. Y hay que tener en cuenta el índice de mortalidad de la época, no solo el factor edad que se supone en la madre. Y, desde luego, es extraño que el bebé fuese el heredero del faraón, porque, de haberlo sido, Akhenatón lo habría proclamado a los cuatro vientos y lo habría hecho representar hasta en la estelas de la Ciudad del Sol.

Un detalle que indica que la escena ocurre dentro de palacio es la ausencia de los rayos de Atón que aparecen en la escena exterior registrada en el muro B. Ya fuera de la estancia, un séquito de funcionarios y plañideras lamenta la triste pérdida. Al final del registro superior, se aprecia la figura de un visir con su largo manto, lo que subraya la importancia de la fallecida. En el centro del registro aparece una de las imágenes más importantes: una nodriza lleva en brazos al recién nacido mientras sale de la cámara donde yace Maketatón. La importancia de esta criatura está remarcada por las dos portadoras de abanicos y, de la misma forma, el origen de este grupo (la cámara donde se encuentra la difunta) no deja lugar a dudas, ya que desfilan en sentido contrario al del resto de los personajes figurados. Como detalle importante, hay que indicar que una sirvienta mueve el abanico haciendo una reverencia ante el desconocido recién nacido, subrayando así su importancia. ¿Quién era este bebé?

Justo delante de la nodriza y el recién nacido, un registro de dos columnas lo identificaba, pero Bouriant no lo registró, y en la actualidad el texto ha desaparecido por completo, aunque existe una nota en su obra en la que intenta una reconstrucción del mismo; en cualquier caso, la identidad de la criatura se ha perdido para siempre. Geoffrey Martin reconstruye el texto como: «*(Nombre), nacida de la hija del rey, de su cuerpo, su amada, Maketatón, nacida de la Gran Esposa Real, su amada Neferneferuatón Nefertiti, que viva por siempre en la eternidad*».

Así como existen registros de Meritatón Ta-sherit y de Ankhesepaatón Ta-sherit, no se conoce ninguno de ninguna Maketatón Ta-sherit, por lo que Martin se inclina por afirmar que esta criatura no es una princesa, sino que se trata de un varón: Tutankhamón. Pero, de ser esto cierto, Tutankhamón habría comenzado a reinar a los cuatro o cinco años, o bien Maketatón habría dado a luz a los nueve años, algo muy problemático en ambos casos. Seguimos con las dudas.

6.24. Las hijas de la reina

Pero este lío se puede acrecentar, si cabe. Porque Nefertiti fue la madre de, al menos, seis hijas conocidas, que aparecen, unas veces juntas y otras por separado, en compañía de sus padres en los monumentos de la familia real de Amarna, con textos

explicativos que señalan a la madre, pero nunca mencionan al padre. ¿Por qué no se conocía o porque era obvio? He ahí el dilema.

Estos textos resultan muy curiosos y únicos y han dado lugar a la opinión de la mayor importancia de Nefertiti sobre su esposo o a que obedecen a la cultura «matriarcal» propia de los reinos sirios, donde la reina propietaria era la que garantizaba la herencia en lugar del rey, legitimado solo por su esposa. Y también a la teoría de que Akhenatón sería estéril, una teoría que ya no se sostiene, debido a la identificación de Meritaton, Ankhesenpaaton y Neferneferuatón Ta-sherit, mostrando las tres el título de «La hija del rey de su cuerpo, su amada (Nombre), nacida de la Gran Esposa Real (Neferneferuatón Nefertiti), que viva por siempre y eternamente».

La cara de la princesa Maketatón ya fue dañada en la antigüedad, pero aún se aprecian claramente el cono perfumado y el peinado nubio de adulta que luce. Este detalle contrasta con el peinado de Meritaton, que en esta imagen aún luce la coleta de niña, siendo de mayor edad que Maketatón. Esto puede explicarse si Maketatón se quedó encinta antes que su hermana mayor, por lo que se afirma que la fecha de esta escena es anterior al año 15 del reinado de Akhenatón.

6.25. Tut, ¿hijo de Kiya o de Nefertiti?

Esta vez el texto sobre la cabeza de la imagen es claro, e identifica a Maketatón con estas palabras: «*La hija del rey, de su cuerpo, su amada Maketatón, nacida de la Gran Esposa Real Neferneferuatón Nefertiti, que viva para siempre y eternamente*». Sin el nombre de papá, que se supone era Akhenatón.

Sobre la primera imagen de la cámara alfa, con dos escenas, en la superior, la familia real, junto a cinco de sus hijas, está haciendo ofrendas a Atón. La otra escena muestra al rey y la reina en una cámara, llorando la muerte de una mujer, reina o princesa, que yace sobre un lecho funerario. En la escena superior, los rayos del Atón entran en la habitación del palacio (representada como en la cámara gamma, muros B y C), pero en la escena que se ve en la inferior es de noche, porque no están representados los rayos del Atón. Fuera de la habitación, las plañideras y cortesanos gimen, lloran y se arrojan ceniza sobre las cabezas. De nuevo, como en la cámara gamma, se ve a un visir identificado por su ancho manto, al final del registro superior. Esta escena, igual que la de la cámara gamma, ha sido interpretada como el duelo por la muerte de parto de una mujer de la familia real.

Pero, lamentablemente, el texto que estaba sobre el cuerpo de la mujer fallecida en la imagen inferior desapareció ya en la antigüedad, por lo que algunos egiptólogos suponen que ambas cámaras representan la muerte de personajes diferentes: una de ellas podría ser Kiya, la madre de Tutankhamón, ya que hay una inscripción que dice «el hijo carnal del rey, amado de él, Tutankhatón», de manera que la fallecida puede

ser su madre: Kiya.

O no. Y parece que no. Que ninguna de estas dos reinas, ni Nefertiti ni Kiya, fue la madre de Tutankhamón, con lo que el lío sigue. Se ha supuesto que Kiya podía ser la madre del faraón Tutankhamón, y que tuvo, además, otra hija con Akhenatón. Pero la verdad es que hoy nadie apuesta ya por que Kiya sea la madre de Tut. Salvo que, en un golpe de suerte, resulte que Kiya es Sitamón, hermana de Akhenatón, con lo cual de dos personajes de los que no se sabe una palabra haríamos uno solo, aunque también casi desconocido. De este modo, seguiríamos teniendo el mismo misterio, pero un personaje que aparece con dos nombres, con lo que tampoco se resuelve nada. La presencia de Kiya en Amarna puede atestiguar únicamente antes del cambio de nombre de Atón del faraón, y desaparece de repente en el año 12 de reinado de Akhenatón, aunque se ha conservado una etiqueta de una jarra de vino del año 16 de reinado que menciona a Kiya como la «Amadísima Esposa del Faraón». O sea, esposa, no solo favorita.

El caso es que el recuerdo de Kiya fue perseguido, y, como ya hemos dicho, sus imágenes e inscripciones están borradas.

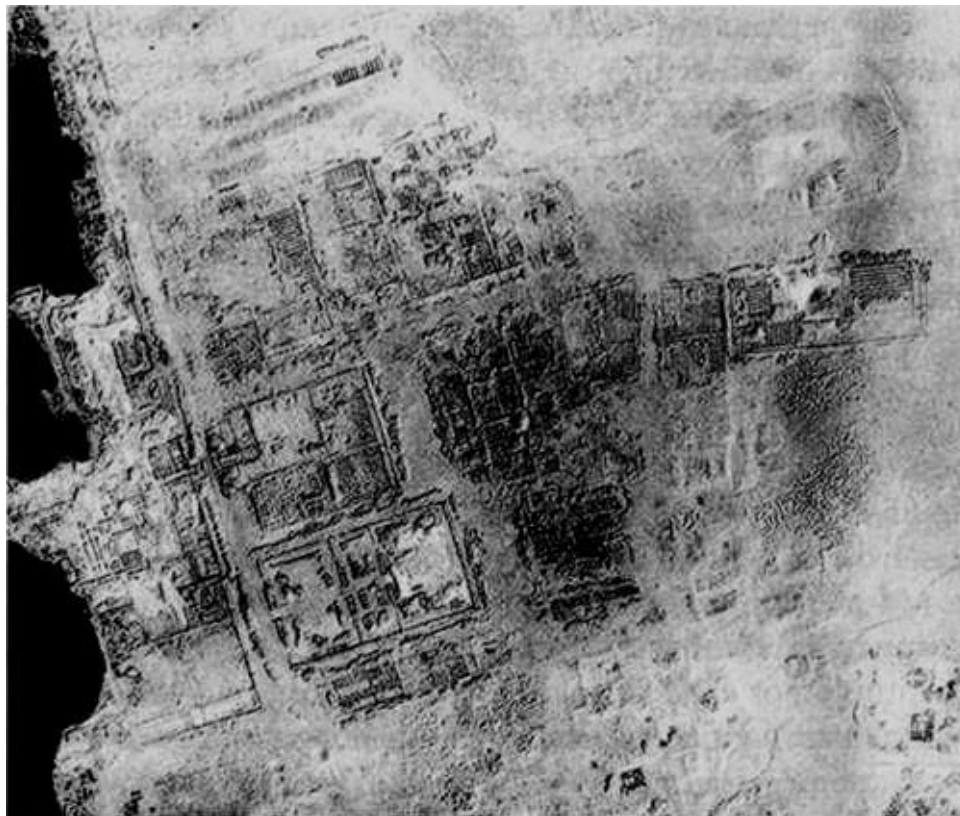
Incluso se aprecian sus ojos picados, y también la boca, como si se la hubiera querido privar del aliento vital y la palabra. Sobre su imagen y su nombre se han superpuesto la figura y textos relativos a la hija mayor del rey, Meritaton y, otras veces, a la tercera hija, Ankhesenpaaton. Resulta sencillo imaginarse a Nefertiti como responsable de borrarla del mundo de los vivos e incluso del de los muertos, algo que no habría ocurrido mientras viviese Akhenatón. Aunque tampoco se puede demostrar esta venganza, parece que así se salva la vengativa figura de Nefertiti, cabreada con su rival más bella y más cercana a su esposo que ella cuando esto sucedió.

El caso es que no se sabe nada más de Kiya que lo poco dicho hasta aquí. Ni su origen, ni cómo ni cuándo ni dónde murió, por lo que todo lo que sobre ella se diga son especulaciones. Sobre cómo vivió, se sabe que poseyó una finca en Amarna y que Akhenatón la amó. Lo demás es humo. Nada.

Hay hipótesis que suponen que Kiya fue la madre de Tutankhamón, basándose en las deterioradas escenas de la cámara alfa que muestran a una criatura amamantada por una nodriza, y a Akhenatón apesadumbrado frente al lecho de muerte de una mujer, buscando apoyo en Nefertiti. También existe un pequeño fragmento de caliza que se cree representa a Akhenatón, sin afeitarse, llorando apenado la muerte de una de sus jóvenes hijas, una de sus infelices esposas o tal vez de la misma Kiya, cuya imagen, como su existencia, se resisten, sin embargo, a cualquier identificación o conclusión basada en una evidencia cierta.

6.26. Los corregentes y el lío de los nombres

Una teoría bastante aceptada sostiene que Nefertiti llegó a ser corregente de su marido con el nombre de Neferneferuatón. Pero uno de los grandes interrogantes de esta época (bueno, otro más, en realidad) es, precisamente, el de la existencia de uno o más personajes que llevaron el nombre de Neferneferuatón («*Exquisita es la belleza de Atón*»).



Vista aérea de las ruinas de la ciudad de Akhetatón, 1932.

Esta denominación se empleó por primera vez en el año 4 del reinado de Amenofis IV, cuando el rey cambió definitivamente su nombre por el de Akhenatón. Al mismo tiempo, la Gran Esposa Real Nefertiti adoptó el sobrenombre mencionado y pasó a ser conocida como Nefer-neferuatón Nefertiti.

En el año 14 de reinado de su esposo, Nefertiti desapareció de los registros oficiales y la figura y el papel de Gran Esposa Real fue ocupado por su hija mayor, Meritatón. Sin embargo, en ese mismo momento aparece un corregente de Akhenatón cuyo nombre es Anket-Kheperu-Ra Merit-Ua-En-Ra Nefer-Neferu-Atón (o «la amada de Akhenatón», por aquello de la terminación femenina «t» de *Merit*), lo que indica que «el» corregente es, en realidad, «la» corregente, es decir, una mujer. Y puesto que Meritatón era ya la Gran Esposa Real, se supone que es Nefertiti, que no habría muerto como se creía, sino que solo habría cambiado de nombre.

Este personaje desaparece al poco tiempo y es sustituido por otro nombre, idéntico al anterior, pero en masculino: Ankh-Kheperu-Ra Mery-Ua-En-Ra Nefer-Neferu-Atón («el amado de Akhenatón», porque ahora Mery termina en «y»,

masculino, y no en «t» femenino). Dado que el corregente tenía una relación muy próxima con Akhenatón, solo puede significar dos cosas:

1. el rey mantenía una relación homosexual con este sustituto de Nefertiti, o
2. este corregente era la propia Nefertiti que, como ya hizo en su día la reina Hatshepsut, habría cambiado oficialmente de sexo.

Al poco tiempo, hasta la muerte de Akhenatón y poco después, el nombre de Neferneferuatón desapareció y fue sustituido por el de Smenkhará, quedándose en Ankeheperura Smenkhará. Lo que da a entender que hubo un último cambio de nombre:

1. bien de Nefertiti o
2. bien de ese amante masculino del rey Akhenatón, que aparece acariciándose con él en la estela de Berlín 25574.

Así pues, Nefertiti y sus posibles cambios de sexo, o su desaparición, son muy difíciles de seguir y más aún de probar. Y tantos cambios de nombre no hacen más que despistar a los expertos, a los aficionados y a cualquier estudioso interesado que pase por allí y que siga lo que aquí se está tratando de entender y explicar. Porque, desde hace casi un siglo, las opiniones de los egiptólogos están divididas en diversas teorías, opiniones, contra-opiniones, hipótesis de trabajo y conjeturas varias, entre las que suponen que:

1. Nefertiti murió (o cayó en desgracia) en el año 14 de su esposo o,
2. todo lo contrario: que fue ascendida al rango de corregente masculino de su esposo, que ambos gobernaron unidos, como los dioses Shu y Tefnut, y que ella acabó por suceder a su marido en el trono al fallecer este. De nuevo, de «monoteísmo», nada de nada.

La cuestión es determinar si Smenkhará fue hombre o mujer y, hasta que no se sepa con certeza de quién es el cuerpo masculino de la famosa Tumba KV 55, no se podrá asegurar nada, así que vamos a ocuparnos de la tumba en cuestión.

6.27. La KV 55. Todos a mogollón

A menudo se afirma que Akhenatón llevó a cabo una política exterior casi suicida, desentendiéndose por completo del peligro que suponía para Egipto la amenaza del reino hitita, gobernado entonces por un gran guerrero, el rey Subiluliuma. Este hecho está muy bien documentado en las cartas de Amarna.

Akhenatón murió en el año 18 de su reinado. Tras su muerte, gobernaron sucesivamente y de forma fugaz Smenkara, Tutankhamón y Ay, según se afirma en diversos manuales. Se suele afirmar que el reinado de Smenkara, sucesor de Akhenatón, duró tan solo dos años, y que después desapareció de la escena política en circunstancias desconocidas y gobernó Tutankhamón, el faraón niño, hijo de Akhenatón y Kiya, o Tiya, o Sitamón, o cualquier concubina.

Al menos, sí parece seguro que el padre fue Akhenatón, con lo cual aquella frase latina de *Mater certa, pater incertus* aquí está de más o es al revés: «*Sé quién es el padre, aunque de la madre no tengo ni idea*». Pero no solo se ignora la madre: la madre, la tía, la abuela y todos los miembros femeninos de la familia real de Amarna, porque hay un lío tremendo de momias femeninas. Y las chicas desaparecen una tras otra sin dejar rastro. Y cuando aparecen en la tumba, las momias se han dejado el carné de identidad en la sala de momificación, con lo que nos han hecho la pascua. Y no digamos los chicos, porque también hay lío con las momias masculinas.

Tenemos momias sin nombre, nombres sin momia, brazos tirados por el suelo, sin cuerpo ni nombre ni momia ni ataúd. Y lo más grave: el único bien identificado para conocer el ADN de todos es el pobre Tutankhamón, de cuya momia se depende para poner un poco de orden en todo este barullo. Aunque, como ya sabemos, su cuerpo no está en la KV 55, sino en su propia tumba, la KV 62.

Con este joven faraón-niño se inició la vuelta a la antigua tradición y a la supremacía del dios Amón, lo que se manifiesta en el cambio de nombre (de Tutankhatón a Tutankhamón), y tras él subieron al trono el general Ay y luego Horemheb, que se casó con la princesa Mutnedkhemet, hija de Ay. Horemheb declaró herético a Akhenatón, desmanteló las bases del culto a Atón, según algunas teorías, mientras otros egiptólogos opinan que a Horemheb le importó un pito Akhenatón y su dios y se casó con la hija de Ay para reinar y que la mató de hambre en cuanto pudo y que él no restauró nada de nada ni persiguió la religión de Atón.

6.28. Momias sin DNI

Existen pruebas que indican que la tumba KV 55 del Valle de los Reyes, relativamente pequeña y un lugar arqueológico bastante problemático por su contenido, parece haber sido utilizada para varios enterramientos, debido a los restos diferentes, variados y revueltos que en ella se han encontrado. Modernamente fue utilizada como laboratorio fotográfico cuando se excavaba la cercana tumba de Tutankhamón y no había un lugar tranquilo para revelar las fotos de los tesoros del joven faraón.

Se atribuyó en un primer momento esta tumba KV 55 a la reina Tiya, madre de Akhenatón, porque había en ella restos de su capilla funeraria. De ahí se dedujo que

los restos de la reina, que en un primer momento reposarían en varios ataúdes en la ciudad de Akhetatón, fueron trasladados al Valle de los Reyes en Tebas al ser abandonada la ciudad del Sol y que finalmente la momia se depositó en esta tumba KV 55, y luego se trasladó al escondite donde fue encontrada finalmente. Una momia viajera, ciertamente.

Lo que no se sabe (otro misterio más, obviamente) es por qué, si la momia masculina encontrada aquí podría ser la de su hijo, el faraón Akhenatón, la dejaron aquí al trasladar la de su madre a otro sitio. Aunque tampoco hay seguridad de que dicha momia que se supone de Akhenatón no sea de su posible sucesor, Smenkara, si es que realmente existió el personaje cuyo nombre aparece como tal, que ese es otro lío más a añadir al que ahora nos ocupa.

Con total seguridad, la tumba KV 55 contenía objetos con el nombre de Amenofis III y de Tiye (sí, esto sí se sabe con seguridad) y, según uno de los arqueólogos que la excavó, contenía un trineo para la momia de quien fuese, un féretro también para quien fuese, amuletos, frascos de perfumes y varias piezas extrañas que, lamentablemente, resultaron destruidas al sacarlas del panteón y, por tanto, no permitieron identificar a su dueño o dueña. Es decir: objetos sin nombre para muertos sin ídem.

Es posible que dicha tumba sirviese solo para albergar la momia de Tiye y luego sirvió de escondrijo para la de Akhenatón, antes de cambiar de destino en la época ramésida. Son hipótesis, posibles sí, pero nada más que hipótesis. Lamentablemente y una vez más, todo son suposiciones. Y no hay nada seguro, lo que hace este periodo aún más divertido, inseguro y desde luego, apasionante, porque como no hay nada cierto ni todo lo contrario, aquí opina hasta el vecino del quinto que pasa, sea egiptólogo, aficionado o conductor del autobús de los turistas que visitan el Valle de los Reyes, pasando, obviamente, por los foros de aficionados a la Egiptología de Internet, que a veces son más cuerdos que los egiptólogos profesionales. Lo lamento, pero es así.

La tumba KV 55 se compone de una entrada, que da paso a una escalera. La estructura interna del sepulcro es muy sencilla y, después de pasar la puerta de entrada, se tiene acceso a un pasillo de unos diez metros de largo por dos de ancho. Tras eliminar los cascotes que cubrían gran parte del corredor inicial, los arqueólogos hallaron una habitación no muy grande, de cinco por siete metros: la cámara funeraria. Un nicho a medio construir señala en un ángulo el inicio de una segunda cámara que no llegó a construirse.

6.29. El sarcófago sin rostro

Probablemente, el mayor misterio que guardaba esta tumba, que ya había sido

saqueada en la antigüedad (los sellos de la puerta de entrada demostraron que los guardianes de la necrópolis la habían vuelto a cerrar en la antigüedad, se relleno con cascotes su interior para que no se pudiera volver a entrar a ella sin dificultad, cosa que su descubridor moderno logró) es un bello sarcófago del que se desconoce el propietario, un problema más. El rostro de oro, enigmático y sereno en lo que aún se aprecia, está dañado. Arrancado a medias. Como si se le hubiese querido despojar a propósito de una identidad que, por el momento, ignoramos. Se ha querido ocultarla y se ha conseguido, desde luego, aunque, actualmente, la KV 55, a pesar de su escaso valor arquitectónico e histórico, supone uno de los mayores hallazgos y uno de los grandes misterios de la Egiptología por varios motivos:

1. Porque en ella aparecieron objetos con el nombre de varios personajes reales de la XVIII Dinastía.

2. Y lo más sensacional de todo: porque en ella se encontró el ataúd real ya mencionado, exquisitamente trabajado, al que se le había borrado cualquier inscripción que pudiera identificar a la momia que contenía. En la parte central de dicho ataúd, donde debía leerse el nombre del difunto que guardaba, solo se veía un rectángulo de madera, del que se retiró cuidadosamente el oro en el que estaba grabado el nombre del difunto. La máscara de oro que cubría la cara había sido parcialmente arrancada, por lo que su identidad se había perdido para siempre. Y el misterio sigue sin resolverse, aunque parece que hay alguna pista para descubrir al protagonista de esta apasionante novela de misterio.

Que el ataúd real no tuviera nombre significaba, para los antiguos egipcios, que su ocupante no tendría vida eterna, el peor castigo que podía infligirse a un difunto según la antigua religión egipcia, porque le privaba de la existencia en el Más Allá. Así pues, el difunto que lo ocupaba estaba maldito por toda la eternidad y su nombre sería olvidado por siempre jamás. No renacería.

Un castigo que en el Antiguo Egipto solo se infligiría con toda seguridad a un personaje siniestro, execrable, abominable, perverso. Por ello se supone que se trata del ataúd del faraón Akhenatón, del que conocemos también su sarcófago de granito rosa, hoy medio abandonado en un patio del Museo de El Cairo. Pero cabe preguntarse: ¿se arrancó a propósito el nombre del ataúd, se borró a propósito la identidad del difunto, se arrancó el rostro para desfigurarle a propósito, o fue para robar el oro, lo que se consiguió solo parcialmente, por las prisas, y sucedió algo que ahuyentó a los ladrones, que ya no volvieron a rematar su obra y quedó inconclusa?

6.30. ¿Hombre o mujer?

El primer análisis forense hecho por un americano, millonario y médico aficionado a los restos humanos descubiertos en el interior de este ataúd de madera dorada sin rostro, hoy en el Museo de El Cairo (CG 61075), dio como resultado que el cadáver pertenecía a una mujer. Aunque muchos estudiosos consideraron el análisis muy poco fiable, le sirvieron al millonario para afirmar que se trataba de la tumba y los restos de la reina Tiyi, que habría sido enterrada y cuya imagen habría sido posteriormente desfigurada por un potente enemigo. ¿La reina Nefertiti, harta de su suegra? Quizá. ¿O fueron los sacerdotes de Amón? ¿O los de Atón? ¿Sería Horemheb, el posible restaurador de las antiguas tradiciones?

Sin embargo, el problema de la KV 55 no quedó resuelto con esta identificación de Tiyi. Un segundo análisis de los restos hallados en una cesta, enviados por Arthur Weigall, del Servicio de Antigüedades de El Cairo, para que fueran estudiados por Elliot Smith, un verdadero especialista en momias egipcias, dio como resultado que pertenecían a un joven, un varón de unos 25 años. De este modo, la polémica se avivó, ya que ahora cabía la posibilidad de que los restos perteneciesen al faraón Akhenatón, cuyo nombre se mencionaba en algunos ladrillos mágicos descubiertos en la habitación sur o en los vasos canopos de la misma estancia de la KV 55. Así pues, había dos posibilidades opuestas para la polémica y los restos de una sola momia analizada. O bien el cuerpo era de un varón o de una mujer. Dos opciones para un sarcófago sin rostro.

Pero había un ligero problema. Se sabía que Akhenatón, al morir, tenía más de 25 años, al menos 29. En consecuencia, los restos se atribuyeron a Smenkhara, «supuesto» corregente y «supuesto» sucesor de Akhenatón, que tendría unos años menos que el faraón. Y el asunto se lío aún más cuando el egiptólogo David Rohl planteó que los restos de la tumba podían estar mezclados y pertenecer a un hombre y a una mujer. Actualmente se ha descartado esta posibilidad y, mediante las técnicas de análisis más modernas, se considera probado definitivamente que se trata de los restos de un varón joven.

En resumen, y pese a tanto lío, actualmente se acepta que:

1. Los restos pertenecen a un hombre joven de la época de Amarna.
2. El ataúd de madera perteneció a Smenkhara. Aunque hay diferencias también entre los estudios hechos al cuerpo y especialmente difieren en la edad, porque hay quienes dicen que tenía 20 años y sugieren que el cuerpo es de Smenkhara, mientras que los que piensan que el cuerpo tenía más de 30 años suponen que es el de Akhenatón. Sin embargo, hay quien dice que Smenkhara no existió y que, en realidad, era un nombre que adoptó Nefertiti. Entonces, si Smenkhara es Nefertiti, ¿quién es este muchacho?
3. La capilla de madera protegió el sarcófago de la reina Tiyi en Amarna y luego fue llevada hasta la KV 55 en la orilla occidental de Tebas.

4. Los vasos canopos pertenecieron posiblemente a Kiya, segunda esposa de Akhenatón y considerada durante mucho tiempo madre de Tutankhamón. Puesto que, según las últimas investigaciones, la madre de Tutankhamón fue la princesa Sitamón, hija de Amenofis III, yo ya me he vuelto a perder. ¿O es que Kiya y Sitamón son solo una persona?

Según el descubridor de la tumba y el sarcófago sin rostro, el lecho fúnebre estaba derrumbado, con la tapa del sarcófago suelta y se podía ver la momia, que se encontraba en su interior, con los huesos sobresaliendo entre los restos de las vendas. Al extraerla del sarcófago, la momia empezó inmediatamente a deshacerse. Total, que ni momia ni ADN. No queda nada para hacer un estudio un poco serio. La cabeza estaba muy estropeada y apareció cubierta en parte por un collar de oro que, en un primer momento, se consideró una corona. El collar tenía forma de buitre, como la diosa Nekhbet, y era completamente de oro, cerrándose en la parte de atrás con un pequeño gancho ¿Por qué llevaría un buitre por corona que era un collar, en lugar de llevar una corona de verdad?

De su cuello pendía aún un collar de cuentas de oro, rematado por flores de loto y, en el brazo izquierdo, doblado sobre su pecho, tenía tres brazaletes de oro. El brazo derecho, también con tres brazaletes, estaba extendido a lo largo de su cuerpo y la mano estaba apoyada en un muslo. Eran sus únicas joyas.

Los objetos encontrados en la tumba eran muy escasos, y de diversas procedencias, aunque tenían en común pertenecer a miembros de la familia real de Amarna. Aparecieron varios sellos de barro rotos con el nombre de Tutankhamón, y también cuatro ladrillos mágicos, pertenecientes al rey Akhenatón, con una fórmula del *Libro de los Muertos*. Estos ladrillos se introducían en las tumbas como parte del ritual del enterramiento, y se distribuían en función de los cuatro puntos cardinales. Las tapas de los vasos canopos, hallados en la pequeña cámara excavada en la pared oeste, que representan el rostro de una mujer con una peluca típica del periodo de Amarna, muy similar a la del féretro, pertenecían, casi con seguridad, a Kiya, la «otra» esposa de Akhenatón, considerada durante mucho tiempo la madre de Tutankhamón.

Los sellos de la puerta pertenecían al rey Tutankhamón, lo que podría indicar que este rey mandó utilizar el escondite, colocar en él algún mobiliario y quizá el cuerpo de su predecesor. En la tumba se encontró también el nombre de Akhenatón y, en los ladrillos mágicos, también el del rey Amenofis III y el de la hija primogénita, Sitamón, así como el de la reina Tiyi.

La teoría de Reeves supone que Akhenatón y la reina Tiyi habían sido enterrados en Akhetatón y que luego fueron trasladados al Valle de los Reyes durante el reinado de Tutankhamón. Reeves piensa que durante la construcción de la tumba de Ramsés IX fue abierta por los obreros. En esa época (Dinastía XX), Akhenatón seguía siendo

despreciado por hereje, por lo que podrían haber retirado el cuerpo de la reina Tiyi y trataron de borrar todos los escritos sobre Akhenatón, arrancar la máscara de oro del ataúd y dañarlo como forma de condenación eterna para el rey. Pero el caso es que, por el momento, la KV 55 sigue siendo un misterio hasta que no se identifique el cuerpo o el ataúd sin rostro ni nombre.

Aunque creo que existe otra posibilidad.

El ataúd encontrado en KV 55 lleva una peluca de estilo nubio, lo que sugiere que fue diseñado para una mujer de la realeza. Además, en el texto que se conserva grabado en él contiene ciertas alusiones que algunos han creído poder relacionar con la esposa del faraón llamada Kiya. En realidad, se trataría de una carta de amor.

El añadido de la barba faraónica hace pensar a los investigadores en el reacondicionamiento del ataúd para un varón, quizá Akhenatón. Pero creo que se ha olvidado que, ya antes de este momento, otra mujer-faraón había lucido la barba ritual de los faraones: Hatshepsut.

¿Por qué no pensar que este sarcófago o ataúd dorado fue el de una mujer-faraón? ¿Kiya-Sitamón o Nefertiti? La diosa Wadjet de la cabeza-peluca solo es propia de los faraones, hombre o mujer. La diosa buitres Nekhbet es la compañera de la cobra Wadjet cuando el faraón, en todo su esplendor, reina sobre el Alto y Bajo Egipto y en el título Nesut Biti. Es otra posibilidad: una mujer que reinó sobre el Alto y Bajo Egipto. Después de Akhenatón. Nefertiti o su hermana Sitamón, fuese o no Kiya. Una mujer protegida por la diosa buitres.

En definitiva, se puede decir que la KV 55 sigue, hoy en día, repleta de incógnitas. Forma parte de los grandes misterios de una época que pronto cayó en el olvido y que resucitó cuando Carter abrió la tumba del joven Tutankhamón, llenando al mundo de admiración, incertidumbre y curiosidad por conocer la historia del joven enterrado cubierto de oro, la carne de los dioses que le aseguraba la inmortalidad.

6.31. La estela de la discordia

Sobre este tema, como ya hemos señalado, y ahora trataremos de explicar, caben varias respuestas diferentes:

- Si Smenkhara era una mujer, nadie pone en duda que tuvo que ser Nefertiti, porque el nuevo gobernante heredó todos los títulos de la Gran Esposa Real y, además, no hay constancia de un príncipe real o momia de alguien con este nombre. Además no fue Nefertiti la mujer que cayó en desgracia, sino Kiya.
- Si Smenkhara era varón, tendría que ser un familiar próximo a Akhenatón, su hijo o su hermano o su primo mitannio. Los datos a favor de esta teoría son que estaba casado con la Gran Esposa real Meritatón y que puede ser suyo el cuerpo

masculino de la KV 55 (emparentado con Tutankhamón, según los estudios de ADN) y no hay nada que demuestre a ciencia cierta que Nefertiti se identificaba con ese nombre.

Es de suponer que el futuro despejará estas dudas. Hoy en día, solo se puede concluir con una cosa: Neferneferuatón fue un nombre que usó una Gran Esposa Real y después una corregente (si no eran la misma persona) de Akhenatón y, por lo tanto, debería estar incluido en las listas reales con todo derecho.

El caso es que Smenkhará es uno de los personajes más controvertidos de la historia egipcia. Expertos en el tema han formulado muchas teorías para iluminar la oscuridad de la época. Una de las hipótesis supone que podría haber sido hijo de Amenofis III y la princesa Sitamón y, por tanto, medio hermano y sucesor de Akhenatón. También es posible que fuese corregente en los últimos años de gobierno de Akhenatón. Según varios estudiosos, Smenkhará podría haber gobernado entre dos y cinco años. Algunos creen que murió poco antes que Akhenatón, de 25 años. No hay ninguna prueba que demuestre la hipótesis de que Smenkhará fue el padre de Tutankhamón. Según C. Aldred y la mayoría de los expertos destacados en aquellos tiempos, Smenkhará y Tutankhamón eran hermanos. Con una alta posibilidad de certeza, se puede decir que la momia hallada en 1907 por T. Davies en la tumba KV 55 del Valle de los Reyes era la momia de Smenkhará. Como los grupos sanguíneos de ambas momias coinciden, este hecho confirmaría que eran, al menos, parientes cercanos y, por tanto, parece muy probable la hipótesis de Aldred.

6.32. *A vueltas con la corregencia*

Parece que Smenkhará fue, posiblemente, esposo de una de las hijas de Akhenatón, la princesa Meritatón, lo que resulta difícil si en realidad Smenkhará fuese Nefertiti, que tendría que haberse casado, en un matrimonio entre dos mujeres, con su propia hija.

Para R. Krauss, el matrimonio de Smenkhará y Meritatón pudo celebrarse un año después de la muerte de Akhenatón. Mediante esta unión, Smenkhará reforzó su derecho al trono, si es que no era Nefertiti, como afirman J. P. Alien y N. Reeves, en contra de la opinión de C. Aldred.

Ante esta suma de opiniones contrarias, solo se puede decir que Ankheperura Smenkhará, o bien fue el más breve y enigmático faraón de la Dinastía XVIII egipcia, o bien constituye la mayor equivocación de la historia de la Egiptología.

6.33. *Akhenatón era homosexual*

Tampoco se libró el original monarca Akhenatón de la opinión moderna de que era homosexual, porque aparecía dándole un beso en la boca a un tal Smenkhara, al parecer un joven varón. Además, en una estela del Museo de Berlín, Akhenatón fue representado asexuado, con todos sus atributos reales masculinos, barba incluida y también corona, pero con unas bellas caderas femeninas, lo que ha hecho que se planteasen posibilidades tales como que Akhenatón era homosexual, metrosexual, bisexual o cualquier otra sexualidad que se guste o desee imaginar. O travesti.

Este gobernante egipcio era representado a menudo, en las pinturas, grabados y estatuas, con caderas anchas y pechos femeninos. Algunos investigadores atribuyen estos detalles a un intento de unificación de lo masculino y lo femenino durante su reinado, un rasgo propio de un culto monoteísta. Otros sugieren que se trata de una indicación de un desorden glandular, y suponen que Akhenatón pudo ser hermafrodita. Por otra parte, las escenas de Akhenatón acariciando a Smenkhara podrían indicar una relación homoerótica. Algunos investigadores sugieren que Smenkhara, el posible ahijado de Akhenatón, amante o mujer disfrazada de chico, pudo haber sido Nefertiti, asumiendo ella este nuevo nombre una vez muerto este faraón.

No obstante, esta explicación no encaja con las uniones posteriores de Smenkhara, aunque explica las representaciones de afecto entre el faraón y su ahijado. Y se dice que, tras la muerte de Smenkhara, tomó las riendas de Egipto el denominado «rey niño», Tutankhamón, que fallecería a los 18 años, presumiblemente asesinado.

También se afirma que, en su decimoquinto año de reinado, nombró como corregente a este Smenkhara (posiblemente su hermano) que tomó como esposa a Meritatón, luego Meritamón, al tiempo que Akhenatón se casaba con su tercera hija, Ankhesenpaatón. Prueba de esta corregencia sería la pequeña estela Berlín 25574, que tiene dibujadas las figuras, besándose y acariciándose, de Akhenatón y Nefertiti, que lleva la corona de guerra. Ambos reyes están identificados por los cartuchos que se aprecian sobre ellos.

Pero, según parece, en esta pequeña estela en piedra caliza, que fue ofrecida por Pase, un soldado destinado en el barco o regimiento Khaemmaat («El que aparece en la verdad»), se representa a dos reyes masculinos y, de acuerdo con algunos investigadores, en pose afectuosa. Los cartuchos, aunque nunca se completaron, narran una historia diferente: las figuras no están identificadas por los cartuchos que flanquean al disco solar, y que, de hecho, estaban destinados a su nombre, sino por el conjunto de tres óvalos situados sobre la mesa de ofrendas. A pesar de las coronas reales que portan las dos figuras, tres cartuchos identifican únicamente a un rey y a su esposa, es decir, a Akhenatón y a Nefertiti. Y son ellos los representados, aunque Nefertiti parezca un hombre.

Sin embargo, el egiptólogo británico Percy E. Newberry propuso en 1928 que esta pequeña estela inacabada representaba a Akhenatón y a su corregente y sucesor, Smenkara, besándose afectuosamente y acariciándose, y que fue realizada mientras aún vivía el faraón principal, siendo su corregente un varón joven, que aparecía representado en un relieve de la tumba de Meryra II, de pie junto a su reina principal, Meritatón, la hija mayor de Akhenatón.

Por lo tanto, y según esta opinión, en la Gran Bretaña de los años veinte se imaginó que Akhenatón era homosexual, un hecho aceptado durante unos cincuenta años por los investigadores de Amarna, provocando una gran confusión entre ellos, ya que existe otra opinión que supone justamente lo contrario, algo tan normal cuando se estudia esta época que ya no asombra a nadie.

6.34. Akhenatón no era homosexual

En el año 1973, John R. Harris demostró que la opinión de P. Newberry sobre la homosexualidad de Akhenatón era falsa, porque en la estela de Berlín, en la que este apoyaba su opinión, había siete cartuchos en total. Los dos pares de cartuchos que flanqueaban el disco solar habrían contenido el nombre del Atón, y quedaban tres cartuchos en blanco, posiblemente para los reyes representados. Si hubiesen sido masculinos, tenían que ser dos cartuchos para cada uno (cuatro en total), pero, puesto que solo había tres, podría tratarse de un rey y una reina, a pesar de que ambas figuras llevan coronas reales masculinas. Esto podría significar que tenían igual poder, aunque las curvas de sus cuerpos demuestran claramente su diferente sexo.

Una pequeña estela inacabada (Berlín 25574) que representa a la pareja real, pero con cuatro cartuchos esta vez, podría atestiguar este cambio de condición de Nefertiti. Uno de los cartuchos a la derecha parece añadido después de tallada y terminada la estela. Además, algunos pequeños objetos permiten descubrir numerosas variantes femeninas del nombre Ankhkheperura, confirmando que quien lo lleva es, efectivamente, una mujer.

Para algunos especialistas, está claro que el final de la Dinastía XVIII produjo una nueva Hatshepsut y que la famosa recepción del año 12 en el palacio de Amarna no fue una mera recepción de tributos ofrecidos al faraón por enviados extranjeros ni una fiesta en honor de la reina Tiye, como a veces se ha dicho, sino una asunción de más poder por parte de Nefertiti y el comienzo de su ascensión al trono. La secuencia podría ser como sigue:

- Nefertiti se convirtió en la reina Neferneferuatón-Nefertiti, escribiéndose su nombre en un solo cartucho.
- La reina Neferneferuatón-Nefertiti se convirtió en el corregente

Ankh(et)kheperura-Neferneferuatón, y su nombre figuró en dos cartuchos.

- El corregente Ankh(et)kheperura-Neferneferuatón se convirtió en Ankhkheperura-Smenkhara y sucedió a Akhenatón.

Así, para N. Reeves, Nefertiti y Smenkhara serían una sola persona y Nefertiti fue una reina-faraón que reinó sola tras la muerte de su esposo.

6.35. La corregente fue Nefertiti

Así pues, en opinión de Reeves, la estela 25574 del Museo de Berlín (cuyo significado ha sido desconocido durante un siglo) confirma, sin la menor duda, que la mujer es Nefertiti. Esta pequeña estela con la parte superior redondeada es una pieza modesta, sin escritura e inacabada. Sin embargo, desde el punto de vista histórico, representa uno de los eslabones perdidos de los estudios sobre Amarna. Es la misma estela de la que hemos hablado anteriormente, pero interpretada de otra manera.

La estela tiene dos figuras de pie, delante de una mesa de ofrendas, con el disco solar arriba, en el cielo, cuyas manos llegan a las ofrendas. Tres cartuchos, que están vacíos, debían identificar a las dos figuras. La primera, mayor y con peluca, es Akhenatón; la segunda, con su alta corona de borde plano, es Nefertiti. Sobre ellos, los tres cartuchos vacíos y uno más, introducido posteriormente como a presión a la derecha de los otros, porque es más pequeño y está tallado de forma diferente y dispuesto bastante mal, lo que indica, según Reeves, que la condición de las figuras había cambiado mientras la estela estaba esculpiéndose. Los tres primeros cartuchos identificarían a un rey y a una reina, mientras que, al introducirse un cuarto cartucho, identificarían a un faraón y su corregente, lo que demuestra que Nefertiti se había convertido en faraón-corregente de su esposo. También resulta curioso que se conocen varias representaciones de Nefertiti con Akhenatón siendo ella corregente.

Por lo tanto, parece probado según este autor, que «la desaparición» de la Gran Esposa Real Nefertiti se debió, no a su muerte o a su caída en desgracia, sino a un cambio de su nombre regio provocado por un ascenso en su rango, porque pasó de ser solo Gran Esposa Real a ser faraón, corregente de su esposo.

En este nuevo papel, Nefertiti adoptó una titularidad real, cartucho incluido, con el nuevo nombre de entronización y un nomen que incorporaba el epíteto que se le había dado hacía tiempo: Ankhkheperura Neferneferuatón. Esto demuestra que, al menos en Egiptología, una misma estela puede dar para mucho.

Esta idea de un «Smenkhara raro» ya había sido propuesta por Henri Gauthier en 1912. Para Gauthier, Smenkhara era la reina Nefertiti disfrazada; pero esta opinión fue desechada en favor de la opinión de que era una variante tardía del nombre del sucesor de Akhenatón, y así se asumió la existencia de Smenkhara.

En 1973, Harris volvió a revisar las pruebas de este cambio de estatus de Nefertiti y, basándose en los adornos reales que Nefertiti exhibía como Gran Esposa Real, incluidas las coronas de la estela de Paser, llegó a la misma conclusión que Gauthier.

Otra prueba es el relieve del templo de Amarna, conservado en el *Museum of Fine Arts* de Boston, que muestra a Nefertiti en la barca real golpeando a los enemigos de Egipto, igual que hacían todos los faraones masculinos.

6.36 Nefertiti, faraón

John R. Harris afirmaba que, en el año 13 de su esposo, *la reina Neferneferuatón-Nefertiti, tras asumir la corona real, aunque no la titularidad completa, parece desaparecer de repente y al mismo tiempo aparece como corregente un personaje desconocido, que lleva el nomen Neferneferuatón, pero un epíteto diferente y el praenomen Ankhkheperura. Durante esta corregencia, la posición de hemet nesu were o Gran Esposa Real, fue ocupada por Meritatón, que continuó en el cargo con Neferneferuatón en solitario, y cuando murió Akhenatón adoptó el nombre de Smenkhara, posiblemente como gobernante único.*

N. Reeves añade además otras pruebas de que el corregente de Akhenatón era una mujer, como una serie de sellos de fayenza, preparados posiblemente para la coronación del año 12 de reinado, en los que figura el *praenomen* del faraón Ankhkheperura, el más joven, escrito con una «t» de femenino, y un epíteto, que indica su dependencia respecto al rey mayor (aquí, «amada» [con t de femenino] de Waenra, es decir, de Akhenatón). Además, algo después, otros egiptólogos afirmaron lo mismo, cuando, al revisar una colección de sellos de fayenza de anillos hallados por Petrie en Amarna en 1891-92, se descubrió escrito el mismo nombre, no con la forma masculina habitual «Ankhkheperura», sino la forma femenina Ankh(et)kheperura, lo que demostró definitivamente que la reina Nefertiti había gobernado como faraón.

6.37 La fiesta del año 12

Amenofis IV también había cambiado su nombre por el de Akhenatón («El que es útil al Atón»), único representante de su padre en la tierra, con el que prosiguió su reinado y la corregencia. ¿Fue por la misma razón por la que Nefertiti cambió su nombre? ¿Cuándo pudo empezar esta corregencia? De nuevo, más pruebas pueden dar la pista, sobre todo la ya mencionada fiesta del año 12 de Akhenatón representada en las tumbas de Huya y Meryra II en Amarna, y que, según muchos egiptólogos, no sería una recepción de tributos extranjeros, sino la escena de la elevación al poder de

Nefertiti.

Pero no acaba aquí el problema de Smenkhara y la corregencia o del poder de Nefertiti. El cuerpo de la tumba KV 55 es esgrimido una y otra vez como prueba de que el sucesor de Akhenatón fue un hombre, muy parecido a Tutankhamón y, probablemente, su hermano mayor.

6.38 La pista falsa

Según N. Reeves, el cuerpo de la Tumba KV 55 atribuido a Smenkhara ha sido la gran pista falsa de los estudios sobre Amarna, porque no hay nada que lo relacione con un sucesor de Akhenatón, sino que, más bien, todo le relaciona con el propio Akhenatón, una conclusión con la que coinciden los recientes estudios dentales y anatómicos sobre la edad en el momento de la muerte del ocupante. Mientras que un estudio detallado del arte, las inscripciones, la arqueología y la historia del periodo no ofrece nada que contradiga la conclusión de que Neferneferuatón y Smenkhara fuesen la misma persona. Una conclusión que se basa también en el hecho de que ambos compartieron la misma Gran Esposa Real, Meritatón, la hija mayor de Akhenatón, esposa de su madre según esta teoría. ¡Total, ya puestos...!

6.39 Akhenatón y Nefertiti se enfadaron (teorías varias)

En su *Historia de Egipto*, escrita en 1938, E. Drioton y J. Vandier consideraban que, al final de su reinado, Akhenatón dio marcha atrás en sus creencias e intentó reconciliarse con el clero de Amón, posiblemente bajo la influencia de su madre Tiyi, lo que hizo que se distanciase de Nefertiti, que defendía el culto de Atón.

Según F. Daumas, la reina se separó de su marido y se fue a vivir al Palacio Norte, con lo que la familia real se dividió y reinaron sucesivamente los dos yernos del rey, casados con sus hijas: la mayor, Meritatón, con Smenkhara; y la segunda, Ankhesenpaatón, con Tutankhatón, más tarde Tutankhamón.

Akhenatón eligió primero a Smenkhara como sucesor porque era el mayor, y le asoció como corregente al trono tras la marcha de Nefertiti. Siguiendo con esta teoría, envió a la joven pareja a Tebas para negociar su posible vuelta al culto de Amón y la reconciliación con sus sacerdotes. Akhenatón y Smenkhara reinaron juntos unos tres años y ambos debieron morir en un breve espacio de tiempo, sucediéndoles en el trono el joven Tutankhamón.

Según Daumas, y a juzgar por los objetos hallados en las excavaciones del Palacio Norte con los nombres de Ankhesenpaatón y Tutankhatón, estos habrían seguido a Nefertiti a su retiro, y es probable que ella y sus partidarios le proclamasen

rey, mientras que, al morir Akhenatón, el clero de Amón proclamó rey al corregente Smenkhará. De este modo, la película cambia un poco y tenemos ya una guerra Amón-Atón en época de Smenkhará y posiblemente dos faraones. Ya me he vuelto a perder...

Para Drioton, Barry Kemp y William Manley, Smenkhará era, sin duda, un hombre, y ni siquiera contemplan la posibilidad de que pudiera tratarse de Nefertiti con otro nombre. Jaromir Malek también se sumó en 1996 a la teoría de que Smenkhará era un hombre, basándose para ello en un relieve de Menfis perteneciente al templo de Atón.

Sobre los protagonistas de esta historia, Malek afirma que son demasiado jóvenes para tratarse de Akhenatón y Nefertiti, pero, por otra parte, el rey parece demasiado mayor para ser Tutankhamón, que dejó Amarna con unos diez años de edad. Así, supone que se trata del enigmático rey Smenkhará, hermano mayor o hermanastro de Tutankhamón y su esposa, mientras que la reina sería Meritatón, la hija mayor de Akhenatón. Si se observa el relieve, y teniendo en cuenta lo que sabemos ahora sobre las dolencias de Tutankhamón, se ve que el personaje masculino se apoya en una muleta, lo que sugiere que podría ser Tutankhamón, o bien que su hermano también estuviera tullido. Malek también supone que Smenkhará era un hombre y no una mujer y que, por tanto, sí existió, aunque concluye finalmente que el mencionado bloque de Menfis no tiene nada que ver con la cuestión de la corregencia y que está mal interpretada.

Aún debemos referirnos además a la opinión tradicional del destino de Nefertiti, expresada por E. F. Campbell en 1964:

La desaparición de Nefertiti, y su sustitución por su hija Meritatón no supone su muerte, sino su alejamiento de la corte y su confinamiento en un recinto de su propiedad al norte del complejo principal. Hay pruebas de que siguió viviendo en su estado de mayor o menor reclusión, aunque no se sabe cuánto tiempo más estuvo con vida.

6.40 El falso ocaso de Nefertiti

La posible «caída en desgracia» de Nefertiti es reconocida en la actualidad como otras de las grandes meteduras de pata de la tradicional historiografía egipcia para la época de Amarna. Porque, como descubre un detallado estudio moderno de las inscripciones del Palacio Norte, del Maru-Atón y, sobre todo, de hallazgos en Hermópolis, la reina que perdió el favor del rey no fue Nefertiti, como se suponía, sino Kiya, la otra esposa conocida de Akhenatón. Y la desaparición de su odiada rival aumentó la influencia de Nefertiti, quien, sin duda, sobrevivió unos años a su esposo.

6.41 *El Palacio Norte*

Situado en lugar aislado, al sur de la Gran Rampa que sube a las necrópolis, en la Vía Real de Amarna, el Palacio Norte es famoso sobre todo por sus bellas pinturas murales que muestran la vida en las marismas del río, por lo que se ha sugerido que podía ser una especie de parque zoológico al que el faraón iría a contemplar los animales y aves y donde se inspiró para la redacción de su famoso *Himno al Atón*. También se supone que es el lugar donde vivió un supuesto exilio dorado la bella reina Nefertiti hasta su muerte, tras su supuesta «caída en desgracia». Por lo que sabemos ahora, parece que, efectivamente, fue la residencia de una reina, pero no de Nefertiti, sino, una vez más, de Kiya, que aparece por todos lados, cuando ya no se la espera.

6.42. *Nefertiti-Nafteta y Akhenatón-Ajanyati*

Hay aún una teoría más: la que afirma que el rey Akhenatón se había retirado o había muerto, y que sus enemigos dejaron de temer sus represalias y molestaron o intimidaron a Nefertiti, quien, al verse en peligro, decidió la reconciliación con el sacerdocio de Amón, reinando en Tebas ella sola. Y la reina habría tenido incluso un enorme templo funerario en Karnak, en el que se hacían ofrendas a Amón.

A pesar de estas evidencias, parece claro que Nefertiti se mantuvo fiel al culto de Atón, pero intentó una reconciliación entre ambos dioses. Todo esto se deduce del Grafito Pauah, que recoge una larga oración a Amón en la que termina diciendo:

¡Oh Amón, oh gran señor que puede ser encontrado si lo buscas, ahuyenta los temores! Siembra el regocijo en el corazón del pueblo. Feliz es aquel que te ve, oh Amón: ese está en fiestas todos los días.

Poco después (posiblemente antes de cumplir su cuarto año de reinado), Nefertiti y Meritón desaparecían, seguramente muertas. Aquel sí fue el verdadero ocaso de Amarna.



Los molestos vecinos del norte

Cree a aquellos que buscan la verdad; duda de los que la han encontrado.

André Gide

7.1. Dame un hijo tuyo por esposo

La situación en Egipto parecía difícil al comenzar la «posible» coregencia de Smenkara. Y puede que el mismo Akhenatón, debilitado o enfermo, necesitase el apoyo de su esposa, que sin duda tenía de su lado a los partidarios de la reina madre Tiye, es decir, a aquellos que los egipcios siempre habían considerado sus mayores enemigos en el exterior, los hititas, que habían conseguido tomar y destruir Babilonia unos años antes.

El rey hitita, el peligroso, altivo y ambicioso Subiluliuma, esperaba quizá construirse un palacio a las orillas del Nilo, a ser posible con vistas al Mediterráneo, sueño que siglos después harían realidad los reyes persas y el rey macedonio Alejandro, quien, a su muerte, dejó la finca egipcia a su medio hermano Ptolomeo. Bueno, en realidad, Ptolomeo se la apropió, pero esa es otra historia.

Esta época de transición en Egipto entre la muerte de Amenofis IV-Akhenatón y el fin de la Dinastía XVIII fue breve. Y poco después de la desaparición del faraón del disco solar, tanto su sucesor, el raro y no se sabe si existente Smenkara, como su Gran Esposa Real, Nefertiti, habían desaparecido, muertos tal vez, o asesinados, porque hay noticias de que en su tercer año de coregencia, Smenkara escribió a un sacerdote de Amón de Tebas diciéndole algo extrañísimo para un príncipe de Amarna: «Quiero ser enterrado en el Valle de los Reyes».

Si lo consiguió o no ya es otro cantar. Y tal vez lo consiguió al fin, si es que su cuerpo es el que se descubrió en la KV 55. Pero, como no se sabe a ciencia cierta si existió... La desaparición de este faraón de breve reinado (si es que reinó) dejó el trono libre al principal protagonista de nuestra historia: el niño Tutankhatón. ¡Otro gran misterio este muchacho desconocido!

Primero se llamó así, con el radical del nombre de Atón al final. Y luego se llamaría Tutankhamón y todos tan contentos, porque dejó al dios Atón y se pasó al antiguo dios Amón, que había ganado el curioso partido entre dioses que se había disputado en Egipto desde hacía ya dos generaciones.

Pero antes de que se produjesen estas desapariciones, los seguidores de la teoría Nefertiti = Smenkara han querido ver en la falta de datos sobre el reinado del

«fantasma» corregente de Akhenatón lo que se considera una gravísima traición de Nefertiti, conocida con el nombre de «El caso de Dahamunzu». Según esta teoría, Nefertiti, en una carta dirigida al rey Subiluliuma de Hatti, le habría pedido que le enviase un príncipe hitita para casarse con él. La conjura fue descubierta en Egipto y la reina, traidora a los intereses de su país, debidamente eliminada.

Porque, efectivamente, el asunto existió. Pero como en todas estas historias, también faltan datos. No se sabe a ciencia cierta quién fue la reina viuda de Egipto que firmó el pedido de un chico hitita a Subiluliuma, ni si el príncipe llegó o no llegó a Egipto. Quizá, al pobre príncipe hitita lo eliminaron los egipcios despechados que se habían quedado compuestos y sin su posible novia-reina, o puede que el joven hitita muriese por casualidad o de un accidente de verdad, o tuvo alguna enfermedad grave, o le sentó mal la brisa del Nilo o los calores del desierto o qué sé yo... El caso es que desapareció (si es que existió realmente).

Lo único cierto es que la autora de esta sorprendente carta en la que se pedía un novio real hitita, nada menos (teóricamente) que «un enemigo de Egipto», fue una reina viuda. Pero, para variar, no conocemos su nombre. Esta reina egipcia sin nombre envió la carta, se supone que en secreto secretísimo, al rey hitita Subiluliuma, y la misiva se conservó en los *Anales* de este rey, publicados por su hijo Mursil II y traducidos por H. G. Güterbock en 1956. Decía más o menos así:

Mi esposo ha muerto. No tengo ningún hijo varón, pero dicen que tú tienes muchos hijos. Dame un hijo tuyo por esposo. Jamás escogeré a uno de mis súbditos como esposo... Tengo miedo...

Y, ante el mosqueo del rey hitita, que, intrigado, mandó un mensajero a Egipto, a ver qué bebía últimamente la viuda real egipcia, la reina desconocida repitió la petición, un poquillo enfadada, porque Subiluliuma no había atendido a su petición a la primera y ella seguía compuesta y sin novio real que llevarse al tálamo:

¿Por qué te sorprendes? (los siguientes signos cuneiformes y jeroglíficos debían significar algo así como «cretino»). ¡Te he dicho que me mandes un hijo tuyo, que se me meriendan!

Y poco más. Pero Subiluliuma tardó. Y los acontecimientos se la merendaron a ella, a su posible consorte y a sus partidarios. Los sucesos engulleron a todos, hasta borrarlos del mapa. Pero, para entender la importancia de esta petición, hay que considerarla en el contexto de las relaciones de Egipto con los grandes poderes del Próximo Oriente de su época, la segunda mitad del siglo XIV a. C., en particular con los pequeños y grandes Estados que buscaban repartirse la enorme tarta de la riqueza y el poder en la pastelería de la zona: Hatti, Mitanni y Egipto, y los sirio-cananeos de Tiro, Arwad, Amurru, Karkemish y los nómadas que no tenían Estado y lo buscaban: Los *hapiru* de siempre, salteadores y bandidos a menudo, que deseaban asentarse, construirse una casa, sembrar su huerto y cosechar y comer todos los días, hartos de

la arena del desierto y las serpientes y los escorpiones que se escondían entre las oscuras y remendadas telas de sus tiendas de nómadas. Muy parecidos en sus planteamientos a los ya conocidos hicsos.

«Que las estrellas sobre la cabeza son muy bonitas. Pero tanto astro ya cansa. Y ya llevamos quinientos años de estrellas y luceros, madrugadas heladoras y relentes varios», debían suspirar en las gélidas noches bajo sus negras tiendas, calentándose como podían junto a las birriosas fogatas. Mientras las somnolientas mujeres *hapiru* soñaban con un cuarto de baño, en el que lavarse y poderse depilar las piernas y el bigote, hartitas de oler a cabra, y no como las urbanitas, lavadas, planchadas y perfumadas.

7.2. Los quejumbrosos vecinos de los principados-sandwich

En medio de los grandes, poderosos, armados, imponentes, belicosos Estados, fuertes y aguerridos al máximo, los pequeños Estados sirio-cananeos hacían encaje de bolillos en la red del enorme circo de la expansión egipcia por el sur y las ambiciones expansionistas del hitita Subiluliuma I, un personaje de oscuro origen que en 1380 a. C., tras una conspiración, había suplantado al heredero legítimo al trono e iniciado una nueva Dinastía que ahora procuraba consolidar y expandir. El rey hitita oteaba el horizonte sirio-cananeo con mirada de águila imperial desde las poderosas cumbres de su fortaleza de Hattusas, situada justo en el centro de la actual Turquía.

Su señora, la Tawanana, título pomposo que llevaban todas las reinas hititas, estaba harta de tanta montaña. Le gustaban las llanuras mesopotámicas, el sur, el buen tiempo y desvestirse y quitarse los pesados refajos que la protegían del helador frío centroanatolio, como hacían normalmente las descocadas chicas sirias y babilonias. Pero los egipcios no estaban por la labor de entregar sus posesiones sirias y mucho menos el Delta del Nilo, por mucho que llorase la Tawanana hitita, pues sus mujeres tenían los mismos gustos que las hititas y se peleaban todas por alfombras, collares, esclavos, púrpura, ámbar, oro y demás fruslerías variadas que llevaban las vecinas sirias a sus casas, pasándoselos por las heladas narices.

Finalmente, ante la «presión social» («quiero los mismos collares que tiene la presumida de mi vecina»), Subiluliuma emprendió lo que se conoce como «las tres guerras sirias» y, tras vencer a los mitannios y a los pequeños Estados de Siria-Canaán, se enfrentó a Egipto en la llanura de Kadesh, ante la fortaleza del mismo nombre, en el río Orontes, y también en Karkemish, la fortaleza del Éufrates, y en cualquier otro lugar donde los generales de ambos bandos encontrasen un llano para desplegar sus carros y su infantería. Mientras tanto, los reyes de Amurru, un pequeño Estado al sur de Tiro, Alepo y una serie de pequeños reinos, independientes teóricamente, que basculaban, ahora con Hatti, ahora con Mitanni o con Egipto,

atacándose mutuamente y echando siempre la culpa de sus enfrentamientos al vecino, que, a su vez, se chivaba al faraón o le pedía soldados para defenderse, se frotaban las manos, porque «guerra» significaba «dinero» y «reconstrucción» para ellos. Y sacaban brillo a sus vacías y oxidadas arcas. Pero las crónicas hititas de la época informan de asuntos que los egipcios creían tener muy guardados e intentaban, en vano, mantener en secreto:

Los egipcios tienen miedo. Y como su señor Nibhururiya ha muerto, la reina de Egipto, Dahamunzu, envió un mensajero a Subiluliuma.

Esto no se hubiese sabido si los citados anales hititas de Mursil II no hubiesen conservado el chivatazo histórico y el canguelo egipcio, además de la extraña petición de la reina Dahamunzu, de quien desconocemos su nombre egipcio.

El panorama geopolítico de Egipto en los decenios anteriores a la muerte de Tutankhamón era complicado, debido sobre todo a la política expansionista de los faraones de la Dinastía XVIII, que le tomaron el gusto a salir a conquistar algo de Siria-Canaán de vez en cuando, en lugar de quedarse tranquilos a la orilla del Nilo o cazando patos en las marismas del Delta.

Ya un siglo antes de la subida al poder de Akhenatón, los faraones eran dueños de casi toda la importante zona estratégico-comercial de Siria-Canaán y ejercían su influencia sobre los pequeños Estados de la región, llegando su dominio casi hasta el Éufrates. Conocemos a los gobernantes de estos Estados sirocananeos por las cartas de protesta, peloteo, quejas y peticiones que se conservaron en el archivo hallado en Amarna. Estas cartas no eran como las de ahora: sobre de papel y cuartilla con membrete de la casa real correspondiente y el nombre del rey, sino tablillas rectangulares de arcilla cruda, por lo general del tamaño de la palma de la mano, para que el escriba las pudiese sostener con una sola mano mientras escribía con la otra, aunque las hay mucho más grandes, y otras muy pequeñas.

Las tablillas están escritas, salvo excepciones, en escritura cuneiforme y en acadio, la lengua internacional de la época en que se generaron. Pertenecían al archivo oficial de la ciudad de Akhetatón (hoy tel el-Amarna, o Amarna) y fueron descubiertas por una campesina egipcia hacia 1887. Algunas fueron vendidas en el mercado de antigüedades, otras se recuperaron en posteriores excavaciones sistemáticas. Según Morán, se conservan unas trescientas tablillas en diversos museos del mundo, no solo de El Cairo, sino también de Europa y los Estados Unidos. Una gran parte, 202 ó 203, están en el *Vorderasiatisches Museum* de Berlín; cerca de medio centenar se conservan en el Museo Egipcio de El Cairo, y unas cuantas en diversos museos como el Louvre de París, el Museo Puskhin de Moscú y el Oriental Institute de Chicago.

La información que ofrecen estas cartas abarca desde la época de Amenofis III

hasta el reinado de Ay, el sucesor de Tutankhamón. Es decir, comprende ampliamente el periodo de Amarna, un antes y un después.

El problema es que este no es un archivo completo. Es parte de un conjunto de documentos que no les servía a los amarnienses y que, al abandonar la ciudad, guardaron por si volvían, lo que no pasó. Además, solían destruir todos los años el archivo de la Corte, con lo que lo que se conserva es muy poco y la información que ofrece es muy parcial.

Evidentemente, estos documentos no se refieren a todos los asuntos del Estado egipcio, porque faltan transacciones, pactos, impuestos, rentas, relaciones con comarcas y recaudadores, así como los asuntos domésticos del faraón, la familia o los grandes personajes egipcios. Sin embargo, ayudan a entender mejor las relaciones de Egipto con Babilonia, Asiria, Chipre (llamada entonces Alasiya), Mitanni, Hatti y los pequeños Estados sirio-cananeos.

Como no podía ser de otra manera, las tablillas de barro escritas en cuneiforme acadio presentan algunos problemas. No van firmadas ni llevan destinatario, porque era una correspondencia entre dos personas que se conocían sobradamente. No era necesario identificarse, y las cartas iban de Su Majestad a Su Eminencia Reverendísima en sus equivalentes hititas y egipcios, y todos tan contentos, lo que, una vez más, es fuente de desesperación para los investigadores modernos.

El mensajero que las llevaba era un cartero muy bien enterado de a quién representaba y a quién se la tenía que dar y dónde. Y aunque los egiptólogos, al tener la oportunidad de estudiar las cartas del archivo de Amarna, se frotaban inicialmente las manos con el descubrimiento, porque creían que iban a cotillear un rato largo con lo que pensaban que leerían, el enfado debió ser mayúsculo cuando descubrieron que algunos de los importantes reyes de Mitanni, Asiria y Babilonia llamaban al faraón correspondiente con alguno de sus nombres impersonales (puesto que tenían cinco oficiales y algunos privados, no era cuestión de enviar una mula cargada de cientos de tablillas escritas solo para saludar). Total, que no se sabía ni quién enviaba las cartas ni a quién iban dirigidas. Y fue un chasco mayúsculo.

Había, además, otro problema. Sobre todo en Egipto, los reyes duraban poco en aquellos tiempos, así que se dirigía la carta oficialmente al «Rey de Egipto», sin especificar, para que tuviese validez aunque cambiase el ocupante del trono. Así que bastaba con un «Rey Magnífico» o «Su Majestad, mi Sol, mi Señor» y a correr... El caso era que la carta llegase y se solucionase, por ejemplo, el problema del cobre, porque, si no lo conseguía vender, el rey de Alasiya tendría un problema muy serio.

Total, que las cartas de Amarna van dirigidas generalmente a un tal «Mi Dios», «Mi Sol», «Gran Rey» o cualquier fórmula protocolaria, que valía para cualquier faraón, con lo que es difícil enterarse de algo. En la época de Amarna ya se sabe que el misterio es como un vicio continuado: todo es incierto y misterioso, con lo que

sumamos aún más enigmas a los que ya teníamos, por muchas cartas que se conserven en el archivo de la Ciudad del Sol.

Por suerte, los reyes amigos y vecinos duraban algo más que los faraones, corregente o corregentes incluidos. Se conoce al rey Abimilki de Tiro, en el actual Líbano, que escribió unas diez cartas al faraón (quienquiera que fuese) quejándose de algunos reyezuelos locales, como Zimridi de Sidón, su vecino directo, o Etakama, el sufridor rey de Kadesh, la fortaleza del río Orontes, cerca de la actual Hama, en Siria, el lugar donde todos se pegaban porque estaba justo en medio de la carretera que los unía. El bueno de Abimilki estaba en un ay porque no sabía por dónde le vendrían las flechas, y mientras tanto, Aziru de Amurru, uno de los vecinos de Zimridi, se aprovechaba del lío de la región porque tenía intereses en los negocios de los bandidos y contrabandistas *hapiru*. Y Aziru se frotaba las manos azuzando a hititas contra egipcios y a tirios contra sidonios, que a río revuelto ganancia de Amurru, y si puedo me alío con el rey de Babilonia, porque estos egipcios están locos de atar y a los hititas no hay quien los aguante. En estas cartas se hace mención también a ese grupo de bandidos nómadas, los *habiru* o *hapiru*, que muchos investigadores relacionan con los hebreos. Se trataba de un grupo de gentes desarraigadas que andaban en aquel tiempo por medio de los contendientes, a ver qué pillaban. Otros gobernantes citados en la correspondencia de Amarna son Tushratta de Mittani, Labayu de Siquem (al que David Rohl identifica con el rey bíblico Saúl) que en la AE 25 (Carta de Amarna nº 25) se excusa ante el faraón por haber invadido los Estados vecinos y se defiende de la denuncia de haber contratado mercenarios entre los bandidos *habiru* o *hapiru*, aunque admite que había invadido la fortificada ciudad de Gezer e insultado gravemente a su rey Milkilu que se ha quejado de él en cinco cartas al faraón. Labayu acusa a su vez a Milkilu de deslealtad a Egipto y a su rey, al que se dirige con frases de alabanza como «Mi rey, mi señor y mi Sol, así habla Labayu, tu siervo, que se postra a tus pies siete veces siete y ha obedecido tus órdenes». Sin embargo, sabemos que el faraón no se metió con Milkilu, quizá porque era quien le proveía de chicas guapas para servirle las copas ligeras de ropa, como se recoge en una de las cartas (AE 369). Pero si hay un personaje que destaque por su pesadez, ese fue, sin duda, el rey Rib-Hada de Biblos, la ciudad-estado situada también en la actual costa libanesa del Mediterráneo. De él se conservan nada más y nada menos que unas sesenta cartas pidiendo ayuda militar al faraón Akhenatón contra los hititas, contra los sardos, contra los *hapiru* y contra el rey de Amurru, aunque según todos los indicios el faraón estaba más que acostumbrado a sus quejas y le oía como el que oye llover, y parece que no le hizo mucho caso, y resulta que el pobre tenía toda la razón del mundo para quejarse. Y por fin le invadieron y acabaron quemando su ciudad.

Para el faraón, los reyes sirio-cananeos debían ser como los niños en el colegio,

chivándose ante el profesor de los vecinos de pupitre.

7.3. *El príncipe inventado*

Entre los asuntos verdaderamente curiosos de esta época, repleta de cotilleos interesantes y misterios, destaca la historia de un personaje del que, una vez más y para no perder la costumbre, se dice que es inventado: el príncipe hitita Zananza, el «novio» hitita enviado por Subiluliuma para la Dahamunzu desconocida, que nunca llegó a faraón de Egipto.

La petición de la reina egipcia, sin duda, era algo «rara». Pero parece que Subiluliuma sí envió a uno de sus hijos ante la reiterada súplica de la reina viuda egipcia sin hijos, pensando que, a lo mejor, algo pescaba por allá abajo y, quizá, podría apoderarse de la cuenca del Nilo.

Pero, al parecer, ese príncipe no se casó con la reina de Egipto. Que el faraón correspondiente pidiese chicas guapas para su harén, era normal, pero que una reina egipcia pidiese un novio, y además hitita, era raro, muy raro. Algo no cuadraba. No se prometía a cambio ninguna princesa egipcia, porque no era costumbre que los egipcios mandasen princesas propias a harenes ajenos. Amenofis III, que no tenía pelos en la lengua ni en el punzón para escribir en arcilla fresca, se lo había dejado muy claro tiempo atrás al mismo rey de Babilonia, que, en justa correspondencia con las princesas mesopotámicas que le enviaba desde las orillas del Éufrates, deseaba recibir a una bella princesa egipcia. La negativa de Amenofis fue tan brusca que el pobre rey babilonio, humillado, se rebajó a responder algo que sonaría más o menos así:

Bueno, tú mándame una novia egipcia que sea guapa, aunque no sea princesa, me da lo mismo, que ya me apaño yo con lo que sea. Pero no me dejes mal ante mi pueblo, que ya estoy presumiendo de princesa egipcia y voy a quedar fatal y en un ridículo espantoso ante mi pueblo.

No se sabe cómo terminó el espinoso asunto y si el faraón envió a alguna chica egipcia de buen ver a Babilonia, disfrazada de princesa del Nilo, pero eso de exportar princesas de verdad no se les daba muy bien a los reyes de Egipto, entre otras cosas porque a ver con quién se iban a casar ellos si exportaban chicas de la familia. Aunque, en caso de escasez o necesidad, echaban mano hasta de su propia madre, como se dice de Akhenatón, cuya madre, la reina Tiye, aparece a su lado con el nombre de Gran Esposa Real de su anguloso hijo, en un momento en que el faraón era claramente Akhenatón, no su padre, como se podría suponer. Parece que lo del «complejo de Edipo» no lo inventaron los griegos y *«mi mamá me ama, yo amo a mi mamá»* no era una frase hecha, sino la más pura realidad: *«Mi mamá me da hijos-hermanitos, a ver si con ella tengo más puntería y concibo un heredero varón»*.

Siguiendo con el novio hitita para la reina sin nombre, Subiluliuma, aunque desconfiado, terminó por atender la petición, y envió a su hijo Zanza, un personaje que aparece como de soslayo en una inscripción y del que Vandersleyen dice que ni era el príncipe enviado por el rey hitita a la reina de Egipto ni nada de nada, y que ni Subiluliuma envió un príncipe, ni lo asesinaron, ni la reina era Nefertiti, sino Ankhesenpaatón, la viuda de Tutankhamón, que no quería casarse con el vejestorio de su abuelo Ay, el padre de Nefertiti. Total, otro misterio sin resolver, pero ¿acaso no es romántico? Aunque al príncipe asesinado, si lo hubo, no debió parecerse, claro.

El caso es que parece ser que Subiluliuma, que estaba sitiando la fortaleza de Karkemish, en el alto Éufrates, se fue a casa, a Hattusas, a pasar el invierno y, al llegar la primavera, tras recibir la airada segunda carta de la reina viuda, envió a su hijo a casarse con la egipcia pesada. Pero el joven no llegó al lecho nupcial.

¿Había dado tiempo a que el «egipcio despechado» con el que la reina no quería casarse (tal vez Ay o Horemheb) se deshiciese de la reina, Nefertiti o Ankhesenamón, mandase asesinar a Zanza y se hiciese proclamar faraón, casándose con la hija de Ay, la princesa-reina Mutnedjemet, una vez muerto ya el papá de la chica, el faraón Ay? ¿O bien sería este el que quería hacerse proclamar faraón a toda costa y forzaba a Nefertiti o a alguna de sus bellas hijas y por eso la carta de la reina decía «tengo miedo»? El caso es que en los Anales de Mursil II sobre Subiluliuma, los hititas acusan a los egipcios de este asesinato. Y las consecuencias fueron graves para todos.

El rey hitita atacó los asentamientos de Egipto en Siria, venció a sus ejércitos, y se llevó muchos prisioneros egipcios y sirios a Hattusas, para esclavizarlos y venderlos en el mercado a buen precio. Sin embargo, esos prisioneros le pegaron la peste y el rey de Hatti murió, y acabó muriendo hasta el apuntador, entre ellos, poco después, su propio príncipe heredero. Y Subiluliuma debió pensar que habría estado mejor en casa y que, si lo hubiese sabido, habría tirado las tablillas-cartas de Duhumunzu a la cabeza del embajador egipcio en vez de leerlas y hacerles caso. Que si hay que ir, se va, pero ir para traerse la peste, como que no.

En cualquier caso, las opiniones de los investigadores sobre todo este asunto son muchas y variadas. Y no se puede decir a ciencia cierta que Nefertiti estuviese tras estos personajes o en relación con el príncipe Zanza, ni que en realidad muriese en el decimocuarto año de reinado de Akhenatón, como suponen muchos investigadores. Porque, como siempre, todo son meras conjeturas.

7.4. Epidemias en Amarna

Parece cierto que durante el periodo de Amarna se produjo una importante pandemia, probablemente de poliomielitis, peste bubónica o una grave gripe, aviar o porcina, que mutó y afectó a los humanos. Originada en Egipto, se extendió por todo

el Levante mediterráneo, Siria-Canaán, y acabó, entre otros, con la vida de Subiluliuma. Algunas de las primeras evidencias arqueológicas de este problema se han fechado durante el reinado de Akhenatón, y la pandemia que siguió a este periodo en todo el Próximo Oriente, según los investigadores, parece ser el primer brote de esta enfermedad registrado en la Historia.

La duración de la peste y/o la plaga, además de la incapacidad de atajarla con los medios que entonces se tenían, puede explicar la rapidez con que fue abandonada la ciudad de Akhetatón, y también por qué las generaciones posteriores consideraron que los dioses se habían vuelto contra los reyes de Amarna.

El egiptólogo Zahi Hawass supone que lo que acabó con la familia real de Amarna, si hubo una enfermedad general tipo plaga, debió ser la peste negra, ya que parece haber encontrado sus huellas en Amarna, aunque otros investigadores se refieren a peste bubónica y poliomielitis unidas. Es decir, lo que los modernos han denominado «La muerte negra», o bubónica, que fue una devastadora pandemia que asoló Europa en el siglo XIV d. C., causando la muerte de la tercera parte de los habitantes del continente europeo en 1348. El bonito nombre del género de la bacteria que la causaba era *Yersinia*. Pero hay muchas. La mala malísima es la que lleva por apellido *pestis*. Y aunque la causan las pulgas, también ayudan las ratas negras de campo, dos cosas, campo y pulgas, que en Egipto había, y hay, en abundancia. Y también chinches y garrapatas, y cucarachas y moscas, como en cualquier medio rural que se precie con ganados y aves de corral y estiércoles varios sin medios sanitarios adecuados.

¿Mató a los amarnienses una epidemia de pulgas infectadas por ratas negras? ¿Llegó al Egipto medio una infección bubónica por las ratas que llegaban por barco? Pues tampoco hay seguridad, pero ya veremos cómo, al hablar de la maldición de Tutankhamón, que habla de bacterias y pestes y esas cosas que no se ven pero matan, maldiciones aparte. Sí, infecciones «raras» y vida latente en la tumba de los faraones.

¿Quién fue la reina Dahamunzu? ¿Es posible que estuviese sufriendo su familia la dichosa peste? ¿O es que, con tanto matrimonio endogámico, lo que tenían era una degeneración física total? Las opciones más probables para responder a la pregunta de quién es la reina que pide un novio hitita apuestan por vincular el nombre de faraón esposo de Dahamunzu citado por la reina («Mi esposo Nipuriya ha muerto») a dos de los protagonistas de esta curiosa época: «Neferkheperura», es decir, el praenomen de Akhenatón, o bien a «Nebkheperura», el praenomen de Tutankhamón.

Así pues, las pistas podrían indicar que Dahamunzu fue, o bien Nefertiti, o bien su hija Ankhesenamón, viuda de Tutankhamón, aunque tal vez la mención de que no había heredero egipcio para ocupar el trono a la muerte de Akhenatón haría descartar a Nefertiti, porque hoy sabemos que sí lo había y que era, precisamente, Tutankhamón.

Sin embargo otra opinión es que la frase «no hay heredero» dicha por Nefertiti equivaliese a decir «No hay heredero MÍO, no tengo un hijo y el que hay de Kiya no me vale para nada, porque es de OTRA. Necesito concebir yo y parir yo un hijo varón». Al fin y al cabo, se supone que la vieja reina aún podría tener hijos, porque todavía no había llegado a la cuarentena.

Total, que el caso de Duhumuzu no tiene solución por ahora. Y mientras aparece otra pista fiable para resolver tanto misterio, el ataúd sin rostro de la KV 55 ya ha sido devuelto a Egipto, de donde fue robado, tras una serie de peripecias, que incluyen su desaparición-aparición-restauración y la vuelta a casa del precioso objeto con bombo y platillo, aprovechando los egipcios el momento para pedir la devolución de otros muchos artículos de su país dispersos por medio mundo, previa venta de egipcios vendedores de antigüedades halladas mediante expolio, robos, asaltos y lindezas similares. Desde la época misma de los antiguos faraones, estos vendedores han sobrevivido con lo que los muertos, faraones, ministros, oficiales y particulares se llevaban al Más Allá. El Más Acá estaba más cerca, dirían, y dicen aún los miembros de las familias dedicadas al expolio de tumbas.

Y de vez en cuando, alguna que se ha escapado a su fino olfato, aparece oficialmente y asombra al mundo. Tal fue el caso de la del joven Tutankhamón, como veremos más adelante.

7.5. El «posible» ataúd de Akhenatón devuelto a Egipto

Una noticia de prensa del 28 de marzo de 2010 informaba sobre la devolución a Egipto del ataúd sin nombre hallado en la tumba KV 55, atribuida a Akhenatón. La pieza devuelta fue presentada en la capital egipcia por el Ministro egipcio de Cultura, Faruk Hosni, quien se congratuló del retorno del supuesto ataúd del faraón Akhenatón y expresó su deseo de que aquel fuese el comienzo de «la recuperación del patrimonio de Egipto repartido por el mundo».

En 1907, el sarcófago recubierto de oro fue hallado en la tumba KV 55 y fue dado por desaparecido por las autoridades egipcias en 1931, después de que las pesquisas emprendidas para encontrar a los ladrones que lo sacaron del Museo de El Cairo, en 1915, llegaran a un callejón sin salida. El misterio del «viaje» de una pieza tan valiosa se mantuvo, y se mantiene hasta la actualidad, algo que sucede hasta en los museos mejor controlados del mundo.

Pero el precioso ataúd reapareció en Europa en 1980, cuando un coleccionista privado suizo lo entregó al Museo Estatal de Arte Egipcio de Munich para que se hiciera cargo de su conservación, ya que estaba ligeramente deteriorado.

Al igual que sus predecesores y sucesores, Akhenatón, que, para algunos, protagonizó la mayor revolución social y religiosa de la época faraónica (hubo

muchas, pero no tan espectaculares, eso sí que no se le puede negar), tal vez decidió hacer excavar su tumba en un lugar recóndito del árido y montañoso Valle de los Reyes. Aunque también es posible que fuese alguno de sus sucesores, quienquiera que fuese, el que contradijo los deseos del faraón de no abandonar nunca su ciudad, ni vivo ni muerto, y llevó su momia al Valle de los Reyes para salvarla de la rapiña, la destrucción y la consiguiente pérdida de la inmortalidad, algo muy probable si se le dejaba en la primitiva tumba real de la Ciudad del Horizonte de Atón. Allí, el sarcófago externo del faraón, sus cuatro ángulos inferiores, no estaban protegidos por las habituales imágenes de diosas aladas anónimas. Sus caras eran la de Nefertiti.

¿Quién sacó el bonito ataúd del faraón del sarcófago de granito rosa que salvaguardaba su tranquila momia, velado su sueño eterno por la cuádruple Nefertiti, representada como una diosa?

La vuelta a Egipto del curioso sarcófago sin rostro fue posible gracias a un acuerdo firmado entre los gobiernos de Egipto y Alemania y al interés del Primer Ministro del Estado de Baviera, Edmund Stoiber, quien en mayo de 2010 prometió la devolución del preciado sarcófago «robado» (es decir, vendido por algún egipcio relacionado con el Museo) a las autoridades egipcias, herederas de quienes, o bien lo vendieron, o bien no supieron conservarlo ni protegerlo de su propio «posible» personal. Y es que ningún no egipcio lo hubiese comprado si alguien no lo hubiese robado y vendido. ¿O no?

En el acto de su devolución, el ministro egipcio Hosni destacó el gesto del gobierno alemán, e instó a los países del mundo a que «sigan el ejemplo para que el patrimonio de Egipto se conserve en su tierra» (*«A ver si lo guardamos bien, querido»*), debió pensar el representante del gobierno europeo, dándole una cariñosa palmada en la espalda a su colega egipcio, *«que alguien se está forrando con estas ventas. Y no es el hombre blanco solo el malo que compra, porque si no hubiese venta, nadie podría comprar, querido»*). Y se despidieron como amigos, pero sin devolverles el busto de Nefertiti, para lamento y dolor de todos aquellos, de cualquier nacionalidad, que la venderían a cualquier coleccionista privado en cuanto saliese del Museo de Berlín.



El cráneo encontrado en la tumba KV 55. ¿Akhenatón?

Así pues, se puede decir que en Alemania todavía se exhibe, bien guardada y custodiada por ahora, una de las piezas más codiciadas de la arqueología egipcia, el busto de la reina Nefertiti, esposa de Akhenatón, que gracias a los dioses no estaba en el Museo de El Cairo durante las últimas revueltas en las que han desaparecido valiosas piezas del tesoro de la tumba de Tutankhamón. Creo que este busto ya no es egipcio, sino Patrimonio de la Humanidad. Y debe estar en el lugar que mejor garantice su seguridad.

7.6. *¿Una carta de amor?*

Las vicisitudes que sufrió el sarcófago sin rostro hallado en la KV 55 fueron expuestas en una conferencia por el académico alemán Rolf Krauss, cuyas investigaciones y descubrimiento de los robos de antigüedades, sobre todo de las egipcias, evocan piratas, bucaneros, ladrones de caravanas o simplemente desidia, abandono, pobreza y necesidad.

Al parecer, el curioso sarcófago dorado llegó a Munich tras ser adquirido hacia 1950 por un vendedor de antigüedades de Ginebra llamado Nicolás Koutoulakis, que no consiguió venderlo, y la pieza fue a parar en 1980 al Museo de Munich, dirigido por Dietrich Wildung, para ser restaurado en secreto. Y fue montado, protegido por un plexiglás de la dispersión de algunas piezas. Finalmente, en 1994, la hija de Koutoulakis lo donó a dicho museo y finalmente, la institución admitió que lo tenía y lo devolvió a Egipto. Estas vicisitudes de la curiosa y enigmática pieza han hecho

casi olvidar el texto escrito en dicho sarcófago, un hermoso y sugerente texto del que, una vez más, no se sabe quién lo redactó ni a quién iba dirigido:

Pueda respirar el dulce aire que sale de tu boca. Pueda contemplar tu belleza cada día, que es mi oración. Pueda oír tu dulce voz en el viento del norte. Pueda mi cuerpo crecer lleno de vida por tu amor. Majestad, tú me das el sustento nacido de tus dos manos, y yo lo recibo y vivo por él. Majestad, tú siempre pronuncias mi nombre y este no ha de faltar en tus labios.

¿Es una carta de amor de una mujer? ¿Una mujer enamorada que hace escribir en el ataúd de su esposo su último suspiro enamorado? ¿Una última carta de amor? Una vez más, no se puede saber quién inspiró estas bellas palabras. Pero, si fue Kiya quien lo mandó escribir, ¿no hemos dicho que el ataúd misterioso podía ser para ella y luego se readaptó para Akhenatón, poniéndole el uraeus real en la frente y el látigo y el cayado en las manos? Obviamente, no se escribió una carta de amor a sí misma. ¿Sería para Kiya, se enterró en él a Akhenatón y la carta la escribió Nefertiti para su marido? ¿O es una última carta de Kiya a Akhenatón, cuando el otrora amantísimo esposo ya la había repudiado?

Sobre los ladrillos de arcilla depositados en la tumba, la fórmula mágica del capítulo 137 del *Libro de los Muertos* repetía para la eternidad la eficaz protección mágica:

¡Oh tú, que vienes para atrapar, no te dejaré que atrapes a nadie! ¡Oh tú, que vienes para capturar, no te dejaré que captures a nadie! Yo te atraparé, yo te capturaré. Soy la protección del Osiris N.

Las palabras de poder se grababan y pronunciaban sobre un ladrillo de arcilla cruda y una figurilla de madera mágica a la que se había abierto la boca. Estos ladrillos, colocados en su correspondiente nicho, cada uno en uno de los puntos cardinales, protegerían eternamente al faraón, al que posiblemente una mujer desconocida había escrito una eterna carta de amor en las paredes de su ataúd.

7.7 El misterio de la momia

En el sarcófago antropomorfo de la KV 55 se hallaron restos humanos en muy mal estado. Aunque el cuerpo estaba prácticamente completo, estaba en los huesos, porque parece que las filtraciones de agua en la tumba, y también la caída del sarcófago, provocaron la rápida desintegración de los tejidos del cuerpo al ser descubierto. Pero, a pesar de la destrucción, se pudo apreciar que dicha momia presentaba varias semejanzas con la de Tutankhamón: labio leporino, cráneo dolicocefalo y escoliosis.

Esta identificación o similitud del posible Akhenatón y el seguro Tutankhamón tampoco es totalmente aceptada por todos los investigadores, algo que ya parece ser

un deporte en lo que se ha dado por llamar «Amarnología». Otras recientes investigaciones sugieren que la persona hallada en la KV 55 murió aproximadamente a los veinte años, por lo que era demasiado joven para ser Akhenatón. Por eso, hay quien piensa que dicha momia puede ser la de Smenkhara, del que ya se ha dicho más arriba que otros estudiosos dicen que no existió o que fue Nefertiti. Así pues, hay opiniones para todos los gustos, pero la verdad no se termina de saber.

Otros análisis, basados esta vez en la dentición de la momia, dan como resultado que tenía unos treinta años o más, por lo que sería posible identificarla con Akhenatón. En cualquier caso, la KV 55 no contiene ninguna mención de Smenkhara, así que identificar a la momia con él es puramente especulativo. Como todo lo que se refiere a Amarna.

7.8 El nombre tachado

Los restos del ocupante del ataúd sin rostro estaban vendados y cubiertos por doce láminas de oro sin inscripciones. Llevaba tres brazaletes de oro en cada muñeca, colgantes de oro al cuello, placas con incrustaciones en el pecho, flores de loto de oro y pequeñas cuentas en sus collares, destacando que una lámina de oro en la zona lumbar contenía un cartucho con el nombre de Akhenatón tachado. ¿*Damnatio memoriae* de este faraón, brujería para «borrar» mágicamente su nombre por toda la eternidad, o reutilización para el muerto o la nueva muerta?

El caso es que la posición del cuerpo corresponde a un entierro real femenino, y lleva el brazo izquierdo cruzado sobre el pecho, como la momia de Tiyi. ¿Por qué se enterró a un hombre como si fuera una mujer?

Tras el análisis de la osificación de las epífisis, los exámenes médicos revelaron que los restos pertenecían a un varón de entre 20-25 años de edad, con constitución normal. No se apreció el síndrome de Fröhlich ni hidrocefalia y, debido al mal estado de los restos, no se pudo averiguar la causa de la muerte ni siquiera utilizando la más alta tecnología contemporánea. Pero, por lo menos, se aprecia que «no tenía el cráneo alargado», como si lo hubiese diseñado Picasso, lo cual es un alivio. Parece que la familia de Amarna, al menos los chicos (si es que, efectivamente, es el cadáver de un miembro de aquella familia real), tenían el cráneo normal, algo que es de suponer para quienes defendemos que la cuestión de las figuras alargadas pudo ser solamente una moda de aquella época, una búsqueda de una nueva estética, que no corresponde a una realidad física enferma o deforme.

Según los estudios craneoencefálicos realizados en 1984 por el doctor Jim Harris (Instituto Oriental de Chicago), los restos de la KV 55 pertenecen a un hombre de unos 35 años, y tiene una relación padre-hijo o hermano-hermano con Tutankhamón, con lo cual la teoría de Akhenatón o Smenkhara está servida. ¿Quién pudo ser este

faraón? Por la edad pudo ser Akhenatón. Con cabeza normal.

El cálculo de Harris de la edad de la momia estaba basado, entre otros parámetros forenses, en la osificación de la hipófisis de los huesos en la actual raza nubia (si bien el cráneo pertenece al tipo meso-nilótico), que parece ser diferente a las edades de los occidentales, lo que ya no sé si cuadra con el hallazgo actual de que, según su ADN, Tutankhamón era indoeuropeo caucásico. Y supongo que su papá también. Claro que, si Akhenatón padecía el Síndrome de Marfan, quedaría anulado el resultado del análisis de la osificación de la epífisis citada, porque la osificación se altera, y acabaríamos otra vez perdidos.

Pero al menos parece que el parentesco de esta momia con Tutankhamón también está apoyado por pruebas sanguíneas, ya que ambos cuerpos comparten el mismo tipo de grupo sanguíneo. Dado el estado de los cuerpos, no se ha podido realizar un estudio comparativo de ADN, lo que es una pena, porque estamos una vez más casi como al principio. ¿Es este el papá de Tutankhamón? ¿Es este Akhenatón?

Y solamente se puede tratar de opinar por las imágenes conservadas de la época de Amarna, que, teniendo en cuenta lo que se sabe de Picasso o el Greco, por ejemplo, pone los pelos de punta. Pero no por si resultase que Akhenatón fue un extraterrestre reptiloide por su cráneo alargado o que de verdad tenía los ojos en el codo o en la frente, sino porque, con los mismos datos, cada investigador llega a conclusiones completamente distintas. Por ejemplo, Smith, en el *Catálogo General del Museo Egipcio* de 1912, afirmaba que la cabeza del cuerpo de la KV 55 tenía hidrocefalia y la barbilla alargada, detalles característicos de las figuras de Akhenatón en las imágenes, pero seguimos sin saber con cuántos años murió el señor del cual es la dichosa momia.

El Dr. Derry, sucesor del anterior en su puesto oficial en el Museo de El Cairo, informa que Akhenatón no tenía hidrocefalia, y que los huesos de la KV 55 pertenecen a alguien que no tenía más de veinte años, por lo que no puede ser Akhenatón. Además, es un hombre y, por tanto, no puede ser Nefertiti. En conclusión, debería ser Smenkhara, que, como se sabe, posiblemente no existió. Entonces, ¿quién es este personaje?

7.9. El baile de las tumbas

Está claro que las tumbas del Valle de los Reyes son también un misterio inacabado y continuado. Es posible suponer que, para evitar los robos, violaciones y expolios, cada tumba se hacía para un personaje real determinado y se le enterraba en ella. Al poco tiempo, entraban los ladrones a robar, se los pillaba y metía en la cárcel o se los despeñaba por los riscos, y se recogían los restos reales, metiéndolos la policía donde podía, a fin de conservarlos y que el muerto fuese inmortal en el otro

mundo, que era lo que, al fin y al cabo, se pretendía.

Ese debió ser el caso de la KV 55, que fue aprovechada como se pudo, porque debió concebirse originariamente para Ay. A pesar de ser bastante mayor, Ay no la necesitaba por el momento, y se la prestó a su familia. Porque, cuando los jóvenes se morían, lo hacían sin apenas avisar, de manera que su muerte cogía a todos desprevenidos y sin sepultura.

El anciano Ay era un personaje muy importante en la corte egipcia desde el reinado de Amenofis III, y fue, posiblemente, el padre de Nefertiti y Mutnedjemet. Él fue el faraón que reinó tras la muerte de Tutankhamón, aunque no se sabe si porque no quedaba ningún varón de la familia real o porque él se los había cargado a todos para llegar al trono, aunque ya no fuese un jovencito. Ay era hermano de la reina Tiye y familia, por tanto, de Akhenatón, de Smenkhara (si es que existió), posible padre de Nefertiti y tal vez abuelo de sus hijas, además de familiar de Tutankhamón, aunque no se sabe exactamente en qué grado, porque la identidad de los padres del chico es otro lío. Y seguimos en la ignorancia de siempre cuando se habla de la familia de Tutankhamón.

Como, antes de ser faraón, Ay no era tan importante (como para ser rey, que para otras cosas sí lo era), hay quien afirma que, posiblemente, la modesta tumba de Tutankhamón (KV62) estaba destinada a él, algo extraño también, porque importante sí era como para casar a su hija Tiye con Amenofis III, pero la prematura muerte del joven faraón hizo que se la cediese a él (o que se apropiase de la WV 23), aunque estuviera inacabada. Otro lío.

El caso es que el viejo Ay está representado como joven y guapísimo en la tumba de Tutankhamón, celebrando la ceremonia de apertura de la boca del joven, lo cual muestra su posición de sucesor o su determinación a serlo, algo que tampoco era habitual en Egipto. Parece que Ay ordenó ser representado de tal guisa precisamente para dejar claro a los que asistían al entierro de Tutankhamón que el que mandaba era él, no solo ante los hombres, sino también ante los dioses. Y también para subrayar que quería ser guapo para toda la eternidad y que era así como quería que lo recordasen. Y aunque era el abuelito de la familia, no menos de sesenta años, en la tumba de Tut no aparenta más de veinte, lo que es todo un récord del lifting y la falsedad de las imágenes, al menos en una tumba egipcia.

Y tuvo que ser Ay el siguiente faraón porque ya no había ningún varón de sangre real a quien poner la Doble Corona. Así pues, se la puso a sí mismo, mirando de reojo a Horemheb, al que no le quedó más remedio que tirarle los tejos a la hija de Ay, la princesa Mutnedjemet, casarse con ella y procurar que su suegro y señor siguiese pronto al joven Tutankhamón a los campos de la Duat, a ver si de una dichosa vez conseguía ser faraón, pensaría el general, que ya llevaba muchos años preparando las oposiciones a faraón y se le caía la baba cada vez que pensaba en las coronas Blanca

y Roja sobre su ya también madura cabeza.

Parece ser que cuando murió Ay, de peste o de vejez o de lo que fuese, pero enseguida también, fue enterrado en la WV 23, donde se encontraron algunos huesos que tal vez sean suyos, y tal vez sea suya también una de las momias encontradas en la tumba de Amenofis II, aunque cada vez tiene más fuerza la opinión de que sus restos son los encontrados en el escondite de Horemheb en la WV 23. Supuestamente su ocupante debía de ser Ay, el penúltimo (para algunos, último) faraón de la Dinastía XVIII, pero su momia no ha sido encontrada y tal vez fue destruida por órdenes de su sucesor, el cansado de esperar Horemheb, su yerno, ya que al ser descubierta en 1816 solo se encontró el sarcófago de Ay reducido a pedazos.

Según la opinión general, la tumba WV 23 fue construida inicialmente para Tutankhamón, pero el incompleto estado de las obras a la muerte de este llevó a Ay a decidir enterrarlo en su propia tumba, la KV 62, y es que, puesto que le iba a suceder, para qué iba a discutir con un faraón muerto, si lo que él quería era ponerse de una vez la bella Doble Corona que tanto deseaba y, de paso, casarse con su nieta Ankhesenpaatón-Amón, que estaba de muy buen ver.

Esta tumba WV23, o tumba de Ay, es una de las pocas situadas en el Valle de los Monos o Valle Occidental, un gran desfiladero paralelo al Valle de los Reyes o Valle Oriental, donde ya se había hecho enterrar Amenofis III, no se sabe si para despistar a los ladrones de tumbas o porque no le gustaba estar rodeado de las tumbas de los demás. El caso es que a Akhenatón le gustó el lugar para permanecer toda la eternidad al lado de su papá, pero luego se fue a Amarna y cambió de opinión. Más tarde, con la construcción de la WV 23, posiblemente por Tutankhamón, se reunían los tres varones «lógicos» de la familia, lo que avalaría que son abuelo-padre-nieto y se confirma que Tut fue hijo de Akhenatón. Aunque cualquiera habla de lógica a estas alturas de la película. Pero parece ser que Ay, para seguir la manía de reagrupación familiar de los faraones de esta singular Dinastía, se construyó las tumbas KV 55 y KV 62 antes de su instalación en Akhetatón (donde se hizo construir la TA 25, la tercera, y el hombre encantado, porque sobrevivía sin necesitar ninguna) y siguió el baile de tumbas y traslados de momias reales.

El caso es que estas construcciones se produjeron entre el ascenso al poder real como reina única de su «posible» hija Nefertiti (una de las pocas formas de conseguir permiso para enterrarse en el Valle sin tener sangre real) en el segundo año de reinado de Akhenatón, hasta su traslado a Akhetatón, seguramente en el año octavo de su yerno. Total, tanta tumba y ni una momia. La única, la del joven Tut, que es con la única que se podrán comparar todas las demás, si es que algún día aparecen y están identificadas, sin sus cartuchos borrados, su rostro y títulos completos. En resumen, si conservan su DNI para que los identifiquen los expertos en ADN.

7.10 Tiyi y la «revolución» de Akhenatón

La nueva pareja real, formada por los jovencísimos Amenofis IV y Nefertiti, ocupó el primer plano político y religioso al morir Amenofis III, aunque es posible que su gobierno fuese supervisado, al menos en los primeros años, si no en todos, por la experimentada reina madre Tiyi.

Es muy posible también que Tiyi no fuese ajena a los cambios políticos y religiosos iniciados por su hijo. Al fin y al cabo, continuaban los de su esposo y padre respectivo, como el hecho de mandar construir una nueva capital y cambiar su nombre. Estos cambios, según todos los indicios, tenían como base una política religiosa cuyo objeto era la divinización de los faraones difuntos, la propia divinización de Amenofis IV y la de su esposa Nefertiti. Es decir, que además era una centralización total del poder real, como contrapeso político, religioso y económico, al creciente poder de los sacerdotes de Amón. Porque el poder del dios de Tebas crecía más y más desde la época de Hatshepsut y había desembocado últimamente en un auténtico imperio económico-religioso que buscaba, agazapado en las tinieblas, el poder político, haciendo sombra con sus interesados manejos al gobierno del mismísimo faraón.

7.11 ¿De qué estamos hablando?

Se olvida a menudo, al referirse a los personajes de Amarna, la poca edad que casi todos tenían cuando sucedieron los hechos a los que nos estamos refiriendo, lo que, o bien les confiere una extraordinaria madurez en épocas muy tempranas de sus vidas, de una precocidad asombrosa, casi inconcebible, o es que estaban teledirigidos por personas ya adultas, que obraban en la sombra, dirigiendo a los jóvenes reyes como si fuesen marionetas, moviendo sus hilos desde lejos para no ser descubiertos por los historiadores.

Estas tempranas edades se aprecian magníficamente en el cuadro adjunto, siguiendo las fechas de Philip Vandenberg, en su *Biografía arqueológica de Nefertiti*:

Amenofis III: 1449-1364 a. C. (45 años) [Comienzo del reinado 1442 a. C.]

Tiyi Amenofis IV: 1376-1347 a. C. (29 años) [Comienzo del reinado 1364 a. C.]

Nefertiti: 1381-1344 a. C. (37 años)

Tutankhamón: 1353-1325 a. C. (17-18 años)

Sorprende bastante comprobar que, al referirse a la familia real egipcia, a partir de Amenofis III al menos, se hable de faraones que comenzaron a gobernar siendo niños y, no obstante, llevaron a cabo una revolución total en un país anclado en las antiguas

tradiciones e inamovible en muchos aspectos, lo cual evidencia la existencia de consejos de regencia que llevaban las riendas del Gobierno, presididos por las madres de los jóvenes reyes: Mutemuja para Amenofis III y Tiyi para Amenofis IV. Y si la primera eligió a la segunda para el lecho oficial de su hijo, la segunda eligió a una candidata idónea para el lecho del suyo: Nefertiti.

La posibilidad de que las tres perteneciesen a la misma familia es alta, porque, para seguir mandando en la sombra, las reinas Mutemuja y Tiyi solo podían confiar en jovencitas de su misma familia o afines, de su clan o grupo selecto, perfectamente educadas en sus propios principios e ideales, sumisas y complacientes no solo con el joven faraón, sino también con sus ambiciosas madres, unas chicas que supiesen dar a los jóvenes faraones lo que no lograban sus otras concubinas y amantes, porque solo ellas estaban «teledirigidas» por la reina madre y los eunucos de la corte.

«Eso» que los jovencísimos dueños del mundo apetecían en la intimidad solo lo sabían sus expertas madres y los eunucos que educaban a los pequeños príncipes, en perfecta connivencia con sus mamás y sus partidarios políticos que habían educado a las futuras reinas para ello en los «harenes sagrados», como el del dios de la fertilidad, Min, en Ackmin, de donde procedía la familia de Tiyi. Lo contrario hubiera sido dejar el lecho real en manos de cualquier bella concubina expertamente educada por sus propios partidarios políticos, que por medio de sus habilidades sexuales dirigirían al faraón y de paso la política y la economía egipcias. Así han funcionado y funcionan aún los harenes: política y sexo, vida y muerte, matar o morir, pero sobrevivir como se pueda. Y parece que las mujeres de Amarna se empeñaron bastante en esa supervivencia, aunque abandonaron muy pronto, y sin dejar huellas de su desaparición, el gran escenario de la Historia.

Siguiendo la cronología de Philipp Vandenberg en su biografía de Nefertiti, el príncipe Amenofis nació en 1376 y pasó sus primeros once años de vida en la escuela sacerdotal de Hermópolis. La «ciudad de Hermes» es el nombre helenizado de Khnum, dos ciudades del antiguo Egipto en donde se veneraba al dios Dyehuty (o Thot), el Hermes griego. Hermópolis era la capital del nomo xv del Alto Egipto, que, ¡oh casualidad!, estaba solo a unos treinta kilómetros al norte de la futura Amarna.

A esta capital del dios Thot, que no tenía nada que envidiar a la sureña Tebas en riqueza y opulencia, morada de la Ogdoada de dioses presididos por Thot, el dios de la escritura, la magia y la sabiduría identificado con el Schmun fenicio y el Hermes Tres veces grande, le llevarían sus preceptores y nodrizas al joven príncipe al menos a los dos años, como muy pronto, y allí se formó religiosamente, que para eso lo habían mandado a aquel cole interno, en el culto al huevo cósmico, la colina primordial o «isla de fuego» de la que salió Ra, que ascendió hasta el cielo. Después de un largo descanso, Ra, junto con las otras deidades en forma de ranas y serpientes de la Ogdoada, entre ellas el gran Amón, crearon todas las demás cosas del mundo.

Posteriormente, cuando Atum se asimiló a Ra como Atum-Ra, fue adoptada la cosmogonía de la Eneada hermopolitana, en la creencia de que Atum surgió de una flor de loto azul egipcio y fue unido a Ra. El loto habría surgido de las aguas después del cataclismo inicial como un capullo que flotaba en la superficie del caos primordial, y poco a poco abrió sus pétalos, de los que salió el escarabajo, Kheper o Khepri. Este dios, un aspecto de Ra que representa al sol naciente, se convirtió en un niño llorando, Nefertum, (el joven Atum), cuyas lágrimas formaron a las criaturas de la tierra. Más adelante, cuando el dios Khepri fue absorbido totalmente por Ra, se dijo que Ra había salido del loto, del niño, en lugar de que Ra fuese Khepri temporalmente, y a veces el niño era identificado con Horus, lo que se debía a la fusión de los mitos de Horus y Ra en el dios Ra-Harakthes, el sol del mediodía. Lo que a su padre le interesaba, porque para heredero ya tenía al primogénito Tutmosis, aunque el buen faraón había desestimado la ambición de su Tiyi para su hijo único y ella debió pensar que más valía hacer lo que quisiera el viejo chivo, que ya le quedaba poco de vida. Y se contentó por el momento con hacer del chico un sacerdote-mago como quería su padre.

Pero, siguiendo a Vandenberg, el joven príncipe no solo estudió magia y religión solar en Hermópolis, sino que también pasó largas temporadas en el extranjero, y se puede suponer que o bien fue a Creta o pasó a Canaán-Fenicia o más lejos: a Hatti o Mitanni-Babilonia. Pero no hay datos al respecto. Aunque, puesto que tenía familia por aquellas tierras y Egipto contaba con numerosas posesiones fuera de la cuenca del Nilo no tiene por qué ser extraño que el joven estudioso ampliase sus estudios haciendo un «máster» fuera de su país, como cualquier chico pudiente.

En 1364 a. C., al morir su padre, y con solo doce años, Amenofis IV subió al trono, y se supone que formado sacerdotal, política y militarmente, además de haber viajado y recibido educación sexual entre curso y curso de estudio y magia. Un año después, cuando tenía tan solo trece años, se casó con Nefertiti, que ya tenía dieciocho, cinco más que el joven rey, una joven que según algunos autores ya venía enseñada del harén de su nuevo suegro, al que la joven pertenecía, porque en realidad era una princesa mitannia llamada Taduhepa que había estado casada con Amenofis III.

Y la nueva pareja real lo cambió todo. En los dieciocho años que duró el reinado de Amenofis IV-Akhenatón, que murió con solo 29-30 años, y ella unos tres después de Akhenatón, con 37, cambiaron la religión, se entretuvieron en engendrar seis hijas, decidir cambiar la capital, seguir los planos, diseñarlos con los arquitectos y orar a Atón. Además, Akhenatón tuvo otras esposas, en concreto todas las de su padre, más las que le obsequiarían amigos y colegas como regalo de cumpleaños, aparte de una esposa conocida, Kiya, que, posiblemente, fue la madre de Tutankhamón y que vivía también en un palacio-templo, el Maru-Atón, en la misma ciudad de Amarna y casi al

lado de la Gran Esposa Real-diosa Nefertiti. Por si esto fuera poco, el faraón también tuvo tiempo para casarse con sus propias hijas. Según Vandenberg, la cronología de los principales acontecimientos del reinado sería la siguiente:

1362 a. C.: Nace Meritaton, la primera de las seis hijas de la pareja. Nefertiti contaba con 19 años y Akhenaton 14.

1361: Nace Maketaton.

1360: Nace Ankhesenpaaton. Se sublevan los sacerdotes de Amón y se decide fundar Akhetaton.

1358: Traslado a la nueva capital. Nace Neferneferuaton.

1357: Inauguración oficial de la Ciudad del Horizonte de Atón-Akhetaton. Nefertiti tenía 24 años y Akhenaton 19.

1356: Se talla posiblemente el busto de Nefertiti (Berlín).

1555: Nacen Neferneferura y Tutankhamón.

1553: Nace Setepenra.

1552: Muere de parto Maketaton, segunda hija, nacida en 1561 (9 años).

1550: Akhenaton, de 26 años, se casa con Meritaton, primera hija de la pareja nacida en 1562 (12 años).

1348: Matrimonio de Akhenaton con Ankhesenpaaton, tercera hija, nacida en 1360 (12 años).

1347: Muere Akhenaton a los 29 años. ¿Carta de Nefertiti a Subiluliuma, pidiéndole un hijo como esposo?

1346: Nefertiti tiene 35 años. Tutankhamón, de 9 años, se casa con Ankhesenpaaton, tercera hija de Akhenaton y Nefertiti, que tiene entonces 14 años, y es viuda de su padre.

1344: Tutankhamón, de 11 años, abandona Akhetaton. Muere Nefertiti a los 37 años.

Como ya hemos comentado anteriormente, además de toda la cronología anterior, existen numerosas cronologías diferentes para todo este periodo. Así, Vandersleyen da para Tutankhamón unas fechas en torno a 1339-1329 a. C. /1328-1318, que se convierten en 1334-25 para Clayton, 1352-44 para Drioton, 1347-39 para Gardiner, 1336-27 para el Museo Británico, Grimal y Malek, 1332-23 en el caso de Krauss, o 1332-22 en el de Murnane. Pero, para que nadie se llame a engaño, hay que aclarar que estas fechas son, en todos los casos, simplemente una pura convención.

7.12. La reina culona y el Photoshop de Tutmés

Una de las cosas que más inquieta de Akhenaton, y en menor grado de su familia,

es el aspecto físico cambiante con que aparece en las figuras de Akhetatón, en opinión de quien esto escribe, únicamente una moda divertida.

Pero muchos sesudos investigadores han intentado buscar un origen patológico a dichas imágenes y se han propuesto dos teorías: sufrían el Síndrome de Fröhlich o el Síndrome de Marfan, ambas enfermedades genéticas.

Posibles características físicas de la familia de Akhenatón Síndrome de Fröhlich Síndrome de Marfan

- Distribución de las grasas de manera similar a la de las mujeres.
- Cubrimiento de los genitales por una capa de grasa.
- Impotencia.
- Retraso mental.
- Alta estatura y cara larga.
- Extremidades muy largas, dedos muy delgados.
- La envergadura excede a la altura.
- Cifosis.
- Tórax en embudo o quilla.
- Cabeza alargada.
- Caderas anchas.
- Mala distribución de la grasa.
- Ceguera.

La hipótesis del Síndrome de Fröhlich como la enfermedad que sufrían Akhenatón y su familia fue muy aceptada en su momento, pero tenía dos importantes problemas que la descartaban: la impotencia de los que la sufrían, que no era el caso de Akhenatón, padre de seis hijas y varios varones; y el retraso mental, que tampoco se aprecia en Akhenatón y sus obras y escritos. La enfermedad de Marfan solo podrá ser confirmada o desmentida mediante los análisis comparados de los cuerpos de la Tumba 55 y el de Tutankhamón, aunque por el momento es muy probable que esa sea la enfermedad que padeció esta misteriosa familia, dadas las curiosas coincidencias de los síntomas con las deformidades de la familia real de Amarna, aunque en opinión de quien esto escribe tiene tanto de enferma como los dibujos irreales de Picasso. No fue más que una moda pasajera, una búsqueda de nuevos estilos, la libertad de expresión y dibujo, influida por los aires innovadores de la moda cretense que venían influyendo en el arte egipcio y se hizo del todo evidente en la época de Amarna.

Un hecho que se aprecia perfectamente en la pequeña estatuilla de la reina Nefertiti del Museo del Louvre, en París. De frente, la técnica de los paños mojados que luego copiará Grecia, haciéndola original suya, (sin referirse al copyright

egipcio) muestra el cuerpo de una joven mujer esbelta, de bellas curvas. Vista de lado la estatuilla, la esteatopigia llena caderas y glúteos, disminuyendo progresivamente hasta finalizar casi en punta, al estilo de los ídolos cicládicos. Culona, para qué nos vamos a engañar. El escultor Tutmés, o era corto de vista, o estaba tan enamorado de Nefertiti que solo la veía de frente y guapa. Pero alguien, tal vez un ayudante despechado porque la reina no le hacía caso, le gastó la broma. Y como Procopio cantó y desveló en secreto los horrores de la emperatriz Teodora, un anónimo artista de Amarna dejó esta escultura de la reina egipcia para la posteridad. Con lo que, como en el caso de la emperatriz de Bizancio, nunca sabremos la verdad. Si era guapa y estilizada o gorda, vieja y culona la egipcia, y si santa y honrada o pervertida la bizantina. ¡Esos son los gages de la Historia! Hay que tratar bien a la oposición, porque, de lo contrario, te la lían para toda la eternidad. Conocidos precedentes del enorme poder actual de la prensa.

7.13. Las reinas olvidadas

En resumen, que el faraón Akhenatón murió, no se sabe ni cómo ni cuándo ni por qué, algo que ya es habitual en casi todos los asuntos que conciernen a esta familia real egipcia que nos ocupa, pero murió. Y, tras los ritos oportunos, se le enterró en la tumba real de Amarna, en un ataúd que a lo mejor fue el sin rostro de la KV 55 y luego este fue introducido en un sarcófago de granito rosa de Assuán, que según C. Alfred se encontró en trocitos, esparcidos por toda la cámara funeraria, prueba de que fue destrozado a conciencia. En el sarcófago había trabajadas imágenes de Nefertiti, talladas en alto relieve, que se mostraban protectoras en las cuatro esquinas a modo de las diosas clásicas Isis, Nephtis, Selket y Neith, en diferentes combinaciones, en los sarcófagos reales del Valle de los Reyes. Los pedacitos pegados, y el sarcófago reconstruido con ellos, se conservan a duras penas a la intemperie en un patio olvidado del Museo Egipcio de El Cairo.

Con esta temprana muerte del faraón (hay que recordar que no llegaba a los treinta años), el trono egipcio quedó de repente en manos de su mujer, la bella reina Nefertiti, quien posiblemente tomó el mando con los sucesivos nombres de Neferneferu-atón y Smenkhara. Es decir, al faraón Akhenatón lo sucedió en el trono una mujer faraón (Nefertiti), luego otra mujer faraón (Ankheperura Smenkhara) y posteriormente otra mujer faraón (Ankheperura Meritatón). En mi opinión, a la última mujer faraón (Ankhesenamón) es a la que Ay y Horemheb le usurpan el trono, figurando que la viuda de Tutankhamón se casó con un abuelo de Tutankhamón (Ay), de ahí que la reina Ankhesenamón desaparezca de la historia de la Dinastía de Amarna, al igual que Nefertiti, Meritatón y demás mujeres, quedando solamente la posible hermana de Nefertiti, la princesa Mutnedjemet. En el caso de esta última, al

morir su padre, el faraón Ay, le heredó y fue reina-faraón para legitimar la toma del poder por parte de Horemheb, que se casó con ella. Así pues, es posible que la descendencia de esta pareja llevase la sangre de Amarna al comienzo de la Dinastía XIX.

La última escena documentada con seguridad de toda la familia unida, todas estas reinas y princesas incluidas, antes de la subida de Tutankhamón al trono, tras el fallecimiento de Akhenatón y sus inciertos sucesores, es la que se ha denominado «el-durbar» o «escena de recepción de los tributos extranjeros», representada en el sepulcro de Meryra II, en Akhetatón (El Amarna). Allí aparece la familia real al completo: Akhenatón, Nefertiti y sus seis hijas, en un episodio de recibimiento del tributo debido por parte de los vasallos extranjeros, que está fechado en el segundo mes del duodécimo año del rey.

La escena es la última aparición segura de las siete mujeres juntas, así como la última mención en la forma tardía del nombre didáctico del Atón. De aquí en adelante, hasta el ascenso de Tutankhamón al trono, la historia de la Dinastía de Amarna se difumina en la niebla de los tiempos, las contradicciones y las más variadas hipótesis, algunas plausibles, otras completamente fantásticas e irreales, como toda la historia de esta época.

7.14. El final de un sueño

Según Miriam Lichtheim, tras la muerte de Akhetatón sin un hijo varón que le sucediese, la aventura amarniana se desvaneció poco a poco. Dado el culto centralizado que Akhenatón había puesto en su persona y en Nefertiti como miembros femenino-masculino de la deidad andrógina, la ciudad ya no tenía sentido al faltar una mitad. El pueblo no podía orar a un faraón que ya no estaba, y el culto al Atón dios-diosa no se pudo continuar. Y el joven nuevo sucesor se desplazó a Menfis.

Para otros, tras la desaparición de Nefertiti y el nombramiento de Smenkara como su sucesor, Akhenatón era ya consciente de que la ciudad desaparecería tras él. También es posible la idea que defiende Christian Jacq, de que Akhenatón creó una teología y una capital para que durase solo lo que su reinado. El hecho de que pusiese límites a la expansión de la ciudad (primera serie de estelas fronterizas) parece apoyar esta idea.

Seguramente el faraón Ay, sucesor de Tut, fue el que dio por finalizada la aventura de Amarna e hizo trasladar la capital a Tebas por las razones religiosas que se mencionaron más arriba. Las reformas políticas que se habían emprendido bien podían hacerse y seguirse desde Akhetatón, pero una vuelta al culto de Amón obligaba a trasladar de nuevo la capital política y religiosa a Tebas. La administración le siguió. Y tras los ministros y funcionarios, los agricultores dejaron sus huertos y

los artesanos abandonaron sus trabajos en Amarna y volvieron resignadamente a las inacabadas obras de la antigua Tebas que, vieja de siglos, acogería alborozada la vuelta de los otrora osados aventureros, ahora dolidos emigrantes de sueños rotos y casas destruidas.

La ciudad del Sol debió ser abandonada durante el tercer año de reinado de Tutankhamón, pero posiblemente sería Horemheb quien comenzase a dismantelar los templos, palacios y otros grandes edificios de Amarna para usar el material en las obras de su propio reinado. Ante el abandono de la ciudad por parte de la policía, quizá fue Tutankhamón quien, por seguridad, trasladaría los restos de algunos componentes de su real familia a la necrópolis tebana. Más tarde, las restantes tumbas de las necrópolis de Akhetatón fueron profusamente saqueadas. Tiempo después, Ramsés II dio permiso a los habitantes de la cercana Hermópolis para que tomasen libremente de Akhetatón el material de construcción que necesitasen. Con aquella última rapiña se puede dar por finalizado el fugaz sueño de gloria del extraño faraón Akhenatón.



El rey niño

¡Oh Madre Nut, extiende sobre nosotros tus alas, como las estrellas eternas!

Frase grabada sobre el ataúd de Tutankhamón

8.1 Cosas maravillosas

La emocionada frase de Carter al ver por primera vez el interior de la tumba de Tutankhamón dio pronto la vuelta al mundo, y permanece en el recuerdo de todos los amantes del antiguo Egipto, resonando aún en la mente de los apresurados turistas que trotan curiosos bajo el tórrido sol del Valle de los Reyes, ansiando ver lo que había asombrado a Carter. Al salir de los escasos metros cuadrados de la tumba de Tutankhamón, las reacciones son diversas. Pero suelen tener cara de decepción. ¿Esperarían tal vez que el faraón-niño les diese la bienvenida sentado en su trono, rodeado de esclavas semidesnudas?

A pesar del descubrimiento de su tumba casi intacta (KV 62) en el Valle de los Reyes, lo que se sabe acerca de este rey es más bien poco, como hasta aquí se ha visto. O nada, que es lo mismo. Pero a base de paciencia, análisis, autopsias y nuevos descubrimientos, la figura del joven dorado empieza a salir de las brumas de la leyenda para acercarse a una asombrosa realidad.

8.2 Hijo y sobrino de su padre y de su madre

Si resulta que, según algunas investigaciones genéticas realizadas a once momias entre 2007 y 2010, Tutankhamón era hijo de Smenkhara (es decir, la momia de la tumba KV 55, la del sarcófago sin rostro, que ya se vio, que parece que hay unanimidad sobre que sí es de Akhenatón) y que la madre de Tut pudo ser una hermana de Akhenatón, cuyo nombre no se conoce, y su momia es la llamada «Dama joven» de la tumba KV 35, resulta que el joven faraón que nos ocupa era, a la vez, hijo y sobrino de su padre y de su madre, que eran hermanos entre sí.

Pero, lamentablemente, no se sabe quién era esta madre-princesa, porque Akhenatón tuvo unas cinco hermanas «oficiales» y ni se sabe cuántas más «extraoficiales», ya que el harén de Amenofis III estaba bien surtido de bellas mujeres, aunque solamente hubo tres que ascendiesen al rango de Gran Esposa Real: Tiyi, posiblemente su prima; la princesa Giluhepa de Mitanni y la hija mayor de Tiyi y del propio Amenofis III, la princesa Sitamón, con la que este se casó en el año 30,

con motivo de su jubileo. Y también fueron esposas del viejo faraón otras dos hijas suyas, Henuttaneb e Isis, aunque no ascendieron al rango de Grandes Esposas Reales. Otra princesa que tampoco llevó este título, aunque perteneció al harén de Amenofis III, fue la mitannia Taduhepa, sobrina de la reina Giluhepa, a la que algunos investigadores como Wandenberg identifican con la reina Nefertiti.

Es posible que el anciano, enfermo y decrepito monarca planease también casarse con sus hijas Nebetta y Baketatón en los siguientes jubileos, aunque el rastro de estas princesas desapareció poco después, y lo único que se sabe es que Baketatón permaneció en Tebas con su madre, Tiyi, hasta su cercana muerte. Y tal vez ambas murieron casi al mismo tiempo. Se piensa que de malaria, como según las últimas teorías falleció Tutankhamón, o de la peste que asoló la zona durante esta época.

Entre los príncipes nacidos de Amenofis III y la reina mitannia Giluhepa, si es que hubo más de uno, se supone que estuvo el primogénito de Amenofis III, el príncipe Tutmosis, del que se dice que no era hijo de Tiyi por su nombre, aunque no se sabe con exactitud que su madre fuese la reina mitannia, lo que, si se piensa mal, nos podría llevar a la conclusión de que, a lo mejor, un empujoncito de Tiyi o alguno de sus partidarios lo quitó de en medio, allanando el camino al trono al príncipe Amenofis, que de humilde y empollón sacerdote viajero pasó a flamante príncipe heredero y luego a faraón, en el mismo instante en que su hermano mayor emprendió el viaje sin vuelta a la Duat, el Más Allá egipcio, lleno de placeres y delicias, pero enojoso Más Allá al fin y al cabo.

En la complicada herencia de esta familia, extraña y rara en extremo, hay quienes suponen que el famoso, desconocido y tal vez inexistente Smenkharu pudo ser hijo de la princesa Sitamón. Porque si este «posible» y problemático sucesor de Akhenatón fue un varón emparentado con él, no se puede descartar que fuese sobrino suyo, como posiblemente lo fue Tutankhamón, fuese o no hermano de este. Hijo de alguna de sus hermanas y suyo, por supuesto debió serlo, porque en el harén real había un buen «repuesto» de princesas reales en edad fértil, de sobra para que el cariñoso hermano-rey eligiese en quien engendrar un hijo-sobrino, incestos aparte. Debemos recordar que el concepto de incesto es moderno y no corresponde ni se puede entrar aquí en juicios morales sobre aquella época, aunque nos parezcan barbaridades muchas cosas.

Pero, una vez más, lo que sí se puede afirmar es que todo son más o menos suposiciones, como los numerosos detalles de la corta vida del faraón-niño que se manejan, derivados o bien de la más absoluta falta de imaginación, o bien de la más absoluta ignorancia. Se conocen, sí, datos de la vida cotidiana del faraón-niño, pero por algunos de los objetos «parlantes» de su tumba, como que llevaba calzoncillos de fino lino que se ataban por cintas a la cintura (en realidad, un triangulín «sujeta-cosas-colgantes», no un calzoncillo como ahora se entiende esta prenda), o que usaba y coleccionaba bastones para su cojera, pese a la cual cazaba con arco, desde niño,

pues en su tumba los había de todos los tamaños y numerosos modelos.

Por ello se supone que no solo cazaba ánares en las marismas del Delta, sino también avestruces, onagros, gacelas y leones por el desierto. Y una escena de la primera capilla dorada de su tumba lo muestra cómodamente sentado en las marismas, disparando el arco, mientras su esposa le tiende una flecha en alguna ocasión y otras veces vuelve hacia él su cabeza en un gesto de amor y atención, sentada a sus pies. Algunos investigadores suponen que, con anterioridad a estas cómodas escenas casi domésticas de la joven pareja real, un accidente de caza en carro ligero le habría causado la cojera al joven, aunque, para otros, Tut tuvo poliomielitis, lo que originó sus dificultades ambulatorias y explicaría la escena de la caza con el rey sentado.

Se supone también que este jovencito destinado a ser faraón con el nombre original de Tutankhatón, ligado al sol de Amarna, pasó sus primeros años de gobierno en Akhetatón, por aquello de seguir la tradición de su antecesor padre-tío, pero luego se trasladó a Menfis, la capital del norte, aunque las actividades que fomentó en el sur guardan el recuerdo de su gobierno en algunos lugares como Tebas y la región de Nubia, al sur del sur de Egipto.

8.3. Mercadillo real sin navegador

Detrás de la primera puerta de la tumba del faraón-niño, los investigadores esperaban que el inviolado contenido de las cámaras funerarias revelase el misterio de su corta vida y su rápida e inesperada muerte. Y también su origen. Pero fue inútil. Ni un dato. Ni un papiro. Ni siquiera un Libro de los Muertos, que lo llevaban los señores importantes a la tumba como guía de viajes o navegador funerario para el viaje al Más Allá, para protegerse de los malísimos espíritus y no perderse en el intrincado mundo de la Duat. Pero tampoco se sabe con seguridad si los faraones llevaban esta guía del Más Allá (quizá estaban muy aleccionados), y el navegador estuviera pensado solamente para quienes no fuesen dioses en vida.

El misterio sigue, pues, aunque se pueden cotillear a gusto las pertenencias que acompañaban al joven rey y deducir numerosos detalles de los miles de objetos hallados a su alrededor (cerca de seis mil), cuyo examen ofrece interesantes indicios. No se conserva ni un solo documento escrito que aclare su origen, quiénes eran sus padres o las causas de su muerte. Lamentablemente, nada de nada.

Una galería de 1,70 m de ancho conducía a una segunda puerta, igualmente sellada, como la primera. Desde el comienzo de la escalera hasta la segunda puerta había una distancia de 13,60 m excavada en roca. Detrás de esta segunda puerta, Carter descubrió cuatro cámaras, de las que la mayor medía 8 × 3,60 m: una antecámara, una cámara funeraria y dos que servían de almacén para aquella multitud

de objetos maravillosos.

La disposición de todo aquel jaleo de cosas aparentemente inconexas, amontonadas desde el suelo hasta el techo en las pequeñas estancias, le pareció a Carter bastante descuidada, y lo que dedujo es que ese desorden podría obedecer, bien a la precipitación del entierro, bien a los robos, porque los ladrones lo habían revuelto todo y no solamente habían buscado objetos de oro, sino también ungüentos y perfumes, ya que los vasos que los contenían aparecían vacíos y algunos destrozados. ¡Y algunos con las huellas dactilares de sus ladrones de hace 3500 años! ¡Qué pena que no tengamos los archivos policiales del inspector Mahu, el jefe de la policía de Amarna, para identificarlos, como tal vez le pedían en las pinturas de su tumba, la nº 9 de la necrópolis del sur, el visir Nakhtpaaten y el funcionario Heqanefer!

Desordenadas y a veces apiladas sin cuidado, incontables riquezas se extendían ante los admirados ojos de Carter y sus acompañantes: innumerables joyas de oro y piedras semipreciosas, muebles profusamente adornados, ropas de fino lino, capas ceremoniales, abanicos de base de oro, maquetas de barcos, vasos de diversos tamaños, formas y materias, objetos cincelados, taraceados, grabados, cloisonné, bordados, etc.

Howard Carter tardó meses en hacer el inventario de las riquezas encontradas en la tumba de Tutankhamón. Su labor fue perfecta y minuciosa, sacando fotografías de los ambientes, que numeraba por su proximidad unos a otros, y subnumeraba con el número inicial los objetos que contenía, si es que los contenía, de forma que no se deshacen los lotes y pueden estudiarse tanto juntos como por separado.

8.4. *El niño envuelto en oro*

Para los antiguos egipcios, el oro, un metal noble inalterable, teóricamente indestructible, impenetrable ante el ataque de los agentes atmosféricos, era semejante a la carne de los dioses. Y por eso se creía que, si a un cadáver se le envolvía en oro, este metal «inmortal» transmitía su inmortalidad al cadáver humano.

Eso hicieron los que lloraban a Tutankhamón: convertirlo en inmortal con el oro-carne de los dioses y los numerosos y complicados ritos de sus funerales, las oraciones y conjuros que alejaron de sus principios inmortales la muerte eterna. Para que estos principios altamente «volátiles» volviesen a animar el inerte cuerpo, los sacerdotes funerarios procuraron que la momia fuese preservada toda la eternidad, algo que los arqueólogos que la descubrieron se encargaron de impedir, aunque, en realidad, lo único que hicieron fue continuar la acción de los ungüentos y bálsamos que se utilizaron para conservar el cadáver momificado, que hubo que despegar del oro eternizante y divino a base de mortales martillazos, en parte por lo pegajosos, y

en parte endurecidos que estaban los ungüentos, el betún y los perfumes varios que impregnaban momia, sudarios, flores, amuletos, collares, ataúdes y sarcófagos.

Pero eso fue bastante después del primer vistazo a los escalones descendentes que llevaban a la primera puerta de entrada a la antecámara. Porque si la tumba había mostrado ya gran parte de sus riquezas en las primeras visitas, no había desvelado todos sus secretos a la primera, y fueron necesarias varias semanas de clasificación y liberación de los pequeños espacios de la entrada, llenos a rebosar de frágiles objetos amontonados unos sobre otros en difíciles equilibrios, para lograr acceder a la cámara funeraria propiamente dicha, en la que, bajo capas de madera dorada y dentro de un sólido e inmortal ataúd de oro puro, yacía Tutankhamón, que llevaba una curiosa manicura y pedicura: hasta los dedos de manos y pies estaban enfundados de oro.

Es decir: la momia del rey llevaba oro y más oro y, cuando uno acaba de decir «lleva oro» cien veces, aún no ha dicho todas las riquezas que le rodeaban y acompañaban. Oro y más oro, algo de marfil, sustancias preciosas como perfumes y ungüentos, algunos objetos de hierro (carísimo y raro en esta época, mucho más raro y caro que el mismo oro), piedras semipreciosas y taraceas, bordados, y un poco de lapislázuli. Y algunas maderas preciosas, como ébano, aunque no en grandes cantidades. Tampoco había demasiados brillantes, ni rubíes, ni esmeraldas ni zafiros. Estas piedras preciosas eran todavía casi desconocidas.

La momia (la número 256 según el catálogo de Carter) estaba dentro de tres ataúdes de forma antropoide, cuyo rostro era el del faraón. Estaba envuelta en fino tejido de lino y otros con preciosos bordados de cuentas y pasamanería. El primer ataúd era de madera de ciprés recubierta con una lámina de oro. El segundo, de trabajo más fino que el anterior, era también de madera, recubierta de láminas de oro. El tercero, es decir, el que estaba en contacto con el cuerpo momificado del rey, era de oro macizo y pesaba 110,4 kg.

La momia estaba protegida y adornada con cerca de ciento cincuenta amuletos de oro y fayenza y cantidad de joyas de oro con incrustaciones de piedras semipreciosas muy elaboradas. La máscara (256 A del catálogo de Carter) era un excelente trabajo de oro con incrustaciones de vidrio y piedras semipreciosas como lapislázuli, turquesas, cuarzo y cornalina. Mide 54 centímetros de altura y pesa 11 kilogramos. La anchura máxima a través del *nemes* es de 34,8 cm. La longitud entre los conductos de los ojos y la comisura de la boca es de 6,4 cm; el ancho de los huesos de la mejilla es de 14,2 cm y la altura de la cara, desde la banda a la parte inferior de la barbilla, es 15 cm.

Según la descripción que Carter hace de la máscara, tiene las orejas perforadas con un agujero, cubiertas también de láminas de oro, y los ojos y las cejas con incrustaciones de lapislázuli y calcita blanca opaca (con frecuencia llamado aragonito), y las pupilas de obsidiana. Las esquinas del blanco de los ojos son de

color rojo. Alrededor de la frente y las sienes tiene una banda destinada a mantener en posición el tocado, hecho de bandas de vidrio color lapislázuli que irradian desde la parte posterior, recogida, hasta la frente, sobre la que están colocadas las insignias reales: de obsidiana en el lado derecho de la cabeza del buitre de Nekhbet, y de oro macizo y obsidiana y el pico de cuerno de color oscuro y la serpiente. En el lado izquierdo, el *uraeus* (Wadjet de Buto), con la cabeza de loza azul oscura, los ojos de cloisonné de oro con incrustaciones de cuarzo translúcido sustituto de cornalina (con añadido de pigmento rojo para realzar el color), las pupilas de color marrón oscuro, hechas de oro con incrustaciones de lapislázuli, cornalina y vidrio de color turquesa, y también con cuarzo en lugar de cornalina. El cuerpo y la cola de la serpiente son de oro macizo y se extiende sobre la parte superior del tocado un poco más allá del centro. En el pecho y extensiones de espalda de la máscara había, por delante, y por debajo del cuello y sobre el pecho, un ancho collar pectoral de múltiples vueltas llamado *usekh* (ancho en egipcio), en forma de halcón con las alas desplegadas con incrustaciones de oro y segmentos de lapislázuli y cuarzo (con soporte de pigmento rojo que imita cornalina) y feldespatos verdes grabados imitando abalorios tubulares. El espectacular conjunto tiene un margen exterior de colgantes trabajados en cloisonné (celdillas) en las que están incrustadas lapislázuli, cuarzo y vidrio de color lapislázuli que imita cornalina, alternando estos colgantes con incrustaciones de vidrio de color turquesa.

Las doce filas del collarín llevan sucesivamente lapislázuli, cuarzo, lapislázuli, feldespatos verdes, lapislázuli, cuarzo, lapislázuli, feldespatos verdes, lapislázuli, cuarzo, dos filas de lapislázuli y al final los colgantes, formando todo un conjunto espectacular y multicolor. Bajo el mentón, lleva la barba ceremonial de oro con incrustaciones de vidrio y lapislázuli (descompuesto en tono gris) para imitar la barba trenzada del dios Osiris. Alrededor del cuello había algunos collares más, como el que lleva tres broches en forma de flores de loto y cobras. Un escarabeo de resina negra montado sobre oro colgado del cuello, sobre el corazón, aseguraba una vez más a Tutankhamón el renacimiento mediante las fórmulas mágicas escritas en él y la forma del dios, un escarabajo (*kheper*, que significa «renacer» en egipcio).

8.5. Smenkhara en la máscara o un misterio más

Según la ficha 256 A de Carter, en la parte posterior de la máscara están escritas las partes de un «texto del corazón» que incluía un cartucho de Smenkhara (el que no existe, Smenkhara Ankhkheperura), con lo cual, mejor no haberlo visto, porque a ver quién afirma ahora que este faraón Smenkhara no existió. En otros lugares de la momia se encontraron también restos de joyas y bandas de oro con cartuchos borrados de ese faraón que existió o no, según a quién le preguntemos.

Pero la cuestión de esta tumba es todavía más peliaguda, porque siempre se dice que la razón de que su tamaño sea tan reducido es que fue acabada a toda prisa porque la muerte del joven rey cogió a todos por sorpresa.

Pero ¿cuánto tiempo tardó en hacerse esta máscara tan complicada? ¿Pudo hacerse en apenas setenta días esta increíble obra maestra llena de incrustaciones de piedras semipreciosas, pequeñas piezas incrustadas en celdillas o cloisonné, con un ensamblaje perfecto, incluidas las imágenes de las diosas de la corona, el buitre y la cobra, que sorprenden por su naturalidad? Se trata, sin duda, de un trabajo de precisión mucho más difícil de hacer que una tumba enana excavada en una montaña de roca blanda.

Porque un túnel y unas cuantas habitaciones un poco más grandes se podían haber hecho en setenta días y setenta noches, mucho más grande de lo que se hizo, con habitaciones más amplias. Sin duda, había espacio, mano de obra y oro para hacerlo.

Nada encaja. Ni la tumba pequeña, ni las pocas pinturas que contiene, ni emplear objetos pertenecientes a otras personas. ¿O es que la máscara era para Smenkhara y no se utilizó para ese faraón, que todavía vivía y era Nefertiti y se la pusieron a Tutankhamón porque no daba tiempo a hacer otra tan perfecta en apenas setenta días?

¿Acaso se quitaron de en medio a Tut antes de los setenta días? Sin tiempo siquiera para excavar más o pintar más u organizar todo un poco mejor, y reponer la tapa del sarcófago amarillo en vez de hacer una chapuza y poner una de color rosa pintada de amarillo. Pues sí, porque hasta en eso hubo precipitación.

8.6. El sarcófago chapuza

Los tres ataúdes interiores de Tutankhamón estaban dentro de otro gran sarcófago de cuarcita amarilla, una roca común y corriente, metamórfica no foliada de origen sedimentario, formada por la consolidación con cemento silíceo de areniscas cuarzosas. Esta piedra es de gran dureza y frecuente en terrenos paleozoicos. El sarcófago se abrió, según Carter, en la segunda campaña. Para ello, tuvieron que sacar de la antecámara funeraria unas extrañas figuras del faraón, de unos 1,80 m de altura, que guardaban y protegían al faraón frente a cualquier peligro, robo, molestia o destrucción procedente de la antecámara, con la inscripción mágica que repetía su nombre y le daba vida eterna:

El buen dios del que uno se enorgullece, el Soberano del cual uno se vanagloria, el real ka de Harakhtes, Osiris, el Señor de las Dos Tierras, Nebkheperura.

Solo mucho después, el miedo que quizá sintieron al moverlas Carter y sus ayudantes se materializó en enfermedades misteriosas y muertes y sucesos extraños: la maldición de Tutankhamón.

Pero, tras demoler paredes y desmontar las capillas del interior de la cámara, lo que les llevó ochenta y cuatro días de trabajo, descubrieron el magnífico sarcófago amarillo mencionado, que era bonito, pero un poco chapuza, porque la tapa era de cuarcita rosa, diferente del material utilizado para la base.

Carter describe este sarcófago como un ruego solemne a los dioses y a los hombres, por su hechura, diseño, símbolos y figuras. Pero ¿por qué tenía un trabajo tan exquisito y delicado, muy cuidado, una tapa de una materia diferente de la que formaba el cuerpo del sarcófago, y además rota por la parte central? ¿Se rellenó el sarcófago a toda prisa para que no se notase el desaguisado? Las fisuras habían sido rellenadas cuidadosamente con cemento y recubiertas de pintura para no contrastar con el resto de la tapa, por lo que no cabe ninguna duda de que el deterioro no se debía a alguna intromisión posterior. ¿Se les rompió a los obreros del rey y fueron ellos mismos quienes disimularon la ruptura apresuradamente porque ya se acercaba la hora de cerrar la tumba y no había tiempo de hallar un repuesto intacto? ¿Por qué tanta prisa?

¿O es que la pieza idónea a juego, también de cuarcita amarilla, no llegó a tiempo para el entierro y los responsables disimularon la chapuza con una manita de pintura amarilla sobre una superficie rosa rudamente tallada? Un misterio más de esta época. Y suma y sigue.

8.7. El último ramo de flores

La modestia de la tumba de Tutankhamón suele asombrar al visitante, perplejo después de visitar las amplias tumbas reales vecinas, y acaba llegando a la conclusión de que no corresponden a la amplitud y magnificencia que se podía esperar para un faraón. Desde luego, parece que fue improvisada y demasiado pequeña para todos los objetos que se habían acumulado para hacer agradable la estancia de Tut en el Más Allá y que no le faltase de nada. La cámara sepulcral era una habitación muy estrecha. Los cuatro sarcófagos ocupaban casi la totalidad de la cámara, y encajaban uno dentro de otro, a modo de cajas chinas y de forma un tanto chapucera.

Carter afirmó que el espacio que los separaba de las paredes era de apenas 60 centímetros, mientras que la cubierta llegaba casi hasta el techo. Es decir, que excavaron poquito y casi se quedan cortos para tapar las capillas funerarias, como si no les diese el presupuesto.

El estilo de las pinturas de las paredes es inferior también al de otras tumbas reales. Dos grandes escenas de pocos personajes y unos cuantos monos mal contados. El espacio era, es, mínimo. Y hubo que apilar y apretujar todos los objetos inicialmente preparados para el entierro del faraón. No cabía, al cerrar la última puerta, ni la cabeza de un alfiler en el espacio total de poco más de cien metros

cuadrados y cuatro habitaciones. Casi un piso mediano actual. Como si Tutankhamón fuese un faraón de tercera división.

En noviembre de 2010, tras quince años de trabajo (cinco más que los diez que Carter empleó en vaciarla), el *Griffith Institute* de Oxford, que conserva las notas, fotografías y diarios de las cinco campañas de excavación de Howard Carter, financiadas por Lord Carnarvon en el Valle de los Reyes entre 1915 y 1922, culminó la creación de una extraordinaria base de datos con las fotografías y las fichas que el arqueólogo hizo de los 5398 objetos hallados en la tumba de Tutankhamón. Contados, clasificados y numerados, desde la célebre máscara de oro al más humilde y minúsculo colgante, trocito de vidrio o de lino.

Carter asignó los números del 1 al 620 a los 5398 objetos encontrados en la tumba (muchos de estos números son grupos de artículos): los números 1 a 3 eran objetos de fuera de la tumba y la escalera. El nº 4 era la primera puerta. Los números 5 al 12 procedían del pasaje descendente, y el 13 era la segunda puerta de entrada a la antecámara. Del 14 al 170 eran de la antecámara (el nº 28 era la tercera puerta a la cámara funeraria). El 171 era la puerta del cuarto al anexo, y los números 172 a 260 eran de la cámara funeraria (el nº 256 correspondía a la momia del rey). Los números 261 a 336 pertenecían al tesoro, y los números 337 a 620 eran del anexo.

Además de objetos de oro y muebles incrustados de maderas exóticas y piedras semipreciosas, la tumba contenía alimentos, comida para los espíritus del faraón o la momia «viva», porque sus principios vitales, que seguían existiendo con ella como base, debían comer en el Más Allá. Por eso se la proveyó de panes, pasteles de trigo y cebada, dátiles, uvas y almendras, espalda de buey y costillas de cordero condimentadas con especias y miel, y para beber treinta grandes jarras de vino tinto, el preferido de Tutankhamón y procedente de su propia bodega real.

Entre las armas había 46 arcos, desde uno infantil de 30 cm hasta otro de 1,8 metros de altura, mazas, bumerangs y cuchillos, algunos de hierro. También se encontraron seis carros, cuatro de ceremonia, de madera revestida con oro e incrustaciones de vidrio y los otros dos más ligeros que los anteriores, que debían ser para cazar. Para andar, el faraón, tullido, contaba con 130 bastones, todos diferentes entre sí, de ébano, marfil, plata y oro, entre ellos uno sencillo, una simple caña con bandas de oro con la inscripción «*una caña que su majestad cortó con sus propias manos*». Entre la escogida ropa de lienzo, que a veces sorprende por su finura, se hallaron más de cien taparrabos triangulares de lino, veintisiete pares de guantes y varios pares de sandalias de cuero adornadas con cuentas de oro y fayenza y muchas otras de papiro en diferentes estados de conservación. En la cámara funeraria, diez Temos mágicos para conducir la barca del faraón al Más Allá rodeaban las capillas doradas, y también un bello vaso de alabastro, puñales, dagas, cuatro jarras de vino tinto, unos guantes de fina piel, bordados en oro y un ramillete de flores. Tal vez la

última ofrenda de la joven viuda desconsolada.

¿Se puede imaginar siquiera el dolor, la desesperación y el desamparo de la pobre viuda al dejar la tumba y pensar en su propio futuro?

Uno a uno, fueron saliendo los allegados. Unos tristes. Otros, como el mismo Ay, que se había hecho representar ya en una de las paredes con la corona de faraón, deseando salir a la luz a toda prisa y empezar a gobernar y casarse con la bella viuda, su nieta. Y sobre todo, pensar en cómo arreglaría el desaguisado que había montado su yerno Akhenatón y que todos los consejeros de Tutankhamón llevaban sus nueve años de reinado tratando de reconducir con la ayuda de los aviesos sacerdotes de Amón.

Seguro que, a su lado, también estaba Horemheb, el general intelectual que le sucedería, terminando la Dinastía XVIII. Horemheb también rumiaría en silencio sus propios planes para deshacerse del viejo Ay y subir al trono, aunque tuviera que casarse con la heredera, la princesa Mutnedjemet, que también lloraría en silencio.

8.8. La traición de la reina egipcia

Pero todos los hombres fuertes del momento afilaban sus uñas para ser los primeros en asir la más preciada presa del momento: la reina viuda, Dahamunzu, que, como ya hemos dicho, constituye otro misterio.

Si no llega a ser por las hazañas del rey hitita Subiluliuma, contadas por su hijo Mursil III, ni nos enteramos del intento de una reina viuda egipcia de buscarse un novio hitita. Las candidatas de lo que algunos llaman «la traición de la reina egipcia» (simple intento de supervivencia, posiblemente), pudieron ser Nefertiti, Meritatón o Ankhesenamón.

¿Quién escribió las cartas a Subiluliuma pidiendo un hijo suyo por esposo y luego pidiéndole que se diese prisa, y diciéndole que tenía miedo? Porque Dahamunzu es una forma de llamar a la Gran Esposa Real, *ta hemet nesu*, en egipcio mal pronunciado, lo que no da ninguna pista sobre la identidad de la reina.

Tampoco aclara mucho el nombre del faraón difunto, porque le llaman *Niphururiya*, que no es más que la pronunciación hitita del nombre de *Nesut-Bity* del faraón muerto y, puesto que el padre y el hijo se llamaban casi igual, cabe la posibilidad de que fuesen Akhenatón (*Neferkheperura*) o bien Tutankhamón (*Nebkheperura*). Como siempre en relación con esta época, solo se puede concluir que únicamente la aparición de nuevos datos podrán arrojar luz sobre este curioso asunto.

¿Quién era la reina que gemía, diciéndole en una de sus cartas a un rey hitita «jamás escogeré a uno de mi súbditos como esposo [...] Tengo miedo»? ¿Le costó la muerte a Nefertiti este intento de pedir ayuda a Subiluliuma? ¿Revela esta carta el

parentesco de la reina de Egipto con la familia real hitita? ¿Por qué pediría ayuda a un enemigo de su país? ¿Con qué súbdito no quería casarse ella o alguna de sus hijas? ¿De qué tenía miedo Dahamunzu?

Unas preguntas que se pueden contestar en parte observando lo que queda de la tumba de Tutankhamón y de su entierro. Por ejemplo, cómo y quién ofició el funeral. O quiénes están o no representados en las paredes de su tumba.

Todo ello, bien analizado, tal vez puede ofrecer, al menos, alguna clave que nos ayude a entender la situación de Egipto y el Próximo Oriente en estos momentos cruciales.

8.9. El funeral de Tutankhamón

Según Dorothea Arnold, la conservadora del *Metropolitan Museum* de Nueva York, unos materiales guardados en esta institución son los objetos sobrantes de la tumba de Tutankhamón (se ve que, ante el reducido espacio de la tumba, no hubo espacio para todo), y otros fueron utilizados durante el proceso de momificación y entierro del faraón y se escondieron o dejaron cerca. Los encontró en 1909 Theodore Davis, un abogado estadounidense y arqueólogo aficionado, cuando excavaba en el Valle de los Reyes, y acabó donándolos al Museo de Nueva York.

Con el título de *El funeral de Tutankhamón*, el museo neoyorquino presentó unos sesenta objetos de su propia colección, que fueron usados para el entierro del joven faraón, dos de cuyos momentos terrenales están representados en las paredes de la tumba: el traslado del sarcófago y la momia en una especie de trineo con baldaquino bordeado en la parte superior por un friso de cobras protectoras con el sol en la cabeza (*uraei*), tirado por nobles próximos al faraón y su familia y dos oficiales; y la ceremonia de la apertura de la boca, llevada a cabo por Ay, como sacerdote *sem*, encargado de los ritos funerarios, y ya con la corona *khepresh* azul de faraón sobre su cabeza, además de su nombre regio escrito bajo él para que no hubiese ninguna duda de que iba a ser faraón por toda la eternidad. Estas imágenes están representados en dos de las paredes de la cámara funeraria de la KV 62, (este y norte, respectivamente), una tumba que bien pudo, dada su modestia, ser un sepulcro privado readaptado a toda prisa para el entierro del joven rey.



Ay, como sacerdote *sem*, realiza la ceremonia de la apertura de la boca en la momia de Tutankhamón. Pintura mural en la KV 62.

En las paredes sur y oeste, diversos dioses acogen al faraón, mientras doce babuinos, las horas de la noche, le acompañan en la pared oeste y cuatro ladrillos mágicos, uno en cada pared (los cuatro puntos cardinales), añaden su protección a la momia del faraón. Con el detalle añadido de que el fondo de las paredes también es amarillo. Una vez más, el color dorado de la carne de los dioses, que lo hace inmortal.

Según la directora del Departamento de Egiptología de este museo neoyorquino, estos objetos muestran una «visión diferente del tesoro del faraón», porque, cuando se descubrieron, todavía «no se conocía nada sobre Tutankhamón, que era solo un nombre en una lista» y no se les dio a los restos el valor que han demostrado tener para conocer detalles de las ceremonias funerarias de los faraones egipcios.

Sin embargo, queda una pregunta sin respuesta acerca de este funeral: ¿por qué la viuda de Akhenatón no está representada en la tumba, y tampoco hay plañideras, ni nadie de su familia? Solo Ay.

¿Quizá ya la estaban vistiendo de novia para casarse con su anciano abuelo en cuanto él saliese tras ella de la tumba de Tutankhamón? ¿Y dónde está también Mutnedjemet, la ya princesa real, hija del nuevo faraón Ay? ¿Estaría vistiendo sus propias galas nupciales para su boda con Horemheb?

8.10. Basurero regio

La arqueóloga de Nueva York afirma que, en el momento del hallazgo de los

objetos, «nadie entendió su importancia» y solo pasados unos años, al descubrirse la tumba de Tutankhamón, se comprendió el papel fundamental de estos materiales. Eran jarras, sábanas y vendas usadas durante el ritual funerario del faraón Tutankhamón, halladas en las cercanías de su tumba, que sería descubierta muchos años después.

Uno de los elementos más curiosos de la exposición son los restos de collares florales que comenzaron a utilizarse como signo de riqueza, alegría e inmortalidad durante el periodo de Amarna, anterior al reinado de Tutankhamón.

Uno de estos collares, igual a los que se conservan en el Museo de Nueva York, se colocó sobre el sarcófago de oro que cubría el cuerpo de Tutankhamón como símbolo de vida eterna y rejuvenecimiento, y así aparece representado en la pared de la tumba del rey. También es bastante seguro que Tutankhamón padeciese alguna enfermedad congénita y además tuviese antes de morir algunos huesos rotos, pues el pobre estaba hecho un *Ecce Homo*. Aunque no debió ser nada demasiado grave, porque, según los expertos, su muerte fue inesperada, ya que su tumba oficial estaba inacabada y fue enterrado en una más pequeña, seguramente destinada a otra persona.

Al menos todos estamos de acuerdo en que el reducido tamaño de la tumba es bastante extraño. ¡Lo que no es poco!

8.11. Vuelta a la ortodoxia

Una cabeza de piedra del joven faraón conservada en el Museo Metropolitano de Nueva York podría constituir una de las mejores pruebas que se conocen para demostrar la vuelta al culto de Amón durante su breve gobierno. La mano derecha del dios, de gran tamaño, toca con cariño y dulzura la corona azul de guerra del faraón, de un tamaño muy pequeño, simbolizando la investidura del joven por el poder del dios y su sometimiento a él. Se conocen también estatuas monumentales del dios Amón en Karnak con el rostro de Tutankhamón, según los cánones artísticos tradicionales, lejos ya del libre y estilizado estilo de Amarna, que se muestra además en la aparición de la imagen del faraón atacando a los enemigos, una escena que nunca se utilizó para Akhenatón, aunque sí para la reina Nefertiti, a la que se representó en su barca blandiendo una maza y golpeando a «prisioneras», tal como se aprecia en un bloque hallado en Hermópolis Magna. ¿Fue esculpida esa imagen cuando ella era ya la reina-faraón y gobernaba sola?

Para algunos expertos, esta es la mejor prueba del regreso al culto de Amón: el abandono de las idílicas escenas familiares y los motivos artísticos de Amarna, y la vuelta al estilo tradicional, con la iconografía fijada, y no la familiaridad que demuestran las pinturas del estilo Amarna: ¡Princesas comiendo patos nada menos! ¡El rey y la reina llorando y lamentándose y el faraón mal afeitado en unas «fotos»

oficiales!

¡Hay que acabar cuanto antes con estas tonterías!, debieron rugir los enojados sacerdotes de Amón bajo los altos techos de la sala de columnas del templo de Karnak. Y dicho y hecho. Todo acabó en un momento. Murió la familia real de Amarna antes de lo que un gallo canta al amanecer. Pocas Dinastías después, los que mandaban en Egipto eran los faraones-sacerdotes de Amón. Fueron ellos quienes formaron la Dinastía XXII unos cuatrocientos años después de morir Tutakhamón. Por fin se habían apoderado del poder real.

8.12. Collares de flores y el faraón hippy

Lo de los collares y las flores de la momia de Tutankhamón sorprendió y emocionó en su momento a los serios egiptólogos, que pensaban que eso de ponerse flores y andar sin afeitarse para los retratos oficiales era raro, raro. Aunque ya es hora de quitarse las ideas de que Akhenatón era un místico religioso visionario, creyente en un único dios y paz y amor al estilo *hippy* y comencemos a tratarle con un poco de cordura, respeto y seriedad.

Akhenatón seguía una política iniciada ya por su padre, que nada tiene que ver con que, en cierto momento, se le fuera la cabeza, tuviese una visión del Atón o consumiese sustancias estupefacientes.

No hay datos para seguir haciendo estas afirmaciones, tal como ocurrió hace unos años, entre otras cosas porque cada faraón utilizaba los fantasmas, los sueños, las visiones, los mandatos del dios pertinente de forma común y continuada, como cualquier rey o sacerdote con mando en plaza, Papas de Roma y santos incluidos han hecho siempre. Léase como ejemplo, si no, la *Estela del Sueño* de Tutmosis, una estela de granito de 3,6 metros de altura y quince toneladas de peso, mandada erigir entre las patas de la Esfinge de Gizeh por el faraón Tutmosis IV, también de la Dinastía XVIII en su primer año de reinado (alrededor del 1400 a. C.), no mucho antes de Akhenatón.

La parte superior de la *Estela del Sueño* muestra a Tutmosis IV realizando ofrendas y haciendo libaciones a la Esfinge, que los jeroglíficos identifican con Horemakhet (Horus en el Horizonte, la divinidad con la que los egipcios del Imperio Nuevo identificaban a esta gigantesca estatua de Kefrén). Después, comienza un texto (desgraciadamente no íntegro) que nos cuenta cómo un día de cacería, el aún príncipe Tutmosis se quedó dormido al lado de la Esfinge, que por entonces estaba medio cubierta por la arena del desierto, y tuvo un sueño. En él, la Esfinge se presentaba ante Tutmosis como una fusión de dioses solares y le pedía que retirase la arena que la cubría. A cambio, la Esfinge le prometía que algún día sería faraón. Dicho y hecho, el príncipe Tutmosis hizo caso a lo que la Esfinge le había pedido y finalmente esta

cumplió su palabra y aquel joven príncipe se convirtió en el faraón Tutmosis IV. Efectivamente, las pruebas arqueológicas demuestran que Tutmosis IV fue el primero en realizar trabajos de restauración en la Gran Esfinge.

Evidentemente, lo del sueño fue, con toda seguridad, una invención, pero la *Estela del Sueño* le sirvió a Tutmosis para justificar su acceso al trono, ya que era un dios quien le había elegido y no se le podía llevar la contraria. Pero, lamentablemente, no se trataba de Amón, el dios dinástico del Imperio Nuevo, cuyo clero, desde el gran templo de Karnak, había alcanzado enormes cotas de poder político, económico y religioso:

Uno de aquellos días sucedió que el príncipe Tutmosis llegó de un viaje hacia la hora del mediodía. Tras tumbarse a la sombra de este gran dios, se sumió en un profundo sueño, en el que vio cómo tomaba posesión de él en el preciso momento en que el sol alcanzaba el cenit. A continuación, vio cómo la Majestad de este noble dios hablaba a través de su propia boca del mismo modo en que un padre se dirige a su hijo, y decía: «Mírame, obsérvame, Tutmosis, hijo mío. Soy tu padre Horemakhet-Khepri-Ra-Atum. Te daré el trono de la tierra de los vivientes y llevarás la Corona Blanca y la Corona Roja sobre el trono de Geb, el heredero. La tierra será tuya en toda su extensión, así como cuanto ilumina el ojo del Señor de Todo. Recibirás provisiones abundantes del interior de las Dos Tierras y de todos los países extranjeros, así como una vida larga en años. Mi rostro lleva fijándose en ti desde hace muchos años; mi corazón te pertenece, y tú me perteneces a mí. Fíjate: estoy destrozado y mi cuerpo está en ruinas. La arena del desierto sobre la que solía estar ahora me cubre casi por completo. He estado esperando para que puedas hacer lo que está en mi corazón, pues sé muy bien que tú eres mi hijo y protector. ¡Acércate, estoy contigo, yo soy tu guía!». Al finalizar el discurso, este príncipe miró fijamente, pues acababa de escuchar estas palabras del Señor de Todo. Después de entender las palabras de este dios, llevó el silencio a su corazón. A continuación, exclamó: «Venid, dirijámonos al templo de la población, donde tal vez dejen de lado las ofrendas a este dios. Nosotros le obsequiaremos con ganado y todo tipo de hortalizas, y dirigiremos nuestras oraciones a aquellos que nos precedieron».

Como se ve, el nombre del dios Amón de Tebas no aparece ni una sola vez en la *Estela del Sueño*, al menos no en la parte del texto que se ha conservado. El dios que le otorgó legítimamente el trono a Tutmosis IV fue Horemakhet-Khepri-Ra-Atum, una fusión-refrito de dioses solares, que habían visto que no se comían un colín frente a los sacerdotes de Amón y decidieron pasar al ataque «psicológico» primero y luego cortar cabezas. Económicas sobre todo. Es decir, a cambio de ayudar al ambicioso Tutmosis, este promovería el culto solar y llenaría los bolsillos de su sacerdocio, que, al fin y al cabo, era lo que buscaban.

Este fue, pues, el primer paso por parte de un faraón del Imperio Nuevo para contrarrestar el poder del clero de Amón en favor del clero de Ra de Heliópolis, tendencia que continuaría con su sucesor, Amenofis III, y culminaría con Akhenatón, que llegó a perseguir a Amón como si fuese el enemigo público número uno, y propició el culto de su dios particular, Atón, el disco solar, manifestación visible de Ra.

Así, se sabe que, a partir de Tutmosis IV, los puestos más importantes de la administración dejaron de estar ocupados por el clero de Amón, como por ejemplo

los cargos de Visir del Alto Egipto y de Ministro de Hacienda, puestos que habían sido ocupados por sumos sacerdotes de Amón durante los reinados de Tutmosis III y Amenofis II.

¡Y, sin embargo, el mochuelo del cambio «herético» solo le cae a Akhenatón!

Lo cierto es que la religión de Akhenatón y el culto al sol hicieron hincapié en la creación de toda la naturaleza por la energía solar, el disco solar, no las modernas placas solares. En época de Amarna se puso de moda el uso de grandes collares de flores naturales, como las que, en algunos relieves y pinturas de la época, la reina Nefertiti ofrece a Akhenatón, lo que hizo que diversos estudiosos calificasen a la pareja de *hippies*, como si fuesen seguidores del movimiento contracultural nacido en los años 60 del pasado siglo xx en los Estados Unidos de América.

Algunos de estos collares, hallados en el escondite junto a los restos de funeral de Tutankhamón, no habían sido utilizados. Se sabe que en el antiguo Egipto se asociaban también a las momias como símbolo de renacimiento, rejuvenecimiento y vida eterna. Tal vez con el mismo significado, según algunos expertos, que los dos fetos hallados en la tumba de Tutankhamón. Con ellos entramos en la explicación de otro curioso fenómeno egipcio: los zombis o muertos vivientes en las tumbas, una curiosa costumbre.

8.13. ¿Fetos reales, sacrificios humanos y zombis?

En la época en que murió Tutankhamón, el viaje al Más Allá no se realizaba en solitario, al menos los ricos, porque a los pobres se los comían los cocodrilos o las hienas directamente.

Por lo general, los poderosos llevaban consigo toda una corte de servidores, utensilios y alimentos para tener allí adonde fuesen (si es que iban a algún sitio) una existencia descansada, relajada, regalada y de vagos totales.

En las primeras Dinastías egipcias, el faraón viajaba al Más Allá acompañado por un grupo de servidores sacrificados. Es decir, se hacían sacrificios humanos en el momento del entierro del rey, para que no estuviese solito, como demuestran los restos encontrados en las excavaciones en la necrópolis de los reyes de la Dinastía I en Abidos llevadas a cabo por Werner Kaiser y estudiadas por Kathryn Bard.

Únicamente en los enterramientos de reyes de la Dinastía I se han encontrado estos restos humanos. Hombres y mujeres jóvenes fueron sacrificados para acompañar y servir en el otro mundo al rey, como el faraón Dyer, al que acompaña el mayor número de restos humanos y animales: perros, leones, y otros animales, además de utensilios de cobre y cerámica, entre otras cosas, unos sacrificios que en la Mesopotamia protodinástica del III milenio a. C. se encontraron en el cementerio de la ciudad de Ur, acompañando a la reina Pu'abi. Y también, por ejemplo, en el Perú

precolombino, junto al Señor de Sipán, por mencionar una cultura diferente y muy alejada de Egipto.

Parece que en algún momento se superó esta fase de matar a gente para que los reyes y nobles no estuviesen solos en el otro mundo. Y no existen datos de si por las buenas o por las malas, porque eso de que te maten así como así, sin más motivo que la soledad regia en la muerte, pues como que no apetece mucho. Alguien se rebelaría en algún momento dado contra esta tonta costumbre, o bien se darían cuenta de que era inviable económicamente sacrificar tanta mano de obra cada vez que moría un rey.

En cualquier caso, algo después de esta Dinastía I, algún listo debió pensar que, puesto que la ciencia ficción de que los muertos resucitan funcionaba, por qué no podían montarse otra ficción fabricando unas estatuillas para que sirviesen a los muertos en la tumba. Estas figurillas, que cobrarían vida mediante rituales mágicos, trabajarían, cantarían o harían cualquier otra labor que se les encomendase. Y así, se crearon auténticas fábricas de estas estatuillas, con el consiguiente negocio que esto supuso. Qué importaba si funcionaban o no. Total, ningún muerto iba a volver para decir que le habían timado.

Así se debieron inventar los *ushebtis*, término egipcio que significa «los que responden», (mejor, «los que dan el callo y trabajan para ti»). Los *ushebtis* son pequeñas estatuillas que, en el Antiguo Egipto, se depositaban en la tumba del difunto. La mayoría estaban hechos de fayenza, madera o piedra, aunque los más valiosos se tallaban en lapislázuli. Su cometido en la religión y mitología egipcia era servir al difunto en el Aaru (el Paraíso de la mitología egipcia), distraerlo y acompañarlo. Los ejemplares conocidos más antiguos de estas estatuillas proceden de la tumba de Gua, un personaje que vivió en la zona de Bersha durante el Imperio Medio.

Pero no siempre se llamaron así estos pequeños zombis egipcios, sino que su nombre varió a medida que la lengua egipcia evolucionó, y se denominaron, sucesivamente, *shabtis*, *shauabtis* y *ushebtis* a partir del periodo tardío de Egipto. Y con este nombre se quedaron porque Egipto se acabó enseguida.



Un *ushebtis* de Tutankhamón

Por lo general, eran figuras con forma de momia, más o menos como el difunto. Otras veces, se representaban desvendadas y solían llevar instrumentos de trabajo, animales o un saco a la espalda. Más tarde se escribieron sobre los *ushebtis* textos mágicos, de los *Textos de los Sarcófagos* y, en épocas posteriores, llevaron escrito en la parte delantera el capítulo VI del *Libro de los Muertos*, un texto que, al ser recitado, los dotaba de vida y les permitía trabajar en lugar del difunto, que no daba un palo al agua. Ni en esta vida ni en la otra. El número de *ushebtis* depositados en las tumbas varió según la época e importancia del personaje, llegando a tener hasta 365 *ushebtis*, o más, correspondientes a cada día del año. En la tumba del faraón Tutankhamón había más de 400, y ya en la Baja Época llegaron en algunos casos a más de un millar.

Pero en la tumba de Tutankhamón había algo más que cientos de *ushebtis*. ¡Había también dos fetos humanos!

Tutankhamón y su esposa Ankhesenamón debieron tener dos hijas que nacieron muertas, pues en la tumba del rey se encontraron dentro de un féretro otros dos féretros más pequeños que contenían dos fetos femeninos, uno de cinco meses de gestación y otro que, o bien nació muerto o debió morir al nacer, aunque algún investigador afirma que los bebés podían ser gemelas, a pesar de su diferencia de tamaño, mientras que para otro podrían tratarse de sacrificios humanos o de un rito relacionado con el renacimiento del faraón.

Prácticamente desaparecidos o inexistentes casi todos los *ushebtis* de la tumba real de Amarna, en la actualidad solo conocemos un *ushebti* de la Gran Esposa Real de Akhenatón, realizado en alabastro egipcio y hallado en esta tumba de Amarna. Algunos especulan con la posibilidad de que el ajuar funerario de Nefertiti se hubiese reutilizado en el enterramiento del faraón Tutankhamón. Muestra de ello sería el

aspecto de algunas piezas encontradas en la tumba del faraón con aspecto de gobernante femenina. Y lo más curioso: también cosas con el nombre de Smenkharu. ¿Sería Nefertiti con un nuevo nombre?

La costumbre de utilizar *ushebtis* estuvo tan arraigada en el antiguo Egipto que lograron sobrevivir al periodo de Amarna conservando la inscripción con el nombre del Atón:

¡Qué respire los dulces soplos del viento del norte que salen del cielo bajo la mano del Disco Viviente!
Vivificación por los rayos del Disco, salud del cuerpo renovada sin cesar, capacidad de salir de la tumba a la luz del día en compañía del Disco solar.

8.14. Osiris, dios egipcio patrón de las conservas

En esencia, la momificación de Tutankhamón no fue diferente que la de cualquier egipcio de poder económico razonable. Así debía ser para que sus numerosos principios vitales pudieran volver a recibir ofrendas y sobrevivir durante toda la eternidad. Porque, para las creencias egipcias, el ser humano estaba compuesto por, al menos, nueve elementos, la mayoría inmateriales, de manera que las personas no se morían del todo, sino que se «descomponían», dejaban el cuerpo material para que le hiciesen todas las perrerías inimaginables y seguían principios inmortales de las formas más variadas, ya que unos eran negros, otros brillaban, otros volaban, otros ascendían a las estrellas y, más que un funeral, el acto de la muerte debía ser parecido a una mascletá de las fallas de Valencia, si alguien con poderes captaba estos principios. Los nombres de estos nueve principios eran: *Khat*, *Ib*, *Ka*, *Ba*, *Khu*, *Sekhem*, *Sah*, *Ren* y *Khaibit*.

1. El *Khat* era el cuerpo, destrozado, manoseado, manipulado, deshecho y despiezado «para que no se estropease». Debía conservar el corazón en su sitio, y ambos tenían que permanecer incorruptos para que la individualidad de la persona no desapareciese. De esta tarea se encargaban los empleados de la fábrica de conservas humanas a la que eufemísticamente llamaban «Casa de la Vida». Y la verdad es que, al final, conseguían hacer eterno al cadáver, metiéndolo en cofres, latas, vendas, frascos, vasos y recipientes variados.
2. En el momento de la muerte, el espíritu, *Ba*, con forma de ave sagrada, volaba hacia los dioses.
3. El *Ka* era la forma intermedia relacionada por algunos con la sombra (*Khaibit*).
4. El *Ib* era el corazón, sede de la mente, de los sentimientos y de la vida física en sí.
5. *Khu* era la inteligencia.
6. *Sah* era el «cuerpo espiritual».

7. *Ren* es el nombre, propio en cada persona o cosa, fundamento y garante de la existencia de cada ser humano.
8. *Sekhem* era el «poder» que mantenía unidos, cual espiritual pegamento, los variados elementos que formaban el conjunto del hombre, lo que debía darle un trabajo ímprobo, dado que los elementos volaban en cuanto el *Sekhem* se descuidaba.

Así, la tumba pasaba a ser el hogar eterno del *Ka*, del que el cuerpo material conservado como una momia sería su morada para la eternidad. Y, por si acaso desaparecía este cuerpo material, las estatuas del difunto estaban presentes en todas las tumbas, garantizando su existencia mediante recursos mágicos. Por lo tanto, lo de morir eternamente era casi imposible para aquella civilización, porque, quien más, quien menos, todo el mundo conservaba algo de algún difunto amiguete, o familiar, para adornar algún rincón del salón. Además, como las figurillas de Tutankhamón eran de oro, todo el mundo las quería, lo que aumentaba las posibilidades de garantizar la inmortalidad. Un buen negocio para sacerdotes, embalsamadores y escultores.

Las pinturas funerarias y los textos de las tumbas no solo servían para recordar los buenos momentos de la vida de los difuntos, sino también para «revivir mágicamente» de aquella manera que más les gustase. Este es el motivo principal del arte funerario egipcio y la razón por la cual siempre se representaba a los muertos jóvenes y guapos.

Los egipcios, sin duda, inventaron el Photoshop y la propaganda de la cirugía estética, todos jóvenes, sanos, guapos y delgados, porque, si los recordaban así, así pasarían la eternidad. Y, sobre todo, con sirvientes, comida y riquezas, que tras pagar funerales, conservas y Photoshop, poco dinero de verdad debía quedarle a los vivos, que en cuanto el abuelito se descuidaba le robaban lo que había ahorrado para la eternidad. Así pues, la muerte era un buen negocio para los pobres, que intervenían en su sofisticada conservación eterna.

Pero, en realidad, en esto de la momificación, los egipcios aprendieron de la naturaleza misma, porque no olvidemos que, mucho antes del descubrimiento de los métodos de momificación, el clima y la arena de Egipto se encargaban de ello de manera natural, porque lo que hicieron las diversas técnicas, más que conservar, fue destrozarse los pobres cuerpos. La prueba es la momia de Tutankhamón, hecha migajas por culpa de ungüentos, perfumes y «cuidados» para que no se estropease el muchacho.

Al pobrecillo le aplicaron el «tercer grado» en lo que se denominaba «proceso de momificación», con los pasos siguientes: primero se extraía el cerebro por la nariz del cuerpo, ya inanimado, utilizando un gancho de metal. Luego, con un cuchillo ritual se abría el costado izquierdo del cuerpo y se extraía el hígado, los pulmones, los

intestinos y el estómago, que son las vísceras que más rápido se estropean. Estos órganos internos se embalsamaban por separado y se guardaban en unos recipientes llamados *canopos*, cuyas tapas mostraban imágenes de diversos dioses.

Para secar la piel con natrón, los embalsamadores seguían un proceso que duraba aproximadamente cuarenta días, tras los cuales el cuerpo, ya sin los citados órganos, era lavado y frotado con un aceite especial que impedía que la piel perdiera su textura. Luego lo rellenaban con serrín, lino y arena. Hecho esto, se cerraba la incisión inicial mediante la aplicación de una placa con la figura del Ojo de Horus.

Así preparado, el cuerpo se envolvía con unos 147 metros de vendas de lino previamente untadas con un material especial, que pegaba y endurecía la tela. La ceremonia estaba presidida por la imagen del dios de la muerte Anubis, y sobre la momia se colocaba una máscara con la «foto» de la cara del difunto cuando vivía. Y finalmente utilizaban lo que llamaban Azuela de Upuaut, con la cual le abrían la boca a la momia para que pudiera digerir el alimento específico y necesario para el largo, peligroso y desconocido viaje hacia la eternidad.

El cuerpo físico era protegido por amuletos y textos religiosos, aguardando en su tumba la visita de su *ba* y su *ka* preservados hasta que llegara su resurrección.

Para que tuviese lugar este proceso de conversión en inmortal del difunto de todas las formas y maneras posibles, los órganos internos fácilmente accesibles del faraón, como páncreas o riñones y tal vez algo del hígado (el de Tutankhamón apareció momificado en un pequeño sarcófago, aparte de los órganos principales conservados en los vasos canopos), fueron extraídos del cuerpo y tratados por separado y enterrados con él, pero el corazón, como era costumbre, siguió en su lugar, y sus funciones se enriquecieron con un amuleto especial con la figura del pájaro Bennu.

8.15. ¡Qué destrozo de momia!

Trece sucesivas capas de fino lino envolvían la momia del rey-niño. Y entre los pliegues de estas vendas se encontraron hasta 143 joyas y amuletos-joya. Su finalidad era proteger la transformación del faraón muerto en un ser inmortal. Sobre el rostro, la máscara que cubría su cabeza, un pectoral de oro con el dios protector Horus, el halcón, colgado al cuello y, en la cadera derecha, un cuchillo de oro con la hoja de hierro. El primer estudio de la momia reveló que el rey medía 1,63 metros de altura, aunque más tarde se ha llegado a suponer que medía en realidad 1,80 metros. Es decir, era un guapo y alto mozo en la flor de la vida, que gustaba disfrutarla lo más posible. Pero la momia estaba destrozada totalmente. Es una pena contemplar manos enjoradas por un lado, en una bandeja. Otra bandeja con la cabeza cubierta con un casquete de lino finísimo bordado con motivos de cobras y bordado también el cartucho del nombre del Atón, como si el joven rey hubiese practicado en secreto su

creencia en el Disco solar y quisieran él o su joven esposa, o quienes lo momificaron, que su antiguo dios lo protegiese en la intimidad de la muerte, dándole la esperanza eterna en la inmortalidad. A escondidas. Un secreto final que emocionó a sus modernos descubridores.

8.16. El mechero del rey

Entre los objetos curiosos que había en la tumba del joven rey, destaca la madera para hacer fuego que tenía trazas de haber sido usada.

Una persona que sale de caza no puede ir desarmada. Lleva su arco, sus flechas, la merienda, agua o vino o las dos cosas, una brújula (que no había entonces) y un mechero o una caja de cerillas (que sí había en época de Tutankhamón y desde que el ser humano dominó el fuego en la lejana Prehistoria).

Tutankhamón llevó a la tumba su rudimentario equipo para hacer fuego, que se producía haciendo girar rápidamente un palo sobre un agujero hecho en una pieza de madera que permanecía fija. La rotación se conseguía con un arco que se mecía hacia delante y hacia atrás, según Carter, habiendo atado su correa alrededor del mango del taladro en el que iba el palo de hacer fuego.

Pero el equipo del rey tenía un pequeño truco: un poquito de resina «animaba» la incipiente chispa, que no era cuestión de que al faraón le atacase un león por no tener una hoguera encendida y sus despistados criados que le habían perdido en el pedregoso desierto no le habían podido encontrar antes que la fiera.

No. Si Tut se perdía, el mechero podía asegurarle la supervivencia haciendo con él fuego que le calentase del frío del desierto, como si un faraón se perdiese tan fácilmente. Aunque, tal vez, se perdió y se cayó del carro y por eso se quedó cojo y no fue la polio lo que le causó la cojera. O le pillaron sus asesinos en el desierto porque se perdió y le hirieron o espantaron a los caballos o los espantó una alimaña salvaje.

El caso es que Tutankhamón llevaba mechero. Lo demás sigue siendo imaginación.

8.17. Hierro en la tumba del rey

Uno de los más llamativos de los objetos hallados sobre la momia del faraón fue tal vez un amuleto *Urs*, en forma de corona, situado bajo una almohadilla y que rodeaba la cabeza del muchacho. Era de un metal distinto a todo lo que había en Egipto: hierro. Aunque no fue este el único hierro que se encontró con la momia, ya que aparecieron también pequeños objetos con mango de madera de este material,

como juguetes para trabajar la madera. Y, junto al faldellín real, una daga de hierro enfundada en un escarabeo de oro. Y otro objeto más de hierro, en este caso en el tórax: un Ojo de Horus.

Este metal era aún muy extraño en Egipto en esta época, aunque ya se conocía en Anatolia. Las armas de hierro empleadas por los hititas, más resistentes que el bronce usado en Egipto, no parecen ser empleadas por el pueblo egipcio hasta tiempos muy posteriores. Así, este puñal de hierro descubierto en la tumba de Tutankhamón es más un objeto de lujo que un arma de combate, y pudo llegar al rey como regalo de prestigio desde la corte de un rey extranjero, hitita o sirio.

Más caro que el oro, el empleo del hierro estaba aún muy poco extendido. Debemos considerar estos objetos como un verdadero tesoro para esta época y es muy curiosa (quizá la palabra debería ser extraña) la perfecta conservación de la daga, cuya textura es parecida al acero. Pero, además, había en la tumba otro extraño material, tal vez procedente del espacio exterior: un valioso amuleto para hacer inmortal al rey niño.

8.18. Una extraña gema

En 1996, el mineralogista italiano Vincenzo de Michele observó una gema muy rara de color amarillo verdoso en uno de los colgantes ceremoniales hallados sobre la momia de Tutankhamón: un extraño escarabeo alado de un material «extraño», en su opinión.

La gema resultó ser un vidrio de inusual pureza y de una fecha muy antigua, bastante anterior a la primera Dinastía egipcia. La pieza fue sometida a una serie de investigaciones, y se determinó que el escarabeo central de dicho pectoral, que sujeta la barca solar en cuyos extremos van dos cobras y en el centro un Ojo de Horus, era de un tipo de vidrio extremadamente duro, formado por 98% de sílice, similar a la de las tectitas (del griego *tektos*, fundido, a veces escrito *tektita*), trozos de vidrio natural, de algunos centímetros o milímetros de tamaño que, según la mayoría de los científicos, se formaron por el impacto de grandes meteoritos contra la superficie de la Tierra. Las tectitas fueron halladas en 1932 por una expedición al mando del británico Patrick A. Clayton en una franja de 150 kilómetros de largo en un aislado paraje del desierto libio. Se supone que su origen pudo ser un fenómeno de fusión de origen desconocido, tal vez meteórico, según el *Arkansas Center for Space & Planetary Sciences*.

El austriaco Christian Koeberl estableció que el vidrio de estas tectitas se había formado a una temperatura tan alta que solo había una explicación para ello: el impacto de un meteorito contra la Tierra. Sin embargo, no hay signos de que, como consecuencia de un posible impacto, se haya producido un cráter en las

inmediaciones, ni siquiera en las imágenes por satélite. Por su parte, el geofísico estadounidense John Wasson sugirió que lo produjo una explosión aérea de mucha más energía que una bomba nuclear; unas 10 000 veces más potente. Una combustión aérea semejante pudo haber generado el calor necesario para transformar en vidrio la arena de ese sector del desierto del Sáhara. Este material es conocido como VDL (Vidrio del Desierto de Libia), llamado también «Vidrio del Desierto», un vidrio de sílice verde-amarillo, encontrado en la superficie del desierto entre las dunas gigantes del Gran Mar de Arena en el sudoeste de Egipto, cerca del mayor campo de cráteres de meteoritos del mundo.

El descubrimiento tuvo lugar al sur de la meseta de Jilf al Kebir, cerca de la frontera con Libia, por un equipo de expertos franco-egipcios. El hallazgo y la investigación fueron dirigidos por un astrónomo del *Centre National de la Recherche Scientifique* (CNRS) de Francia.

El escarabeo del pectoral de Tutankhamón es muy hermoso, entre translúcido y transparente, parecido a una gema amarillo-verdosa; vidrio natural de alto contenido en sílice procedente del desierto libio, clasificado por la mayoría de expertos del estudio de meteoritos dentro del grupo de los curiosos vidrios naturales conocidos como tectitas.

En relación a los otros grupos de tectitas, el vidrio del desierto libio muestra un notable número de atributos únicos: menor índice refractivo (1.4616), menor gravedad específica (2.21), máximo contenido en sílice (98%), máximo de partículas de lechatelierita cuarzo fundido, máximo contenido de agua (0.064%), máximo de viscosidad (casi seis veces más alta que las australitas a la misma temperatura), color amarillo verdoso y tipos de burbujas (el 100% de las burbujas incluidas son lenticulares o irregulares).

Al parecer, el objeto que produjo este vidrio podría haber sido un asteroide y, según algunos investigadores, el impacto habría dado lugar a diversas creencias en dioses y diosas protectoras y destructoras en diversas civilizaciones contemporáneas, o incluso al Ojo del Sol egipcio, relacionado con la diosa leona Sekhmet, la Diosa Lejana que da nombre a la reina Nefertiti, «La bella (diosa) que viene de lejos». Ella, como Mut, era la diosa de la ciudad de Tebas, a la que Tutankhamón devolvió su importancia al subir al trono, reintegrándole la capitalidad de Egipto. ¿Podría tratarse de un talismán especial hecho de un vidrio meteórico especialmente relacionado con la leyenda de la Diosa Lejana?

Pero no todo el mundo está de acuerdo con el origen en el espacio exterior de este vidrio, como algunos estudiosos afirman. Otros rechazan la tradicional «teoría de impacto terrestre», aunque solo sea porque en las tectitas no se ha encontrado ningún gas noble cosmogónico, producido por rayos cósmicos. Esto excluye un largo viaje en el espacio que sería necesario si las tectitas no fuesen terrestres. Se puede decir

entonces que, aunque sí fue «externo» el calor enorme que fundió la materia que había en la Tierra y la convirtió en un precioso vidrio, no es «extraterrestre» en su totalidad.

Pero al menos es raro, que es de lo que se trata. Y por lo tanto, debió ser caro. Muy caro. Y muypreciado. Y mágico. Como el hierro. Caro y mágico. Aptos y apropiados ambos en aquel tiempo solo para un faraón y su «mágica resurrección».

8.19. Las aladas diosas de la muerte

Las diosas aladas protegían el sarcófago exterior de Tutankhamón, los ataúdes interiores y las capillas reales. Una capilla de madera dorada contenía los sarcófagos del rey, de 3,30 m x 5 m x 2,73 m. Dentro de la capilla había otras cuatro. Y en los ángulos de otra capilla, y talladas en altorrelieve, se hallaban las deidades funerarias: Isis, Nephtys, Neith y Selkit con los brazos extendidos. En esta urna se depositaron los vasos canopos que contenían los órganos internos momificados del faraón. En ocasiones, estas diosas estaban acompañadas por dioses como Horus, el halcón sagrado, que extiende sus alas para proteger el sueño eterno del faraón. Una protección mágica cuya fuerza secreta, unida a los paños que cubrían las capillas, debía pesar en el ánimo del equipo de excavadores. Así recordaba el momento Howard Carter en su diario:

Creo que en aquel momento ni siquiera queríamos romper el sello, ya que un sentimiento de intrusión había caído pesadamente sobre nosotros al abrir las puertas, aumentado posiblemente por la situación casi hiriente de un paño mortuorio de lino, decorado con rosetas doradas, que colgaba en el interior de la capilla.

La segunda capilla estaba cubierta por un manto amarillo sobre el que se habían aplicado margaritas de bronce dorado.

La primera de las capillas tiene una forma similar al pabellón usado en la fiesta *Sed*. Estaba decorada alternativamente con motivos de nudos *tyet* y pilares *djed* (símbolos de Isis y Osiris, respectivamente), que resaltan sobre el fondo incrustado de cerámica azul brillante. La segunda y la tercera capilla tienen forma de *Per Wer*, sepulturas predinásticas típicas del Alto Egipto, mientras que la cuarta capilla tiene forma de *Per Un*, sepulcros predinásticos típicos del Bajo Egipto.

Curiosamente, también guardan un misterio. Porque se supone que la segunda (y también quizá la tercera capilla dorada) fueron reutilizadas, ya que formaban parte del ya varias veces citado ajuar funerario del misterioso y cuestionado rey Ankheperura Neferneferuaten, es decir, Smenkharu, el efímero predecesor de Tutankhamón, al igual que otros objetos de la tumba.

Y para más misterio e impacto, hay que añadir que, en la segunda de las capillas,

uno de los componentes originales del nombre escrito en los cartuchos grabados en ella era, según Carter, «-atón».

Es decir: mezcla de cultos, mezcla de faraones, precipitación, chapuzas, desorden en el entierro de Tutankhamón.



Escena de caza de Tutankhamón en compañía de su esposa.

Parece que hay gato encerrado, un misterio que nadie acaba de explicar de forma absolutamente convincente.

8.20. Flores y calendario

Basándose en el análisis de las flores que acompañaban a la momia, J. Van Dijk afirma que Tutankhamón murió a finales de agosto y fue enterrado a principios de noviembre. P. E. Newberry, en el apéndice 2 de la versión española del libro de Howard Carter sobre Tutankhamón, se refiere a la costumbre egipcia de que las flores acompañasen a los faraones y a su familia al Más Allá, formando parte de su ajuar funerario y los adornos de la momia, como sucedió con Ahmosis, Amenofis I y Ramsés II, o la guirnalda de la princesa Nesikhensu, hecha con hojas de sauce, amapolas y centaurea, una especie de alcachofa con flores azules como sombrero en la punta, todas ellas magníficamente conservadas y que, sin duda, obedecían a un claro propósito: proporcionarle al difunto la inmortalidad por medio de la magia.

Pero hay otra opinión, como no podía ser de otra forma. A partir también de las flores halladas, Newberry determinó que Tutankhamón fue enterrado entre mediados de marzo y finales de abril, época en que florecen en Egipto. Es decir, varios meses antes de la fecha propuesta por Van Dick. Si Newberry está en lo cierto, Tutankhamón debió morir aproximadamente a principios de enero.

Una pequeña corona de hojas de olivo, loto azul y también *centaurea depressa*, sostenida por una base de tallos de papiro, llamada «Corona de la Victoria», estaba sobre su frente, ajustando el blanco sudario. Una fórmula mágica del *Libro de los Muertos* (XIX) la consagraba al colocarla sobre la cabeza de la momia, al tiempo que se quemaba incienso, indicando su justificación ante el tribunal de Osiris y la victoria sobre los enemigos que querían impedir su resurrección con el dios. La fórmula comienza de este modo:

Tu padre Atum ciñó tu frente con esta hermosa corona de la Victoria. Y al igual que viven las almas de los dioses, vive tú eternamente.

El loto azul emerge del Nilo y se abre al amanecer orientado hacia el este, luciendo en el centro un amarillo oro intenso fijado contra los pétalos azules, lo que, para el pueblo egipcio, era una imitación del cielo que saludaría el sol, lanzando, al mismo tiempo, un suave y dulce perfume. Con la oscuridad, el loto vuelve a cerrarse y a hundirse en las aguas del Nilo. El proceso se repetiría de nuevo al día siguiente, por lo que se relacionó esta flor con el nacimiento del sol y el renacimiento. El loto azul se comporta al contrario que el loto blanco, que abre sus flores al ponerse el sol. Las hojas de olivo estaban dispuestas en bandas por medio de dos tiras de cogollo de papiro, con hojas alternadas una sobre otra, dispuestas de tal modo que una tenía el haz hacia arriba y la otra el envés, lo que ofrecía un gran efecto, al estar una hoja mate al lado de otra plateada, unidas a los colores azules de las flores.

Sobre el pecho del segundo féretro antropomorfo había también una guirnalda-pectoral hecha con cuatro tiras dispuestas en semicírculo. La primera y segunda tiras se componían de hojas de olivo (*Olea europaea*, L.) y centaurea (*Centaurea depressa*, M. Bieb.). La tercera era de hojas de sauce (*Salix safsaf*, Forsk.), centaurea y pétalos de nenúfar azul. La última de las tiras, la que estaba más abajo, era de hojas de olivo, centaurea y pétalos de apio silvestre (*Apium graveolens*, L.). Al hacer esta corona se habían doblado las hojas de sauce alrededor de estrechas tiras de cogollo de papiro, sirviendo de base a las centaureas, los pétalos de nenúfar y las ramitas de apio silvestre entrelazadas. Ofrendas de amor doliente, quizá, con las que Ankhesenamón se despidió de su joven esposo.

8.21. Las uvas del demonio

Sobre el tercer féretro apareció un collar de flores de nueve tiras, compuesto de hojas, flores, bayas y frutos de varias plantas y cuentas de vidrio azul, dispuestas en nueve tiras y pegadas a una hoja semicircular de papiro. Es un tipo muy raro, que solo se conoce por ejemplares del reinado de Tutankhamón, y es muy interesante porque muestra las verdaderas hojas, flores y frutos copiados en los collares de

cuentas de fayenza de la segunda mitad de la Dinastía XVIII.

Las tres primeras tiras de este collar y la séptima eran parecidas. Se componían de cuentas o lentejuelas de vidrio azul y bayas de solano leñoso o «uvas del diablo» (*Solanum dulcamara*, L.), una planta muy venenosa. Las bayas, tóxicas para los seres humanos y el ganado, pero no para los pájaros, colgaban de finas tiras de hojas de palmera datilera. Las lentejuelas y las bayas estaban agrupadas alternativamente, de veinte a veinticinco lentejuelas por cada cuatro bayas.

La cuarta tira era de hojas de sauce y de una planta no identificada, dispuestas alternativamente y sirviendo de base para los pétalos de nenúfar o loto azul. Estaban atadas por medio de tiras de papiro que pasaban por encima y debajo de las hojas, manteniéndolas unidas. La quinta tira consistía en bayas de solano que colgaban de una franja de hojas de palmera datilera. La sexta tira se componía de las hojas de una planta no identificada todavía, flores de centaurea y de *Picris coronopifolia*, Asch, o «botón de oro», con once frutos de mandrágora (*Mandragora officinalis*, L.), colocados a intervalos regulares. Los frutos de mandrágora estaban cortados por la mitad, habiéndose quitado los cálices, e iban cosidos al collar. La séptima tira era igual a las tres primeras. La octava se componía de hojas de olivo y de una planta no identificada dispuesta alternativamente. La novena tira, que quedaba en la parte exterior del collar, estaba hecha con las hojas de la misma planta no identificada usada en las tiras sexta y octava, junto con flores de centaurea. Otras de las especies que aparecían sobre la momia y los sarcófagos fueron el apio silvestre (*Apium graveolens*, L.) con el que se tejieron las coronas. Y con hojas de olivo (*Olea europaea*, L.) se hizo la «Corona de Justificación» que prescribe el *Libro de los Muertos*.

8.22. La manzana del amor

En la tumba de Tutankhamón fueron hallados en total once frutos de mandrágora, planta cuyo nombre significa «pequeño hombre», porque su raíz tiene la forma de un hombre y a veces posee una ramificación que podría representar el sexo masculino. Es la llamada «manzana del amor» citada por el *Génesis* (30, 14) y el *Cantar de los Cantares* (7, 14): «Las mandrágoras exhalan su perfume, los mejores frutos están a nuestro alcance: los nuevos y los añejos, amado mío, los he guardado para ti». La mandrágora se empleaba en la Antigüedad como afrodisíaco.

Se trata de una planta de la familia de las solanáceas semejante a la belladona. Crece en las regiones cálidas y es una raíz tuberosa, cubierta de pelos. Sus hojas ovales son de color violeta o azul oscuro. Sus frutos, bayas blancas o rojas, son gruesos como huevos de pájaro y sus flores son blancas, ligeramente teñidas de púrpura. El fruto es parecido a una manzana pequeña y exhala un olor fétido. Nace en

lugares con poca luz. En la Antigüedad y la Edad Media, la mandrágora se usaba como anestésico. En las prácticas mágicas se utilizaba comúnmente como amuleto o como ingrediente en los hechizos de amor. Según las leyendas medievales, la mandrágora nace espontáneamente bajo el patíbulo de un condenado a muerte en la horca, generada por la última gota de su esperma. Los árabes la consideraban un excitante muy potente que podía llegar a provocar la locura. Se creía que la planta tenía características humanas, porque sus raíces parecían dos piernas, y corrían historias que contaban que gritaba lamentándose cuando la arrancaban de la tierra, pudiendo enloquecer a las personas; por eso, se solía arrancar atando un perro a la planta.

Esa es también la razón por la que los árabes la llaman *tuffah-el-jinn* («manzana de los diablos»). También se usó como narcótico. El uso de esta planta está frecuentemente difundido para filtros amorosos. El vino aromatizado con canela, nuez moscada y corteza de cerdo, unido a esta raíz, tiene resultados extraordinarios. En efecto, esta planta tiene el don de hacer viriles a todos los hombres. También para hacer que una mujer se vuelva amorosa bastaría envolver en una prenda que le pertenezca una pizca de raíz de esta planta.

Por estas flores halladas en la tumba real, Newberry determinó que Tutankhamón fue enterrado entre mediados de marzo y finales de abril, época en la que florecen en Egipto dichas especies florales.

8.23. Un rey cabezón, y tal vez segoviano

Una vez abierto el tercer sarcófago de oro puro de Tutankhamón, apareció la momia del rey envuelta en vendas de lino. La cabeza estaba cubierta por una máscara que era (se supone) algo muy parecido al retrato exacto del rey en vida.

El 11 de noviembre de 1923, a las 9.45 de la mañana, el Dr. Douglas E. Derry, Profesor de Anatomía de la Universidad de El Cairo, ayudado por el Dr. Saleh Bey Hamdi, de Alejandría, dieron comienzo a la autopsia de la ya destrozada y despiezada momia. Con ellos estaban Carter, el fotógrafo Harry Burton, que fue tomando placas de cada momento importante del acontecimiento, a la manera de notario gráfico; Alfred Lucas y varios invitados más, egipcios y europeos.

A causa de los ungüentos aplicados durante la momificación, las vendas de lino estaban tan frágiles y destrozadas en el momento mismo del descubrimiento, que hubo que extender una capa de parafina líquida sobre ellas para preservarlas de la desintegración total. Derry escribió más tarde:

Tal vez debo justificarme por haber examinado a Tutankhamón.

Muchos consideran que nuestra intervención es una profanación y que hubiéramos debido dejar en paz al joven rey.

La verdad es que «al burro muerto, la cebada al rabo», pero podían dejarle un poco en paz.

Con todos estos estudios se han descubierto al menos dos cosas curiosas. La primera, que el rey era cabezón, de cráneo grande en comparación con el de Akhenatón. De hecho, es extraño que no se hable ya de «macrocefalia». La segunda, es otra circunstancia curiosa: por el análisis de ADN se sabe que el joven faraón pertenecía a una etnia del occidente de Europa, con lo cual las especulaciones se multiplican. Tutankhamón era indoeuropeo, sí. De Irlanda, o bien arévaco, un pueblo prerromano extendido por el centro de la Península Ibérica.

¿Fueron a Egipto los pre-arévacos segovianos o vinieron familiares de Tutankhamón a la Península e Irlanda después de la destrucción de Amarna y se asentaron en esas zonas? Esa es la cuestión que habrá que plantearse en los próximos congresos, al margen de especulaciones divertidas. Tal vez las antepasadas de la mamá de Tutankhamón procediesen de Segovia o de Logroño.

¿Y por qué no? En mi novela *El Sol Negro*, describí a Nefertiti como una mujer pelirroja y con ojos azules. Como Maureen O'Hara más o menos. Y Tiyi y ella se inventaban la amplia y alta corona para esconder sus melenas rojas, color maldito en Egipto, porque era el color del dios rojo del desierto, Seth, el asesino de Osiris.

Una vez más, la imaginación puede coincidir con la verdad. El tiempo lo dirá. «*E se non è vero, è ben trovato*».

8.24. El faraón cojo

Una tomografía computarizada (TC) de su maltrecho cuerpo momificado de 3300 años de antigüedad del faraón revela que Tutankhamón se había malherido una pierna poco antes de su muerte alrededor de los 19 años. A partir de estas imágenes, se ha llegado a la conclusión de que, probablemente, Tutankhamón murió de una pierna mal herida, complicada por infección de la malaria severa, con base en una muestra de ADN que acaba de publicar los resultados del análisis y la TC. «A pesar de que la ruptura en sí misma no habría sido mortal, la infección por malaria podría haber puesto en peligro la vida del faraón». De hecho, los cerca de 130 bastones que se encuentran entre los fabulosos tesoros del Rey Tut apoyarían la teoría de que pudo haber necesitado un bastón para caminar.

Tutankhamón medía aproximadamente 1,70 metros de altura. No hay evidencia de desnutrición asociada a su muerte. Tutankhamón, el faraón más conocido del antiguo Egipto, ha desconcertado a los científicos desde que el arqueólogo británico Howard Carter descubrió la momia, la tumba y el tesoro embalado en 1922 en el Valle de los Reyes. Solo se conocen unos pocos hechos acerca de su vida. Tutankhamón, «la imagen viva de Amón», ascendió al trono en 1335 a. C., a la edad

de nueve años, y reinó hasta su muerte en 1325 a. C., con 19 años. Él fue un faraón de la Dinastía XVIII, probablemente la más famosa de las familias reales egipcias. Antes de la TC, los arqueólogos habían abierto la tumba de Tutankhamón en 1968, cuando el científico británico Ronald Harrison tomó una serie de rayos-X. Las radiografías revelaron un fragmento de hueso en su cráneo, lo que provocó especulaciones sobre si el niño faraón fue asesinado por un golpe en la cabeza. Sin embargo, la TC reveló que los fragmentos no se rompieron a causa de una lesión sufrida antes de la muerte, sino durante el proceso de embalsamamiento. Quizá incluso hubiese sido el equipo de Carter el responsable de esas fracturas, pues se emplearon herramientas afiladas para quitar la máscara funeraria.

Otro aspecto interesante es el cráneo, su forma alargada, que tampoco se debe a causas patológicas, sino que, probablemente, es un rasgo hereditario. Todo era normal en el cráneo del rey Tutankhamón. El joven rey tenía también una fisura palatina y un pie zambo, al igual que otros miembros de la Dinastía XVIII, y sufría la enfermedad de Kohler, que inhibe el suministro de sangre a los huesos del pie y destruye paulatinamente los huesos de los pies, una condición dolorosa que probablemente obligaba al rey a utilizar un bastón para caminar.

Un enigma es si realmente Tutankhamón rechazó por completo la religión de Atón, se trasladó la capital de nuevo a Menfis, y si cambió su nombre de Tutankhatón por el de Tutankhamón. ¿Por qué hay tantos elementos en su tumba asociados con la religión de Atón? Se habría esperado que los sacerdotes de Amón no desearan que ninguna imagen o mención de la religión de Atón fueran enterradas con el faraón. Pero algunos de los sellos de jarras de vino halladas en la tumba eran de los viñedos de Atón, lo que demuestra que los lugares asociados con la religión de este disco solar seguían funcionando en época de Tutankhamón. ¿Practicarían Tutankhamón y su reina en secreto la religión del Atón, tal como habían aprendido de niños?

Una vez parafinadas las vendas, Derry practicó un corte vertical a la momia del joven, desde la parte superior y media del tórax en dirección a la sínfisis pubiana, continuando hasta los pies para dividir las capas de vendas por la mitad y separarlas más fácilmente. Estas vendas, de 6 a 9 cm de anchura, daban hasta dieciséis vueltas al cuerpo. En muchos lugares resultaban difíciles de quitar a causa del ungüento resinoso que se había endurecido con el tiempo.



Howard Carter trabajando en el sarcófago de Tutankhamón.

El efecto de los ungüentos sobre las vendas y la propia momia fue un verdadero desastre. La momia del faraón resultó una gran desilusión para los investigadores, debido a su mal estado de conservación, precisamente por el exceso de ungüentos inapropiados que le habían puesto los embalsamadores. Carter señaló que lo único bueno que habían hecho los ladrones al violar las tumbas era permitir que las momias no fueran destruidas por estos ungüentos, pues, al dejarlas expuestas al aire, permitieron que se secasen muchas de ellas conservándose mejor. El químico Lucas anotó que «el color negruzco de la momia era el resultado de alguna clase de combustión lenta y espontánea en la cual, casi con certeza, los cultivos de hongos habían desempeñado su papel». La carbonización había llegado hasta los huesos. Pero tal vez entre ellos crecía un hongo asesino que se encargó de matar a quienes osaron violar la paz del joven rey.

8.25. Detalles íntimos

Las piernas de Tutankhamón quedaron pronto libres de vendas. Los dedos de pies y manos habían sido envueltos por separados y recubiertos de fundas de oro. El pene fue vendado de tal forma que lo mantuvieron en posición itifálica (en erección), como signo de que estaba vivo. No apareció vello púbico y tampoco se pudo determinar si había sido circuncidado, práctica común en el antiguo Egipto. Se pudo observar en la parte izquierda de la piel del abdomen una herida de 8,6 cm de longitud, desde la altura del ombligo hasta unos centímetros del hueso de la cadera (ilion), pero, cosa extraña, no se encontró ninguna placa de embalsamamiento con la que se solía cubrir

esta incisión, que era por donde se vaciaba el cuerpo de sus vísceras.

8.26 Cara a cara con el rey

Costó trabajo desprender la máscara de oro que cubría el rostro del rey, pero se consiguió al final utilizando unos cuchillos calentados a elevada temperatura. Carter, al ver el verdadero rostro del faraón, diría en su informe:

Faz pacífica, suave, de adolescente. Era noble, de bellos rasgos y los labios dibujados en líneas muy netas.

En otro pasaje dice Carter, hablando de Tutankhamón:

Hasta donde llegan nuestros conocimientos, podemos decir con seguridad que lo único notable de su vida fue su muerte y su fastuoso entierro.

La postura en que fue colocado el cadáver era la clásica en el antiguo Egipto de su época: decúbito supino, con la mano derecha descansando sobre la cadera izquierda y la mano izquierda sobre las costillas del lado derecho del cuerpo.

8.27 Muerto pero no sencillo

La momia de Tutankhamón llevaba veintiún amuletos en torno al cuello, símbolos de Osiris, Isis, Thot, Horus y Anubis, así como un cetro de feldespato verde bajo las vendas, serpientes aladas y cinco buitres, figuras de Mut o Nekhbet. Pero, sobre todo, tenía un amuleto muy especial.

Se lo conoce como el escarabeo del corazón. Su valor no reside en la materia con que está hecho ni en sus cualidades artísticas, sino en sus propiedades mágicas. Para Tutankhamón fue, quizá, el más importante de todos sus amuletos. Este amuleto era más grande que los escarabeos usados como sellos o como amuletos de vida para las personas y, en la mayoría de los casos, era de piedra engastada en oro, tal como se ordenaba en el *Libro de los Muertos*.

Este escarabajo fue suspendido del cuello de la momia de Tutankhamón con una correa de hilo de oro y se colocó sobre el ombligo. Está hecho con resina negra montada sobre una placa de oro, sobre la que destaca la figura de una garza real o pájaro *Bennu* en vidrio policromado. Los egipcios creían que el corazón era la sede de la inteligencia, por lo que, al colocar este amuleto sobre la momia, estarían proporcionando al difunto ayuda en el juicio de Anubis.

Sin embargo, este amuleto no estaba destinado exclusivamente a la protección, sino que era también el símbolo del poder creador del dios sol y, a través de ese

poder, se suponía que debía devolver la vida al corazón de la persona difunta.

Es curioso que no se encontrase ninguna copia del *Libro de los Muertos* en la tumba de Tutankhamón, aunque se inscribieron algunos extractos en las paredes de las capillas doradas que protegían su cuerpo. Este pájaro *Bennu* fue denominado en Egipto «El que viene a la vida por sí mismo». Por ello, Tutankhamón, a través de su escarabeo del corazón, no solo tenía la capacidad de transformarse en un *Bennu*, sino que también era capaz de regenerarse a sí mismo a voluntad. Así, el faraón, por el hecho mismo de haberse transformado en un *Bennu*, se convirtió en el *ba* del dios-sol, y también de Osiris. Es, precisamente, bajo ese aspecto, como se hizo representar a sí mismo en la inscripción grabada en la placa de oro situada bajo este escarabeo. La inscripción contiene el siguiente texto:

Las palabras pronunciadas por el Osiris, rey Nebkheperura, fiel de la voz: «Yo soy el *Bennu*, el *ba* de Ra, que lidera el bendito muerto al inframundo, la causa de su *ba* a salir de la tierra para hacer lo que su *ka* quiera». [Así que dice] el Osiris, el Hijo de Ra de su propio cuerpo, Tutankhamón, gobernador de Heliópolis del Alto Egipto, fiel de la voz. El *ka* ha sido definido como una persona, su individualidad, pero es, como *ba*, una palabra que tiene muchos matices de significado.

8.28 La altura «segura» de Tut

El faraón era de escasa estatura y aún no había completado su desarrollo. La momia medía 1,64 m de longitud hasta la base de los talones. La ecuación regresiva de Pearson permitió determinar con más precisión la estatura, dando una cifra de 1,677 m, que coincidía además con la talla de las dos estatuas del rey halladas en la tumba. No obstante, otros análisis posteriores han determinado, como ya se ha mencionado en otro capítulo, que quizá Tutankhamón fuese algo más alto.

Se pudo apreciar además que aún no tenía fundidas la mayor parte de las metafisis de los huesos largos, lo que permitió establecer la edad en el momento de la muerte entre 18 y 19 años. La cabeza del fémur estaba ya unida al hueso, pero aún podía verse la línea de soldadura. La epífisis del trocánter mayor estaba ya casi soldada. La meseta tibial aún no estaba bien fundida, pero la epífisis inferior lo estaba totalmente. Las cabezas de los húmeros no estaban fusionadas. En el cúbito, la fusión había comenzado, pero en el radio, la extremidad distal estaba completamente libre. Todos estos datos apuntan igualmente a una edad ligeramente inferior a los veinte años.

8.29 Causas probables de la muerte

Se han diagnosticado diversas patologías, como la enfermedad Köhler II, a la momia de Tutankhamón, pero ninguna por sí sola le causó su muerte. Recientemente,

las pruebas genéticas para *Plasmodium falciparum* (el parásito de la malaria) han revelado indicios de la patología infecciosa en cuatro momias, incluida la de Tutankhamón. Además, la fractura de una pierna, como consecuencia tal vez de una caída, progresó hacia una enfermedad crónica [una necrosis ósea vascular, enfermedad producida por la falta temporal o permanente de irrigación sanguínea al hueso] debido a su infección por malaria. Y ambas circunstancias fueron las causas más probables de su muerte.

Para los científicos, «este estudio sugiere un nuevo enfoque en la investigación molecular genealógica y en la paleogenómica de los patógenos de la era faraónica. Podría establecerse una disciplina científica llamada Egiptología molecular y consolidarse con la fusión de ciencias naturales, ciencias de la vida, de la cultura, las humanidades, la medicina, y de otros campos».

Con todas estas disciplinas, y si en el futuro aparecen más momias reales con un ADN seguro, pronto se podrían revelar muchas incógnitas que aún permanecen en torno a los faraones. Puede que entonces, si llegamos a verlo, descubramos cosas sorprendentes, cosas que ni los egiptólogos más brillantes de la actualidad pueden imaginar.

8.30. *Spiderman egipcio y olé*

También hay quien opina que la familia de Akhenatón tenía un extraño síndrome de hiper-elasticidad de la piel, ligamentos y alteraciones de las articulaciones, huesos y otros tejidos, debido a enfermedades hereditarias de la fibra colágena. Este síndrome lleva el nombre de su descubridor, el Doctor Antoine Marfan, quien, en 1896, apreció en una niña de cinco años que sus dedos, brazos y piernas eran extraordinariamente largos y delgados, y que también presentaba otras alteraciones en su esqueleto. La forma clásica se caracteriza por una altura excesiva, extremidades largas y delgadas, con una envergadura (distancia de una mano a la otra) que excede en 8 cm a la altura, unas extremidades inferiores más largas que el tronco (distancia pubis-talón 5 cm más larga que distancia pubis-cabeza), y las curiosas manos aracniformes (manos como arañas, por los dedos muy largos), que aparecen en el 90% de los casos, pero no son, por si solas, diagnósticas de esta afección.

A ello se añaden anormalidades esqueléticas, muchas de las cuales se hallaron en la momia de Tutankhamón. Además de pie plano y juanetes, laxitud articular que puede causar repetición de esguinces, sub-luxaciones y tendencia de la rodilla a irse hacia atrás, dolor y a veces líquido articular y problemas en los huesos. Pero, sobre todo, son curiosas las alteraciones oculares: miopía y astigmatismo, estrabismo, desprendimiento de retina y desviación del cristalino, lo que puede disminuir la visión o producir glaucoma. Recordemos que es algo que también se baraja para

explicar que el busto de la reina Nefertiti conservado en el Museo de Berlín tenga solo un ojo. Como algo positivo, otros síntomas de este síndrome pueden acentuar la belleza en la mujer: esbeltez, manos alargadas, piel suave y bellos ojos, como muestran las reinas y princesas de Amarna. Unos síntomas que afectan al exterior, pero no a la inteligencia, aunque sí a las percepciones oculares. ¿Hubo que cambiar la estética de la época porque el faraón «veía raro»? Este es otro de los misterios de esta familia y su época que quizá nunca se conocerán del todo.

Por otro lado, en los poco más de diez metros cuadrados de la cámara anexa de la tumba, se encontraron también en desorden una preciosa figura del dios chacal Anubis con bufanda, cuatro magníficos lechos de ébano chapados en oro y un trono de ébano con incrustaciones de marfil y asiento plegable y, en contraste, una modesta silla de paja y cajas con juegos. Pero lo más curioso en el lejano Egipto del siglo XIV a. C. es, sin duda, un par de castañuelas de marfil. La invención de este instrumento musical de percusión se atribuía siempre a los fenicios (nombre que, durante el primer milenio a. C., dieron los griegos a los cananeos «modernos»). Este hallazgo permite afirmar el origen en cultos egipcios, antecedente del flamenco y las *Puella gaditanae* o «chicas gaditanas», posibles sacerdotisas del templo de Heracles Melkart de Gades, en Occidente.

Si estas influencias se muestran ciertas y son el antecedente histórico de las bailarinas hispanas flamencas, al faraón Tutankhamón le gustaba el flamenco, y, puesto que era de Iberia... (¡Menuda teoría! No me atrevo casi ni a escribirlo). Los egipcios inventores del flamenco. Pero nos falta la gaita, porque aunque el arqueólogo Zahi Hawass se había negado a dar conocer los resultados de los análisis de ADN del rey Tutankhamón, estos fueron revelados por el programa de Discovery Channel presentado en vídeo. El 99,6% de los cromosomas Y del rey Tut encajan con los de los europeos del oeste, arévacos sobre todo, y, según el científico Whit Athey, los cromosomas del faraón pertenecen al haplogrupo R1b, el cual está disperso por toda Europa, pero que encuentra su máxima concentración en Irlanda, Escocia y el oeste de Inglaterra, Francia, Iberia (sobre todo la citada zona de los arévacos, como Segovia y Logroño) y los países escandinavos. Según Athey, «Europa de cabo a rabo». ¿En serio?

Aunque otra posibilidad para explicar este origen accidental del muchacho es el ADN mitocondrial, transmitido por línea materna. Con esto de importar chicas de todos los países a su harén, los faraones egipcios se ríen en la tumba de los expertos modernos, tocando las castañuelas en la eternidad.

8.31. A Tutankhamón le gustaba el tintorro y era una chica

Murió joven, pero tuvo tiempo de entregarse a uno de sus placeres: el vino tinto.

Tutankhamón, conocido como el faraón-niño porque accedió al trono a los nueve años, fue enterrado tras su muerte prematura diez años después, ocurrida en el 1325 a. C., rodeado de ánforas repletas de vino. Una investigadora de la Universidad de Barcelona, María Rosa Guasch Jané, acaba de determinar que se trataba de vino tinto, probablemente el preferido del faraón. Otro de los misterios de Tutankhamón ha quedado así desvelado.

En 1932, Douglas Derry realizó la autopsia de las dos pequeñas momias. Una parecía una hembra de 25,75 cm de longitud, con el cordón umbilical cortado a ras de la piel del abdomen. La otra momia medía 36,1 cm de longitud y parecía también una niña, sietemesina, en peor estado de conservación, aunque tenía cejas y pestañas, los ojos abiertos y había sido embalsamada con el cráneo relleno de telas empapadas en sal, y con una incisión pequeña en la región inguinal por la que se había introducido tela también empapada en sal.

Las radiografías tomadas por el equipo del Dr. Harrison mostraron en la segunda momia la llamada «Deformación de Sprengel», con la escápula derecha alta, espina bífida y escoliosis. Según este equipo, la edad era ya de un feto a término. Se cree que ambas niñas eran hijas de Tutankhamón. El estudio del ADN podría confirmarlo. Además apareció otro féretro pequeño, que era una reproducción en maqueta del gran féretro del rey. Este féretro era antropomorfo, medía 35 cm y estaba barnizado en negro con adornos de oro en forma de tiras con frases escritas en ellas. Dentro había otro féretro recubierto de oro como el del faraón y, dentro de este, un tercer féretro con lo que creyeron que era una momia de niño.

Sin embargo, al desatar las vendas se vio que no era una momia, sino otro féretro «momificado», y en su interior un amuleto de oro heredado de su abuelo Amenofis III y, envueltos en tela de lino, unos rizos de pelo color castaño rojizo pertenecientes a la abuela Tiye que aún vivía cuando fue enterrado Tutankhamón.

La existencia de los dos fetos abortivos en la tumba dio origen a la teoría de que la momia que se creía era la de Tutankhamón, no lo era realmente, sino que era la momia de una mujer, ya que la costumbre en Egipto era colocar los restos de los hijos muertos junto a la madre, y no con el cadáver del padre. Algunos llegaron a proponer que sus enemigos habían arrojado el verdadero cadáver del faraón al Nilo, sustituyéndolo por el de una mujer.

Jo Marchant publicó en *New Scientist* su investigación acerca de la misteriosa causa de la muerte del rey. Algunos estudios afirman que Tutankhamón murió de una rara enfermedad genética llamada «anemia falciforme». Otro estudio parece indicar que el faraón niño y sus familiares sufrían de un trastorno hormonal similar al síndrome de Antley-Bixler, en el que una sola mutación genética causa la elongación del cráneo y la sobreproducción de estrógeno; los hombres que padecen este síndrome pueden sufrir varias anomalías, incluyendo el crecimiento de los pechos y

el subdesarrollo de los genitales. Irwin Braverman, de la Escuela Médica de Yale, cree que este síndrome podría explicar las representaciones artísticas de Amarna en las que el rey y su familia aparecen con cuerpos femeninos, con caderas y pechos, y cráneos muy alargados. Pero Zahi Hawas, el hasta ahora principal arqueólogo del Egipto moderno, desestimó esta idea, afirmando que el pene del rey Tut estaba «bien desarrollado», aunque posteriormente Jo Marchant señala que Hawas acepta que el pene del rey ya no está unido al cuerpo, y sus pechos tampoco están con él. Además, ¿qué se puede decir con seguridad sobre el tamaño de un pene momificado?

Las teorías sobre esta familia egipcia no tienen fin. Hasta hay quien dice que está ligada a una raza extraterrestre o que parece estar realizando un complejo ritual de modificación corporal cercana a la androginia y posiblemente a la activación de la glándula pineal, tal vez una alquimia similar a la de Osiris e Isis, para renacer del otro lado del velo de la diosa.

8.32. El extraño fin de una Dinastía singular

La muerte de Tutankhamón fue súbita e inesperada. La ascensión del cortesano Ay al cargo de faraón se dio por su cercanía a la familia reinante y la posible ausencia del otro candidato al trono, Horemheb, que quizá estaba de campaña militar en el extranjero y se encontró a su regreso con Ay representado en la tumba de Tutankhamón y casado con la reina viuda. Puede que fuese Horemheb quien mató a Zanza, el príncipe hitita, y llegó a un pacto con Ay, pensando que ya era viejo y que caería cual fruta madura por su propio peso. Además, Horemheb se casó con la hija de Ay para asegurarse la jugada.

Si se considera que Ay era de edad avanzada cuando ascendió al trono, todo hace suponer que el enlace matrimonial con la reina viuda fue un proceso eminentemente político que tenía la intención de evidenciar una continuidad con la Dinastía reinante y legitimar su posición de faraón. Ay se dedicó a restaurar el desaguado de los dos reinados anteriores, recomponiendo las jerarquías de la burocracia estatal y religiosa, restaurando los antiguos templos de los dioses olvidados y prohibidos, la política exterior y la economía egipcias. Fuera por casualidad o por las precauciones que pudo tomar Horemheb, el caso es que el hijo de Ay, llamado Nakhtmin (o Mintnakh), desapareció de la historia. Nakhtmin hubiera sido el último faraón de Amarna, honor que correspondió a su hermana Mutnedjemet, a la que, a la muerte de Ay, el general Horemheb hizo desaparecer también muy pronto, así como a los últimos personajes del denominado «interregno de Amarna» y sus faraones: Akhenatón, Nefertiti-faraón, Smenkara, Tutankhamón, Ankhnesenamón, Ay y Mutnedjemet, la reina heredera de Ay y parte de sus seguidores.

Ay fue enterrado en el Valle de los Monos, el gran ramal occidental del Valle de

los Reyes, cerca de la tumba de Amenofis III. La tumba, conocida como WV23, es de dimensiones modestas en comparación con otras tumbas reales, y se cree que Ay la usurpó a Tutankhamón o se la cambió. Su momia es una de las pocas de los faraones del Imperio Nuevo que aún no se ha encontrado.

Su sucesor, Horemheb, tenía por nombre durante el reinado de Akhenatón el de Pa-Atón em Heb. En un principio, estuvo a las órdenes de Amenofis III, y más tarde pasó a formar parte del grupo de servidores de Amenofis IV-Akhenatón.

Lo cierto es que, a la muerte de Tutankhamón, Horemheb se pasó al bando de los sacerdotes de Amón de Tebas, mostrando, al parecer, un odio radical hacia todo lo concerniente al periodo de Amarna, sobre todo hacia sus reyes, iniciando una persecución que no perdonaría ni siquiera sus tumbas. Pero sus fieles súbditos seguían existiendo. Y posiblemente Maya, que había sido Superintendente de la Plaza de la Verdad durante el reinado de Tutankhamón, escondió su tumba e hizo cubrirla con gran cantidad de escombros a fin de ocultar a sus enemigos la entrada de la última morada de su joven señor, el Rey del Alto y del Bajo Egipto, Nebkheperura, Hijo de Ra, Tutankhamón.

Tan efectiva fue su tarea que se perdió por completo el recuerdo del difunto rey niño, hasta el punto de que, durante la Dinastía XIX, se construyeron sobre el espacio relleno las chozas de los obreros de la necrópolis, sellando de ese modo el espacio hasta que un día del año 1922, la terquedad, corazonada y puntería de Howard Carter encontró su dorado e imposible sueño.

8.33. La maldición de Tutankhamón y las moscas de Belcebú

La maldición del faraón es la curiosa creencia de que sobre cualquier persona que interrumpa el descanso de la momia de un faraón egipcio caerá una maldición y morirá al poco tiempo de haber sido realizado el sacrilegio, un hecho que modernamente se asoció al descubrimiento de la tumba del faraón Tutankhamón, porque se asegura que Carter encontró un texto de execración escrito en ella que decía: «*La muerte golpeará con su mano a aquel que turbe el reposo del faraón*».

El problema es que unos dicen que esta maldición estaba escrita en la pared que Carter demolió para entrar en la tumba, mientras otros afirman que estaba escrita sobre un trozo de arcilla. El caso es que el texto de la maldición ha desaparecido, nadie lo ha visto.

Pero, existiese o no esa maldición escrita en la tumba, el hecho es que hubo unas primeras muertes y varios hechos extraños relacionados. Luego muchas más cosas raras y muertes muy curiosas, relacionadas todas con Tutankhamón. Casualidades que no son fáciles de explicar, desde luego, como las picaduras de insectos, tal vez enviados por Belcebú, el Señor de las Moscas.

8.34 La apertura de la tumba y los augurios nefastos

Parece ser que la apertura misma de la tumba fue precedida por una serie de malos augurios. El día anterior al descubrimiento de la tumba, a Carter le picó un alacrán en una mano, lo que le mortificó bastante durante la apertura del sepulcro. Además, ese mismo día, en la casa donde dormía, junto a las excavaciones, penetró una cobra, la protectora de los faraones, y se comió un canario al que Carter tenía mucho cariño. Todo aquello fue suficiente para que los trabajadores egipcios empezasen a murmurar, y se llegó a decir que encontrarían al mismo tiempo oro y muerte.

Por si todo esto fuera poco, los trabajadores de la excavación vieron un halcón que sobrevolaba la tumba de Tutankhamón y se perdía luego en dirección al oeste, «hacia el otro mundo», como creían los egipcios. El halcón estaría preparando el camino de los profanadores de la tumba hacia el Más Allá.

8.35 «He escuchado su llamada y le sigo»

Cuatro meses después de abrirse la tumba, sucedieron tres hechos curiosos relacionados y sincrónicos: la muerte de Lord Carnarvon, la de su perro y un gran apagón de luz en El Cairo.

Sucedió que, en marzo de 1923, a Lord Carnarvon, aún en el sur de Egipto, le picó un mosquito y, sin darse cuenta, mientras se afeitaba se cortó la picadura y la herida se le infectó, hecho al que, en principio, no se dio ninguna importancia. Pero con el paso de los días se agravó su estado.

Lord Carnarvon tenía entonces 57 años. Su hija intentó su traslado a El Cairo el 14 de marzo, pero se encontraba tan sumamente débil y agotado por la fiebre que no tuvo ánimos para viajar. Lady Evelyn, alarmada, había llamado a su madre, Lady Almina y a su médico de cabecera, el Doctor Johnson, que estaban en Inglaterra y que llegaron al poco tiempo en avión; así como a su hermano Porchey, que estaba en la India y que llegó con el tiempo justo para ver a su padre aún vivo. Carter llegó tarde. Lord Carnarvon estaba ya casi inconsciente. Deliraba. Le diagnosticaron septicemia y neumonía. La temperatura subió por encima de 40° C. Y el 5 de abril de aquel año de 1923, a la 1:50 a. m., ciento treinta días después de la apertura de la tumba, dejaba de existir uno de los responsables directos del gran hallazgo. Sus últimas palabras, pronunciadas en medio de su delirio, fueron: «*He escuchado su llamada y le sigo*». Obviamente, todos pensaron que, con estas misteriosas palabras, Lord Carnarvon se refería al joven Tutankhamón.

8.36. Los mismos insectos mortales

Para mosqueo y susto de todos los que conocían esta, al parecer «inofensiva»,

herida de Lord Carnarvon, cuando la momia de Tutankhamón fue al fin examinada, los médicos vieron que el joven rey «también» tenía una cicatriz en su rostro, en la mejilla izquierda, en el mismo lugar que Lord Carnarvon. Tal vez producida por la *Leishmaniasis mucocutánea*, el llamado «Botón de Oriente», que deja una cicatriz muy parecida, una enfermedad parasitaria, causada por un parásito denominado *leishmania*, transmitida por la picadura de una pequeña mosca hembra del género *Lutzomia yucumensis*, infectada por flebotominas, que mide aproximadamente 3 mm. También Lady Almina Carnarvon, viuda de Lord Carnarvon, murió por la picadura de un insecto, como su marido, lo que aumentó el terror entre muchas personas que no veían ya una casualidad en las muertes, sino una fatal y trágica coincidencia. Recientes estudios científicos demuestran que Tutankhamón ya era portador de esta enfermedad y que sigue activa en el Egipto actual. Y muchos se preguntan: ¿picó una mosquita a la momia y se infectó y picó a Lord Carnarvon y a su esposa, o estaba latente el parásito de la *leishmania* en la tumba del faraón y se activó con el aire fresco y la humedad humana que llenó la tumba después de 3500 años?

8.37. Una periodista avispada y la frase desaparecida

Cuando la noticia de estas extrañas muertes relacionadas con Tutankhamón saltó a los medios de comunicación, en la prensa local, una novelista, Marie Corelli, escribió un tremendo titular que reflejaba el sentir popular durante muchos años: «*Sobre los intrusos en una tumba sellada, cae el castigo más horrible*».

Y esto fue así, quizá entre otras cosas, porque la momia real se enfadó porque le habían perdido el falo, que desapareció durante algún tiempo y luego se encontró en el suelo, momificado y caído. Y se puede relacionar la maldición con el presunto *ostrakon* de arcilla, similar a los utilizados por los escribas egipcios para hacer sus anotaciones, que en un primer momento fue catalogado, aunque no se entiende por qué se cuenta que, cuando Alan Gardiner descifró los jeroglíficos que contenía, «fue tachado de la lista de objetos hallados». Presuntamente, el *ostrakon* decía así: «La muerte golpeará con su mano a aquel que turbe el reposo del faraón». Nada especial, porque las tumbas egipcias están repletas de maldiciones contra quienes se atrevan a violarlas, figuras mágicas protectoras, armas y ladrillos mágicos, como, por ejemplo, la inscripción escrita en un amuleto de Tutankhamón hallado en la cámara principal: «Yo soy el que ahuyenta a los profanadores de tumbas con la llamada del desierto. Yo soy el que custodia la tumba de Tutankhamón». Y su falo, claro.

¿Fue esta la maldición escrita en el objeto, que se supone desapareció?

Como ya se dijo, parece ser que también el pene del rey permaneció extrañamente desaparecido desde el descubrimiento del sarcófago en 1922. Y a raíz de esto se habían tejido los más extraños mitos relacionados con el paradero del miembro. Al

respecto, el investigador Zahi Hawass, Jefe del Consejo Supremo de Antigüedades de Egipto, afirmó recientemente: «[el pene] *siempre estuvo ahí. Lo encontré durante un escaneo de fotos el año pasado. Estaba perdido en la arena alrededor del cuerpo de la momia. El miembro fue momificado*».

Según la fotografía original, la momia estaba intacta cuando la fotografió Harry Burton (1879-1940) durante la excavación de la tumba de Tutankhamón en 1922. Pero el pene real se dio por perdido en 1968, cuando científicos británicos del Ronald Harrison tomaron una serie de placas de Rayos-X a la momia del faraón, algo que ya le había pasado al dios Osiris, desmembrado por su hermano Seth, lo que dio lugar a las más fascinantes historias arqueológicas con ecos de una poderosa simbología. Isis logra encontrar trece de las catorce partes en las que Osiris fue fragmentado, solo faltándole el pene, el cual recrea con oro, y al cantarle una canción Osiris revive convirtiéndose en el dios de la vida después de la muerte. Este mito trasciende la mitología egipcia y es parte de los arquetipos que forman el inconsciente colectivo de la Humanidad. Sin falo, Tut no podía ser Osiris. ¡No me extraña que enviase a moscas y mosquitos, como si de un Belcebú se tratase!

«¡Ojito con mi falo!» debió pensar la momia violada, humillada, discapacitada sexualmente, manoseada, destrozada y resentida. «¡Poco ha hecho el faraón para las barbaridades que han hecho con él!».

8.38. Otras muertes raras

Y Tutankhamón siguió cargándose a gente y produciendo fenómenos extraños. Porque haberlos, haylos. Y relacionados también con su muerte. Tras Lord Carnarvon, falleció su hermano Autrey Herbert, de 48 años, que estuvo presente en la apertura de la tumba. Se suicidó en un arrebato de locura. Arthur Mace, el hombre que dio el último golpe al muro para entrar en la cámara funeraria, murió en El Cairo poco después, sin ninguna explicación médica. Sir Douglas Reid, que radiografió la momia de Tutankhamón, enfermó y murió en dos meses. La secretaria de Carter murió poco después de un ataque al corazón, y su padre se suicidó al enterarse de la noticia. Y un profesor canadiense que estudió la tumba con Carter falleció de un súbito ataque cerebral al volver a El Cairo. Poco después, en Egipto, moría también la hermana de la caridad que actuó como enfermera del noble inglés y que le atendió hasta su muerte. Comenzaron así una serie de muertes que parecían misteriosas y que desconcertaron a los más incrédulos.

8.39 El faraón asesino

A principios de la década de los años 30, la prensa ya atribuía hasta treinta muertes a la maldición del faraón, como la de Alfred Lucas, que murió en 1925 de un ataque al corazón poco después de examinar la momia. Al poco tiempo falleció de una embolia el Profesor Derry, que había quitado las vendas del cuerpo de Tutankhamón. Aunque muchas de ellas eran exageradas, el azar era insuficiente para explicar las demás, cuyo misterio ha llegado hasta hoy y siguió siendo utilizado por escritores como Conan Doyle o Marie Corelli, que escribieron sobre momias y maldiciones, o como el arqueólogo Arthur Wiegall, que publicó un libro sobre el tema de la maldición de los faraones, cuya eficacia siguió extrañamente activa hasta en sueños.

8.40 Muertes en los museos

En las décadas de 1960 y 1970, las piezas del Museo Egipcio de El Cairo se trasladaron a varias exposiciones temporales organizadas en museos europeos. Los directores del museo de entonces murieron poco después de aprobar los traslados, y los periódicos ingleses también extendieron la maldición sobre algunos accidentes menores que sufrieron los tripulantes del avión que llevó las piezas a Londres.

Algún tiempo después, los tesoros de Tutankhamón iban a ser enviados a una exposición a celebrar en París. El responsable y director de las Antigüedades egipcias, Mohammed Ibrahim, soñó que los tesoros no debían hacer aquel viaje. Pero desoyó el aviso. Curiosamente, el día que firmó el permiso, fue atropellado por un coche y murió dos días después. A esto hay que añadir una muerte misteriosa y un suicidio. En 1929 en el Bath Club al que pertenecía, moría el Secretario de Lord Carnarvon, Richard Betkell, hijo único de Lord Westenrys, quien, al parecer, gozaba de buena salud y fue encontrado muerto en su cama. Nunca se supo la causa de su muerte, aunque los médicos certificaron embolia. Betkell había ayudado a Carter a clasificar el tesoro real. El 21 de febrero de 1930, la Prensa anunciaba que Lord Westenrys, de 78 años de edad, su padre *«se lanzó al vacío desde un séptimo piso donde vivía, quedando muerto en el acto»*, al parecer desesperado por la muerte de su hijo. Según sus biógrafos, guardaba en su habitación una jarra de alabastro procedente de la tumba de Tutankhamón. Y para más morbo, cuando su cadáver iba camino del cementerio, el coche fúnebre atropelló y mató accidentalmente a un niño de 8 años.

Los egipcios vieron en aquellas muertes la obra de los malos espíritus, la venganza del faraón. La prensa egipcia y la sensacionalista del mundo entero agitaron aún más las aguas ya revueltas de la superstición, aunque se buscaron posibles soluciones y explicaciones científicas. Se pensó que los que enterraron al joven faraón habían colocado «trampas» para acabar con los violadores de la tumba y por

eso los que intervinieron en el «saqueo arqueológico», de alguna forma estaban condenados a morir de muertes misteriosas, por unas maldiciones corrientes en las tumbas egipcias, como la de Ursu, Jefe de los países auríferos de Amon (Dinastía XVIII, 1570-1320 a. C.), en la que se encontró una larga execración que amenazaba con horribles males a quien violase su tumba o dañase su momia. Y las muertes inexplicables continuaron.

Fallecieron también sin enfermedades aparentes el egiptólogo Arthur Weigall y el profesor canadiense Lafleur, el primer científico norteamericano que visitó la tumba de Tutankhamón, que falleció en Luxor de una enfermedad desconocida: se sintió mal, tuvo un fuerte acceso febril y murió en pocas horas sin que su médico pudiera explicar la causa. Arthur C. Mace, conservador del *Metropolitan Museum* de Nueva York, que trabajó con Carter en la catalogación y ordenación del material extraído de la tumba, decidió marcharse de Egipto al sentirse enfermo. Embarcó para Estados Unidos y murió a bordo, en medio del Atlántico, aunque algunos autores aseguran que murió en el mismo hospital que Lord Carnarvon.

Saleh Ben Hamdy, que ayudó a practicar la autopsia de Tutankhamón, murió también en extrañas circunstancias. Sir James Henry Breasted, que fue uno de los pocos que tuvo la fortuna de asistir a la apertura oficial de la tumba, enfermó poco después gravemente, presentando fuertes accesos febriles y síntomas parecidos a los que tuvo Lord Carnarvon, aunque mejoró y, en noviembre de 1935, a los setenta años de edad, trece años después de sus trabajos en el Valle de los Reyes, murió a bordo del barco que le llevaba a los Estados Unidos.

George Jay Gould, millonario magnate de los ferrocarriles norteamericanos, muy amigo de Lord Carnarvon, visitó la tumba con Carter. Al amanecer del día siguiente tuvo un acceso de fiebre con síntomas similares a los de su amigo y murió aquella misma noche. Los médicos diagnosticaron «peste bubónica». Evelyne White, egiptólogo que tuvo gran interés en el examen del sepulcro, cayó en un estado de postración que le hizo padecer enormemente. Rechazó los cuidados de los médicos y se suicidó, dejando un mensaje en el que se leía: «Pesaba sobre mí una maldición a la que no tengo más remedio que someterme».

Georges Benedite, egiptólogo francés, del Museo del Louvre de París, fue otra víctima notable. Murió de una caída poco después de la visita a la tumba del faraón. Le siguió Mario Passanova, arqueólogo italiano, que murió casi a la vez que Benedite. Joel Woolf, industrial, fue expresamente a visitar la tumba del faraón. Después de la visita embarcó para Inglaterra, enfermó en circunstancias parecidas a las de Jay Gould, con fiebre elevada, y murió. Por último, Ali Kemel Fahmy Bey, otro visitante de la tumba, murió de un disparo de su esposa en el Hotel Savoy de Londres.

8.41 La maldición del faraón no existe

En total, se relacionaron con la tumba de Tutankhamón más de 26 muertes, pero las investigaciones del egiptólogo alemán Georg Steindorf en 1933 demostraron que no había nada de sobrenatural en los fallecimientos de aquellas personas. ¿Por qué no morían los *fellahs* que trabajaron en la excavación? ¿Por qué no murieron los miles de personas, turistas, periodistas y personalidades que visitaron la tumba? No se habló nada de ellos. Su conclusión fue: «La maldición del faraón no existe en absoluto». El Dr. A. Lucas, químico inglés que trabajaba en el Museo de El Cairo, realizó una serie de investigaciones en la tumba de Tutankhamón y observó que no había gérmenes en ella, salvo algunos escasos que, sin duda, habían penetrado desde el exterior. El propio Lucas murió en 1947, veinticinco años después de su contacto con la tumba.

8.42 Los supervivientes

Percy E. Newberry murió a los ochenta y un años, en 1949, veintisiete años después de su trabajo en la tumba del faraón. Harry Burton, el fotógrafo del equipo de Carter, murió en 1940 a los sesenta años. W. B. Emery, que tenía veinte años cuando participó en el hallazgo de la tumba de Tutankhamón, murió cuarenta y nueve años después de aquella misión. Engelbach, sobrevivió veinticuatro años al hallazgo. Fue el Inspector del Servicio de Antigüedades del Alto Egipto. Tenía cincuenta y nueve años cuando murió. G. Lefévre, Conservador Jefe del Museo de El Cairo, sobrevivió treinta y cinco años al hallazgo, muriendo a los setenta y nueve. El egiptólogo Sir Alan H. Gardiner, murió en 1963 a los ochenta y cinco años de edad. Douglas Derry, Profesor de la Universidad Fuad I de El Cairo, que hizo la autopsia a la momia de Tutankhamón, decía a sus setenta y cinco años: «*Si hay alguien que realmente ha ofendido al faraón, ese soy yo, y además soy el más expuesto a los peligros que se supone que rodean la momia y la tumba. Además hay varias docenas de colaboradores de Carter y Lord Carnarvon que siguen sanos y vivos*». Murió en 1969 a los ochenta y siete años. Derry es la mejor demostración de que no hubo tal maldición. Entre las mujeres, Lady Evelyn Herbert (de casada Lady Evelyn Beauchamp), una de las primeras personas que entró en la tumba y que había nacido en 1901, murió en 1980. Eusebio Güell, vizconde de Güell, fue otro de los invitados al descubrimiento de la momia. Murió treinta y tres años después, a los setenta y siete años de edad, sin haber padecido ninguna enfermedad que le hiciese pensar en una maldición.

8.43. Pero la momia de Ramsés II mató a cinco personas

Hay infinidad de historias de momias asociadas con diversas formas de muertes más o menos fortuitas. Una de las anécdotas más curiosas la narra Vicente Blasco Ibáñez en su libro *La vuelta al mundo de un novelista*. Al parecer, cuando fue colocada en su vitrina del Museo Egipcio de El Cairo, la momia de Ramsés II se incorporó súbitamente, rompiendo el cristal de un manotazo. Los visitantes, espantados, huyeron, cayendo atropellándose por las escaleras. El resultado fueron veinte heridos de los que cinco fallecieron posteriormente. El Museo estuvo cerrado a raíz del incidente durante dos años, ya que nadie quería trabajar allí.

8.44 ¿Qué fue de Carter?

Howard Carter, el primero de los maldecidos por la momia de Tut, sobrevivió diecisiete años al hallazgo. Murió el 2 de marzo de 1939, a los sesenta y cinco años, de muerte natural. Su frase preferida cuando le hablaban de la «maldición» era: *«Todo espíritu de comprensión inteligente se halla ausente de esas estúpidas ideas»*. Y añadía: *«Los antiguos egipcios, en lugar de maldecir a quienes se ocupaban de ellos, pedían que se les bendijera y dirigiesen al muerto deseos piadosos y benévolos. Estas historias de maldiciones son una degeneración actualizada de las trasnochadas leyendas de fantasmas. El investigador se dispone a su trabajo con todo respeto y con una seriedad profesional sagrada, pero libre de ese temor misterioso, tan grato al supersticioso espíritu de la multitud ansiosa de sensaciones»*.

8.45 La maldición y la ciencia

1. Hipótesis de las radiaciones

El Dr. Auer Gohed, que hizo repetidos experimentos en 1969, valorando con sus ordenadores las experiencias realizadas por el Prof. Luis Álvarez, de la Universidad de California en la cámara de la Gran Pirámide, declaraba en una entrevista al New York Times: *«Nos encontramos ante un misterio inexplicable que podemos llamar ocultismo, maldición faraónica, brujería o magia. Lo cierto es que en el interior de la pirámide existe una fuerza que contradice todas las leyes científicas»*. Gohed basaba su hipótesis en el hecho de que la permanencia por largo tiempo encerrado en tumbas faraónicas, como le sucedió a Paul Bronton (pasó una noche encerrado en la cámara real de la pirámide de Keops), era causa de alteraciones mentales. Después de aquella noche, Bronton sufrió alucinaciones, crisis nerviosas, agarrotamiento muscular, quedando al día siguiente en un estado de profunda apatía. Se pensó en la

posibilidad de que los antiguos egipcios conociesen ciertos materiales radiactivos, uranio u oro, y hubiesen colocado en lugar estratégico alguna sustancia cuyo efecto pudiera persistir al cabo de 3300 años, lo que sería el origen de algunas de las muertes. Sin embargo, ningún detector de radiaciones ha permitido demostrar la presencia de ninguna sustancia que tenga estas propiedades.

Para apoyar su tesis, Gohed hace referencia al caso del hundimiento del Titanic, que chocó con un enorme témpano de hielo a la deriva. Se sabe que Lord Canterville llevaba en aquella travesía desde Inglaterra a Nueva York la momia de una famosa pitonisa egipcia de la época de Amenofis IV encontrada en el-Amarna. Debido a su extraordinario valor y a su delicadeza, no se había atrevido a guardarla en las bodegas, sino que iba detrás del puente de mando. Según relata Philip Vandenberg, relacionaron la presencia de la momia con la extraña e inusual conducta del capitán Smith, que hizo y dijo cosas extrañas aquel 14 de abril de 1912, día del hundimiento, algunas de las cuales incrementaron el número de víctimas.

También ha sido motivo de preocupación para muchos el hallazgo en Egipto de una serie de jeroglíficos bajo tierra, grabados en rocas, en zonas donde se explotaban minas desde lejanas épocas. Precisamente estos jeroglíficos aparecieron en los lugares donde se tapiaban las galerías, y lo más extraño es que aún no han podido ser descifrados. Todo esto ha dado pábulo a algunos investigadores para creer en la existencia de ciertas «radiaciones» como la causa racional que explicaría la «maldición de los faraones».

2. Hipótesis del *Aspergillus Niger*

El 3 de noviembre de 1962, el Dr. Ezz Eldin Taha, médico biólogo de la Universidad de El Cairo, convocó una conferencia de prensa durante la que comunicó que había examinado a numerosos arqueólogos y que en todos ellos había descubierto la presencia de un hongo, el *Aspergillus Niger*, que provoca fiebre e inflamación de las vías respiratorias. El Dr. Taha consideraba que esta podía ser la explicación de la supuesta «maldición de los faraones».

Hacía tiempo que los arqueólogos conocían una infección que a veces padecían llamada «sarna copta», por la que aparecían eczemas en la piel de las manos y a veces afecciones de las vías respiratorias. El *Aspergillus* vive en las momias y en los sepulcros cerrados. La «maldición de los faraones», según Taha, podía combatirse con antibióticos. Trataba así de desmitificar la famosa «maldición». Poco después de la conferencia de prensa, viajó de El Cairo a Suez atravesando el desierto por una carretera rectilínea acompañado de dos de sus colaboradores. A unos setenta kilómetros al norte de El Cairo, chocó frontalmente con otro coche que venía en dirección contraria tras un brusco viraje. Murió instantáneamente con sus dos ayudantes.

3. Hipótesis del veneno

Otra de las teorías que se han barajado para explicar racionalmente la «maldición de los faraones» ha sido la del veneno. Se pensó que, al enterrar en su tumba la momia de alguno de los grandes personajes, especialmente los faraones del antiguo Egipto, los sacerdotes, hábiles en la preparación de sustancias tóxicas, habrían podido colocar alguna de estas sustancias capaces de producir la muerte a quienes penetrasen en la tumba después de haber sido sellada. Estos venenos podían haber sido utilizados en forma de polvos extendidos sobre el propio cuerpo de la momia o cerca de la misma. O bien haber sido aplicados en forma de sustancias que se volatilizarían lentamente produciendo una atmósfera venenosa, que, al ser inhalada por el violador de la tumba, acabaría con él, disuadiendo a los demás que quisieran entrar para desvalijar los tesoros del ajuar funerario. El mismo Carter abrió un pequeño agujero e introdujo una vela, lo que justificó diciendo que así «se prevenía de la existencia de algún gas venenoso». Por lo tanto, con su experiencia de Egipto, probablemente había oído esta teoría y, crédulo o no, prefirió asegurarse antes de entrar en la cámara.

Otro detalle es la existencia de cadáveres de ladrones de tumbas hallados cerca de la momia, muertos por causa desconocida, tal vez por el enrarecimiento del aire tras haber encendido hogueras o teas que consumieron el oxígeno, lo que causaría la asfixia de los intrusos.

Los egipcios conocían la existencia y la obtención del ácido prúsico o cianhídrico a partir de los huesos de melocotón. Este gas causa la muerte instantánea por asfixia. El hecho de cerrar herméticamente la tumba como se hacía en Egipto, contrasta con el precepto religioso egipcio de dejar aberturas para que el *ka* pudiera salir. Lo que más llamó la atención de algunos investigadores era el alto índice de depresiones y enajenaciones mentales que padecieron los arqueólogos dedicados al manejo de tumbas y momias egipcias.

También conocieron los egipcios el mercurio, que se volatiliza en frío, siendo sus vapores peligrosos para el sistema nervioso. Su falta de olor lo hace más peligroso todavía. Pese a todo, los trabajos del Comandante Robert Philips, oficial médico y delegado naval para las investigaciones científicas de El Cairo, demostraron que no había veneno alguno en las tumbas capaz de producir la muerte a quienes entrasen en ellas. Al menos que él pudiese descubrir.

4. Hipótesis de la histoplasmosis

En 1956, las investigaciones rutinarias de un científico, el Dr. John Walter Wiles, de la Sociedad Geológica de Rhodesia del Sur, realizadas en una gruta subterránea cerca de la presa de Kariba, le llevaron a estudiar los depósitos de guano de

murciélagos o murcielaguna, a 145 metros de profundidad, almacenada durante miles de años por las enormes cantidades de murciélagos que habitaron aquellas cuevas desde tiempo inmemorial. Como es sabido, el guano de murciélagos es un excelente fertilizante. El Dr. Wiles permaneció una semana dentro de la gruta, estudiando el guano y calculando el volumen que podría tener el yacimiento. A la semana, después de haber inhalado el fino polvillo que se desprendía de aquel material, se sintió sofocado y, cuando llegó a su casa a Ciudad de El Cabo, el pecho le ardía como si le hubiesen quemado por dentro. El diagnóstico fue histoplasmosis, producida por un microhongo, el *Histoplasma capsulatum*, que se encuentra en las deyecciones de los murciélagos. De ella existen varias formas clínicas: una benigna, que cursa con catarro bronquial febril y que cura en un par de semanas dejando una inmunidad contra la enfermedad; y otra forma grave, más rara, que puede producir la muerte, especialmente en personas con procesos pulmonares crónicos que han debilitado su sistema respiratorio. Así y todo, la mortalidad es solo del 1%.

Así pues, dado el número de arqueólogos, ayudantes y obreros que han trabajado durante muchos años excavando tumbas en el Valle del Nilo, la incidencia de la histoplasmosis pulmonar tendría que haber sido enorme, y no hay nada que lo demuestre. Arqueólogos como Petrie, Maspero y Mariette, visitaron cientos de tumbas y todos murieron a edades avanzadas, sin haber tenido ninguna enfermedad parecida a esta.

8.46. La aparente «inmunidad» de Carter

Howard Carter estuvo en contacto muy directo con la tumba de Tutankhamón y, sin embargo, no le sucedió nada. Nunca vio un murciélago por allí, animal que, por otra parte, con la tumba herméticamente sellada, no hubiera tenido la oportunidad de vivir en ella. Además, nadie dijo nunca que hubiese murciélagos en las tumbas de los faraones. Carter murió el 2 de marzo de 1939, mucho después del descubrimiento de la tumba del faraón, y llevaba muchos años de excavaciones, siempre en contacto con tumbas y momias. Sí es cierto que en varias ocasiones se sintió enfermo, decaído, abatido, con sensaciones de sofocos en la cabeza, cefaleas e incluso tuvo momentos o épocas de depresión, atribuibles a los muchos problemas que su carácter recto tuvo que producirle. Estuvo en contacto con gérmenes, mosquitos y virus propios de Egipto, fue picado por insectos y hasta por alacranes. Todos estos contactos debieron llegar a inmunizarle de alguna forma contra muchas de las enfermedades propias del país, y algunos creen que por eso no le sucedió nada.

8.47 La octava escuadra de la muerte

Es posible que Carter tuviese alguna infección con eczema de la piel, de tipo pruriginoso. Y le inmunizó. Hay una posibilidad, y es que algunos ácaros microscópicos que desarrollan su actividad en las momias y cadáveres desecados hayan podido ser causantes de alguna de las infecciones sufridas por algunos arqueólogos. Esta «sarna de los coptos» la sufrían especialmente aquellos estudiosos que manejaban papiros antiguos, entre ellos los escritos en lengua copta, de ahí su nombre. Los antropólogos forenses denominan a estos ácaros «la octava escuadra de la muerte», tras las siete anteriores de otros bichos mayores, como moscas, escarabajos, mariposas y gusanos varios. Estos ácaros son arácnidos microscópicos de la familia del «arador de la sarna», el *Sarcoptes scabiei*, capaz de producir tremendas lesiones pruriginosas en el cuerpo, especialmente en las manos. Alguno de estos ácaros puede haber sido transmisor de un virus mortal.

8.48 Más seguros en la tumba que en el exterior

Y aunque virus, gusanos varios y las bacterias están presentes en las tumbas egipcias, no es fácil separar los antiguos de los nuevos. En las excavaciones arqueológicas, los investigadores están rodeados de polvo y expuestos a cualquier cosa que este pueda contener. Pero no se producen muertes generalmente. Y a pesar de la presencia de hongos, bacterias y otras cosas desagradables, la mayoría de los yacimientos arqueológicos, incluyendo las tumbas, han demostrado que son seguras para arqueólogos y visitantes, aunque estos sí son la verdadera maldición, pues dañan las momias y han hecho que la tumba de Tutankhamón sea cerrada y se piense en hacer una réplica visitable a fin de preservar la original, en especial las pinturas.

8.49 Haberlos, haylos

Para terminar, se puede decir lo que suele repetir el Dr. Ashraf Selim, radiólogo en el Hospital Docente Kasr Eleini, de la Universidad de El Cairo en Egipto, que formó parte de un equipo internacional que estudió hace unos años la momia de Tutankhamón. Usando un escáner TC multidetector móvil, los investigadores realizaron un escaneo a cuerpo completo de los restos del faraón, obteniendo aproximadamente 1900 imágenes digitales de cortes transversales. El equipo del Dr. Selim fue atacado por la llamada «maldición» de quien interrumpe el descanso de Tutankhamón.

«Mientras se realizaba el estudio del faraón por medio de la TC, tuvimos varios incidentes extraños», explica Selim con una sonrisa. «La electricidad falló de repente, el escáner de TC no pudo activarse, y un miembro del equipo enfermó. Si no fuéramos científicos, podríamos habernos convertido en creyentes de

8.50 Carter se salvó porque rezó

Aunque Howard Carter, el principal «implicado» en el descubrimiento de la tumba del rey-niño, murió a los 65 años y de muerte natural, su frase preferida cuando le hablaban de la «maldición», era: *«Todo espíritu de comprensión inteligente se halla ausente de esas estúpidas ideas»*. Carter no creía en maldiciones. Él era egipcio antiguo de corazón. Y buscador compulsivo de las tumbas de personajes famosos. Enamorado de Egipto y los misterios de la Antigüedad, quiso descubrir en 1931 en el mismo Egipto la tumba de Alejandro Magno, pero no pudo llevar a cabo su proyecto. Y murió en 1939, echando por tierra la pretendida «maldición de los faraones» contra quienes violaban sus tumbas. Tal vez fue su amor por el joven rey-niño de oro y sus plegarias lo que contuvo a los malos espíritus que asustaron a los irreverentes curiosos y mataron a personas y animales. Fue enterrado en el cementerio de Putney Vale, al oeste de Londres.

Sobre su tumba están escritas dos frases relacionadas con su amor por Egipto: *«Tú que amas Tebas, que tu espíritu viva, que puedas pasar millones de años, sentado con tu rostro hacia el viento del Norte y los ojos resplandecientes de felicidad»*. La segunda es la oración propiciatoria escrita en el ataúd exterior de Tutankhamón: *«Discurso del rey Nebkheperura Osiris: Él dice: “Oh, Noche, extiende sobre mí tus alas, como las estrellas imperecederas”»*.



Y después, ¿qué?

He escuchado su llamada y le sigo.

Últimas palabras de Lord Carnarvon

Ya decíamos arriba que poco tiempo después de morir Tutankhamón, todo cambió en Egipto. Y los sacerdotes de Amón se hicieron con el poder.

Hacia 1200 a. C., parece que una serie de movimientos de pueblos destruyeron las grandes civilizaciones del segundo milenio. Hatti desapareció, Mitanni hacía tiempo que había desaparecido, y sus despojos pasaron a formar parte de los imperios vecinos, como Asiria y Babilonia. El poderoso Egipto sobrevivió hasta que, unos años antes de la Era Cristiana, un general romano, Octaviano, sobrino y heredero de Julio César, venció a una famosa pareja, inmortalizada por el cine moderno: Marco Antonio y Cleopatra. Octavio llegó a aquel extraño país y quedó maravillado por las pirámides, Alejandría y Alejandro Magno. Y sobre todo por la cantidad de riquezas que tenía a su alrededor. Tenía el derecho del vencedor: «El derecho de la lanza» lo llamaban en época de Alejandro Magno. Y se lo guardó en el bolsillo, haciendo de él su chalet de fin de semana con el que habían soñado hititas y persas.

Octaviano lo consiguió. No incorporó Egipto a los dominios del próximo e inexistente «Imperio romano» que, tras sus reformas, fue más bien una república reconstituida en plan chapuza, que se mantuvo hasta que el emperador Diocleciano, a fines del siglo III d. C. declaró que él era dios y señor de todo, que estaba harto de los dichosos romanos, ya que él era de Dalmacia, los organizó y se fue a su palacio a plantar lechugas, que era lo suyo.



La autora del libro junto a la tumba de Howard Carter en Londres.

Egipto dejó de existir, porque se perdió su lengua y el significado de su escritura. La última inscripción jeroglífica de la que se tiene evidencias fue grabada en los muros de la puerta erigida en la época del emperador español Adriano, situada en el recinto del templo de Isis, en la isla de Filé. El 24 de agosto del año 394 d. C. y era una invocación al dios kushita Mandulis, identificado con el Sol y la luna llena. Tras ella, el sol de Egipto se hundió en el olvido. Hasta que Champollion descifró los signos jeroglíficos con ayuda de la Piedra de Rosetta. Y Tutankhamón volvió de la muerte de la mano de Howard Carter.



Bibliografía

- ALDRED, C.: *Akhenatón. Faraón de Egipto*. Madrid, Edaf, 1989.
- BREASTED, J. H.: *Ancients Records of Egypt (II)*. Londres, 1988.
- BRIER, B.: *El asesinato de Tutankhamón. La verdadera historia*. Barcelona, Planeta, 1998.
- DAVIS, N. de G.: *The Rocks Tombs of Amarna*. Thames & Hudson, Ltd., 2004.
- DODSON, A. y HILTON, D.: *Las familias reales del Antiguo Egipto*. Madrid, Oberon, 2005.
- EL MAHDY, CH.: *Tutankhamón. Vida y muerte de un rey niño*. Barcelona, Península, 2002.
- FLETCHER, J.: *El Rey Sol de Egipto: Amenhotep III*. Barcelona, Folio, 2001.
- FLETCHER, J.: *El enigma de Nefertiti*. Barcelona, Crítica, 2005.
- GRIMAL, N.: *Historia del Antiguo Egipto*. Madrid, Akal, 2011.
- JACQ, CH.: *Nefertiti y Akhenatón*. Barcelona, Planeta, 1992.
- KEMP, B. J.: *El Antiguo Egipto. Anatomía de una civilización*, Barcelona, Crítica (G. Mondadori), 1992.
- REDFORD, D. B.: *Hablan los dioses*. Barcelona, Crítica, 2003.
- REEVES, N.: *Akhenatón. El falso profeta de Egipto*. Madrid, Oberon, 2002.
- REEVES, N., y WILKINSON H. R.: *Todo sobre el Valle de los Reyes*. Barcelona, Destino, 1998.
- VANDENBERG, PH.: *Nefertiti. Una biografía arqueológica*. Esplugues de Llobregat, Plaza y Janés, 1976.
- VÁZQUEZ HOYS, A. M^a: *Introducción a la Historia Antigua I Próximo Oriente y Egipto*. Madrid, Sanz y Torres, 2003.
- WILKINSON, T.: *El origen de los faraones*. Barcelona, Destino, 2004

Páginas web:

Sobre ushebtis: <http://www.ushebtisegipcios.es/>

Información sobre todos los yacimientos arqueológicos de Luxor/ Tebas:

<http://www.thebanmappingproject.com/>

Sobre la base de datos de los objetos encontrados en la tumba, así como el diario de excavaciones de Carter, y otra información referente a la excavación de la tumba de Tutankhamón: *<http://www.griffith.ox.ac.uk/gri/4tut.html>*

La tumba KV 35 es una preciosa y complicada construcción funeraria perteneciente en principio al faraón Amenofis II, cuyo alzado y descripción puede verse en este link: *http://www.thebanmappingproject.com/atlas/index_kv.asp?tombID=undefined*

Página web de la KV 35: *<http://www.narmer.pl/kv/kv35en.htm>*

Genealogía de la Dinastía XVIII: *<http://www.narmer.pl/gen/g17-18en.htm>*

Sobre las estelas fronterizas de Amarna: *http://www.amarnaproject.com/pages/amarna_the_place/boundary_stelae/index.html*

Planta del Maru Atón: *http://www.amarnaproject.com/pages/amarna_the_place/maru_aten/map.shtml*





ANA MARÍA VÁZQUEZ HOYS (Madrid, España, 8 de Octubre de 1945).

Se licenció en Geografía e Historia por la Universidad Complutense de Madrid en Junio de 1969 y obtuvo el Doctorado en Historia Antigua, con la calificación de sobresaliente *cum laude*, el 20 de noviembre de 1974 (con la tesis *La religión romana en Hispania. Fuentes epigráficas, arqueológicas y numismáticas*). Ana María es Tutora de Historia Antigua en el Centro Asociado a la UNED de Madrid desde 1980 y Profesora Titular de Historia Antigua en el Departamento de Prehistoria e Historia Antigua de la UNED desde 1984 (EC 7550).

Desde 1980, ha escrito muchos libros académicos y artículos relacionados con la Historia Antigua, participado en numerosas conferencias internacionales y colaborado en programas de radio y televisión. Desde 2009 aparece regularmente en programas de radio en las cadenas Dial y Europa FM colaborando principalmente con Javier Cárdenas. En el año 2010 publicó su primera novela histórica, ambientada en el Antiguo Egipto y titulada *El Sol Negro*.